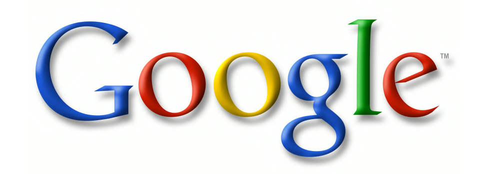




Que sera sera

Richd Ford

POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS:

SEGUNDA PARTE.

MUSA ÉPICA:

ó

COLECCION DE LOS TROZOS MEJORES DE NUESTROS POEMAS HEROICOS,

RECOGIDOS Y ORDENADOS

POR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO I.

MADRID 1833:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

ADVERTENCIA.

Al publicarse en el año pasado de 1829 *la nueva edicion aumentada de nuestras Poesías Selectas, ofreció el Colector dar posteriormente con el título de* Musa épica castellana, *los trozos sobresalientes de nuestros poemas heróicos mas estimados. En cumplimiento de aquella promesa, salen ahora á luz estos dos volúmenes, que forman la segunda parte de la coleccion general, entonces anunciada.*

De las muchas obras que con el título de Poemas heróicos se han impreso en castellano, solas siete han podido servir á nuestro propósito; que son la Araucana, *el* Monserrate, *la* Bé-

tica, *la* Cristiada, *la* Invencion de la Cruz, *la* Jerusalen *y el* Bernardo. *Todas ellas fueron escritas en el medio siglo que corre desde* 1570 *hasta* 1620, *época estimada como la mas brillante de nuestra lengua y literatura, y cuyas producciones, por lo mismo, pueden ser la mejor muestra del caracter y alcance de nuestros ingenios en este género de poesía, tan importante como difícil.*

Solos estos Poemas podian tambien presentar pedazos bastante considerables, en que el interes de la invencion y narracion se uniese al mérito de la bella poesía, que es el objeto que nos hemos propuesto en esta série de fragmentos, y no el de dar meros ejemplos de elocucion poética. Así es que, para conservar el enlace que las cosas tienen entre sí en los pasajes escogidos, ha sido preciso á veces conservar octavas y versos que, ó por su mal gusto, ó por su desaliño, desdi-

cen de lo demas, y á no ser por este motivo hubieran sido desechados. Bien será que los lectores tengan esto presente cuando encuentren semejantes lunares; los cuales no se señalan, porque suponemos bastante adelantados á los jóvenes que se dediquen á este estudio, para conocerlos por sí mismos. Ademas, que las observaciones menudas sobre lenguaje, versificacion y estilo, son mas propias de explicaciones verbales en una aula de retórica, que de ilustraciones en un libro ameno, destinado no solo para principiantes.

Vá á continuacion un discurso preliminar. No para dar la historia de la epopeya entre nosotros: en todas las literaturas esta historia es muy corta, porque son pocos los hechos sobre que tiene que discurrir. En la nuestra seria del todo ociosa, por no decir importuna; pues que no habiendo en rigor ningun buen poema épico

en castellano, era por demas hacer la historia de un arte que no ha existido. Tampoco se ha tratado de tomar ocasion de aquí para presentar una teoría poética, que despues de tantas como se han hecho, poco ó nada nuevo tendria, y de todos modos seria tan inútil para los progresos efectivos del género, como todas las que se han escrito desde Aristóteles hasta ahora. Pero era necesario (y esto, y no otra cosa, es lo que se ha pretendido hacer en el discurso que sigue) dar alguna idea del argumento, contextura y caracter de cada uno de los poemas que se extractan, y mostrar en qué manera nuestros autores, guiados por un instinto feliz, aciertan â veces á llegar á donde aspiran, y cómo otras caen miserablemente, ó subyugados por dificultades que no pueden vencer, ó abandonados á errores y descuidos, inconcebibles en ingenios tan sobresalientes.

No hay duda que esta parte de la poesía castellana es la que presenta menos riquezas á la observacion y al buen gusto; siendo de recelar, por lo mismo, que los extractos que ahora damos á luz, como de obras generalmente poco leìdas y estimadas, hallen menos favorable acogida que los cuatro volúmenes anteriores. Pero aunque nuestros grandes poemas sean unos edificios vastos, mal trazados, mal construidos, y desigualmente decorados; no dejan de apercibirse en ellos acá y allá algunas piezas suntuosas, donde brillan alhajas de mucha delicadeza y bizarría, y ornatos de primer órden. Bueno es poner al lector en ellas, sin la dificultad y el disgusto que causa todo lo demas. Porque ademas de desplegarse aquí la fantasía española con tanta gala y lozanía como en los otros géneros en que se ha ejercitado con mejor fortuna; en vano se buscarian en otra parte el nú-

mero y la armonía majestuosa, que se dejan sentir en tantas bellísimas octavas. Hay, pues, en estos extractos bastantes elementos épicos para que sean en lo general apacibles de leerse, y muy dignos de meditarse: sin ellos el estudio de nuestra poesía seria sin duda alguna incompleto. Nuestro fin ha sido facilitarle, y esta razon de utilidad literaria es la que nos ha sostenido en una tarea, que ni en agrado, ni en reputacion, presentaba muchos alicientes por sí misma.

INTRODUCCION.

Suelen los pueblos cultos, cuando logran tener en su lengua un Poema heróico bien hecho, considerarle como el blason principal de su literatura. Y no sin razon á la verdad: porque una obra de esta clase viene á ser su libro clásico, su archivo maestro. Allí es donde naturalmente y sin violencia se hace intervenir al cielo en el origen de las naciones, y su cuna se adorna y se rodea con toda la pompa y majestad de la religion. Lo que por la lejanía de los tiempos, y por la oscuridad é incertidumbre de los monumentos, no le es dado descubrir y contar á la Historia, la Musa épica se lo inspira y revela al poeta, que se hace oir y creer, subyugando los ánimos á fuerza de imaginacion y de armonía. Armas, leyes, artes, costumbres, familias, len-

guaje, pasiones, todo cuanto constituye el caracter y fisonomía de un pueblo, todo lo que concurre á su prosperidad y á su gloria, todo está allí, y todo se aprende y se cita con igual aplauso que veneracion.

Pero joya de tan inestimable precio es menos una adquisicion de industria y diligencia, que lance de buena fortuna. Porque son tantas y tales las dificultades que ofrecen para su ejecucion estas obras complicadas y majestuosas; tantas y tan eminentes las dotes del escritor que se proponga vencerlas; y tan singulares, en fin, las circunstancias que han de cooperar á su triunfo, que el concurso de todas estas ventajas, á una época dada, y en un hombre solo, es ciertamente un prodigio mas bien que un fenómeno ordinario. Y como los prodigios son raros, los poemas verdaderamente épicos no lo son menos. Así es, que el desenfado de algunos rigoristas llega á decir que no se ha escrito mas que uno y medio en el mundo; no siendo, en su concepto, los otros mas que imperfectos bosquejos, ó débiles y frias imitaciones del

primero que abrió este áspero camino, y dejó tan lejos de sí á los que se propusieron seguirle.

Rigor por cierto injusto, y en algun modo insensato: puesto que por ensalzar á dos grandes ingenios de la antigüedad, ó mas bien á uno solo, se sacrifican en sus aras los eminentes escritores, á quienes la Europa moderna debe en este género sublime cuadros tan magníficos y bellos. Gusto bien desabrido fuera el que se negase á la impresion profunda y terrible que causa el viáje de Dante por el mundo de la eternidad, pintado en su extraño y singular poema con colores tan originales y terribles; al agrado indecible que resulta de la ilimitada y maravillosa variedad prodigada por Ariosto en su inimitable Orlando; y al respeto é interes con que se contempla el trofeo regular y majestuoso levantado por Torcuato Taso á la gloria de los Cruzados. No es de Homero por otra parte de quien tomó el épico inglés los rasgos nuevos y bellos con que cantó el principio del mundo, la inocencia del hombre y su caida fatal; ni es en la Iliada tampoco

donde ha ido el original Klosptok á aprender los ecos austeros y sublimes con que en el siglo pasado ha celebrado la Redencion y el Mesías. Si algun otro poema, de los señalados en los fastos del género, se lleva mas tímidamente por las pisadas antiguas, y no alcanza ni en fuerza de invencion, ni vivacidad de fantasía, á la gloria que los otros, no por eso es acreedor á este desprecio intolerante; y en su ejecucion y en sus miras presenta bellezas bastante grandes y sólidas, para compensar de algun modo las dotes que le faltan, y justificar el respeto y estimacion con que se le mira.

De todos modos resulta que son muy pocas las obras de esta clase dignas de atencion y de memoria: por cuya razon, mas parece desgracia que mengua de nuestras letras, no poder señalar uno suyo en el número de estos grandes monumentos del ingenio humano. Y no consiste ciertamente en falta de escritos y de escritores: larga lista forman de ellos nuestros eruditos desde los lineamientos informes que se llaman entre nosotros *Poema del Cid*, hasta la silva en que el

presbítero don Angel Sanchez escribió su *Titiada*, y las octavas en que el señor Escoiquiz nos dió su *Méjico conquistada*. Pero la razon y el buen gusto, no pudiendo leer sin pena, ni acabar sin fastidio la mayor parte de estas producciones, ya informes é indigestas, ya desaliñadas y frias, les niegan irremisiblemente el nombre de epopeyas; respondiendo á las pretensiones vanas ó ambiciosas de la erudicion y de la bibliografía, que en este género de competencia y concurso la muchedumbre perjudica en vez de aprovechar; y que cuando se trata de poemas épicos, ó se señala con seguridad y confianza uno solo, ó no debe mentarse ninguno.

Lo mas singular es, que no se sabe á qué atribuir este vacío de nuestras letras, bien extraño ciertamente, por cualquier aspecto que se le considere. ¿Consistirá por ventura en la falta de imaginacion y doctrina de los poetas que se dedicaron á este objeto? No por cierto; pues aunque muchos á la verdad no presumian ni aun por sueños el tamaño de la empresa que acometian, ni la desproporcion de

sus fuerzas para llevarla á cabo, no así otros como Ercilla, Balbuena, Lope, Hojeda, que no carecian de talento para entrar en la carrera y prometerse con alguna esperanza la palma á que aspiraban. Tampoco pudo ser por falta de acciones grandes y acontecimientos heróicos y maravillosos que exaltasen la fantasía, y diesen ocasion oportuna y feliz á estas pinturas sublimes. Jamas los españoles, ya lo hemos dicho otra vez, se vieron ro deados de sucesos tan grandes y de hazañas tan portentosas, en que eran á un tiempo actores y testigos, como cuando tan infelices pruebas daba de sí la Calíope castellana. ¿Diríase acaso que consistia en la imperfeccion de los instrumentos que debian servirla, cosa que tanto suele retrasar los progresos de las ciencias y de las artes? Pero el idioma castellano, tan majestuoso de suyo, era ya en aquella época rico, armonioso, bien formado, la rima y la versificacion habian adquirido todo el número y la elegancia que cabe en las lenguas modernas, y la bella combinacion métrica de la octava se usaba ya en castellano con tanta des-

treza como en Italia, de quien la habíamos aprendido. Modelos de estas grandes obras, demas de los que nos dejó la la antigüedad, teníamos las de Dante, Ariosto, Taso, Camoens, que nuestros poetas no solo conocian, sino continuamente estudiaban. No hay, por último, que atribuirlo tampoco á la indiferencia del público á semejante leyenda; el interes y la curiosidad del vulgo de los lectores estaban exclusivamente entregados á ella; y los libros de caballerías, que no venian á ser otra cosa que unas epopeyas informes, llenaban su imaginacion de hazañas, de gloria y de portentos. Aun las muestras épicas que nuestros poetas dieron entonces, por infelices que fuesen, prueban con su número y con las varias ediciones que de ellas se hacian, que el público, lejos de desanimarlos con su indiferencia y olvido, los alentaba al contrario y los estimulaba á merecer la corona.

Ya en primer lugar los pasos en que se ensayó al principio nuestra musa heróica, llevaban consigo un principio de error, que no podia conducirla á ningun

éxito glorioso y afortunado. Quisieron nuestros épicos tener el crédito de historiadores, y al mismo tiempo el halago y aplauso de poetas: mezclaron la fábula con la verdad; no fundiéndolas agradablemente, cual debe hacerlo la fantasía para conseguir su objeto, sino agregándolas una tras otra, y creyeron que contando hazañas grandes, coetáneas, ruidosas entonces tanto en el mundo, y contándolas en el verso que se llamaba heróico, ya podian creerse autores de epopeya, y decirse alumnos de Homero y de Virgilio. El mal venia de muy arriba: nuestros antiguos poemas como *el Cid*, *el Alejandro*, las *leyendas piadosas* de Berceo, *la vida de Fernan Gonzalez*, y otros que se escribieron por este estilo, carecian de poesía y de ficciones. Lo mismo sucedia con los romances históricos, que por ventura tuvieron la culpa de semejante sequedad, por seguir los autores de obras largas este gusto esteril y pedestre que tenian los cantos populares. Complacíase el vulgo en oir y leer cuentos; pero los queria desnudos de invencion y de adornos: el hecho sencillamente referido, bien

comprensible, y nada mas. Los poetas contraían una especie de mérito en sacrificar las galas de la ficcion á la calidad de verídicos. Cuando contaban prodigios y milagros, era porque los creían hechos positivos, y hubo poeta que al mezclar en su narracion histórica episodios de invencion propia, tenia cuidado de señalarlos con un asterisco, para que no se confundiesen con los hechos verdaderos.

Tal fue el camino que siguieron don Luis Zapata en su *Carlo famoso*, don Gerónimo Semper en su *Carolea*, y Juan Rufo en su *Austriada*. Fueron asunto á los primeros los hechos de Carlos V, y al último los de don Juan de Austria su hijo; fiando unos y otros el interes y el aplauso de sus poemas en la maravilla y entusiasmo que en el mundo español causaban entonces estos dos nombres tan célebres. Mas, prescindiendo del inconveniente que habia en tratar cosas tan recientes, indóciles por lo mismo á las formas á que la fantasía debia plegarlas para construir un poema, la misma grandeza de los hechos, y la altura y celebridad de los personajes ponia mas en

claro la desigualdad de las fuerzas en los poetas que las escribian. *Neque purâ, neque poeticâ dictione*, dice el juicioso Nicolas Antonio hablando de la Carolea, y lo mismo y aun mas podría decir del Carlo famoso, donde no hay ni poesía, ni versos, ni gramática, y que solo es consultado alguna vez por la curiosidad escrupulosa de los investigadores eruditos, que van á buscar allí algun hecho desconocido y oscuro, omitido por los historiadores, y conservado en la puntualidad prosaica de Zapata.

No tan infeliz en versificacion y lenguaje es la Austriada, cuyo autor, algo mas instruido y mas culto, pudo dar á sus versos y octavas mejor estructura, y tal cual regularidad y sentido á su diccion. Mas no hay que buscar en él ni invencion en las cosas, ni interes y fuerza en los pensamientos, ni nobleza y color en la expresion, ni música en los sonidos. El escritor arrastra penosamente su cuento, sin artificio ni intencion poética ninguna, desde que los moriscos se rebelan en Granada, hasta que los turcos son vencidos en las aguas de Lepanto. Su

objeto, al parecer, no es mas que referir en verso las cosas mismas que otros han contado en prosa y sin comparacion mejor que él. Porque en Mendoza, Cabrera, Vander Hammen, y demas historiadores del tiempo se halla y se siente, harto mejor que en el poeta, aquel interes picante y novelesco, aquella lauréola de singularidad y de gloria, que lleva consigo desde que nace el personaje extraordinario que se propuso pintar; astro fugaz y brillante que ilustra y aclara algun tanto el fondo sombrío de aquella época melancólica. Criado niño en una aldea, sin madre conocida, y reputado al principio por hijo de un caballero particular, es reconocido de pronto por hijo del triunfante Carlos V, por hermano del poderoso Felipe II. Uno y otro monarca, atendiendo á miras de política y de conveniencia, le destinan á la iglesia; él escuchando solo los estímulos generosos del valor que hierbe en su sangre, se escapa de la corte para arrojarse á los campos de la guerra. Vuelve desde Barcelona, dócil á la voz de su hermano que le llamaba, y Felipe, condescendiendo con sus deseos,

muda de consejo y le destina al mando y á las armas. Don Juan aparece en las Alpujarras, y los rebeldes moriscos se someten: se muestra en los mares del oriente, y la potencia otomana es arrollada en Lepanto: es enviado á Flandes, negocia al principio en vano, y despues apelando á las armas, vence antes de fallecer. Grande donde quiera, y mas brillante que grande, subyuga cuanto se le acerca con su valor y osadía, y encadena los ánimos con su nobleza y su gracia: galan y bizarro con las damas, afectuoso y liberal con sus amigos, respetuoso con su hermano. Pero ya demasiado alto con los sucesos y con la fortuna para contentarse con el lugar segundo, anhela un reino donde mandar el primero, y con esto dá celos al monarca de quien depende. Desde entonces la desconfianza y las sospechas vienen á acibarar su vida, su impaciente ambicion la envenena, y muere en la flor de sus dias entre las solicitudes y penas de su misma grandeza y sus deseos. ¿Qué objeto mejor pudiera escoger un poeta para acalorar su fantasía y fecundarla de grandes cuadros y

altos pensamientos? Pero el pobre Juan Rúfo estaba muy ageno de lo que su argumento encerraba, ni aunque lo comprendiese, tenia medios tampoco para desempeñarlo *.

---

* El que los tenia sin duda era el poeta que siguiendo las huellas de Virgilio hablaba asi del vencedor de Lepanto:

Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apenas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo dia,
Que en su real presencia aparecia;

Yo digo de aquel príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Despues que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú y el de Lepanto:
Y desde allí, con triunfo victorioso,
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
Del Carlos quinto Emperador del mundo.

¡Oh estrellas! ¡cómo fuisteis envidiosas
A la gloria de España! ¡Oh duro hado!
Si al golpe de sus huestes valerosas
No les faltára tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se hiela el fiero Scila,
A donde el abrasado Mauro habita.

El *Monserrate* de Cristobal de Virues, publicado hácia el mismo tiempo que la Austriada, tuvo entonces igual fama, y mayor aprecio despues. Es verdad que poseía mas instinto de armonía y de estilo que Rufo, y que puso algo mas de invencion en la composicion de su poema. Lo primero que se hace notar al echar la vista sobre el título y argumento de la obra, es la especie de contradicion que envuelven con la condicion y gustos habituales del autor. Que un religioso ascético y melancólico, dotado del talento de hacer versos, se ejercitase en pintar el pecado y penitencia del ermitaño Juan Garin, nada tendria de extraño: pero que un hombre de guerra, un capitan que corre el mundo y está acostumbrado á escribir comedias para

---

Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente
En sacrificios y debidos loores
De este mi soberano descendiente:
Y vosotros, divinos resplandores,
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela
Que sobre su cabeza en torno vuela.

BALBUENA: BERNARDO: LIB. 2.

el teatro, tome para emplear el ingenio poético, con que se supone, un asunto de tal naturaleza, nó solo tiene mucho de singular, sino que inspira gran desconfianza de que le desempeñe bien. El solitario Garin, seducido por el diablo, desflora por fuerza á una ilustre doncella que su padre le confia, y despues para ocultar su delito, bárbaramente la asesina, y con sus propias manos la entierra. Va á Roma impelido de su remordimiento, confiesa sus culpas al Padre Santo, el cual, visto su sincero arrepentimiento, le absuelve de ellas imponiéndole por penitencia que vuelva á su retiro de Monserrate haciendo su viaje á cuatro pies, á manera de bestia. El monje llega de este modo á su cueva donde se esconde; y allí es cazado y cogido con redes como si fuese una fiera, llevado á las caballerizas del conde de Barcelona, padre de la doncella desflorada, escarnecido, maltratado, agarrochado, hasta que un niño de tres meses, hijo tambien del conde, en palabras bien articuladas, le dice de parte de Dios que se levante pues ya sus crímenes estan perdonados. El se

levanta y confiesa otra vez sus culpas delante del conde que le perdona: búscase el cadaver de la doncella, que milagrosamente es restaurada á la vida, tan fresca y lozana como el dia antes de su desgracia; y todo esto se une, de la misma manera que está consignado en las tradiciones antiguas, á la aparicion de la Vírgen en la sierra y fundacion del santuario.

Tal es sumariamente el asunto del Monserrate, que pudiera muy bien ser la materia de una leyenda ejemplar, propia para edificar y conmover á las almas piadosas, mostrando las pocas fuerzas de la virtud humana para resistir por sí sola á tan seductoras tentaciones, y el poder del arrepentimiento y de la penitencia, bastante á labar pecados tan bárbaros y feos. Pero ponerse á escribir sobre semejante materia un poema épico, y esperar conseguir por este camino el efecto á que aspiran los que tales obras emprenden en literatura, absurdo grande fue concebirlo, y mucho mayor fue realizarlo. Porque nunca, por grandes que fuesen los talentos de Virues, era posi-

ble vencer las dificultades que presentaba un asunto tan austero y espinoso, y darle aquel halago, aquella elevacion y aquel interes profundo y extenso que necesitan estas grandes composiciones. Aun prestándonos por un momento á las miras y suposiciones del escritor, hallaremos que, pobre de imaginacion y de recursos, escaso de arte y de doctrina, poco diestro en vencer las dificultades de la versificacion y del estilo poético, no acierta á sacar partido de los pocos datos felices que le presentaba de suyo el asunto, ó que le salen al paso en su camino. Los dos trozos que se ponen adelante, como muestras de este poema, manifestarán el modo incierto y penoso con que generalmente procede el autor en su desempeño, sea que cuente, sea que pinte, sea que haga hablar á sus personajes, sea que manifieste su juicio en máximas ó sentencias. Debemos sí confesar que ni en la invencion y disposicion de la obra, ni tampoco en su diccion, presenta los errores y las extravagancias en que despues dieron otros poetas mas grandes y fecundos que él. Pero esto no basta: *en*

las obras de ingenio el ingenio es lo mas *; y siendo tan escaso el del autor del Monserrate, ni su sano gusto y circunspeccion juiciosa, ni el tal cual artificio de que á las veces suele usar, ni algunas vislumbres poéticas que se divisan en medio de la lobreguez de la materia, bastan á levantar el Monserrate del grado inferior y subalterno en que la razon y la buena crítica tienen que colocarle por fin.

Y de él, sin embargo, unido á la Austriada y á la Araucana, decia Cervantes en su famoso escrutinio, *que eran los mejores libros que en verso heróico se habian escrito en castellano, y podian competir con los mejores de Italia.* ¿Con cuales? podríamos preguntar al autor del don Quijote. ¿Con el Orlando furioso, por ventura, ó con la Jerusalen? Pero veinte octavas solas de cualquiera de estos dos poemas valen mas

* Expresion de un escritor muy señalado de nuestros dias, y tanto mas ingenua de su parte, cuanto que sus obras todas se recomiendan infinitamente mas por el arte y el buen gusto, que por el ingenio.

que toda la Austriada y el Monserrate. Cervantes en los desmedidos elogios que daba á sus contemporáneos, cuando no los zahería, lejos de dar estimacion á las obras que tan sin seso ponderaba, ó desacreditaba su propio juicio, ó hacia dudosa su buena fe *.

Bien podia tambien sonrojarse Ercilla de que en esta balanza se le pusiese al igual de poetas, que le eran tan inferiores. No porque la *Araucana*, considerada rigorosamente como fábula épica, se acerque mas á serlo que la Austriada y el Monserrate, segun veremos despues: sino porque en calidad de libro les lleva tantas ventajas, ora se considere el talento del escritor, ora el mérito de la ejecucion, que confundirlos de este modo,

* Por lo mismo que Cervantes es quien es, se hace preciso notar estos errores de su crítica, no sea que los extrangeros vayan á buscar el gusto general de nuestra literatura en los fallos poco atinados de aquel admirable escritor. Por lo demas, ellos no pueden quitar nada á su gloria, ni añadir ninguna al que los advierte: puédese muy bien conocer la distancia inmensa que hay del Monserrate al Orlando, y no acertar á escribir ocho líneas del don Quijote.

es desconocer su valor respectivo, y no hacer justicia á ninguno. Ya primeramente en la obra de Ercilla, el arte de contar, arte mas dificil de lo que se piensa, está llevado á un punto de perfeccion, á que ningun libro de entonces, en verso ó prosa, pudo llegar, ni aun de lejos. Esta narracion ademas se ve hecha en un lenguaje que en propiedad, correccion y fluidez, se antepone tambien á casi todos los escritos de su tiempo, y es tan clásico en ésta parte como los versos mismos de Garcilaso. Por manera que la diccion de uno y otro, formada, fija y perfecta cuando apenas la lengua castellana habia salido de andadores, no se resiente ahora de los tres siglos que han pasado por ella, y son poquísimas las frases y las voces que dejen de usarse hoy en el mismo sentido que estos escritores las usaron: ventaja concedida á muy pocos de los libros, aun entre los mas insignes, de los que en aquel tiempo se escribieron y aun despues.

El argumento de la Araucana, á juicio de muchos, y del mismo autor tambien, podria por ventura parecer esteril, humil-

de y oscuro. La porfía de un puñado de bárbaros, que disputan á españoles un rincon de tierra pedregoso y escondido en los remotos senos del Nuevo mundo, era á primera vista tan indigno de la trompa épica como de la fama. Pero no hay asunto, por seco y pobre que sea, que el ingenio poético no pueda enriquecer y amenizar. Este de la Araucana, ademas del interes que presentaba un espectáculo, tan nuevo en poesía, de hombres y paises, tenia el de los motivos morales y sentimientos que animan á los indios, con los cúales simpatiza siempre el corazon humano en todas las edades de la vida y en todos los parajes del mundo. Si los araucanos eran unos salvages oscuros, sus adversarios los españoles eran harto conocidos en uno y otro hemisferio, teniendo asombrado y agitado el antiguo con su ambicion y su poder, y con su osadia descubierto y subyugado el nuevo. La duracion y tenacidad de la lucha entre fuerzas tan desiguales, la oposicion de caractéres y de costumbres, daban por sí mismas un realce casi maravilloso á la pintura, sin que la imaginacion del poeta

tuviese que esforzarse mucho, para darle interes y añadirle solemnidad.

De estos datos épicos que su argumento le presentaba, alcanzó facilmente Ercilla algunos, y supo aprovecharlos con envidiable maestría. Admíranse hasta por los maestros del arte aquella imparcial exposicion de las causas de la guerra, la junta primera y discordia de los caciques, el discurso de Colocolo, y la extraña manera de elegir su general. Débese admirar todavía mas la natural expresion y graduacion conveniente de los caracteres, dibujados á la manera de Homero, tan semejantes al parecer entre sí, y en realidad tan distintos. Caupolican, Lautaro, Rengo, Tucapel, Orompello, Galvarino, todos son bravos, feroces y membrudos, pero cada uno con distintas proporciones, con distinto espíritu y diversa animacion. Lo mismo puede decirse de los viejos Colocolo y Peteguelen: lo mismo de las mujeres Glaura, Tegualda y Fresia, que ni en palabras ni en hechos se equivocan y confunden entre sí, y que se pintan en nuestra fantasía con tanta novedad y distincion, efecto

de la claridad con que el poeta las ha visto en la suya, y las ha sabido expresar en sus versos.

Igual mérito, y aun mayor, hay en la descripcion de las batallas, que tanta parte ocupan en esta clase de poemas. Podrán otros haber dado á estas acciones terribles de guerra mas grandeza y aparato, y mas variedad; pero no igual calor, no igual movimiento, no una expresion mas interesante y animada. Y asi como en la descripcion de las tempestades se conoce entre los grandes poetas quienes las pintan de fantasía, y quienes las han visto en el mar, asi en Ercilla se descubre bien clara la parte que él mismo tuvo en los peligros y encuentros con los indomables araucanos. Vense allí las cosas, no se leen: los bárbaros gallardos se animan con tal brio, acometen con tal furia y descargan sus golpes con tal fuerza, que se oyen estallar las celadas y abollarse los arneses de los castellanos, á quienes la ligereza de sus caballos no salva, ni su valor y disciplina defienden. ¿Donde mas bien que en el cantor de Arauco está expresado aquel ímpetu imprevisto y

fuerza irresistible en el ataque, que obliga á ceder á los acometidos, por valientes que sean; aquella vergüenza que los constriñe á volver al peligro, para no pasar por la afrenta de vencidos; aquel desengaño cruel de que la resistencia es en balde, y convierte el valor y la esperanza en terror y en agonía; en fin, el flujo y reflujo de desgracia y de fortuna, de aliento y desaliento, que hay en los combates, cuando estan sostenidos, menos por la táctica y la disciplina, que por el esfuerzo personal y las pasiones?

Pero el autor apura al parecer todos sus medios épicos en los araucanos, y nada le queda para los españoles. Valdivia, Villagran, Mendoza, Reinoso, y demas castellanos, están muy lejos de compararse con los gefes indios, ni presentar el mismo interes ni la misma bizarría. No bastaba decir que cuanto mas realce se diese á los vencidos, tanta mayor gloria cabia á los vencedores *; esta no es

---

* *Que no es el vencedor mas estimado*
De aquello en que el vencido es reputado.

Esta sentencia, expresada, á la verdad, en términos demasiado llanos, parece, por el lugar

mas que una razon de inferencia, y el poeta estaba obligado, como tal, á esmerarse igualmente en la pintura de los unos que en la de los otros, y no dejar su obra falta del justo equilibrio y graduacion, que el arte y la conveniencia le prescribian.

Quizá esto era muy dificil, ó por mejor decir imposible: los indios, por lejanos é ignorados, se prestaban mas á la voluntad de la fantasía, y podrian recibir las proporciones y el color de personajes verdaderamente poéticos, mientras que los gefes españoles, conocidos de todos, y vivos aun algunos de ellos, no podian, so pena de hacerlos ridículos, ser presentados en otra forma que la que tenian, esto es, prosaica, histórica y comun. Asi responderia tal vez Ercilla á la dificultad propuesta, añadiendo, que tuviésemos presente lo que él ha dicho, no una vez sola, en el texto y prólogos de su obra; á saber, que su intento en ella ha sido hacer una historia de aquellos aconteci-

---

en que se halla, una disculpa anticipada de la especie de propension y preferencia que el autor manifiesta hácia los indios.

mientos, y no un poema épico sobre ellos.

No es justo, pues, pedir en su libro lo que él no ha querido poner, y los preceptistas poéticos se hallan extrañamente desconcertados cuando, despues de tal protesta, quieren ajustar la Araucana al canon de sus teorías. Y cierto que sería bien menester un abandono inconcebible, ó una ignorancia impropia de tal escritor, para que, tratando de hacer una fábula épica en el género de Homero y de Virgilio, comenzase su obra por el alzamiento del valle de Arauco, y la terminase con un manifiesto sobre la guerra de Felipe II á Portugal: que la accion tuviese principio y medio, y no se le viese el fin, puesto que los araucanos no quedan vencedores ni vencidos, dejándolos el autor en la eleccion de su segundo general por la muerte del primero: que no hubiese allí un héroe principal en quien se reunieran todos los efectos de interes, de admiracion y de ejemplo que se buscan en estas composiciones: que los episodios con que el poeta quiso vigorizar y enriquecer su fábula, los unos estuviesen dé-

bilmente enlazados con ella, como son los de Tegualda y Glaura, los otros fuesen absolutamente extraños, y aun incompatibles con el argumento, como sucede á la batalla de san Quintin, á la de Lepanto, á la descripcion del mundo, á la narracion de la muerte de Dido, y al manifiesto que se ha mencionado arriba. Semejantes defectos saltan á los ojos de cualquiera, por poco versado que esté en este género de crítica, y no prueba en el que los nota mas discernimiento y saber, que descuido ó ignorancia en el autor que los comete. Toda esta máquina de reparos doctrineros viene al suelo con solo responder que la Araucana no es una epopeya, sino una narracion verídica de aquellos acontecimientos, algun tanto amenizada con los halagos de la versificacion y del estilo, y con algunos episodios, siendo esto y no otra cosa lo que el autor quiso hacer.

A objeciones mas sólidas, y por ventura incontestables, está expuesta la obra, si se la examina rigorosamente por la parte de la amenidad que Ercilla se propuso dar á su ejecucion. Aquí no cabe

la misma disculpa: puesto que se habia de escribir en octavas, estas debian ser en su generalidad bellas, dulces y sonoras; y una vez que el estilo habia de ser poético y conveniente á la materia, debia tambien parecer por donde quiera noble, pintoresco y elegante. Ahora bien, á juicio de los mas indulgentes críticos, los versos de Ercilla decaen frecuentemente por falta de tono en el número y en los sonidos, y de esmero y elegancia en las rimas; mientras que la diccion, si bien pura y natural, se muestra llena de frases triviales, familiares y prosáicas, que desdicen del asunto y de la poesía. En vano se alegará, para excusar este desaliño, el ejemplo del Ariosto, á quien no solo por los pensamientos, sino tambien por la forma de expresarlos, se conoce que quiso seguir nuestro poeta. Aquel admirable escritor podia usar convenientemente desde el tono mas alto hasta el mas bajo en un poema, que por su naturaleza y caracter los podia admitir todos: pero el argumento de Ercilla, consistiendo solo en hazañas heróicas y militares, y no teniendo nada de burla y de comedia, se

negaba á toda frase que no fuese culta y noble. Supérfluo seria poner ejemplos de estos defectos de versificacion y de estilo que abundan tanto en la Araucana, y cualquiera lector los hallará por sí mismo. Baste decir que ninguno de nuestros buenos poetas se ha cuidado menos de esto que los humanistas llaman lenguaje poético. Hay sin duda un mérito bien grande en producir efecto con poco estilo y armonía, asi como en pintura con pocos colores. Pero es resbaladizo en extremo el límite que media entre la sencillez y el desaliño; entre la naturalidad y la bajeza; y Ercilla, tanto mas laudable cuanto es mas natural al tiempo en que el interes de las cosas y de su argumento le sostiene, incurre demasiadamente en falta de tono y negligencia, cuando este interes le abandona.

Lo mas singular, asi como lo mas recomendable, que hay en la Araucana, es el personaje del autor. No porque él se cante á sí mismo y celebre sus *altos hechos*, ó sean proczas, en la fábula en que interviene, segun ha dicho un preceptista moderno que probablemente no le habrá

leido *, sino por el bello caracter moral que Ercilla presenta en los sucesos que refiere. Joven, bizarro y valiente, deseoso de ver paises y de adquirir gloria, oye en Inglaterra que hay un levantamiento de indios en Chile, y se embarca para

* *On doute des hauts faits d'Alonso Ercilla, qui se chante lui même dans la fable dont il se montre l'un des acteurs*: dice Mr. Lemercier en su *Curso analítico de Literatura*, sesion 28.ª Se creería por este pasaje que nuestro poeta se presenta en su obra como un soldado vanaglorioso, cuyo principal intento es ensalzar sus propias hazañas. Cabalmente es todo lo contrario; y ningun escritor, que ha hablado de hechos de guerra á que él ha asistido, ha sido mas modesto en hablar de su persona. Ercilla no se pinta ni como capitan, ni como conquistador, sino como un voluntario que sirve en aquella guerra con los demas españoles, y no hace ni mas ni menos que los demas, aunque sus sentimientos son mas humanos y generosos para con los indios. Quizá Mr. Lemercier no sabe de la Araucana mas de lo que ya mucho antes habia dicho de ella en su *Discurso sobre el Poema épico* el autor de la *Henriada*, de quien es tambien de dudar que tuviese paciencia para leerla toda. Pero á lo menos el cantor de Enrique IV hace imparcialmente justicia á los bellos pasajes del poema español, y aun cuando supongamos que le conociese imperfectamente, su ordinaria vivacidad y penetracion

América á servir á su patria en aquella lucha porfiada. Cumple allí á la verdad con los deberes de militar y español, pero contemplando las costumbres extrañas y curiosas, el caracter indómito y el valor heróico que presentan sus intrépidos enemigos, su ingenio poético se exalta, y celebra en sus versos por la noche á los mismos que ha combatido por el dia. Esta genial disposicion de su ánimo le hace entrar en las causas de la guerra movida á los españoles, de un modo tan equitativo é imparcial, que le hace inclinar la balanza á favor de los araucanos, y como que los justifica. Movido del mismo impulso, trata á los esclavos que la suerte de las armas pone en su poder, mas como protector y amigo, que como amo y vencedor: dá libertad á Glaura y Cariolano, consuela á Tegualda y la en-

---

le dan pintado y apreciado con bastante exactitud en estas palabras, con que principia su artículo sobre la Araucana: *Sur la fin du seizième siècle l' Espagne produisit un Poème épique, célèbre par quelques beautés particulières qui y brillent, aussi bien que par la singularité du sujet; mais encore plus remarquable par le caractère de l' Auteur.*

trega el cadaver de su esposo muerto en un encuentro; defiende, no una vez sola, la vida del feroz é implacable Galvarino aun de sus mismos furores; y ya que por estar lejos no puede salvar al fuerte Caupolican del inexorable Reinoso, vierte á lo menos lágrimas de dolor y admiracion sobre su acerbo y doloroso castigo. Asi en medio de aquel campo, en que solo se veían y se oían la agitacion de la independencia, los esfuerzos de la indignacion y los gritos de la rabia de parte de los indios; y de la de sus dominadores irritados el orgullo de su fuerza, el desprecio hácia los salvajes, y los rigores de una autoridad ofendida y desairada, el jóven poeta es el solo que en su conducta y sus versos aparece como hombre entre aquellos tigres feroces, oyendo las voces de la clemencia y de la compasion, y siguiendo las máximas de la equidad y de la justicia. Los hechos, pues, de Ercilla pertenecen á otra categoría, harto mas respetable que la de *altos*, porque son magnánimos y buenos; y en este concepto ningun poeta épico se ha mostrado al mundo de un modo tan interesante.

Vuelve á Europa, durando la guerra todavía, y presenta su libro á Felipe II, sin recelo alguno de caer en mal caso por la justicia que hacia á los enemigos que habia combatido, y se mantenian aun en pie. El público recibió la obra con el aplauso extraordinario debido justamente á su mérito, entonces singular en España, y con el respeto que inspiraban el caracter y merecimientos del autor. El aplauso ha cesado, pero el respeto subsiste: y la Araucana, aunque rigorosamente hablando, no sea un poema épico, y mucho menos una historia *, es y será á pesar de las variedades del gusto y de los tiempos, uno de los libros castellanos mas estimables, asi por las bellezas de diccion y de poesía que contiene, como por los nobles sentimientos del autor, que excitarán siempre la simpatía de todo corazon bien inclinado y generoso.

No nos detendremos aquí en las *Lágrimas de Angélica* de Luis Baraona de Soto, poema muy recomendado entonces por la urbanidad de sus contemporáneos que estimaban el caracter y profesion del

* Véase la nota segunda al fin del tomo.

autor, pero olvidado ahora, y no leido ni aun por los que le poseen, aun cuando le aprecien como libro de dificil adquisicion. Propúsose el poeta contar las aventuras de Angélica la Bella desde que se casa con Medoro hasta que logra tomar posesion de su reino del Catay, que le tenia usurpado y le disputa con armas otra reina del Oriente. Por consecuencia es una especie de continuacion, y aun imitacion del Orlando furioso; empresa muy desigual á las cortas fuerzas del imprudente Baraona. Ademas de estar ejecutado en un estilo seco y prosaico, y en versos lánguidos y desaliñados, es su invencion tan extravagante, y al mismo tiempo tan pobre, tan poco interesantes las aventuras, tan nulos los caracteres, que la paciencia mas obstinada se cansa al instante de semejante lectura, y solo puede el libro citarse como un ejemplo mas de reputaciones mal adquiridas *.

* No queremos decir por eso que este escritor careciese absolutamente de talento poético. En la fábula de Acteon y en las sátiras insertas en el tomo IX del Parnaso español, no deja de haber chispas de ingenio, facilidad y soltura en la diccion, versos bastante fluidos

Pasemos, pues, á la *Bética conquistada* de Juan de la Cueva, que, aunque no en muchos grados, es sin duda alguna mejor *.

Floreció este poeta á fines del siglo XVI, y dedicóse, como era costumbre en los ingenios de aquel tiempo, á todo género de poesía; pero con mas doctrina que capacidad, con mas zelo y confianza que verdadera disposicion y talento. Sus versos líricos y pastoriles no se citan ya para nada y estan completamente olvidados: él alteró la simplicidad que tenian nuestras primeras comedias, y fue el primero que mezcló en el teatro los reyes y los príncipes con las personas ordinarias: hizo unas cuantas tragedias que no tienen de tales mas que el título: trabajó un Arte poética, donde se encuentran á veces seso y precision en los

---

y agradables. Á no ser por las fuertes pruebas de identidad que allí pone el colector, nadie las creyera del mismo autor que *las Lágrimas*.

* Este juicio de la Bética es con poca variedad el mismo que el colector tiene publicado mucho antes de ahora en otro opúsculo suyo.

preceptos, pero ningun enlace ni graduacion en ellos, ninguna amenidad é imaginacion en el estilo; y en fin, se atrevió á lo mas dificil del arte, que es un Poema épico, eligiendo para objeto de su canto la conquista de Sevilla por Fernando III.

Esta eleccion hacía honor á su juicio, puesto que indubitablemente el asunto es grande, patriótico, interesante. La lucha incierta y nunca interrumpida por cinco siglos con los bárbaros usurpadores, tomó en los dias de aquel heróico príncipe el aspecto majestuoso de un triunfo continuado. Arrancadas á los moros Córdoba, Murcia, Jaen y la poderosa Sevilla, la balanza del destino se inclinó decisivamente á favor nuestro, y señaló á los enemigos su última desolacion en Granada. Viéronse entonces reunidas sobre el trono de Castilla y en la persona de su rey, todas las virtudes de un hombre, todas las cualidades brillantes de un héroe, y todos los talentos de un monarca. Prudencia, rectitud, firmeza, inocencia de costumbres, piedad sin igual, amor al órden, zelo incesante por la perfeccion

civil y moral de su pueblo; todo inspiraba á los suyos amor y reverencia, todo llenaba á los extraños de respeto y admiracion. Los castellanos perdieron en él un legislador y un padre: los enemigos mismos debelados por su valor, hicieron demostraciones de sentimiento en su muerte: la historia le ha puesto en el templo de la gloria: la iglesia para la veneracion de los fieles le ha colocado en los altares.

Ni los moros, aunque ya decayendo, dejaban de presentar para su defensa una fuerza y poder suficiente á mantener por algun tiempo el equilibrio y dar interes á la contienda; ricos con sus artes, con su comercio y con su poblacion inmensa, animados del mismo espíritu de valor y de caballería que los cristianos, señores todavía de lo mejor de España, y apoyados fuertemente con los socorros de Africa, que tan facilmente podian venir á sus costas.

He aquí los objetos que la verdad histórica ofrecia al pincel del poeta, y las virtudes y costumbres que debia poner en accion; pero, es preciso confesar-

lo, Juan de la Cueva se quedó muy inferior al asunto que con tanto tino habia sabido elegir. El plan de su fábula está pensado con simplicidad y madurez: la accion tiene su grandeza proporcionada, y marcha á su fin libre y desembarazadamente, sin perderse en episodios eternos que la ofusquen y la ahoguen. Pero este movimiento es muy tardo, y el plan, concebido sin elevacion y sin genio, no sale de los estrechos límites señalados por las crónicas que tuvo presentes el poeta para formarle. Su héroe, frio, sin actividad y sin energía, jamas obra por sí mismo, jamas se anima; y es de las primeras figuras del cuadro la que está dibujada con menos fuerza, siendo asi que todas las demas son bien débiles. Diráse acaso que Cueva, á manera del Taso, quiso darle majestad y decoro á costa de la vivacidad y de la accion. Pero, prescindiendo de que hay mucha distancia del Fernando de la Bética al Gofredo de la Jerusalen, el épico italiano ha sabido compensar la falta de movimiento en su héroe con el fuego que anima en su fábula los bellos personajes de Reinaldo y de

Tancredo. ¿Dónde encontrar en la Bética un Tancredo y un Reinaldo? ¿Dónde se verá en ella resaltar el heroismo de sus guerreros, si no hallan dificultades dignas de ellos, y no sienten pasiones que los combatan? Los moros son siempre desiguales á los cristianos, y estos lo vencen todo con una facilidad que cansa y no interesa: ni se halla en todo el poema una desgracia imprevista, un peligro inminente y terrible, que despierte la atencion y avive la curiosidad.

Asi es que los episodios son generalmente infelices, y alguna vez indecorosos. En poema ninguno se hallan tantos consejos de estado y guerra menos dramáticos y nobles, visiones menos maravillosas, artificios de mágia mas comunes. No nos detendremos en aquella mezquina ermita, tan poco digna de una Epopeya: pero ¿cómo no reirse de la discordia levantada en el campo cristiano, por las alabanzas que los caballeros se dan unos á otros? Jamas disension mas miserable nació de motivo mas vano; y, tan pronto apagada como encendida, no puede producir otro efecto que risa ó

que fastidio *. El episodio en que el poeta quiso esmerarse, y que realmente está mejor contado que todo lo demas, es el de Botalhá y Tarfira, que sirve como de general ornato á la accion, y se enlaza

---

* Lo que se piensa mal, se escribe regularmente peor: en este pasaje es donde hay aquella octava que avergonzaría al mas miserable coplero:

Honrar es gran virtud, y es tener honra;
Dejar de honrar, es bárbara torpeza;
Aquel es mas honrado que mas honra,
Y de honrar se denota la nobleza:
Y aquel que de dar honra se deshonra
Da claro indicio de servil bajeza:
Bajo es aquel que por honrarse huye
De honrar, y baja condicion arguye.

¡Qué pensamientos! ¡qué diccion! Este poeta, que habia escrito las reglas de su arte, se habia olvidado bien extrañamente del primer precepto que allí puso:

El verso, advierta el escritor prudente,
Que ha de ser claro, fácil, numeroso,
De sonido y espíritu excelente.

¿Por cuál de estos caracteres podria dar Cueva el nombre de versos á los viles renglones de once sílabas que componen esa desdichada octava?

con toda ella. Pero aun aquí hay defectos capitales y negligencias inexcusables. La mas bella poesía no fuera bastante á dar decoro é interés á aquel infame Berberisco, que deja abandonada en Africa á la esposa á quien ha prometido su fé, que ha violado la hospitalidad del rey de Sevilla, robándole la hija, que se pasa con ella al campo cristiano, y es pérfido á su ley y á su nacion, combatiendo contra ambas. Tarfira, en quien quiso dar un traslado de la Clorinda del Taso, está por cierto bien lejos de la admirable gallardía de su modelo: baste decir que á Clorinda nadie la vence sino Tancredo, mientras que en la Bética casi todos atropellan á la desdichada Tarfira.

Juan de la Cueva no habia meditado bien sobre la naturaleza de la obra que emprendía: no conoció que sus fuerzas eran flacas para ella, y que jamas podria elevarse á la grandeza y perfeccion que necesitaba. Si en la invencion de su fábula hay tanta escasez de ingenio y de grandiosidad, este vacío está lejos de compensarse con las bellezas de la ejecucion; porque faltaba á este poeta aquella

vivacidad de fantasía precisa para describir con animacion y con gracia, y carecia tambien de la elocuencia patética con que se pintan las pasiones y se dá vida á los diálogos. En la narracion es mas feliz á veces, y éste es su verdadero mérito, cuando no se descuida ni cae demasiado por falta de esmero y de elegancia*. Dá dolor, por no decir ira, ver continuamente salpicadas las octavas de la Bética de ripios, de frases triviales, de transiciones forzadas, y de modos de decir tan bajos, que el cuento mas humilde se desdeñaria de admitirlos. Su diccion ya dura, ya violenta, ya pobre, se arrastra casi siempre con pena, desnuda de garbo y de fantasía. Y esto no absolutamente por falta de talento en el escritor, sino por no poner al ejecutar su obra aquel esmero y diligencia precisos, y en nadie mas que en un poeta: porque la primera obligacion del que escribe es escribir bien, y con mas razon del que es-

* De este desaliñado prosaismo adolecen las octavas desde la que empieza *Proponle el caso*, pág. 208, hasta acabar el extracto. Se hubieran suprimido todas, á no ser necesarias para completar la narracion del episodio.

cribe para agradar. ¡Qué de yerros, qué de faltas pudiera haber encubierto Cueva en su poema, si todo él estuviera escrito con la fuerza y la gallardía que tiene la siguiente comparacion, con la cual damos fin á este artículo!

No el soberbio leon con igual ira
Revuelve, lleno de cruel despecho
Al ginete Masilio, que le tira
La gruesa lanza, y le atraviesa el pecho:
Que estimulado á la venganza aspira,
Y arremetiendo al ofensor derecho
Paró, impedido de vengar su saña,
Y de bramidos hinche la montaña.

Mientras que Juan de la Cueva levantaba este imperfecto monumento al conquistador de Sevilla, un religioso dominicano en América se ocupaba con mejor fortuna en otro argumento mucho mas alto y sagrado, y por lo mismo infinitamente mas árduo. *La Cristiada* de Fr. Diego de Hojeda, no solo es muy superior á los demas poemas españoles escritos sobre el mismo asunto, sino que frecuentemente iguala y aun aventaja á la

Cristiada latina de Gerónimo Vida, publicada cerca de un siglo antes que la castellana. Ni sería muy temerario afirmar que, si bien muy distante casi siempre en grandeza, en decoro, y en fuerza, no deja de alcanzar á veces en sublimidad de invencion, en abundancia y calor de estilo, á los dos poemas célebres que sobre la caida del primer hombre, y sobre su redencion por el Mesías, se escribieron despues en Inglaterra y Alemania, y son clásicos en toda Europa.

El argumento épico de Hojeda es la pasion de Jesu-Cristo, y (contra la costumbre de casi todos nuestros poetas, que, siguiendo los caprichos de su desarreglada fantasía, han confundido el hecho que se proponian contar con una muchedumbre de episodios que le envuelven y anonadan) la Cristiada al contrario, presenta una accion sencilla y desembarazada, que principia en la cena de Jesus con sus discípulos, y concluye en el punto en que es desclavado de la Cruz y guardado en el sepulcro. Adórnanla episodios que, naciendo del mismo

asunto y enlazándose á él con un artificio bastante ingenioso, dan razon de lo pasado y de lo por venir, y completan el conocimiento de la grande obra de la Redencion humana. Asi por ejemplo, en la vestidura que el Salvador lleva al Huerto cuando vá á orar, están pintados los pecados del mundo, con los cuales se carga el Hombre-Dios para redimir de ellos al linaje humano. Asi la Oracion personificada sube al cielo, y expone al Eterno, para moverle á piedad ácia su Hijo, todos los padecimientos que ha sufrido desde su nacimiento hasta entonces. Asi el arcángel Gabriel para aliviar la aflicion de la Vírgen María, le pinta con todo el calor y vivacidad que dá de sí el ingenio del poeta, las delicias y consuelos que vá á tener en su resurreccion milagrosa. Las glorias futuras de la Iglesia, sus Doctores, sus Confesores, sus Patriarcas, aun sus peligros con las persecuciones y heregías que despues se han de levantar contra ella, entran y tienen su lugar conveniente en el cuadro, y se hallan naturalmente anunciados y pintados, como en pers-

pectiva, para explicar los destinos adversos y prósperos que se le preparan. No diré yo que este artificio sea igualmente oportuno en todas partes, ni que Hojeda haya sacado de él siempre todo el partido poético que era de esperar; pero no hay duda que es las mas veces ingenioso; y el autor ha conseguido así el objeto que se propuso de dar á la accion toda la riqueza y variedad posible, sin romper la unidad y sencillez de su plan, sin alterar en un ápice la religiosa austeridad que la caracteriza.

La parte sobrenatural de estos poemas, ó llámese máquina, que como condicion épica es, segun la opinion general, un accesorio preciso en ellos, era en la Cristiada la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportunidad no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho mas árduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la Cristiada esta alta composicion; en que los hombres, sin

saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales, inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, despues tratan de impedirlo por medios de equidad y de blandura, y desengañados al fin y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rabia y crueldad de los sayones, como en venganza de la mengua que van á padecer: mientras que los moradores del cielo, conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y maravilla por lo que se consiente á los hombres con el hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra, á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, mas allá firmeza y resignacion, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni el castigo: Dios en lo alto, inmoble en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra prestándose al sacrificio, y sufriendo, con toda la majestad y constancia de su carácter divino, aquel raudal de

amarguras y dolores, que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres, todo está en movimiento, todo en accion en este magnífico espectáculo, donde la pompa y brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intencion y de los pensamientos.

¡Ojalá pudiera decirse otro tanto de los caracteres! Porque si el poeta no desmiente el concepto general de los personajes que intervienen en su composicion, segun los datos que tuvo presentes para construirla, tambien es cierto que nada ha inventado en esta parte, nada ha añadido, y que no presenta ninguna belleza propia suya por donde merezca particular alabanza. No insistamos sin embargo mucho en este defecto: la falta de originalidad y de fuerza en las fisonomías morales, es en la que flaquean principalmente nuestras comedias, nuestros poemas, nuestras novelas; y pudiera añadirse tambien, bajo otros respetos, nuestra historia. La causa de ello

es clara, y por eso no hay necesidad de expresarla; pero el hecho es incontestable y notorio, y Hojeda por lo mismo no es mas responsable de ello que cualquiera otro de nuestros autores.

El lenguaje de la Cristiada es propio, puro, natural, ageno enteramente de la afectacion, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompieron despues la elocuencia y la poesía castellana. Pero no siempre es tan claro cual debiera, unas veces por la naturaleza de las ideas que pertenecen á un órden escolástico y teológico, poco inteligible al comun de los lectores; otras porque no pudiendo vencer la dificultad de la versificacion y de la rima, deja las cláusulas indecisas y el sentido confuso y enredado: no pocas, en fin, á causa del desaliño y descuido con que se hizo la impresion en Sevilla, estando él tan lejos para corregirla, y quedando el texto viciado sin culpa suya. Su estilo sube y desciende naturalmente, segun los objetos que tiene que pintar, aunque su temple general es el de la facilidad y el agrado, mas tierno y patético que fuerte y que su-

blime. Los versos son tambien generalmente fluidos y agradables; pero carecen muchas veces de plenitud y cadencia, y las octavas no se sostienen siempre con aquella igualdad, despejo y brillantez que en Céspedes, Lope, Jáuregui y Balbuena. Penetrado el poeta de la santidad y majestad de su asunto, como que desdeña entrar en este artificio y elegancias de versificacion y de estilo, propias tal vez, segun él, de los escritores profanos, y extrañas á la austera materia en que él se ejercitaba. Asi es que no se hallan en su poema imitaciones de otros poetas antiguos ni modernos: el lenguaje de la Escritura y de los libros ascéticos son las fuentes de su diccion, que hierve toda de expresiones sublimes á veces, á veces tiernas y dulces, y frecuentemente tambien tocando en familiares y bajas por su extremada naturalidad y sencillez.

A un poema, pues, concebido con tanta fuerza de fantasía, construido con tanto acierto, y escrito en lo general con tanta facilidad y pureza, ¿qué le falta para ser colocado entre las epopeyas de pri-

mer órden? No hay duda en que, atendidas estas cualidades, la Cristiada es por ellas igual, ó mas bien superior, á las demas obras de esta clase escritas en castellano. Mas para llegar á la altura en que se hallan los verdaderos modelos del género, ya faltan á esta obra muchas de las condiciones absolutamente precisas. Primero: la debilidad en los caractéres ya mencionada arriba, de donde nace el poco nervio de los pensamientos y la poca fuerza y energía en su parte dramática. Segundo: la poca dignidad con que están desempeñadas ideas grandes por sí mismas, y que por el modo con que están tratadas, se hacen menudas y aun indecorosas. Tercero: la difusion y la declamacion en que el escritor incurre frecuentemente, olvidándose de que está haciendo las veces de poeta, y no las de expositor ó misionero.* Cuarto, en fin: la falta de nobleza y elegancia contínua

---

* Este defecto le es comun con Dante y con Milton, los cuales muchas veces son mas controversistas que poetas: escollo inevitable, ó llámese condicion precisa de semejantes asuntos.

en el estilo, que raya muchas veces en prosáicó y familiar, y ofende no pocas por las expresiones triviales y aun pueriles que el autor se permite*. Tan graves defectos disminuyen sobre manera el mérito de la Cristiada; y Hojeda, que supo abrirse un campo tan nuevo y tan rico, que muestra un talento de invencion tan fuerte, y tanto tino en la disposicion de

---

* Basta este ejemplo por muchos. En el libro 2.° la Oracion, despues de esta octava en que habla de la aclamacion de los ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios y de la adoracion de los Reyes;

Bien sé que á Dios la gloria en las alturas
Los convecinos valles resonaron,
Y al hombre paces con verdad seguras
En los cóncavos montes retumbaron:
Y que tres reyes con entrañas puras
Del niño tierno el grave pie besaron,
Postrando en tierra sus coronas de oro,
Y dándole en ofrenda su tesoro.

Añade en seguida =

Pero, Señor, sus tiernos pucheritos,
Sus niñas quejas, sus pueriles llantos,
Granos de aljofar, con razon benditos,
Y blandas perlas de sus ojos santos,
¿No son merecimientos infinitos? &c.

su obra, no alcanza á los grandes modelos de quienes pudo fácilmente ser émulo, y por falta del conveniente esmero y diligencia, no acertó desgraciadamente á igualar la ejecucion con la idea.

Sigue en el órden de estos extractos *La Invencion de la Cruz* de Francisco Lopez de Zárate, poema publicado en 1648, aunque escrito y concluido muchos años antes. Los ingenios del tiempo le conocian, puesto que Cervantes le anunciaba ya en su Pérsiles; y, segun su costumbre de alabar sin medida, igualándole nada menos que con la Jerusalen del Taso. Aunque no con tanta ponderacion, pero siempre con bastante aprecio, hacen memoria de esta obra D. Nicolas Antonio en su Biblioteca, Luzan en su Poética, Velazquez en sus Orígenes. No faltaban á Zárate juicio y dignidad en los pensamientos y algun talento poético para la expresion y los versos. Pero aun cuando con estos medios alcanzase á dar alguna amenidad á las máximas filosóficas y morales á que era naturalmente inclinado; faltábanle el gran raudal de ingenio y el poder de fantasía, absolutamente preci-

sos para desempeñar dignamente el cuadro épico que se propuso.

La Invencion de la Cruz, bien que sea un suceso tan santo é interesante por sí mismo, no presentaba las condiciones necesarias para formar una epopeya, y solo podia dar materia á un episodio de asunto mas extenso. Asi es que el autor, aun cuando en su proposicion le anuncia como el objeto principal de su designio, y despues invoca á la Cruz misma para que le inspire en lo que vá á cantar de ella, aun cuando en los primeros libros se ocupa del viaje y peregrinacion de la piadosa Elena en busca del santo madero, despues se distrae á las guerras de Constantino en que se dilata por toda su obra, dividiendo así la contextura de su fábula en dos ramales desiguales y distintos, que no tienen el menor influjo uno sobre otro, y que el autor enlaza penosamente entre sí. Una vez que el objeto del poeta era en último resultado cantar el triunfo del Cristianismo sobre la idolatría, este gran conflicto no debia presentarse en las orillas del Eufrates, y junto á los muros de Babilonia. En los campos del Tiber y

junto á la metrópoli del mundo era donde debian contender la religion que nacía y la religion que espiraba, la ferocidad tiránica de Majencio, y la magnanimidad heróica de Constantino. Allí es donde los prestigios antiguos, las tradiciones históricas, la celebridad de los nombres de familias y la majestad de los lugares, podia ponerse noble y poéticamente en oposicion con la virtud y el fervor de los primeros cristianos, con sus costumbres puras y sencillas, con la fé y zelo del príncipe que los guia, y con el entusiasmo religioso que los anima. Y al tiempo en que mas enlazada y dificultosa fuese la lucha entre estas causas opuestas; que las pasiones estuviesen en su punto mas alto de vehemencia y de calor, y que la crísis fuese mas dudosa y terrible; entonces es cuando la insignia sagrada de la Redencion, apareciendo en los aires rodeada de rayos de gloria, podria inspirar una confianza prodigiosa á sus campeones, llenar de pavor y espanto á sus enemigos, arrojarlos precipitados en las ondas del Tíber, y apagar para siempre los rayos de Júpiter en el Capitolio.

Estos datos grandes y fecundos, que le presentaba naturalmente su argumento, tomado de mas arriba, si no fueron del todo desconocidos por Zárate, se vé que fueron muy desatendidos, pues se arrojó al pais de las ficciones y de las quimeras, para las cuales su imaginacion, poco inventiva, era insuficiente. El sueña una expedicion de Constantino al Asia que jamas hizo, y una guerra en Babilonia que jamas hubo, y allí establece el campo de su Iliada, siguiendo mas los pasos de Taso que los de Homero, y tan lejos del uno como del otro. Un fantástico Serpeno, rey de Persia, á cuyo lado figuran el general de su ejército, un anciano estadista, un mago, una heroina, un gigante y otros personajes de su laya, todos infelices copias de la Jerusalen italiana, son los que, ayudados de cuando en cuando por el invisible poder de los espíritus infernales, se ponen en oposicion con Constantino y los capitanes que le acompañan, igualmente oscuros y ficticios, que no toman existencia y fisonomía, ni de la realidad histórica, ni de la verosimilitud y conveniencia.

Las aventuras, los encuentros, las batallas, los discursos con que unos y otros obran y se combinan entre sí, se resienten generalmente del desacierto con que están concebidos: puestos de ordinario fuera de lo natural por lo exagerados, ó inferiores por triviales á la dignidad del cuadro y del asunto, no producen en el ánimo ni admiracion, ni curiosidad, ni simpatía.

El estilo y los números, con que el poeta ha animado su composicion, no son generalmente tan viciosos como su invencion y contextura. Hállanse con frecuencia nobleza y vigor en los pensamientos, y no carecen tampoco de pompa y gravedad la diccion, de cadencia los versos, de plenitud los períodos. Pero en esta parte tambien no deja poco que desear, porque la ejecucion se resiente del escaso raudal poético que Zárate poseía. Muchas veces la imagen, la comparacion, el período, que empiezan con envidiable felicidad, decaen por falta de aliento en el escritor, y pasajes de alta y bella poesía se desgracian empezando ó terminando en máximas comunes y ge-

nerales, expresadas en frases vagas é insignificantes. En vano aspira el autor á llenar este vacío, encareciendo á veces los objetos que describe con varias y gigantescas ponderaciones: este recurso desdice de la índole templada y grave de su talento; y los objetos así exagerados rayan en pueriles y absurdos por su extravagancia. Es probable que, contra lo que ordinariamente acontece, el poema perdiese algo en esta parte por la tardanza de su publicacion. Cuando el autor le escribia, aun no estaba estragada la diccion poética castellana: Zárate tenia demasiado seso para entregarse del todo á los caprichos y delirios, que con talentos harto mas grandes que los suyos introdujeron despues Góngora y Quevedo: mas no pudo libertarse enteramente del contagio, y creyendo dar mayor hermosura á su poema, puso en él lunares que antes por ventura no tuvo, reputándolos adornos precisos para agradar al falso gusto de su tiempo. En él sin embargo estos vicios son mas frecuentemente de pensamiento que de lenguaje. Añádase, en fin, la falta, mas gra-

ve aun, de variedad, de flexibilidad y de ternura: la lira del cantor de Constantino carecia absolutamente de cuerdas patéticas y amenas; y cuando sonaba bien, desgraciadamente no sonaba mas que de un módo.

Por aquel mismo tiempo se ocupaba Lope de Vega de su *Jerusalen conquistada*; y cierto que al Fénix de la poesía española, como entonces se le llamaba, no se le podrán oponer las mismas objeciones de sequedad, esterilidad y monotonía que se hacen al anterior. En flexibilidad de talento, variedad de tonos, amenidad, dulzura, abundancia y destreza en versificar, pocos son los poetas, acaso ninguno, que pueda competir con Lope de Vega; pero tambien pocos, ó ninguno, le igualarán en el lastimoso abuso que ha hecho de los dones admirables con que la naturaleza le dotó. Confiado en ellos, de nada dudaba y á todo se atrevia. Despues de intentar seguir el rumbo de Ariosto en las aventuras de Angélica, quiso dar á su patria un poema épico á la manera del Taso, en que quedasen eternizadas, de una manera no-

ble y digna, las glorias de su pais y su propia gloria tambien. Todas las demas obras suyas se hicieron como jugando: no así la Jerusalen conquistada, donde quiso hacer prueba de todo el ingenio, de todo el juicio y doctrina de que era capaz; como que habia de ser el fiador de su fama en Italia, contra la mala opinion que le resultaba de las obrillas despreciables que allí se le atribuían.*

Pero por desgracia este fiador correspondió muy mal á sus promesas, y ni la Italia ni la España entonces, ni la posteridad despues, le han admitido en

* Ya en la introduccion de la primera parte de estas poesías hemos citado los versos que escribia á su amigo Gaspar de Barrionuevo.

Desengañad á Italia, Barrionuevo:
Mientras que llega el fiador que obligo
De la Jerusalen, de aquel poema
Que escribo, imito, y con rigor castigo.

Estaba tan infatuado con su poema, que solo temia le condenasen los que no le leyesen. Por eso le puso por lema aquel pasaje de san Gerónimo: *Legant prius et postea despiciant; ne videatur, non ex judicio, sed ex odii præsumptione ignorata damnare.*

el tribunal de la opinion, como título de gloria bastante á justificar la sobrada confianza del poeta. Y no porque en ella no prodigase cuanta lozanía habia en su imaginacion, cuanta amenidad tenia su estilo, cuanta elegancia y encanto sabia dar á sus versos cuando queria. Lope en estas dotes es superior á sí mismo en muchas partes de su Jerusalen, donde tambien toma á veces una solemnidad de acento, y una audacia de diccion poética, poco frecuentes en las demas obras suyas. Pero todo está deslucido, y miserablemente desgraciado, con el desconcierto del plan, con los vicios capitales que hay en la formacion de los caracteres, y con la poca grandiosidad y decoro que dió á los diferentes miembros del edificio que se propuso construir.

Su intento fue contar los sucesos de la tercera cruzada, cuando vencido el rey de Jerusalen Guido de Lusiñan, cerca de Tiberiades, y ocupada la ciudad santa por Saladino, los principales potentados de Europa se cruzan y arman para pasar al oriente y libertar á Jerusalen de sus manos. El poeta abraza todos los

acontecimientos de aquella expedicion infeliz, desde la rota de Lusiñan hasta la retirada sucesiva de los príncipes coligados y muerte de Saladino: todo contado por su órden natural, sin artificio ninguno poético, sin centralizar la accion para simplificarla, y adornándolo con los episodios de caballería y galantería, á que propendia tanto el gusto del tiempo y la imaginacion del poeta. La máquina, aunque tomada de la religion, de la mágia y de la alegoría, es lo menos importante de la obra, y puede considerarse en ella mas como un adorno accesorio, que como una de las cosas que forman el equilibrio de la composicion.

Causa por cierto extrañeza ver el título de *Jerusalen conquistada* en un poema en que Jerusalen no se conquista: pero esta ambigüedad aparente se explica despues y se aclara con la marcha general de la obra y con la calificacion de epopeya trágica que la atribuye su autor, circunstancia que mas de una vez inculca en sus escritos.* Así el verdadero argu-

* . . . . . *Mas la Iliada*
De la tragedia fue famoso ejemplo,

mento del poema es Jerusalen conquistada por Saladino, y no recuperada por los príncipes cristianos. Esto podia no ser satisfactorio ni glorioso para ellos; pero es trágico y lamentable para Jerusalen, que esperaba por su medio ser rescatada, como lo fue antes por Gofredo. De aquí nacen los frecuentes apóstrofes del poeta á la ciudad santa, á la que despues de cada desgracia que sucede, se vuelve para anunciarla otros sucesos mas tristes, darla consejos duros, ó afligirse y lamentar con ella al modo de los profetas. Bajo este punto de vista el cuadro tiene unidad de intencion y de interes; y los acontecimientos de aquella infeliz cruzada, emprendida por tan grandes príncipes y ejecutada con tanto poder y tanto valor, concurren todos á descubrir el designio de la Provideucia, y Jerusalen queda atada con cadenas de hierro incontrastables al yugo de los infieles.

Hubiera Lope dado á su poema el ca-

A cuya imitacion llamé epopeya
A mi Jerusalen, y añadí trágica.
Arte nuevo de hacer comedias.

rácter y direccion que le presentaba este pensamiento feliz, y otra cosa fueran su contextura y su ejecucion: por lo menos fuera nuevo. Pero él anuncia desde el principio que vá á cantar las glorias del rey Ricardo y las de los españoles en el Asia: el poema lleva generalmente la marcha de una empresa que se vá á lograr, y esta empresa es interrumpida y abandonada de un modo que induce á indiferencia, y por ventura á desprecio, respecto de los personajes que asi faltan á sus promesas y á su voto. El emperador Federico Barbarroja, que acude primero al socorro de la Palestina, se ahoga en las aguas del Cidno, sin haber hecho cosa de momento. Felipe Augusto se vuelve á Francia por no contribuir á las glorias de Ricardo, á quien envidia la conquista de Ptolemaida: Ricardo, á pesar de las protestas y juramentos hechos de no ceder en la santa empresa hasta morir ó dar libertad á la ciudad sagrada, no aprovecha la gran victoria que gana en los campos de Belen, y para defender sus estados atacados por Felipe, se vuelve á Europa, y peregrinando disfrazado por Alemania

es preso por el duque de Austria, y detenido allí por mas de un año. Alfonso de Castilla, á quien, contra el testimonio de la historia y aun contra la conveniencia, Lope hace intervenir en la expedicion *, se vuelve tambien á su reino, donde despues de casado con su adorada Leonor, dá el escándalo de entregarse siete años seguidos á los amores de una judía, hasta que sus mismos ricos-hombres se la matan. Saladino, en fin, muere de su enfermedad, pacífico y tranquilo poseedor de los Santos Lugares, y con la descrip-

* Son de ver, por lo frívolas y enredadas, las razones que alega Lope en su prólogo para persuadir á sus lectores y á sí mismo, que Alfonso octavo acompañó al rey Ricardo en la expedicion de Palestina; reduciéndose todas en suma á que Alfonso estuvo allí porque pudo estar, y á que no hay contradiccion ninguna en que estuviese. Excusado era por cierto enredarse en los laberintos de la crítica histórica para venir á parar en semejante resultado: pero este prólogo, uno de los mas infelices escritos de nuestro poeta, muestra por su indigesta y vulgar erudicion, y por sus raciocinios extraños y triviales, cuánta confusion de ideas habia en la cabeza de Lope, y cuán superior era lo que escribia como poeta, á lo que escribia como crítico y humanista.

cion de sus exequias se dá conclusion al poema. Así dá cuenta Lope de todos sus héroes; y á la verdad que no habia para qué escribir veinte libros de octavas, y prodigar en ellos tanta amenidad y lozanía de estilo, tanto halago y número en los versos, para no dar mas realce con ellos á sucesos tan prosáicos y resultados tan infelices.

Vengamos á los caracteres, examinemos la fisonomía, las formas y proporciones que ha dado el poeta á los personajes que pone en accion, y hallaremos que todo es fantástico, caprichoso, ageno igualmente de la tradicion y de la historia que de la majestad de la epopeya. Vanamente se buscaria en el príncipe inglés, héroe principal del poema, aquel carácter tan orgulloso y soberbio como franco y popular, aquel guerrero de la incontrastable lanza, mano de hierro, y *corazon de Leon* *. El Ricardo de Lope no es el Ricardo de la historia, ni el de las novelas, ni el de los trovadores. Es un comandante de príncipes y

* El terror que el valor personal y las

reyes en una expedicion militar, solamente grande y espantoso porque el poeta lo dice, mas no por sus palabras y acciones, que son generalmente ordinarias y comunes, y alguna vez no muy justas y decorosas. El político Felipe Augusto es un vulgar envidioso; Alfonso, uno de los reyes mas respetables que ha tenido Castilla, es representado como un galan de comedia, subordinado á Ricardo, eclipsado por Garceran, que hace en el poema un papel harto mas brillante que él, y no realzado en esta posicion

---

proezas de Ricardo infundieron á la redonda en Palestina, fue igual al que Alejandro en otro tiempo habia inspirado en la Persia y en la India. Las madres ponian miedo en sus niños con solo mentarles su nombre, y cuando á algun ginete se le asombraba el caballo, solia decirle con ira: *¿piensas que el rey Ricardo está allí?* Lope ha conservado este rasgo, pero en honor de su valiente Garceran.

Dicen, si algun caballo se alborota
En el campo que ahora el turco tiene,
O desatado va, la rienda rota,
¿Piensas que contra ti Garceran viene?

LIBRO 13.

subalterna por ningun hecho, ninguna proeza que le revista de dignidad y le dé interes alguno. Saladino, en fin, cuyo nombre ha pasado á la posteridad seguido del respeto y estimacion que la imparcialidad de amigos y enemigos tributaba á sus talentos y á sus virtudes; Saladino es en la Jerusalen, ya digno príncipe, ya tirano, ya clemente, ya cruel, ya valiente, ya cobarde, segun al escritor le conviene ó se le antoja en cada momento, y siéndolo todo menos Saladino.* El mismo desconcierto hay en los caracteres de segundo y tercer órden. Sirasudolo, el hermano del soldan, que

* Para que se vea la inconsecuencia de Lope en la pintura de los caracteres, principalmente en el de Saladino, véanse estos tres pasajes que estan inmediatos uno á otro en su poema.

Cuando la sangre hasta los pies alcanza
Del nuevo Diocleciano y Eccelino

. . . .

Parte el rico despojo con su gente
Liberal, apacible *y* generoso

. . . .

Que un bárbaro sin ley *á todo oriente*
En cumplir su palabra ejemplo ha sido;

al principio se muestra como un coloso de fuerza y de pujanza, se convierte al fin en un fanfarron ridículo, y cómicamente envilecido. Isabela es una muger vulgarmente voltaria y fácil, tan bien hallada con sus robadores, como con sus diferentes maridos: la heroina Ismenia, infeliz imitacion de la Clorinda del Taso, ni es hombre, ni muger; tan empalagosa de dama con sus amores, como enfadosa de caballero con sus baladronadas. Alguna excepcion favorable podria hacerse de Guido y de Sibila, mas regularmente dibujados; del Maestre del Temple D. Juan de Aguilar, que, aunque en bosquejo, tiene dignidad heróica y poética; y sobre todo de Garcerán Manrique, no siempre, á la verdad, dig-

---

Mas parece que serlo contradice
Quien cumple vencedor lo que antes dice.

LIBRO I.

El personaje que es apacible, generoso, liberal, y cumple, aunque bárbaro sin ley, cuando ha vencido, la palabra que dió antes de vencer, no puede merecer los nombres de Diocleciano y Eccelino en el sentido que Lope les dá.

no de la epopeya, pero que con mucha vida y movimiento presenta donde quiera aquel compuesto de valor, lealtad, devocion, galantería, generosidad y jactancia, que formaban en tiempo de Lope el tipo del caracter español.

No hablaremos de la disposicion y enlace que ha dado el poeta á los diversos incidentes que le prestaba su argumento, ó que le sugirió la fantasía, para adornarle y robustecerle. Todos los críticos convienen en que la Jerusalen carece en esta parte del artificio, graduacion y encadenamiento que los poemas épicos requieren, para que se unan en ellos la variedad y la riqueza con la unidad y el interés. De la disposicion que Lope ha dado á las diferentes partes de que su fábula se compone, resulta una confusion que fatiga el ánimo y no le permite reconocer bien la totalidad del objeto que ha tratado de pintar. El cargo es justo, pero menos quizá por falta del conveniente artificio, aunque á la verdad no hay mucho, que por el sin número de episodios, unos extraños, otros menudos, otros indecorosos con que interrumpe á

cada paso, y desluce los principales incidentes de la accion. Quien le ve distraerse á la pueril cruzada de los niños de Toledo, á los sucesivos matrimonios y galanterías de Isabela, á la indecente lucha de Garceran con Ismenia, á la cómica provocacion de Sirasudolo, que los vá á desafiar á uno y otro creyéndolos muertos, para darse el lauro de tan vil y ridícula bravata, á las vulgaridades con qué García Pacheco ensalza las cosas de Castilla á Saladino, al recuento en fin, de las aventuras de unos y otros príncipes despues que dejan la Tierra Santa; dice y dirá muy bien que el poeta no sabia por dónde iba, ni cuál era su objeto, ni á qué punto debia llegar el efecto que se proponia en su obra. Creía Lope por el aplauso general que conseguian sus versos y su estilo, principalmente en el teatro, que cuanto dijese en ellos sería bien recibido. Pero se engañaba mucho en esta confianza; y, bien que sus versos estuviesen generalmente bien hechos, y su estilo fuese fácil, florido y agradable, no estaba en ellos tan exento de defectos, que pudiese en gracia suya disimularse una

aberracion tan grande en la composicion y en las ideas.

Porque, ademas del desaliño y llaneza en que de ordinario cae por la falta de esmero y diligencia, á que se habia acostumbrado trabajando siempre tan á la ligera, ofenden tambien frecuentemente los conceptos alambicados y oscuros, las metáforas viciosas, los juegos de palabras pueriles, y sobre todo aquella afectacion pedantesca de lucirse á cada paso con una doctrina, por lo comun trivial, y las mas veces impertinente.* Suelen los grandes coloristas disimular en sus cuadros las faltas de dibujo y de composicion

---

* Ya desde el principio, despues de la grata y fácil entonacion de estos primeros versos,

Yo canto el zelo y las hazañas canto
De aquel varon, soldado y peregrino,
Que á ser del Asia universal espanto
Desde la selva Calidonia vino,

Se hallan estos otros:

Haciendo á un tiempo de Minerva infusas
Llorar las armas y cantar las musas.
Hermosas Drías del ilustre rio,
Que baña en oro la nevada espuma;

con la gracia y variedad de las actitudes, y con el brillo y riqueza de las tintas: en esto á lo menos, en que se conocen superiores, no se descuidan jamas. Pero en el poema de Lope, aunque la ejecucion sea

---

De vos y de su márgen me desvío,
Que á mas dorado Tajo doy la pluma:
Pasad sin miedo el sol, Dédalo mio.

. . . .

Perdona la humildad de mi Talía,
Que hay piedra que del brazo me derribe;
Pues cuando el del ingenio alzar deseo
Me transforma en Adonis Prâxileo.

Podia preguntarse á Lope qué entendia él por *llorar las armas infusas de Minerva*; á qué propósito en un poema de tanta gravedad permitirse el equívoco ridículo del *Tajo* que se dá á las plumas de escribir con el rio *Tajo*; cómo el nombre de *Dédalo* es sinónimo de ingenio; qué sentido tiene la expresion de *que hay piedra que le derribe del brazo*; ni á qué cuento viene la oscurísima é impertinente alusion al mal poema que sobre Adonis escribió en griego la antigua Praxila, y quedó por prototipo de necedades: esto en las cuatro octavas primeras. Y cuando prosiguiendo la lectura se hallan con mas ó menos frecuencia semejantes despropósitos, dudamos con razon de que Lope castigase su poema con el rigor que decia, ó á lo menos, de que tuviera verdadera idea de cómo debia hacerse este castigo.

brillante casi siempre, y frecuentemente fácil y apacible, hay demasiados rasgos que, con su falta de verdad, de sencillez y de buen gusto, vienen á viciar y entorpecer aquella corriente de poesía tan abundante y tan bella, y estorban por lo mismo que pueda el mérito del desempeño compensar debidamente el vacío de la composicion. . . . .

Estas consideraciones, por severas que parezcan, como no son injustas, servirán á dar razon de la indiferencia con que los contemporáneos de Lope y la posteridad han recibido la Jerusalen conquistada, á pesar de los esfuerzos de su autor para que fuese el mejor floron de su corona poética. Yo no la creo sin embargo merecedora del total olvido en que hoy dia se la tiene, y pienso que no es perdido el tiempo que se gaste en leerla y aun en estudiarla, sea para el agrado, sea para el provecho. Los trozos que van escogidos y colocados adelante, manifestarán la mezcla desdichada que habia en aquel escritor de superioridad y flaqueza, de bizarría y pequeñez, de elegancia y de descuido. Sobresalen sin embargo en ellos

las bellezas, y bastan por sí solos á dar idea del talento de Lope, aun en un género, que puede decirse con verdad no era para el que le habia criado la naturaleza.

No diremos lo mismo del obispo de Puerto-rico, Balbuena, autor de *El Bernardo*, ó sea la victoria de Roncesvalles, que ha sido entre nosotros quien nació con mas dones para esta alta poesía, aunque por el tiempo y modo de emplearlos no acertase á sacar todo el partido que prometian para su gloria y la de nuestras letras. El nos dice en su prólogo que aquella obra era fruto de sus primeros trabajos y una aplicacion que quiso hacer, cuando jóven, de las reglas de humanidades que acababa de aprender en las aulas de retórica. Aun cuando él no lo dijese, la obra misma lo manifestaria: las frecuentes imitaciones que hay en ella de Lucano, Ovidio y Virgilio, y el modo con que están hechas, muestran cuáles eran los autores favoritos de sus primeros estudios, al paso que se descubren donde quiera sus pocos años, por la licencia y abandono con que escribe,

y por la monstruosa prodigalidad con que abusa del don que tenia para inventar, y del mayor que aun le asistia para versificar y describir. Un poema heróico no es ciertamente obra de ensayo, y pudiera decirse de Balbuena lo que se ha dicho de otro gran poeta, épico tambien, y no muy fuerte en los principios de su carrera, que *acabado de destetar por las musas, tenia todavía en las venas mas leche que sangre.* De cualquier modo que sea, el Bernardo, considerándole solo como prueba de fuerzas poéticas en un jóven que acaba de salir de las aulas, no solo es una obra estimable, sino en cierto modo maravillosa.

Despejemos el hecho principal que sirve de fundamento á la fábula, y prescindiendo por un momento del diluvio de incidentes que le confunden y entorpecen, veamos cuán desahogadamente se pinta en la fantasía, cuán oportunamente se comienza, cuán épicamente se termina, y cuánto interés y atencion inspira por su elevacion y sencillez. El orgullo de Carlo Magno y de sus doce Pares, su poder inmenso, sus desafueros y dema-

sías, tenian oprimido y cansado el mundo, y ofendidas sobremanera las Hadas, que en el sistema maravilloso adoptado por el poeta, se supone tener bajo su gobierno las cosas todas de la tierra. Ninguna de ellas habia que no estuviese agraviada por alguno de aquellos insolentes paladines; y todas tenian concertado vengarse de ellos y derribar la Francia por el suelo, al tiempo en que se creía en el punto de su mayor altura. Criábase ya en poder de Orontes, sábio y virtuoso mago, el príncipe Bernardo, nacido de la sangre real de los godos, hijo del Amor, huérfano de sus padres, á quienes el rey casto, su tio, tiene encerrados por vida en pena de sus ilícitos amores. Orontes le inspira todas las virtudes que debe tener un caballero, y le adiestra en todas las artes y habilidades de la guerra, á la manera que en aquellos tiempos lo habia sido Rugero por Atlante, y en los antiguos Aquiles por Chiron. Este es el que por disposicion de las Hadas, principalmente de Alcina, ha de ser el grande ejecutor de aquella ruidosa venganza, el

que revestido de las armas del vencedor de Héctor, ha de combatir y matar al encantado Orlando, y derribar el poder frances en Roncesvalles. Bernardo aparece primero como un relámpago en España, y sin ser conocido liberta al rey su tio de una emboscada y encuentro en que le iban la corona y la vida. Hecha esta hazaña, y conducido por el invisible poder que le guia, se entra en el mar y encuentra un navío donde vá Orimandro, rey de Persia, que á peticion suya le arma caballèro, y con quien al instante se desafia y combate por la libertad de Angélica la bella, á quien aquel rey llevaba forzada consigo. Entra despues en la grande aventura de las armas de Aquilés, que á fuerza de intrepidez y de osadía, entre peligros y portentos, se las arranca al fin á Ayax Telamon, que desde la guerra de Troya las tenia sepultadas consigo en su sepulcro. Revestido de ellas, sale otra vez al mar, libra de unos corsarios en medio de una tormenta á Arcangélica, hija de Angélica y de Marte, cifra única en el mundo de valor y de belleza humana, gana el premio en las

justas de Acaya, no admite la mano y reino que le ofrece Crisalva, princesa de Creta; y célebre ya y ennoblecido con pruebas tan señaladas de esfuerzo y de virtud, y digno ya de mas gloria, vuelve á España, tiene un primer encuentro y duelo con el famoso Roldan, preludio y anuncio del que ha de haber despues entre los dos; acomete y acaba la grande empresa del castillo de la Fama, saca libres de allí á su ayo Orontes y otros trescientos caballeros españoles, y al frente de ellos se dirije al campo del rey su tio, que iba ya á encontrar con el ejército francés en el paso de los Pirineos. La batalla de Roncesvalles se dá: mil agüeros la preceden y la anuncian: unos y otros hacen prodigios de valor en ella, hasta que cayendo Roldan muerto á los pies de Bernardo, el destino de la Francia viene al suelo, el combate cesa, y el poema se acaba. Así la accion, aunque perdida y confundida á la mitad del poema en el sinnúmero de incidentes y episodios con que, abusando de la libertad novelesca, el poeta la recarga y la destruye, vuelve á tomar su curso épico, des-

de que Bernardo sale del castillo de la Fama y se junta con el rey su tio, hasta que concluye con la grandeza heróica conveniente en la gran jornada de Roncesvalles: á la manera que un rio caudaloso llega á desaparecer enfangado y perdido entre pantanos y arenales, y luego desembarazado de ellos, vuelve á tomar su corriente, y entra raudo y majestuoso en el Océano.

El hecho, pues, en que el poeta fundó su fábula, escondido en la oscuridad de los tiempos remotos y en los orígenes de la monarquía, y por lo mismo mas flexible á las formas que quisiera darle la imaginacion, célebre ya en las leyendas y tradiciones vulgares y en las ficciones de la poesía caballeresca, era alto, grande, y en extremo interesante para los españoles del tiempo de Balbuena, por la rivalidad que entonces existia entre las dos naciones limítrofes. En él obran caracteres, si no profundos y enérgicos, propios á lo menos de la época, y consecuentemente dibujados: diálogos discretos, bizarros, urbanos, y á veces sentidos y patéticos; episodios, entre los in-

finitos que contiene; no pocos que son oportunos, nuevos y felices; descripciones admirables de paises, de fenómenos naturales, de edificios y de riquezas: antigüedades de pueblos, de familias y de blasones: sistemas teológicos y filosóficos, alegorías morales, sentencias y pensamientos profundos y nerviosos: comparaciones abundantes, vivas y bellísimas, una diccion poética llena de frases notables por su novedad y atrevimiento: una versificacion fácil, agradable donde quiera, no pocas veces alta y pomposa, segun los objetos lo requieren; y todo escrito con tal confianza y osadía, con un aire tal de libertad y desahogo, que el poeta parece que juega con las dificultades de su arte sin conocerlas, como su héroe se burla de los peligros, y sin aprension ni recelo acomete burlando las empresas mas árduas, arrollando todo cuanto le sale al encuentro en su camino.

Tales son las riquezas poéticas con que el ingenio del autor supo dotar á su Bernardo: veamos ahora con la misma imparcialidad los yerros con que pudo deslucirlas. El principal es la difusion

monstruosa y la prolijidad con que, dando rienda á su imaginacion inventiva, amontona episodios sobre episodios, que cruzándose y confundiéndose entre sí, forman un laberinto sin salida, donde el autor se pierde miserablemente y el lector se aburre, y deja caer el libro de la mano, sin deseo de volverle á tomar otra vez, por no volverse á fatigar en valde. Otro grave yerro es que muchos de los personajes que llenan el campo de estos episodios, desaparecen, sin que se sepa en qué paran, ni vengan á manifestarse á la conclusion del poema, como parecia necesario, atendida la importancia que el autor les ha dado en la composicion de su fábula. Tal sucede con Arcangélica, con Ferragut, con Orimandro, figuras casi de primer término en el cuadro; y que por lo mismo que son tan interesantes á veces, no debiera finalizarse el poema sin que su suerte quedase convenientemente determinada.

Balbuena, adoptando el sistema poético en que estaban escritas las epopeyas caballerescas, de cuyas fábulas y personajes quiso hacer uso en la suya, creyó

en su juvenil confianza, que podria seguir felizmente las huellas de su antecesor Ariosto, de cuya fábula viene á ser una continuacion el Bernardo. Con algun mayor esmero y diligencia no le hubiera esto sido dificil en la parte alta y noble de la poesía, principalmente en la descriptiva, para la cual tenia talentos no muy inferiores á los de aquel gran poeta, y superiores sin disputa á los de cualquiera otro de nuestros escritores *. Pe-

* Esta superioridad la tiene hasta cuando describe en prosa, sin embargo de que la suya sea por otros aspectos tan reprensible. ¿Hay por ventura muchos trozos, no digo en español, sino aun en otras lenguas, que en originalidad, en grandeza y robustez puedan compararse á este pasaje de su introduccion á la *Grandeza Mejicana*?

"En los mas remotos confines destas Indias occidentales, á la parte de su poniente, casi en aquellos mismos linderos que, siendo límite y raya al trato y comercio humano, parece que la naturaleza cansada de dilatarse en tierras tan fragosas y destempladas, no quiso hacer mas mundo, sino que alzándose con aquel pedazo de suelo, lo dejó ocioso y vacío de gente, dispuesto á solas las inclemencias del cielo y á la jurisdiccion de unas yermas y espantosas soledades, en cuyas desiertas costas y abrasados arenales á sus solas re-

ro faltábale la capacidad necesaria para entretejer artificiosamente el sin número de hilos que hizo entrar en su disforme composicion, y darles la unidad y sencillez que supo Ariosto dar á los suyos en la conclusion de su poema. Carecia tambien nuestro autor de la gracia y donaire con que el poeta italiano sabia animar los personajes y escenas cómicas

---

surta y quiebre con melancólicas intercadencias la resaca y tumbos de mar, que, sin oirse otro aliento y voz humana, por aquellas sordas playas y carcomidas rocas suena; ó cuando mucho, se ve coronar el peinado risco de un monte con la temerosa imagen y espantosa figura de algun indio salvage, que en suelta y negra cabellera, con presto arco y ligeras flechas, á quien él en velocidad excede, sale á caza de alguna fiera, menos intratable y feroz que el ánimo que la sigue: al fin en estos acabos del mundo, remates de lo descubierto, y últimas extremidades deste gran cuerpo de la tierra, lo que la naturaleza no pudo, que fue hacerlos dispuestos y apetecibles al trato y comodidades de la vida humana, la hambre del oro y golosina del interés tuvo maña y presuncion de hacer, plantando en aquellos baldíos y ociosos campos una famosa poblacion de españoles, cuyas reliquias, aunque sin la florida grandeza de sus principios, duran todavía, &c."

de la vida; por manera que cuando quiere Balbuena imitarle en esta parte, no solo es frio é insulso, sino hasta trivial y chabacano.

Añádase el poco juicio con que estan distribuidos los grandes adornos de la alta poesía, la muchedumbre de las descripciones, la prodigalidad con que se ven empleados por todas partes á la manera oriental el oro, las perlas, los diamantes, los rubíes; la declamacion en fin, que no pocas veces interrumpe el tono genuino y candoroso que es genial al escritor, y destruye el nervio y la energía á que de cuando en cuando alcanza. No hay duda que tenia gran talento para dar colores poéticos á las descripciones geográficas, pero abusa de él como de todo, y cansan, por ser tantas, en las revistas de los ejércitos y en el viaje aéreo de Malgesi y Orimandro, que tan importunamente ocupan gran parte del poema. Ofenden los desatinos de vieja delirante que alguna vez se permite *, la trivialidad de muchas máximas y senten-

* Véase en las notas del tomo II la pintura de la cueva del mago Tlascalan.

cias, á que sola la inexperiencia de su juventud podia dar importancia, las bajezas en que incurre por falta de esmero y elegancia, aun en los pasajes mas altos y nobles, y los equívocos en fin y conceptos insulsos y frios con que, aunque rara vez, salpica su diccion, y no pueden consentirse en tan grave poesía. Los versos mismos, que tanto cuidado tuvo en que saliesen llenos y sonoros, suelen por las muchas dicciones de que se componen declinar, á pesar de las sinalefas, en ásperos y duros, á menos que se pronuncien con un artificio particular, que tal vez Balbuena poseería.

A estas diversas fuentes de desacierto pueden reducirse los defectos del Bernardo. Son muchos á la verdad y bien grandes; y la crítica cuando se arma de rigor y de inflexibilidad, tiene poco que hacer en hallarlos donde quiera, y señalarlos á la reprobacion y á la censura: quizá ningun otro poeta castellano dá tanta margen para ello. Mas tambien quizá otro ninguno ofrece tantas ocasiones de alabar y de admirar. Los primores, las bellezas estan mezcladas en él con los

borrones y el desaliño, á la manera que aun en la mina mas preciosa el oro está ligado con las tierras y escorias que le deslustran y le afean. Pero no hay duda que hay oro en gran cantidad, y de elevados quilates; y el libro, no por ser tan defectuoso, deja de ser un riquísimo minero de invenciones de fantasía admirables, de diccion poética y de versificacion. El raudal poético de Balbuena no es á la verdad ni trasparente, ni puro, pero siempre es facil, abundante, impetuoso: los primores que puede dar de sí el instinto están prodigados en él á maravilla. Dañó sin duda á su perfeccion la extension misma del poema: ¿cómo es posible escribir cinco mil octavas con concierto y buen gusto? Sintamos que el autor, entregado despues de componerle á las atenciones y estudios de teólogo y prelado, no pudiese ponerse de propósito á limpiarle de los defectos esenciales de composicion que hay en él, mas graves aun que los de ejecucion. En el juicioso prólogo que le puso delante cuando le dió á luz, dá á entender bien claro cuales eran las justas proporciones y la

distribucion que debia darse á la fábula que habia construido. Ya entonces no era tiempo de empezar de nuevo la tarea: pero sin gran trabajo de su parte podía haber mejorado mucho el libro, metiendo el hacha por aquella selva inmensa de aventuras y de octavas, para talar sin piedad su mortífera exuberancia, y abrir asi al lector cómodas sendas en tan impenetrable espesura. No lo hizo así, y su gloria pierde en ello; sucediéndole lo que á tantos otros escritores, de quienes se ha dicho, que veían el punto de perfeccion á que debian tocar, y por debilidad ó por negligencia no acertaban á llegar á él. Balbuena lo confesaba de sí mismo, cuando con tanto entusiasmo, como laudable desconfianza, decia:

Á alcanzar con mi pluma á donde quiero,
Fuera Homero el segundo, yo el primero.

Despues de hablar del Bernardo, en quien se terminan los extractos épicos que nos propusimos publicar, no hay para qué tratar de otros poemas escritos entonces y despues. Uno solo á primera vista podria merecer excepcion, celebrado

como un modelo por la adulacion de sus contemporáneos, que atendieron mas á la alta clase del autor que al mérito de la obra. Este es la *Nápoles recuperada* del Príncipe de Esquilache, que por la facilidad de su ingenio y mayor destreza en versificar, podia dar alguna mas amenidad y gusto de verdadera poesía á su composicion, que otros escritores menos ejercitados, á las suyas. Preciábase él de haber seguido todas las reglas del arte, como si las reglas del arte pudiesen criar vida donde no la hay, ni dar alas á quien no las tiene. Olvidóse por cierto de la primera y mas esencial, que es la de consultar sus fuerzas y asegurarse de si habia nacido para poeta épico ó no. Podia el Príncipe dar gracia á bagatelas, discretear en romances, juguetear en endechas y en letrillas. Pero

.... Sectantem levia nervi
Deficiunt animique.

Desnudo de la fuerza, de la gravedad y del poder de fantansía que pide la poesía heróica, el autor de la Nápoles recuperada no hizo mas que abor-

tar un poema, pobre de invencion, amanerado en el estilo, empalagoso en los versos. Apenas se han leido de él seis octavas, cuando su lectura se hace insufrible, por el fastidio que causan aquellas antítesis acompasadas de que todo él está compuesto, aquella cadencia siempre simétrica y monótona. No puede, pues, esta obra tener otra suerte que la que han tenido *las Navas de Tolosa* y los otros dos poemas de Cristobal de Mesa, *el Pelayo* de Alfonso Lopez, dicho el Pinciano, *la Megiçana* de Gabriel Laso, *la Numantina* de Francisco de Mosquera, *el Macabeo* de Silveira, *el Alfonso* y *Nuevo mundo* de Botello, *la Hernandia* de Ruiz de Leon. Todos ellos y los demas de su laya pueden figurar en buen hora entre los artículos de una bibliografía, mas no entre los monumentos del arte: pocos son los que no conozcan sus títulos, pero apenas hay quien los lea, y menos aun quien los estime. Queden, pues, en el descanso en que yacen, y no nos empeñemos en levantarlos de allí, y darles por cualquiera título algun interes en la atencion de los

lectores. Nuestros esfuerzos serian en balde; porque por su propio peso volverian irremediablemente á caer en el mar de olvido, donde su nulidad los tiene anegados.

FRAGMENTOS

DE LA ARAUCANA.

NOTICIAS

DE ERCILLA.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga nació en Bermeo, villa de Vizcaya, hácia los años de 1540. Su padre fue el doctor Fortun García de Ercilla, caballero de la órden de Santiago, célebre jurisconsulto entonces, y escritor tambien de algunos tratados relativos á su profesion, cuyos títulos pueden verse en la Biblioteca de don Nicolas Antonio. Crióse su hijo en palacio, sirviendo de menino al emperador Carlos V y á Felipe II, á quien acompañó en todos sus viajes; y vió y reconoció con él muchos de los principales paises de Europa. Hallábase en Londres, cuando se supo que los individuos del valle Arauco, en el reino de Chile, se habian rebelado. Ercilla deseoso de viajar y de adquirir conocimientos y reputacion, pasó de Inglaterra á América, y se juntó en Chile con los españoles que hacian la guerra á los araucanos. Alli concibió el pensamiento de contar en verso los sucesos de que era testigo, escribiendo de noche lo que se ejecutaba de dia. Llevado del anhelo de ver y de saber, tuvo el gusto de llegar donde otros antes que él no habian entrado, como cuando atravesó con otros diez compañeros el desaguadero que da en el archipiélago de Chiloe, y reconociendo aquellas islas desiertas, dejó en una de ellas escrita una octava en un árbol, que fuese testimonio futuro de su arrojo. Una incidencia desgraciada, en que estuvo

á pique de ser degollado por justicia *, le hizó dejar aquel pais y volver á España aun no cumplidos los 29 años de su edad. Traía concluida la primera parte de su poema, que publicó en 1569. Nueve años despues salió á luz la segunda, en que ya añadió episodios, que se resentian de su residencia en Europa; y por último imprimió la tercera en 1589, donde todavía sacrificó mas á las circunstancias. No se conservan otras noticias de Ercilla que las de haberse casado con doña María de Bazan, de la familia del célebre marques de santa Cruz, cuyos he-

* Como Ercilla no hace mas que indicar este suceso en el canto XXXVI de su obra, y con la circunspeccion y recato que la noble índole de su ánimo, ó el caso mismo le prescribia, creemos oportuno dar aquí la relacion de ello, mas circunstanciada, por un escritor contemporáneo y testigo de vista.

«Don García estando en este tiempo en la ciudad Imperial regocijándose en juegos de cañas, y en correr sortijas y otras maneras de regocijo, quiso un dia salir de máscara disfrazado á correr ciertas lanzas en una sortija por una puerta falsa que tenia en su posada, acompañado de muchos hombres principales que iban delante, y mas cerca de su persona don Alonso de Ercilla el que hizo el Araucana, y Pedro Dolmos de Aguilera, natural de Córdoba. Un otro caballero llamado don Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos: don Alonso, que le vido venir á entrar entre ellos, revolvió hácia él echando mano á la espada: don Juan hizo lo mismo. Don Garcia que vido aquella desenvoltura tomó una maza que llevaba colgando de la silla, y arremetiendo el caballo hácia don Alonso, como contra hombre que lo habia revuelto todo, le dió un gran golpe de masa en un hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron á la iglesia de nuestra Señora, y se metieron dentro: luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pie de la horca: y para el efecto se trujo un repóstero y escalera para ponellas las cabezas en lo alto de la horca; y él se fue á su posada y mandó cerrar las puertas, dejando comision á don Luis de Toledo que los castigase. Mas en aquella hora muchas damas que en la ciudad habia, queriendo estorbar el castigo, ó que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa, y se lo pidieron por merced. Condescendiendo á su ruego los mandó desterrar de todo el reino."

Historia manuscrita de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile desde 1536 *hasta* 1575: *por el capitan Alonso de Góngora Marmolejo, cap.* 29.

chos se proponia escribir en poema particular. Se ignora el año en que murió, y se ve la estimacion que de él se hacia, por las muchas aprobaciones que hay suyas en libros, cuya censura se le confiaba. Fue caballero de la órden de Santiago, y gentil-hombre de la cámara del emperador Rodulfo II.

La Araucana es de todos nuestros grandes poemas el que goza de alguna reputacion europea. Se ha traducido en diferentes lenguas, y se han hecho de ella muchas ediciones. La mas elegante es la que don Antonio Sancha publicó en 1776: la mas correcta la que salió en 1828, impresa en la misma oficina que la coleccion de estas poesías.

FRAGMENTOS

DE

LA ARAUCANA.

I.

Junta general de los principales caciques de Arauco: discordia entre ellos sobre el mando: es en fin elegido por caudillo Caupolican.

DEL CANTO 2.º

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba,
Y no fue menester general bando,
Que el deseo de guerra los llamaba
Sin promesas ni pagas, deseando
El esperado tiempo, que tardaba,
Para el decreto y áspero castigo,
Con muerte y destruccion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que, siendo incultos bárbaros, ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes victorias de notables hombres,
Que de ellas darán fe los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapél se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido;
Este fue de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido:
Tiene tres mil vasallos el guerrero,
De todos como rei obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente;
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
No fue el postrero que dejó su tierra,
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de contino.

Paicabí se juntó aquel mismo dia,
Tres mil fuertes soldados señorëa.
No lejos Lemolemo dél venia,
Que tiene seis mil hombres de pelëa.
Mareguano, Gualemo, y Lebopía
Se dan prisa á llegar, porque se vëa
Que quieren ser en todo los primeros;
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues, Elicura,
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice que estar sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
Seis mil súbditos este administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporcion y altura de gigante.

Peteguelén, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural Señor, y así el estado
Este nombre tomó, segun parece,
Como Venecia, pueblo libertado,
Que en todo aquel gobierno mas florece:
Tomando el nombre de él la Señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente,
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
Á ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia,
Que toda Palmaiquen le obedecia.

Tomé y Andalican tambien vinieron
Que eran del araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
Mostrando en verse juntos gran contento.
Despues de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
Á encenderse entre todos gran ruïdo:
La razon uno de otro no escuchaba:
Sabida la ocasion do habia nacido,
Vino sobre cual era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas, de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia
Que el cargo del mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor que lo merece:
Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto, si se ofrece,
(Añade el jactancioso) á quien quisiere;
Y á aquel que esta razon contradijere...

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de esta lanza.
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare
Y con él la ferrada gobernare.

De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: tratar de eso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano,
Si en ella libre este baston poseo.
Ninguno, dice Ongol, será tan vano
Que ponga en igualárseme el deseo,
Pues es mas el temor que pasaría,
Que la gloria que el hecho le daría.

Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime, haciéndose á lo largo,
Diciendo: yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo:
Haceos los pretensores adelante,
Veremos de cual dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco
Que mas que todos juntos lo merezco.

Alto, sús, que yo aceto el desafio,
(Responde Lemolemo) y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mio,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, á cuatro, á seis en la estacada;
Y si todos cuestion quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.

Purén, que estaba aparte, habiendo oido
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio de ellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande;
¿Y quién á imaginar es atrevido
Que donde está Purén mas otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
En medio destos bárbaros de presto,
Y con dificultad los despartieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron,
Y en voz airada ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique mas anciano,
A razonar así tomó la mano:

"Caciques, del estado defensores,
»Codicia del mandar no me convida
»A pesarme de veros pretensores
»De cosa que á mí tanto era debida;
»Porque, segun mi edad, ya veis, señores,
»Que estoy al otro mundo de partida;
»Mas el amor que siempre os he mostrado
»A bien aconsejaros me ha incitado.

»¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
»Y ser en opinion grande tenidos,
»Pues que negar al mundo no podemos
»Haber sido sujetos y vencidos?
»Y en esto averiguarnos no queremos,
»Estando aun de españoles oprimidos:
»Mejor fuera esa furia ejecutalla,
»Contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿Qué furor es el vuestro ¡oh Araucanos!
»Que á perdicion os lleva sin sentillo?
»¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
»Y no contra el tirano en resistillo?
»¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
»Volveis contra vosotros el cuchillo?
»Si gana de morir os ha movido,
»No sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso
»A los pechos de aquellos que os han puesto
»En dura sujecion, con afrentoso
»Partido, á todo el mundo manifiesto:
»Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
»Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
»No derrameis la sangre del estado
»Que para redimirnos ha quedado.

»No me pésa de ver la lozanía
»De vuestro corazon, antes me esfuerza;
»Mas temo que esta vuestra valentía,
»Por mal gobierno, el buen camino tuerza:
»Que, vuelta entre nosotros la porfia,
»Degolleis nuestra patria con su fuerza:
»Cortad, pues, si ha de ser desa manera,
»Esta vieja garganta la primera:

»Que esta flaca persona, atormentada
»De golpes de fortuna, no procura
»Sino el agudo filo de una espada,
»Pues no la acaba tanta desventura.
»Aquella vida es bien afortunada
»Que la temprana muerte la asegura:
»Pero, á nuestro bien público atendiendo,
»Quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza:
»El cielo os igualó en el nacimiento;
»De linaje, de estado y de riqueza
»Hizo á todos igual repartimiento;
»Y en singular por ánimo y grandeza
»Podeis tener del mundo el regimiento:
»Que este precioso don, no agradecido,
»Nos ha al presente término traido.

»En la virtud de vuestro brazo espero
»Que puede en breve tiempo remediarse,
»Mas ha de haber un capitan primero,
»Que todos por él quieran gobernarse:
»Este será quien mas un gran madero
»Sustentare en el hombro sin pararse;
»Y pues que sois iguales en la suerte,
»Procure cada cual ser el mas fuerte."

Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento,
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fue aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa,
Que parece sin término, notada,
Y es que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo electo del senado;
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fue por nuestra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz, en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traïdo,
(No me atrebo á decir lo que pesaba),
Era un macizo líbano fornido,
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabí le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba:
Seis horas le sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar á siete jamas pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto,
Lo deja á las cinco horas de cansado:
Gualemo lo probó, jóven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Ongol el grueso leño tomó luego:
Duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio dia,
Y el esforzado Ongolmo mas de medio;
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traia,
El cual jamas en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando,
Hasta que ya el vigor le fue faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el líbano trabaja;
A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja.
Tucapelo catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja.
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruïdo.

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponia:
Corre ligero aquí y allí, mostrando
Que poco aquella carga le impedia:
Era de sol á sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche, aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban, juntamente
Con el gobierno, mando, y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro y contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando Caupolican á aquel asiento
Sin gente á la ligera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento,
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso, justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en casos de repente reportado.

Fue con alegre muestra recibido,
(Aunque no sé si todos se alegraron):
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron:
Viendo que Apolo ya se habia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfia
Que causó esta venida entre la gente;
Cual se atiene á Lincoya, y cual decia
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia,
Otros sin apostar dudosamente
Ácia el oriente vueltos aguardaban
Si los febeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores:
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada,
Asiendo del troncon duro y ñudoso,
Como si fuera vara delicada,
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció, maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
El color á Lincoya se le muda,
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda priesa entraba el claro dia;
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfia:
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por esto flaqueza en él habia:
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmido y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolican no afloja de su apuesta,
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos,
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmido humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores,
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol; y el esforzado
Varon, el grave peso sosteniendo,
Acá y allá se mueve no cansado;
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer, corriendo á priesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba:
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la estraña prueba en que paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico emisfero;

Y el bárbaro en el hombro la gran viga,
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido había los rayos de su lumbre;
Y el hijo de Leocan en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme,
Mostrando que aun mas ánimo tenia:
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia, y le decia:
Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grave carga que tomamos.

II.

Derrota y muerte de Valdivia.

DEL CANTO 3.º

Valdivia iba siguiendo su jornada,
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor del mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada,
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba,
Pero jamas volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto;
Al cabo en caminar se resolvian,
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino,
Las amigas cabezas conocieron,
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados troncos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza;
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas, sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto

Diciendo: "¡Oh compañeros! do se encierra
»Todo esfuerzo, valor y entendimiento:
»Ya veis la desvergüenza de la tierra,
»Que en nuestro daño da bandera al viento:
»Veis quebrada la fe, rota la guerra,
»Los pactos van del todo en rompimiento:
»Siento la áspera trompa en el oido,
»Y veo un fuego diabólico encendido.

»Bien conoceis la fuerza del estado,
»Con tanto daño nuestro autorizada:
»Mirad lo que Fortuna os ha ayudado,
»Guiando con su mano vuestra espada;
»El trabajo y la sangre que ha costado,
»Que de ella está la tierra alimentada;
»Y pues tenemos tiempo y aparejo,
»Será bueno tomar nuevo consejo.

»Quien estos son tendreis en la memoria,
»Pues hay tanta razon de conocellos,
»Que si de ellos no hubiésemos vitoria,
»Y en campo no pudiésemos vencellos,
»Será tal su arrogancia y vanagloria,
»Que el mundo no podrá despues con ellos;
»Dudoso estoy, no sé, no sé que haga,
»Que á nuestro honor y causa satisfaga."

La poca edad y menos esperiencia
De los mozos livianos que allí habia,
Descubrió con la usada inadvertencia
A tal tiempo su necia valentia,
Diciendo: "¡Oh capitan! danos licencia,
»Que solos diez sin otra compañía
»El bando asolaremos araucano,
»Y harémos el camino y paso llano.

»Lo que jamas hicimos en estrecho,
»No es bien por nuestro honor que lo hagamos,
»Pues cierto es que cuanto habemos hecho,
»Volviendo atras un paso, lo manchamos:
»Mostremos al peligro osado pecho,
»Que en él está la gloria que buscamos."
Valdivia de la réplica sentido,
Enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varon acreditado!
¡Cuánto la verde plática sentiste!
No solias tú temer como soldado,
Mas de buen capitan ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sabio ló entendiste;
Pero quieres perder antes la vida
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus pies en voz alta arrodillado
Le dice: "¡Oh capitan! mira que digo
»Que no pases el término vedado:
»Veinte mil conjurados, yo testigo,
»En Tucapél te esperan, protestado
»De pasar sin temor la muerte honrosa,
»Antes que vivir vida vergonzosa."

Alguna turbacion dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso:
Discurre un miedo helado por la gente;
La triste muerte en medio se les puso:
Pero el gobernador osadamente,
Que tambien hasta allí estuvo confuso,
Les dice: "Caballeros, qué dudamos?
»¿Sin ver los enemigos nos turbamos?

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin mas les persuadir, rompe la via;
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía:
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapél, bien lejos parecia
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: "¡Oh constante
»Española nacion de confianza!
»Por tierra está el castillo tan pujante,
»Que en él solo estribaba mi esperanza:
»El pérfido enemigo veis delante;
»Ya os amenaza la contraria lanza:
»En esto mas no tengo que avisaros,
»Pues solo el pelear puede salvaros."

Estaba, como digo, así hablando,
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandeando,
Gritando: "engañadores y ladrones!
»La tierra dejareis hoy con la vida,
»Pagándonos la deuda tan debida."

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadron menos copioso
Y mas vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso,
Sin que Valdivia mas le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande,
Asalta el escuadron de Mareande.

La piqueria del bárbaro calada,
A los pocos soldados atendía;
Pero al tiempo del golpe levantada,
Abriendo un gran portillo, se desvía:
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadron los recogía;
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caiman hambriento, cuando siente
El escuadron de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando;
Que abriendo la gran boca, cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface:

Pues de aquella manera recogido
Fue el pequeño escuadron del homicida,
Y en un espacio breve consumido,
Sin escapar cristiano con la vida:
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada,
Tendia el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado, manda á su sargento
Que, escogiendo la gente mas granada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno,
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez, ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja;
Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados:
Hechos pedazos todos diez murieron,
Quedando de su muerte antes vengados:
En esto la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los Españoles de tal suerte
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones, al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando;
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende,
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende;
Volver un paso atras ninguno quiere:
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses retenian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas,
Que aun el vital espíritu tenian,
Por el sangriento campo iban rodando,
Vueltos los ojos, ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte;
Siempre el acometer es mas furioso,
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte:
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan extraña,
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña:
Al fin dan las espaldas, claramente
Suenan voces: vitoria! España! España!
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un extraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de page le servia,
Acariciado dél y favorido,
En su servicio á la sazon venia:
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á mas andar se retraía,
Comienza á grandes voces á animarla,
Y con tales razones á incitarla:

"¡Oh ciega gente, del temor guiada!
»¿Á dó volveis los temerosos pechos?
»Que la fama en mil años alcanzada
»Aquí perece y todos vuestros hechos:
»La fuerza pierden hoy, jamas violada,
»Vuestras leyes, los fueros y derechos:
»De señores, de libres, de temidos,
»Quedais siervos, sujetos y abatidos.

»Manchais la clara estirpe y decendencia,
»Y enjerís en el tronco generoso
»Una incurable plaga, una dolencia,
»Un deshonor perpetuo, ignominioso:
»Mirad de los contrarios la impotencia,
»La falta del aliento, y el fogoso
»Latir de los caballos, las hijadas
»Llenas de sangre y de sudor bañadas.

»No os desnudeís del hábito y costumbre
»Que de nuestros abuelos mantenemos,
»Ni el araucano nombre, de la cumbre
»Á estado tan infame derribemos:
»Huid el grave yugo y servidumbre;
»Al duro hierro osado pecho demos:
»¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
»Que son de los peligros reservadas?

»Fijad esto que digo en la memoria,
»Que el ciego y torpe miedo os va turbando,
»Dejad de vos al mundo eterna historia,
»Vuestra sujeta patria libertando:
»Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
»Que os está el hado próspero llamando:
»A lo menos firmad el pie ligero,
»Vereis como en defensa vuestra muero."

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia, su señor, blandia;
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetia:
Y entre el hierro español asi se lanza
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo én el caliente estío
Para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa
Salió el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fue rompida,
Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la asta dañosa, luego aferra
Del suelo una pesada y dura maza;
Mata, hiere, destroza y echa á tierra,
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra;
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano,
Que hieren por herirle el aire vano.

De ¿quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leido,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase á la contraria del vencido?
Y que solo valor, y no otra cosa,
De un bárbaro muchacho, haya podido
Arrebatar por fuerza á los cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scévola y Leonidas
Dieron muestra de sí tan señalada:
Ni aquellos que en las guerras mas reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos, ¿qué hicieron
Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿Qué empresa, ó qué batalla acometieron,
Que á lo menos en duda no estuviese?
¿Á qué riesgo y peligro se pusieron,
Que la sed del reinar no los moviese;
Y de intereses grandes insistidos
Que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos
Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
De fama y vanagloria codiciosos,
Que no saben sufrir un golpe fuerte:
Mostrándose constantes y animosos,
Hasta que ven ya declinar su suerte,
Faltándoles valor y esfuerzo á una,
Roto el crédito fragil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia,
En contra de su patria declarada,
Turbó y redujo á nueva diferencia,
Y al fin bastó á que fuese revocada;
Hizo á Fortuna y Hados resistencia,
Forzó su voluntad determinada,
Y contrastó el furor del vitorioso,
Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
Y el desigual combate mas revuelto,
Cuando Caupolicano reportado,
Á las amigas voces habia vuelto:
Tambien habian sus gentes reparado,
Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
Á lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Ánimos, de repente inadvertidos,
Ó cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados,
Vuelven furiosos, del honor forzados:

Asi los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten;
Y las rendidas armas esgrimiendo,
Á voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala,
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fue al derecho,
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca mas fue conocido;
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado,
Y hánse el uno al otro acometido,
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano,
Haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia, y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia, viene:
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene;
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
Parte acudió del araucano bando,
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuese el daño y destrozo renovando;
De un cabo y de otro gente concurría:
Sube el alto rumor á las estrellas,
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria de esta guerra;
Lleno el aire de estruendo sonoroso,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darle mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

Á Juan de Gudiël no le fue sano
El tenerse en la lucha por maëstro,
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol, no menos diestro:
Y en aquella sazon Purén, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida,
Por do la muerte entró y salió la vida.

Andres de Villarroel, ya enflaquecido
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada.
Tambien Juan de las Peñas, mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y asi la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiël al bautizado:
Es el un escuadron inumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya incierta la Fortuna variable,
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad, y dió por justa
La causa y opinion hasta alli injusta.

Tres mil amigos bárbaros soldados,
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados,
El sangriento destrozo acrecentaban
Derramando mas sangre, y esforzados,
En la muerte tambien acompañaban
Á la española gente, no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel c
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y ar
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte:
Los otros, aunque ven su fin tan cierto,
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo,
Con el ya declarado fin presente:
Fuese el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo, que acaso allí venia;
Y viendo asi su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: pues pelear ès excusado,
Procuremos vivir por otra vía;
Pica en esto al caballo á toda prisa,
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalís fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos:
Y salen en su alcance los ligeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y pies livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan,
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho los alcanzan,
Que un paso cenagoso los detiene:
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan:
Por valiente el postrero no se tiene:
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolican gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente.
Valdivia, como mísero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente,
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido,
Á quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: por dar crédito á un rendido
Quieres perder tal tiempo y aparejo?
Y apuntando á Valdivia en el celebro,
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el furioso toro, que apremiado
Con fuerte amarra al palo, está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando;
Y el diestro carnicero ejercitado,
El grave y duro mazo levantando,
Récio al cogote cóncavo desciende,
Y muerto estremeciéndose le tiende:

Asi el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
Ayudándose de una y otra mano,
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caída,
Estremeciendo el cuerpo, dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolican dello enojado,
Quiso enmendar el libre desacato,
Pero fue del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fue acabado,
Que no escapó cristiano de esta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron,
Que como las estrellas se mostraron,
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
Á mas andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubria
El orbe y redondez del ancho suelo;
Cuando la vencedora compañía,
Arrimadas las armas sin recelo,
Danzas en anchos cercos ordenaban,
Donde la gran vitoria celebraban.

Fue la nueva en un punto discurriendo
Por todo el araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo,
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mugeres,
Partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban,
Y alegres sus cantares repetian,
Un sitio de altos árboles cercaban,
Que una espaciosa plaza contenian;
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de españoles cuerpos dividian:
Los troncos, de sus ramas despojados,
Eran de los despojos adornados;

Y dentro de aquel círculo y asiento,
Cercado de una amena y gran floresta,
En memoria y honor del vencimiento,
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino asi aumentó el atrevimiento
Que España en gran peligro estaba pu
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar, doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
Á dar en las ciudades descuidadas:
Que tomadas de salto y de repente,
Serian con solo el miedo arruïnadas;
Y la patria en su honor restituïda
No dejando cristiano con la vida.

Y dado orden bastante, y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña,
Con gran poder y ejército, de hecho
Querian pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho,
Por fuerza de armas, puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las iberas
Tierras de las naciones extrangeras.

El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento, y quiere desviarlo,
Que como diestro y sábio, otro pretende,
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo espera y la sazon atiende
Que estén mejor dispuestos á tratarlo:
La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos los habla en tal manera:

"Menos que vos, señores, no pretendo
»La dulce libertad tan estimada,
»Ni que sea nuestra patria yo defiendo
»En el sublime trono restaurada:
»Mas hase de atender á que, pudiendo
»Ganar, no se aventure á perder nada;
»Y asi, con este celo y fin, procuro
»No poner en peligro lo seguro.

»Tomad con discrecion los pareceres
»Que van á la razon mas arrimados,
»Pues cobrar vuestros hijos y mugeres
»Está en ir los principios acertados:
»Vuestra fama, el honor, tierra y haberes,
»Á punto están de ser recuperados;
»Que el tiempo, que es el padre del consejo,
»En las manos nos pone el aparejo.

»Á Valdivia y los suyos habeis muerto,
»Y una importante plaza destruido:
»Venir á la venganza será cierto
»Luego que en las ciudades sea sabido:
»Demos al enemigo el paso abierto:
»Esto asegura mas nuestro partido:
»Vengan, vengan con furia á rienda suelta,
»Que difícil será despues la vuelta.

»La vitoria tenemos en las manos,
»Y pasos en la tierra mil seguros,
»De ciénagas, lagunas y pantanos,
»Espesos montes ásperos y duros:
»Mejor pelean aqui los araucanos:
»Españoles mejor dentro en sus muros:
»Cualquier hombre, en su casa acometido,
»Es mas sábio, mas fuerte y atrevido.

»Esto os vengo á decir, porque se entienda
»Cuanto con mas seguro acertaremos,
»Para poder tomar la justa enmienda,
»Que en sitios escogidos esperemos,
»Dónde no habrá en el mundo quien defienda
»La razon y derecho que tenemos:
»Cuando temor tuviesen de buscarnos,
»Á sus casas iremos á alojarnos."

Con atencion de todos escuchada
Fue la oracion que el general hacia,
Siendo de los mas de ellos aprobada,
Por ver que á su remedio convenia:
La gente ya del todo sosegada,
Caupolican al jóven se volvia
Por quien fue la vitoria, ya perdida,
Con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor, lo tenia asido
Con la siniestra de la diestra mano,
Diciéndole: "¡oh varon, que has extendido
»El claro nombre y límite araucano!
»Por tí ha sido el estado redimido,
»Tú le sacaste del poder tirano:
»Á tí solo se debe esta vitoria,
»Digna de premio y de immortal memoria.

»Y, señores, pues es tan manifiesto
»(Esto dijo volviéndose al senado)
»El punto en que Lautaro nos ha puesto,
»(Que así el valiente mozo era llamado):
»Yo por remuneralle en algo desto,
»Con vuestra autoridad que me habeis dado,
»Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
»Le hago capitan y mi teniente.

»Con la gente de guerra que escogiere,
»Pues que ya de sus obras sois testigos,
»En el sitio que mas le pareciere
»Se ponga á recibir los enemigos,
»Adonde hasta que vengan los espere;
»Porque yo con la resta y mis amigos
»Ocuparé la entrada de Elicura,
»Aguardando la misma coyuntura."

Del grato mozo el cargo fue acetado,
Con el favor que el general le daba:
Aprobólo el comun aficionado;
Si á alguno le pesó no lo mostraba:
Y por el órden y uso acostumbrado
El gran Caupolican le tresquilaba,
Dejándole el copete en trenza largo,
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fue Lautaro industrioso, sábio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura:
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nervosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

III.

Batalla de Villagran con Lautaro en la cuesta de Andalican.

DEL CANTO 5.º

Como el feroz caballo, que impaciente,
Cuando el competidor ve ya cercano,
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hiere la tierra de una y otra mano;
Asi el bárbaro ejército obediente,
Viendo tan cerca el campo castellano,
Gime por ver el juego comenzado,
Mas no pasa del término asignado.

Desta manera, pues, la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse;
Pero ya Villagran consideraba
Que era dalles mas ánimo el tardarse:
Tres bandas de ginetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que á la seña, sin mas amonestallos,
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo,
Salen con gran tropel y movimiento;
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo extraño sentimiento.
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el expreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian,
El paso hácia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una cuadrilla,
Revolviendo la darga al pecho puesta;
Asi los nuestros, firmes en la silla,
Llegan hasta el remate de la cuesta,
Y vuelven casi en cerco á retirarse,
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
Y desta suerte muchas vueltas prueban;
Pero todas las veces una carga
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
Á algunos vale alli la buena adarga,
Las celadas y grebas bien aprueban,
Que no pueden venir al corto hierro
Por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
Y cercada de gente la montaña;
Algunos que pretenden señalarse
Salen con su licencia á la campaña:
Quieren uno por uno ejercitarse
De la pica y baston con los de España;
Ó dos á dos, ó tres á tres soldados,
Á la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
Vienen con muestra airosa y contoneo,
Mas bizarros que bravos alemanes,
Haciendo aqui y alli gentil paseo:
Como los diestros y ágiles galanes
En público ejercicio del torneo,
Asi llegan gallardos á juntarse
Y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
Sale á probar la fuerza y el destino,
Tentando el lado diestro y el siniestro,
Buscando lo mejor con sabio tino:
Cuál acomete, vence y hurta presto,
Hallando para entrar franco el camino;
Cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
Que dá con su enemigo en tierra muerto.

Otros de estas posturas no se curan,
Ni paran en el aire y gentileza;
Que el golpe sea mortal solo procuran,
Y en el cuerpo y los pies llevar firmeza:
Con ánimo arrojado se aventuran,
Llevados de la cólera y braveza;
Ésta á veces los golges hace vanos,
Y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
El mozo Curioman se señalaba,
Que con gallarda muestra y atrevida
Larga carrera sin temor tomaba:
Y blandiendo una lanza muy fornida
En medio de la furia la arrojaba,
Que nunca de ballesta al torno armada
Jara con tal presteza fue enviada.

Habia siete españoles ya herido,
Mas nadie se atraviesa á la venganza,
Que era el valiente bárbaro temido
Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
En esto Villagran algo corrido,
Viéndole despedir la octava lanza,
Dijo con voz airada: ¿no hay alguno
Que castigue este bárbaro importuno?

Diciendo esto, miraba á Diego Cano,
El cual de osado crédito tenia,
Que una asta gruesa en la derecha mano
Su rabican preciado apercibia;
Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
Con fuerza extrema el brazo sacudia,
En la silla los muslos enclavados
Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruïdo
Sale el presto caballo desenvuelto
Hácia el gallardo bárbaro atrevido,
Que en esto las espaldas habia vuelto;
Pero el fuerte español, embebecido
En que no se le fuese, el freno suelto,
Bate al caballo á priesa los talones
Hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento
Con las espesas picas derribadas,
Ni el presuroso y recio movimiento
De mazas y de bárbaras espadas
Pudieron resistir al duro intento
Del airado español, que las pisadas
Del ligero araucano iba siguiendo,
La espesa turba y multitud rompiendo:

Donde, á pesar de tantos y á despecho,
Con grande esfuerzo y valerosa mano
Rompe por ellos, y la lanza el pecho
De aquel que dilató su muerte en vano:
Y glorioso del bravo y alto hecho,
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron ginète
Al araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y váse luego al borde retirando:
Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando;
Que en aquella sazon ninguna espada
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban,
Mas poco del trabajo se aprovecha;
Que los nuestros en vano les picaban,
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas de algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
Á toda furia y priesa disparaba,
Y asi en el escuadron indio batia,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubria,
El aire cerca y lejos retumbaba:
Parece con estruendo abrirse el suelo
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel nublado
Que lanzaba los rayos en su gente
Y habia gran parte della destrozado;
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado
Le manda arremeter con furia presta,
Y en alta voz diciendo le amonesta:

"¡Oh fieles compañeros vitoriosos
»Á quien fortuna llama á tales hechos!
»Ya es tiempo que los brazos valerosos
»Nuestras causas aprueben y derechos:
»Sús, sús, calad las lanzas animosos;
»Rompan los hierros los contrarios pechos,
»Y por ellos abrid roja corriente,
»Sin respetar á amigo ni á pariente.

»Á las plazas guiad, que si ganadas
»Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
»Célebres quedarán vuestras espadas,
»Y eterna al mundo dellas la memoria:
»El campo seguirá vuestras pisadas,
»Siendo vos los autores desta gloria."
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene alli el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota;
El mas medroso quiere ser primero
Á probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego:
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego;
Viéranse alli las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demas arremeten luego en rueda,
Y de tiros la tierra y sol cubrian:
Pluma no basta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venian:
De voces, humo, fuego y polvareda
No se entienden alli ni conocian;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas:
Lo que allí se vió mas para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y asi vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería,
Con tal ímpetu y furia acometida;
Otros por dar remate á su porfia
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo español cincuenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja,
Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atras vuelva el estandarte
De Cárlos quinto, máximo, glorioso;
Mas que, á pesar del contrapuesto Marte,
Vaya siempre adelante vitorioso:
El cual terrible y fiero á cada parte,
Envuelto en ira y polvo sanguinoso,
Daba nuevo vigor á las espadas,
De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza
Segun es el herir apresurado,
Con aquel mismo esfuerzo y entereza
Que si entonces la hubieran comenzado:
Las muertes, el rigor y la crueza,
Esto no puede ser significado,
Que la espesa y menuda yerba verde
En sangre convertida el color pierde.

Villagran la batalla en peso tiene,
Que no pierde una mínima su puesto;
De todo lo importante se previene,
Aqui va, y allí acude, y vuelve presto:
Hace de capitan lo que conviene
Con usada experiencia; y fuera desto,
Como osado soldado y buen guerrero
Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
Que en los cristianos hace gran matanza;
Lleva el caballo, y él llevado de ira
Requiere en la derecha bien la lanza:
En los estribos firme al pecho tira;
Mas la codicia y sobra de pujanza
Desatentó la presurosa mano,
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
Por la canalla bárbara enemiga,
Revuelve á Torbo el español airado,
Y en bajo el brazo la gineta abriga;
Pásale un fuerte peto tresdoblado
Y el jubon de algodon, y en la barriga
Le abrió una gran herida, por do al punto
Vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
El brazo atras, con ira la arrojaba:
Vuelve la furiosa asta rechinando
Del ímpetu y pujanza que llevaba,
Y á Corpillan que estaba descansando
Por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
Y al suelo penetró sin dañar nada,
Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran, la espada fuera,
Por medio de la hueste va á gran priesa,
Haciendo con rigor ancha carrera
Á donde vá la turba mas espesa.
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
En todos los peligros se atraviesa,
Habiendo él solo muerto por su mano
Á Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
Daban de su valor notoria muestra,
Y el viejo gran ginete Moldonado
Voltea el caballo alli con mano diestra,
Ejercitando con valor usado
La espada, que en herir era maestra,
Aunque la debil fuerza envejecida
Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano á dos manos, sin escudo,
No deja lanza enhiesta ni armadura,
Que todo por rigor de filo agudo
Hecho pedazos viene á la llanura:
Pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
Se revuelve con tal desenvoltura
Cual Cesio entre las armas de Pompeo,
Ó en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reinoso,
De ponzoñosa rabia èstimulado,
Con la espada sangrienta va furioso
Hiriendo por el uno y otro lado;
Mata de un golpe á Palta, y riguroso
La punta enderezó contra el costado
Del fuerte Ron, y asi acertó la vena,
Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez, y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda
Ni el espeso herir un punto afloja,
Haciendo los cristianos tales cosas
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados, pues, al fin de la corriente,
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin aflojar los nuestros siempre usaron;
No se vió en español jamas flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron:
Mas, viéndose á tal hora en estrecheza,
Que pasaba de cinco que empezaron,
Comienzan á dudar ya la batalla
Perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
Cuando ellos en la fuerza iban menguando;
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando:
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando,
No del todo, Señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

IV.

Junta general de los caciques en el valle de Arauco.

DEL CANTO 8.º

Caupolican alegre, humano y grave,
Los recibe, abrazando al buen Lautaro,
Y con regalo y plática suave
Le da prendas y honor de hermano caro:
La gente, que de gozo en sí no cabe,
Por la ribera de un arroyo claro,
En juntas y corrillos derramada,
Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues de esto
Antes que el gran senado fuese junto,
Tratando en su jornada y presupuesto
Desde el principio al fin sin faltar punto:
Pero al término justo y plazo puesto
Llegó la demas gente, y todo á punto,
Los principales hombres de la tierra
Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
Con que Valdivia ante él fue presentado;
Era de verde y púrpura tejido,
Con rica plata y oro recamado,
Un peto fuerte, en buena guerra habido,
De fina pasta y temple relevado,
La celada de claro y limpio acero,
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
Á la española usanza se vestian,
La gente del comun y los soldados
Se visten del despojo que traían;
Calzas, jubones, cueros desgarrados,
En gran estima y precio se tenian;
Por inútil y bajo se juzgaba
El que español despojo no llevaba.

Á manera de triunfos, ordenaron
El venir á la junta asi vestidos,
Y en el consejo, como digo, entraron
Ciento y treinta caciques escogidos:
Por su costumbre antigua se sentaron,
Segun que por la espada eran tenidos.
Estando en gran silencio el pueblo ufano,
Asi soltó la voz Caupolicano:

"Bien entendido tengo yo, varones,
»Para que nuestra fama se acreciente,
»Que no es menester fuerza de razones,
»Mas solo el apuntarlo brevemente;
»Que segun vuestros fuertes corazones,
»Entrar la España pienso facilmente,
»Y al gran emperador invicto Carlo
»Al dominio araucano sujetarlo.

»Los españoles vemos que ya entienden
»El peso de las mazas barreadas,
»Pues ni en campo ni en muro nos atienden:
»Sabemos como cortan sus espadas
»Y cuan poco las mallas los defienden
»Del corte de las hachas aceradas;
»Si sus picas son largas y fornidas,
»Con las vuestras han sido ya medidas.

»De vuestro intento asegurarme quiero,
»Pues estoy del valor tan satisfecho,
»Que gruesos muros de templado acero
»Allanareis poniéndoles el pecho:
»Con esta confianza, yo el primero
»Seguiré vuestro bando y el derecho
»Que teneis de ganar la fuerte España
»Y conquistar del mundo la campaña.

»La deidad de esta gente entenderemos,
»Y si del alto cielo cristalino
»Deciende, como dicen, abriremos
»Á puro hierro anchísimo camino:
»Su género y linage asoláremos;
»Que no bastará ejército divino,
»Ni divino poder, esfuerzo y arte,
»Si todos nos hacemos á una parte.

»En fin, fuertes guerreros, como digo,
»No puede mi intencion mas declararse:
»Aquel que me quisiere por amigo,
»Á tiempo está que puede señalarse:
»Téngame desde aqui por enemigo
»El que quisiere á paces arrimarse."
Aqui dió fin, y su intencion propuesta,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento
Apenas al espíritu halló via
Mientras duró el soberbio parlamento
Que el gran Caupolicano les hacia.
Hubo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesía;
Á Lautaro tocaba, y excusado,
Lincoya asi responde levantado:

"Señor, yo no me he visto tan gozoso
»Despues que en este triste mundo vivo,
»Como en ver manifiesto el valeroso
»Intento tuyo, el ánimo y motivo:
»Y asi, por pensamiento tan glorioso,
»Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo:
»Que nó quiero ser rey del cielo y tierra
»Si hubiese de acabarse aqui la guerra.

»Y en testimonio desto, yo te juro
»De te seguir y acompañar de hecho;
»Ni por áspero caso, adverso y duro,
»Á la patria volver jamas el pecho:
»Desto puedes, Señor, estar seguro;
»Y todo faltará y será desbecho
»Antes que la palabra acreditada
»De un hombre como yo por prenda dada."

Así dijo; y tras él, aunque rogado,
El buen Peteguelén, Curaca anciano,
De condicion muy áspera enojado;
Pero afable en la pàz, facil y humano,
Viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
Señor de aquel hermoso y fértil llano,
Con espaciosa voz y grave gesto
Propuso en sus razones sábias esto:

"Fuerte varon y capitan perfeto,
»No dejaré de ser el delantero
»Á probar la fineza deste peto
»Y si mi hacha rompe el finó acero;
»Mas, como quien lo entiende, te prometo
»Que falta por hacer mucho primero
»Que salgan españoles desta tierra,
»Cuanto mas ir á España á mover guerra.

Bien será que, Señor, nos contentemos
Con lo que nos dejaron los pasados,
Y á nuestros enemigos desterremos
Que están en lo mas dello apoderados:
Despues, por el suceso entenderemos
Mejor el disponer de nuestros hados.
Esto á mí me parece; y quien quisiere
Proponga otra razon si mejor fuere.

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
Y sin respeto así la voz levanta
Con un tono soberbio y atrevido,
Diciendo: Á mí la España no me espanta,
Y no quiero por hombre ser tenido
Si solo no arruino á los cristianos,
Ora sean divinos, ora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
No será para mí bastante guerra;
Que pienso, si me esperan, confundirlos
En el profundo centro de la tierra;
Y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
Que es la que deste mundo los destierra:
Por eso no nos ponga nadie miedo,
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo:

Y por mi diestro brazo os aseguro,
(Si la maza dos años me sustenta)
A despecho del cielo, á hierro puro
De dar desto descargo y buena cuenta,
Y no dejar de España enhiesto muro;
Y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
Que despues que allanáre el ancho suelo
A guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados, es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos:
Pensar que haya fortuna, es gran simpleza;
La fortuna es la fuerza de los brazos:
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abajo hecha pedazos,
Que Tucapel en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelen, la vieja sangre fria
Se le encendió de rabia, y levantado
Le dice: ¡oh arrogante! la osadía
Sin discrecion jamas fue de esforzado...
Pero Caupolican, que conocia
Del viejo á tiempo el ánimo arrojado,
Con discrecion le ataja las razones,
Haciendo proponer á otros varones.

Purén se ofrece allí, y Angol se ofrece
No con menor braveza y desatiento:
Ongolmo no quedó, segun parece,
De mostrar su soberbio pensamiento:
Del uno en otro multiplica y crece
El número en el mismo ofrecimiento.
Colocolo, que atento estaba á todo,
Sacó la voz, diciendo de este modo:

La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡Oh hijos! y nosotros los ancianos
No somos en el mundo provechosos
Mas de para decir consejos sanos;
Que no nos ciegan humos vaporosos
Lol juvenil hervor y años lozanos:
Y asi, como mas libres, entendemos
De que siendo mancebos no podemos.

Vosotros, capitanes esforzados,
De sola una victoria envanecidos,
Estais de tal manera levantados,
Que os parecen ya pocos los nacidos:
Templad, templad los pechos alterados
Y esos vanos esfuerzos mal regidos;
No hagais de españoles tal desprecio,
Que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces, por dicha, los vencistes,
Mirad cuando primero aqui vinieron
Que resistir su fuerza no podistes,
Pues mas de cinco veces os vencieron:
En el licúreo campo ya lo vistes
Lo que solos catorce alli hicieron:
No será poco hecho y buen partido
Cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
Redimir nuestra patria, y libertarnos,
Dando á vuestras bravezas menos parte,
Pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
¡Oh hijo de Leocan! quiero avisarte,
Si quieres como sabio gobernarnos,
Que temples esta furia, y con maduro
Seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente
Es que el campo en tres bandas repartido,
Á un tiempo, aunque por parte diferente,
Dé sobre el Cauten, pueblo aborrecido:
Bien que esté en su defensa buena gente,
Es poca; y este asiento destruïdo,
Valdivia de allanar facil sería,
Pues no alcanza arcabuz ni artillería.

Solo á mí Santiago me dá pena;
Pero modo á su tiempo buscaremos
Para poderla entrar, y la Serena
Facilmente despues la allanaremos.
Aunque sujeto á lo que el hado ordena,
Es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sábio viejo,
Á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curaca, hechicero,
De la vejez decrépita impedido,
Puchecalco se llama el agorero,
Por sabio en los pronósticos tenido,
Con profundo suspiro, íntimo y fiero,
Comienza asi á decir entristecido:
Al negro Eponamon doy por testigo
De lo que siempre he dicho y ahora digo.

Por un término breve se os concede
La libertad, y habeis lo mas gozado:
Mudarse esta sentencia ya no puede,
Que está por las estrellas ordenado,
Y que fortuna en vuestro daño ruede:
Mirad que os llama ya el preciso hado
Á dura sujecion y trances fuertes:
Repárense á lo menos tantas muertes.

El aire de señales anda lleno,
Y las nocturnas aves van turbando
Con sordo vuelo el claro dia sereno,
Mil prodigios funestos anunciando:
Las plantas con sobrado humor terreno
Se van, sin producir fruto, secando:
Las estrellas, la luna, el sol lo afirman;
Cien mil agüeros tristes lo confirman.

Mírolo todo, y todo contemplado,
No sé en qué pueda yo esperar consuelo,
Que de su espada el Orïon armado
Con gran ruïna ya amenaza el suelo;
Júpiter se ha al Ocaso retirado;
Solo Marte sangriento posee el cielo,
Que denotando la futura guerra
Enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa muerte irreparable
Viene á nosotros con airada diestra;
Y la amiga fortuna favorable
Con diferente rostro se nos muestra;
Y Eponamon horrendo y espantable,
Envuelto en la caliente sangre nuestra,
La corva garra tiende, el cerro yerto,
Llevándonos al no sabido puerto.

Tucapel, que de rabia reventando
Estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
Que dice: Yo veré si adivinando
De mi maza este necio se defiende:
Diciendo esto, y la masa levantando,
La derriba sobre él, y así lo tiende,
Que jamas midió curso de planeta
Ni fue mas adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,
Segun la muestra, que movido estuvo
De dar tras el senado religioso,
Y no sé la razon que lo detuvo.
Caupolican atónito y rabioso
Trasportada la mente un rato estuvo:
Mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera
Gritaba: Capitanes, muera! muera!

No le dió tanto gusto á aquella gente
Lo que Caupolicano le decia,
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:
Era alto el tribunal, pero el valiente
Los hace saltar de él tan á porfia,
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los en esta historia señalados,
Que jamas de su asiento se mudaron,
De donde lo miraban sosegados:
Que de ver uno solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados;
Aunque los que saltaron de tan alto
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos, grita, en desigual batalla;
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro
Hiriendo con extraña ligereza
Delante, atras, á diestro y á siniestro;
Con mas desenvoltura y mas presteza,
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro;
El fiero Tucapel en la pelea
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta;
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estrópia y gasta:
Tiros llueven sobre él arrojadizos
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurria;
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Soberbios quebrantó en solo aquel dia;
Y cual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcia:
No discierne al pariente del extraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara araucana,
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana.
Era, cierto, admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana,
Desmembrando la gente, sin poderse
De su maza y presteza defenderse.

Caupolican, del caso no pensado
En tal furor y cólera se enciende,
Que estaba de bajar determinado
Aunque su gravedad se lo defiende:
Pero Lautaro alegre y admirado
Miraba como solo asi contiende
Un hombre contra tanto barbarismo,
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al General, con el debido
Respeto y ojos bajos en el suelo
Le dice: una merced, señor, te pido;
Si algo merece mi intencion y celo,
Y es, que el gran desacato cometido,
Perdones francamente á Tucapelo,
Pues ha mostrado en campo claramente
Valer él mas que toda aquella gente.

Perplejo el General estaba en duda;
Pero mirando al fin quién lo pedia,
Luego el ejecutivo intento muda,
Y con el rostro alegre respondia:
Él ha tenido en vos bastante ayuda,
Por la cual le perdono; y mas decia,
Que fuese á las escuadras, y mandase
Que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
El rico cuerno á retirar tocaba,
Al son del cual se recogió la gente,
Que recogerse á nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente,
Que satisfecho á su sabor no estaba;
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dijo aquesto:

¿Cómo, buen capitan, has estorbado
El tomar desta vil canalla enmienda,
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?
Lautaro le responde: es excusado
Quien viniere contigo á la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aqui la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningun daño ó mal te sobrevenga.
Tucapel le responde: yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga:
Mi maza es la que á mi me dá el seguro;
Lo demas como quiera vaya y venga:
Que el miedo es de los niños y mugeres.
Sús, alto, vámos luego á do quisieres.

Juntos los dos al tribunál llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteracion por lo pasado:
El sagaz General disimulando
Con graciosa apariencia le ha tratado;
Y de la rota plática el estilo
Lautaro asi diciendo añudó el hilo:

Invicto capitan, yo he estado atento
Á lo que estos várones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas
Será poco perder por tí mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren á restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va tambien su parte,
Y por el vicio grande de la guerra:
No puedo yo dejar de aconsejarte,
(Aunque todo el consejo en tí se encierra)
Aquello que mejor me pareciere
Y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
Al consejo, con término discreto,
Del sabio Colocolo, que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:
Asi que, gran señor, sin detenerte,
Cumple que esto se ponga por efeto
Antes que los cristianos se aperciban,
Porque mas flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido,
Despues que lo demas esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo á palmo la he medido,
Con españoles siempre he militado:
Entiendo sus astucias é invenciones,
El modo, el árte, tiempo y ocasiones.

Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente:
Un soldado de mas no ha de ir conmigo.
Aqui lo digo, estando tú presente
Y estos sabios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.

Aqui se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron:
Pareciéndoles modo provechoso,
Todos en este acuerdo concordaron:
Despues do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades, se bajaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fue declarado.

V.

Juegos militares.

DEL CANTO 10.º

Ya el esperado catorceno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituía,
Las importunas sombras desterrando:
Cuando la bulliciosa compañía
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos á la prueba.

Fue con solemne pompa referido
El órden de los precios, y el primero
Era un lustroso alfange, guarnecido
Por mano artificiosa de platero:
Este premio fue allí constituido
Para aquel que con brazo mas entero
Tirase una fornida y gruesa lanza,
Sobrando á los demas en la pujanza:

Y de cendrada plata una celada,
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada,
Esmaltadas en él varias labores,
Fue la preciada joya señalada
Para aquel que entre diestros luchadores
En la dificil prueba se extremase
Y por señor del campo en pie quedase.

Un lebrel animoso, remendado,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado,
Era el precio de aquel que, en la carrera,
De todas armas y presteza armado,
Arribase mas presto á la bandera
Que una gran milla lejos tremolaba
Y el trecho señalado limitaba:

Y de niervos un arco, hecho por arte,
Con su dorada aljaba que pendia
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de ataujía,
Este se señaló y se puso á parte
Para aquel que con flecha á puntería,
Ganando por destreza el precio rico,
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo, rabicano,
Tascando el freno estaba de cabestro,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston como mas diestro.
Por juez se señaló á Caupolicano,
De todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando
El jóven Orompello, ya en el puesto,
Airosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
Y en la valiente diestra blandeando
Una maciza lanza. Luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.

Estos seis, en igual hila corriendo,
Las lanzas por los fieles igualadas,
Á un tiempo las derechas sacudiendo,
Fueron con seis gemidos arrojadas:
Salen las astas con rumor crujiendo,
De aquella fuerza é ímpetu llevadas,
Rompen el aire, suben hasta el cielo,
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fue la asta primera
Que falta de vigor á tierra vino,
Tras ella la de Guambo, y la tercera
De Lepomande, y cuarta la de Crino,
La quinta de Mareande, y la postrera,
Haciendo por mas fuerza mas camino,
La de Orompello fue, mozo pujante,
Pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron,
De los que por mas fuertes se estimaban,
Y aunque con fuerza extrema procuraron
Sobrepujar el tiro, no llegaban:
Otros tras estos, y otros seis probaron,
Mas todos con vergüenza atras quedaban;
Y por no detenerme en este cuento,
Digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucoton, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia aflojado,
Dijo en voz alta: De perder no dudo,
Mas porque todos ya me habeis mirado,
Quiero ver este brazo lo que puede
Y á do llegar mi estrella me concede.

Esto dicho, la lanza requerida,
En ponerse en el puesto poco tarda,
Y dando una ligera arremetida,
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombarda,
Ó cual furioso trueno que, corriendo,
Por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera;
Rompiendo el hierro por el duro suelo,
Tiembla por largo espacio la asta fuera:
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á pies median
Y examinan el peso de la lanza,
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza:
Otros van por el precio, otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza,
De Leucoton el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,
Y aquel rumor, colérico, baraja,
Diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja:
Caupolican la vara en esto tiende,
Y á tiempo un encendido fuego ataja,
Que Tucapel al primo habia acudido,
Y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolican, que estaba por juez puesto
Mostrándose imparcial, discretamente
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente:
Y asi, no se altercando mas sobre esto,
Conforme á la postura, justamente
Á Leucoton, por mas aventajado,
Le fue ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfia,
Y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvía,
Del caso algo corrido y vergonzoso;
Mas como sabio mozo lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por do con Leucoton, y causa nueva,
Venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido,
Que desde su niñez fue muy brioso,
Manso, tratable, fácil, corregido,
Y, en ocasion metido, valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linage generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio y despejado
El campo do la prueba se hacia,
El diestro Cayeguan, mozo esforzado,
Á mantener la lucha se metia:
No pasó mucho, cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y ligereza,
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven;
Ya los vérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse:
Cíñense pies con pies, y entretegidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando asi, en un tiempo, canteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traïa
Á los pies enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual, lanzando fuera los vestidos,
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos fornidos:
Mírale la confusa turba atenta,
Que de cuatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamas sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafio,
Y al vencedor contrario apercibiendo
Le va á buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguan saliendo
En medio de aquel campo á su albedrío,
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato los juzgaron igualmente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fue su pujanza descubierta:
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguan, la boca abierta,
Sin dejarle alentar, le retraía,
Y acá y allá con él se revolvía.

Alzóle de la tierra, y apretado,
En el aire gran pieza le suspende;
Cayeguan sin color, desalentado,
Abre los brazos y las piernas tiende:
Viéndolo asi rendido, el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido
Y á su tienda en los hombros le llevaron:
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron:
Pero cesando en esto aquel ruïdo,
Á sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.

Fue este Talco de pruebas gran maestro,
De recios miembros y feroz semblante,
Diestro en la lucha y en las armas diestro,
Ligero y esforzado, aunque arrogante;
Y con todas las partes que aqui muestro,
Era Rengo mas suelto y mas pujante,
Usado en los robustos ejercicios,
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia;
Fíase mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto con extraña ligereza,
Cuando menos cuidado en Talco habia,
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tígre cauteloso,
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo,
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra, asi le aprieta,
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

De esta manera Rengo á Talco afierra,
Y, antes que á la defensa se prevenga,
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrenga:
Viéndolo pues asi, lo desafierra,
Y á su puesto, esperando que otro venga,
Vuelve, dejando el campo con tal hecho
De su extremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre alli tal osadía
Que á contrastar al bárbaro se atreva;
Y asi, porque la noche ya venia,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente dia
Alegrase los campos con luz nueva:
Sonando luego varios instrumentos,
De las mesas hinchieron los asientos.

Pues otro dia, saliendo de su tienda
El hijo de Leocan, acompañado
De gran gente, al lugar de la contienda
Con altos instrumentos fue llevado:
Rengo, porque su fama mas se extienda,
Dando una vuelta en torno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisase,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que, viéndole, el lugar vacío ocupase:
Pero ya Leucoton mirando en esto,
Que, porque su valor mas se notase,
Hasta ver el mas fuerte habia esperado,
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En ambos igualmente fuerza tanta.
Leucoton, la persona recogiendo,
Á recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venia
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al paragon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen:
Unas veces aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan en torno y miran cautelosos,
Y á todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pechos con pechos,
Van las últimas fuerzas apurando:
Ya se afirman y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan en torno volteando,
Ya los izquierdos, ya los pies derechos
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte,
Á poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forcejan, gimen, ijadean,
Que los miembros se van entorpeciendo;
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y recio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban:
Ellos siempre con mas encendimiento,
Sacando nuevas fuerzas, procuraban
Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio:
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado, que hasta alli le fue propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo ácia el un lado,
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su asiento levantado
Por el concurso y huella de la gente:
Desto el cansado Rengo no avisado,
Metió el pie dentro, y desgraciadamente,
Cual cae de la segur herido el pino,
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni la águila, que al robo cala de alto,
Sube en el aire con tan recio vuelo;
Como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando al cielo,
Se puso en pie, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la Tierra madre recogido,
Cobraba fuerza y ánimo doblado;
Asi el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena habia tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Cuando los corazones nunca usados
A dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza,
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen facilmente con las cosas
Que eran antes, Señor, dificultosas:

Asi le aviño á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento:
Y al enemigo fuerte, no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que aun afirmar los pies no le dejaba.

Adelante la cólera pasára
Y hubiera alguna brega en aquel llano,
Si, receloso de esto, no bajára
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolican traía la vara,
Y él propio los aparta de su mano:
Que no fue poco, en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruïdo
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituído,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo difinido,
Ni la plaza de gente despojada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacia
Esperando aquel tiempo deseado,
Viendo que Leucoton ya mantenia,
Del tiro de la lanza no olvidado:
Con gran desenvoltura y gallardía
Salva el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza, como digo,
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmúrio en el momento
Creció, porque parando el pueblo en ello,
Conoce por alli cuan descontento
Del fuerte Leucoton está Orompello:
Témese que vendrán á rompimiento,
Mas nadie se atraviesa á defendello,
Antes la plaza libre les dejaron
Y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo, de la lucha deseoso,
La mas parte á Orompello se inclinaba;
Mira los bellos miembros y el airoso
Cuerpo que á la sazon se desnudaba,
La gracia, el pelo crespo y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas de estos dos por la aparencia;
Viendo del uno el garbo y los valientes
Niervos, edad perfeta y experiencia;
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y grata adolecencia;
Aunque á tal opinion contradecia
La muestra de Orompello y osadía:

Que puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando:
Y cual halcon, que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano;

El gallardo Orompello asi esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que de ver la tardanza, imaginaba
Que habian impedimentos de ofrecerse.
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfacerse,
Derecho á Leucoton sale animoso,
Que no fue en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza, mano á mano,
Salen á se probar los dos valientes.
Como cuando el lebrel y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,
Yertos los cerros y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravecidos;

De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta ni padrino,
De corage y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino,
Y en un instante iguales, aferrados,
Con extremada fuerza y diestro tino
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándose á los pies lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja y vuelve á todos lados;
Viéranlos sin mudarse á veces tales
Que parecen en tierra estar clavados:
Donde ponen los pies, dejan señales,
Cavan el duro suelo, y apretados,
Juntándose rodillas con rodillas,
Hacen crugir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
Usaba que en tal tiempo usar podia,
Viendo el duro teson y fuerza extraña
Que en su recio adversario conocia:
Revuélvense los dos por la campaña,
Sin conocerse en nadie mejoría;
Pero tanto de acá y de allá anduvieron
Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fue tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera,
Que se puede decir que el mas atento,
Á mover la pestaña, no lo viera:
Ventaja ni señal de vencimiento
Juzgarse por entonces no pudiera,
Que Leucoton arrodilló en el llano
Y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando:
De entrambas partes gentes acudieron,
La porfia y rumor multiplicando;
Quién daba al uno el precio, honor y gloria;
Quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
Á la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba, en el momento
Salta en la plaza, la ferrada en mano;
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: el precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende:

La joya es de Orompello, y quien bastante
Se crea á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafio.
Leucoton con un término arrogante
Dice: yo amansaré tu loco brio
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya, dijo Orompello.
Responde Leucoton fiero y airado:
Contigo y con tu primo quiero habello.
Caupolican en esto era llegado,
Que del supremo asiento, viendo aquello,
Habia bajado á la sazon, confuso,
Y alli su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello, conociendo
Que el gran Caupolican alli venia,
Las enconosas voces deteniendo
Cada cual por su parte se desvía:
Mas Tucapel, la maza revolviendo,
Que otro acuerdo y concierto no queria,
Lleno de ira diabólica, no calla,
Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
Del hijo de Leocan ni de otra gente,
Diciendo que á Orompello la celada
Por vencedor le dén primeramente:
Despues, que en plaza franca y estacada
Con Leucoton le dejen libremente,
Donde aquella disputa se decida,
Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolican en este aprieto,
Lleno de rabia y de furor movido,
Le dice: haré que guardes el respeto
Que á mi persona y cargo le es debido.
Tucapel le responde: yo prometo
Que por temor no baje del partido;
Y aquel que en lo que digo no viniere,
Haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho
En lo que justo pido me guardares,
Y mientras que con recto y sano pecho
La causa sin pasion de esto mirares:
Mas si, contra razon, solo de hecho,
Torciendo la justicia lo llevares,
Por tí y tu cargo, y todo el mundo junto,
No perderé de mi derecho un punto.

Caupolican, perdida la paciencia,
Se mueve á Tucapel determinado;
Mas Colocolo, viejo de experiencia,
Que con temor le andaba siempre al lado,
Le hizo una acatada resistencia
Diciendo: ¿estás, Señor, tan olvidado
De tí y tu autoridad y salud nuestra
Que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, Señor, que todo se aventura:
Mira que están los mas ya diferentes:
De Tucapel conoces la locura
Y la fuerza que tiene de parientes;
Lo que enmendarse puede con cordura
No lo enmiendes con sangre de inocentes:
Dale á Orompello el contendido precio,
Y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
Quieres poner en riesgo lo que queda
(Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda),
Queda tu fuerza mas disminuida,
Y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el límite araucano han extendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido:
Si agora han sido aqui desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido
En trances peligrosos, derramando
La sangre propia y del contrario bando.

Imprimieron asi en Caupolicano
Las razones y celo de aquel viejo,
Que frenando el furor dijo: en tu mano
Lo dejo todo y tomo ese consejo.
Con tal resolucion, el sabio anciano,
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos despues del mismo modo.

Y asi el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuélos, pues, reduciendo de manera,
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída
Al ufano Orompello le fue puesta;
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida.
Todos conformes, en alegre fiesta
Á las copiosas mesas se sentaron,
Dónde mas la amistad confederaron.

VI.

Muerte de Lautaro.

DE LOS CANTOS 13 Y 14.

Correré á Villagran, el cual por tierra
Tambien en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura.
Mas, porque todo venga á ser mas claro,
Quiero tratar un poco de Lautaro;

Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazon fortalecido.
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos, y otras cosas
Para el tiempo y lugar menesterosas.

Sola una senda este lugar tenia
De espias y centinelas ocupada;
Otra, ni rastro alguno no lo habia,
Por ser casi la tierra despoblada:
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
Á quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella sola noche el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo:
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponia
Con muestra ferocísima delante,
Y con violenta mano me oprimia
La fuerza y corazon, sin ser bastante
De poderme valer; y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: ¡ay, que he soñado tambien cuanto
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni Fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

Trabaje por mostrárseme terrible
Y del tálamo alegre derribarme,
Que si revuelve y hace lo posible,
De tí no es poderosa de apartarme:
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme,
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.

El hijo de Pillan con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia:
De lágrimas bañando el blanco pecho
En nuevo amor ardiendo respondia:
No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegría
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros asi imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso:
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos
Y no á todo el poder de los humanos.

¿Quien el pueblo araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdia,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometia?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía:
Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar la espada á hacer la guerra:

Cuanto mas que teniéndoos á mi lado,
No tengo que temer ni daño espero:
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no os lo puede dar lo verdadero:
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero;
En mas peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido.

Ella menos segura y mas llorosa
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca asi le conjuraba:
Si aquella voluntad pura amorosa
Que libre os dí cuando mas libre estaba,
Y dello el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor, y dulce amigo;

Por ella os juro y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes,
Y por la fé, si no la llevó el viento,
Que alli con tantas lágrimas me distes,
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es, que os vistais las armas prestamente
Y al muro asista en orden vuestra gente.

El bárbaro responde: harto claro
Mi poca estimacion por vos se muestra.
¿En tan flaca opinion está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redencion del pueblo caro
Ha dado ya de sí bastante muestra?
¡Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto!

¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha
(Dice Guacolda) estoy, mas no segura;
¿Ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha
Si es mas fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo me asegura
Que la espada que hará el apartamiento
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caida,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida:
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida:
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.

Asi los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban,
Y dando dello alli demostraciones,
Mas el dulce veneno alimentaban:
Los soldados en torno los tizones,
Ya de parlar cansados reposaban,
Teniendo centinelas, como digo,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio y paso presto
Habia el áspero monte atravesado,
No sin grave trabajo, que sin esto,
Hacer mucha labor es excusado:
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
Viendo que el cielo estaba aun estrellado,
Paró, esperando el claro y nuevo dia
Que ya por el oriente descubria.

De ninguno fue visto ni sentido;
La causa era la noche ser escura,
Y haber las centinelas desmentido
Por parte descuidada por segura:
Caballo no relincha, ni hay ruido,
Que está ya de su parte la ventura;
Ésta hace las bestias avisadas,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire escuro,
Con la esperada luz se adelgazaban,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo dia de lejos saludaban:
Y pensando tener campo seguro
Tambien á descansar se retiraban;
Quedando mudo el fuerte, y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la escura tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la Aurora,
Se va en el occidente retrayendo:
Cuando la mústia Clicie se mejora
El rostro al rojo oriente revolviendo,
Mirando tras las sombras ir la estrella,
Y al rubio Apolo Délfico tras ella.

El español, que ve tiempo oportuno,
Se acerca poco á poco mas al fuerte,
Sin estorbo de bárbaro ninguno,
Que sordos los tenia su triste suerte:
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexorable muerte;
Cierta señal que cerca della estamos
Cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, que en viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido horrendo y alto;
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al fuerte van á dar de sobresalto;
Al fuerte, mas de sueño bastecido
Que al presente peligro apercibido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamas pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura:
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa;

Así medio dormidos y despiertos
Saltan los araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos,
Baten toldos y ranchos levantados:
Por verse de corazas descubiertos
No dejan de mostrar pechos airados;
Mas con presteza y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebata, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;
Quién aguija al baston de ageno dueño,
Quién por salir mas presto va sin nada,
Pensando averiguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba;
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:
Ella razon no admite y mas se ofende;
Que aquello mayor pena le causaba,
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro son de trompetas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
El mísero avariento enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruido;
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera,
Como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
Con un desnudo estoque, y él desnudo
Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida Fortuna, oh inconstante,
Como llevas tu fin por punto crudo;
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe lo arrebatás todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Los cuales con violencia y prestas manos
Gran número de tiros despidieron:
Del toldo el hijo de Pillan salia,
Y una flecha á buscarle que venia.

Por el siniestro lado (¡oh dura suerte!)
Rompe la cruda punta, y tan derecho,
Que pasa el corazon mas bravo y fuerte
Que jamas se encerró en humano pecho:
De tal tiro quedó ufana la muerte
Viendo de un solo golpe tan gran hecho;
Y, usurpando la gloria al homicida,
Se atribuye á la suerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que al bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena:
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma, del mortal cuerpo desatada,
Bajó furiosa á la infernal morada.

VII.

Batalla segunda de Andalican: Sucesos de Galvarino.

DE LOS CANTOS 22, 23 Y 26.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados:
Arma! arma! enfrena! enfrena! aína! aína!
Luego de acá y de allá los derramados
Siguiendo la ordenanza y disciplina,
Corren á sus banderas y pendones,
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores, que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
Al remate del cual está una sierra,
Cerca del alto monte Andalicano,
Vieron de alli calar gente de guerra,
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: "espera! espera! tente! tente!
»Veremos quién es hoy aqui valiente."

Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron,
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron:
Pero los fieros bárbaros de hecho,
Sin punto reparar, los embistieron,
Haciéndoles tomar presto la vuelta,
Sin órden y camino, á rienda suelta;

Aunque á veces en partes recogidos,
Haciendo cuerpo y rostro, revolvian,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian:
Pero, de la gran furia compelidos,
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
Siempre con mayor furia y crecimiento,
En una espesa polvoreda envueltos,
Iban en el alcance y seguimiento.
Los nuestros á calcaño y freno sueltos
(A la sazon con mas temor que tiento)
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban
Con voces, cuerpo, brazos y talones,
Los bárbaros por pies los alcanzaban,
Haciéndoles bajar de los arzones.
Al fin, de constreñidos peleaban
Cual los heridos osos y leones
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino,
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo,
Y en ancho y presuroso remolino,
Todo lo coge, lleva, y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento;

Con tal facilidad, arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia,
Iban los españoles fatigados,
Sin poderse poner en resistencia.
Algunos, del honor importunados,
Vuelven haciendo rostro y aparencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con mas presteza y daño los llevaba.

Asi los iban siempre maltratando,
Siguiendo el hado y próspera fortuna,
El rabioso furor ejecutando
En los rendidos, sin clemencia alguna,
Por el tendido valle resonando
La trulla y grita bárbara importuna,
Que, arrebatada de ligero viento,
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente
Con gran presteza y no menor ruïdo
Juan Remon arribó con mucha gente,
Que el aviso primero habia tenido;
Y en furioso tropel gallardamente,
Alzando un ferocísimo alarido,
Embistió la enemiga gente airada,
En la vitoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
De duras puntas al romper hallaron,
Que con estrago de una y otra parte,
Hecho un hermoso choque, repararon.
Unos pasados van de parte á parte,
Otros muy lejos del arzon volaron,
Otros heridos, otros estropiados,
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto ¡oh pluma mia!
Las memorables cosas señaladas
Y los crudos efectos deste dia
De valerosas lanzas y de espadas;
Que aunque ingenio mayor no bastaría
Á poderlas llevar continuadas,
Es justo se celebre alguna parte
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
El primero escuadron iba guiando,
Con muestra airada y con feroz semblante
El firme y largo paso apresurando,
Cala la gruesa pica en un instante,
Y, el cuento entre la tierra y pie afirmando,
Recibe en el cruël hierro fornido
El cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado
Hizo el agudo hierro gran herida,
Pasando el escaupil doble estofado,
Y una cota de malla muy tejida:
El ancho y duro hierro ensangrentado
Abrió por las espaldas la salida,
Quedando el cuerpo, ya descolorido,
Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
Salió al valiente Osorio, que corriendo
Venia con mayor ánimo que tino,
Los herrados talones sacudiendo,
Mostrando el cuerpo, al tiempo que convino
Le dió lado, y la maza revolviendo,
Con tanta fuerza le cargó la mano,
Que no le dejó miembro y hueso sano.

Á Cáceres, que un poco atras venia,
De otro golpe tambien le puso en tierra,
El cual con gran esfuerzo y valentía
La adarga embraza y de la espada afierra,
Y contra la enemiga compañía
Se puso él solo á mantener la guerra,
Haciendo rostro y pie con tal denuedo
Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
La fuerza contra tantos no bastaba,
Que ya la espesa turba alharaquienta
En confuso monton le rodeaba;
Pero en esta sazon mas de cincuenta
Caballos que Reynoso gobernaba,
Que de refresco á tiempo habia llegado,
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron
De gruesas astas un tejido muro,
El cerrado escuadron aportillaron,
Probando mas de diez el suelo duro:
Y al esforzado Cáceres cobraron,
Que cercado de gente, mal seguro
Con ánimo feroz se sustentaba,
Y matando, la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés, y Aranda,
Sin mirar al peligro y riesgo extraño,
Sustentan todo el peso de su banda.
Tambien hacen efeto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz, y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,
En la española sangre ya cebada,
Los hizo revolver forzosamente
Y seguir la carrera comenzada.
Tras estos otra escuadra de repente
En ellos se estrelló desatinada;
Mas, sin ganar un paso de camino,
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
Luego con nueva pérdida y mas priesa
La primera derrota proseguian:
Y en una polvorosa nube espesa
Envueltos unos y otros ya venian,
Cuando fue nuestro campo descubierto
En órden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí, mas reportados,
El ímpetu y la furia detuvieron:
Y corregidos luego y ordenados,
La campaña al través se retrujeron
Al pie de un cerro á la derecha mano,
Cerca de una laguna y gran pantano,

Donde de nuestro cuerno arremetimos
Un gran tropel á pie de gente armada,
Que con presteza al arribar les dimos
Espesa carga y súbita rociada:
Y al cieno retirados, nos metímos
Tras ellos por venir espada á espada,
Probando alli las fuerzas y el denuedo
Con rostro firme y ánimo á pie quedo.

Jamás los alemanes combatieron
Asi de firme á firme y frente á frente;
Ni mano á mano dando, recibieron
Golpes sin descansar á manteniente,
Como el un bando y otro, que vinieron
Á estar asi en el cieno estrechamente
Que echar atrás un paso no podian,
Y dando aprisa, aprisa recibian.

Quién, el húmido cieno á la cintura,
Con dos y tres á veces peleaba;
Quién, por mostrar mayor desenvoltura,
Queriéndose mover mas se atascaba;
Quién, probando las fuerzas y ventura,
Al vecino enemigo se aferraba,
Mordiéndole y cegándole con lodo,
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
Andaba igual, y en duda la fortuna,
Sin muestra ni señal de declararse
Mínima de ventaja en parte alguna:
Ya parecian aquellos mejorarse;
Ya ganaban aquestos la laguna;
Y la sangre de todos derramada
Tornaba la agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
Le habia llevado ciego tanto trecho,
Luego que nuestro campo vió á la mira,
Y que á dar en la muerte iba derecho,
Al vecino pantano se retira,
Y el fiero rostro y animoso pecho
Contra todo el ejército volvia,
Y en voz amenazándole decía:

"Venid, venid á mí, gente plebea,
»En mí sea vuestra saña convertida,
»Que soy quien os persigue y quien desea
»Mas vuestra muerte que su propia vida.
»No quiero ya descanso hasta que vea
»La nacion española destruïda;
»Y en esa vuestra carne y sangre odiosa
»Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa."

Asi la tierra y cielo amenazando
En medio del pantano se presenta,
Y, la sangrienta maza floreando,
La gente de poco ánimo amedrenta.
No fue bien conocido en la voz cuando
(Haciendo de sus fieros poca cuenta)
Algunos españoles mas cercanos
Aguijaron sobre él con prestas manos.

Mas á Juan, yanacona, que una pieza
De los otros osado se adelanta,
Le machuca de un golpe la cabeza,
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta;
Y contra el jóven Zúñiga endereza
El tercero, con saña y furia tanta
Que, como clavo en húmido terreno,
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados,
Turbando el aire claro, á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados,
El lodo á la cintura, osadamente
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido,
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos combatido,
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve de este y de aquel lado,
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata;

El bárbaro esforzado, de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,
Estaba solo en medio del pantano,
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros que de una y otra mano
Cubriendo el sol sin número salian,
Y como tempestad sobre él llovian.

Ya la esparcida y demandada gente
Que el porfiado alcance habia seguido,
Descubriendo en el llano á nuestra gente,
Se habia tirado atrás y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido;
Á causa que la ciégana era honda
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto,
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande prisa en órden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba,
Por un inculto paso y encubierto,
Que la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados y él salvarse,

Diciéndoles: "amigos, no gastemos
»La fuerza en tiempo y acto infrutuoso;
»La sangre que nos queda conservemos
»Para venderla en precio mas costoso:
»Conviene que de aqui nos retiremos
»Antes que en este sitio cenagoso,
»Del enemigo puestos en aprieto,
»Perdamos la opinion y él el respeto."

Luego, la voz de Rengo obedecida,
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y mas tejida
Al son del atambor se retrujeron.
Era áspero el lugar y la salida,
Y asi seguir los nuestros no pudieron;
Quedando algunos dellos tan sumidos,
Que fue bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo:
Rengo, todo sangriento y enlodado,
Los lleva en retaguardia recogiendo,
Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y alta frente,

Nuestro campo por órden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fue entre algunos un bárbaro cogido,
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traído
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos:

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano (yo presente),
La cual de un golpe con rigor cortada,
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco tambien saltó apartada,
Sin torcer ceja ni arrugar la frente;
Y con desden y menosprecio dello,
Alargó la cabeza y tendió el cuello

Diciendo así: "Segad esa garganta,
»Siempre sedienta de la sangre vuestra;
»Que no temo la muerte ni me espanta
»Vuestra amenaza y rigurosa muestra:
»Y la importancia y pérdida no es tanta
»Que haga falta mi cortada diestra,
»Pues quedan otras muchas esforzadas
»Que saben gobernar bien las espadas:

»Y si pensais sacar algun provecho
»De no llegar mi vida al fin postrero,
»Aquí, pues, moriré á vuestro despecho,
»Que si quereis que viva yo no quiero:
»Al fin iré algun tanto satisfecho
»De que á vuestro pesar alegre muero,
»Que quiero con mi muerte desplaceros,
»Pues solo en esto puedo ya ofenderos."

Asi que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado,
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera,
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo:
Y como encarnizada bestia fiera
Que vé la desmandada presa al ojo,
Asi con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada;

Y en él los pies y brazos añudados,
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le hería:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia
Si no fuera con tiempo socorrido,
Quedando, aunque fue presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pie puesto, dijo: "Pues me queda
»Alguna fuerza y sangre retenida
»Con que ofender á los cristianos pueda,
»Quiero acetar, á mi pesar, la vida
»Aunque por modo vil se me conceda;
»Que yo espero sin manos desquitarme,
»Que no me faltarán para vengarme.

»Quedáos, quedáos, malditos, que yo os digo
»Que en mí tendreis con ódio y sed rabiosa
»Torcedor y solícito enemigo
»Cuando dañar no pueda en otra cosa:
»Muy presto entendereis como os persigo,
»Y que os fuera mi muerte provechosa."
Diciendo asi otras cosas que no cuento,
Partió de allí ligero como el viento.......

El cual, aunque herido y desangrado;
Tanto el corage y rabia le inducia,
Que llegó á Andalican, donde alojado
Caupolican su ejército tenia.
Era al tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveía
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente;
Cuál, por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente;
Cuál un concierto lícito aprobaba;
Cuál era deste voto diferente;
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia
Galvarino arribó, apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia,
Le fue graciosamente concedida:
Donde con la debida reverencia,
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre, y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella:

"Si solíades vengar, sacros varones,
»Las agenas injurias tan de veras,
»Y en las extrañas tierras y naciones
»Hicieron sombra ya vuestras banderas,
»¿Como agora en las propias posesiones
»Unas bastardas gentes extranjeras
»Os vienen á oprimir y conquistaros,
»Y tan tibios estais en el vengaros?

»Mirad mi cuerpo aqui despedazado;
»Miembro del vuestro, que por mas afrenta
»Me envian lleno de injurias al senado
»Para que dellas sepa daros cuenta:
»Mirad vuestro valor vituperado,
»Y lo que en mí el tirano os representa,
»Jurando no dejar cacique alguno
»Sin desmembrarlos todos de uno en uno.

»Por cierto bien en vano han adquirido
»Tanta gloria y honor vuestros agüelos,
»Y el araucano crédito subido
»En su misma virtud hasta los cielos,
»Si agora infame, hollado y abatido
»Anda de lengua en lengua por los suelos,
»Y vuestra ilustre sangre resfriada
»En los sucios rincones derramada.

»¿Qué provincia hubó ya que no tremiese
»De solo vuestro nombre y voz temida,
»Ni nacion que las armas no rindiese
»Por temor ó por fuerza compelida,
»Arribando á la cumbre porque fuese
»Tanto de alli mayor nuestra caida,
»Y al término llegase el menosprecio
»Donde de los pasados llegó el precio?

»Pues unos extranjeros enemigos,
»Con título y con nombre de clemencia
»Ofrecen de acetaros por amigos
»Queriéndoos reducir á su obediencia:
»Y si no os someteis, que con castigos
»Prometen oprimir vuestra insolencia,
»Sin quedar del cuchillo reservado
»Género, religion, edad, ni estado.

»Volved, volved en vos, no deis oido
»Á sus embustes, tratos y marañas;
»Pues todas se enderezan á un partido
»Que viene á deslustrar vuestras hazañas:
»Que la ocasion que aquí los ha traido
»Por mares y por tierras tan extrañas
»Es el oro goloso que se encierra
»En las fértiles venas desta tierra.

»Y es un color, es aparencia vana
»Querer mostrar que el principal intento
»Fue el extender la religion cristiana,
»Siendo el puro interés su fundamento:
»Su pretension de la codicia mana,
»Que todo lo demas es fingimiento,
»Pues los vemos que son mas que otras gentes
»Adúlteros, ladrones, insolentes.

»Cuando el siniestro hado y dura suerte
»Nos amenacen cierto en lo futuro,
»Podemos elegir honrada muerte,
»Remedio breve, fácil y seguro:
»Poned á la fortuna el hombro fuerte;
»Á dura adversidad corazon duro;
»Que el pecho firme y ánimo invencible
»Allana y facilita aun lo imposible."

No pudo decir mas de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza aun no podia:
Asi el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dejando aun á los mas endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida
Por do pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida
En siéndole la sangre restañada:
Y la virtud con tiempo socorrida
Fue de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones
Y el ódio que á los nuestros concibieron,
Que los mas entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron:
Asi las diferentes opiniones
Á un fin y parescer se redujeron,
Quedando para siempre alli excluido
Quien tratase de medio y de partido......

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demas con pasos ordenados,
Como ya dije, atrás se retiraron;
De manera que ya nuestros soldados
Recogiendo el despojo que hallaron,
Y un número copioso de prisiones,
Volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
Doce los mas dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituïdos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando,
De la cruda sentencia condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido;
Mas él luego los brazos levantando
Que debajo del peto habia escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aun no sanos.

Era, pues, Galvarino este que cuento,
De quien el canto atrás os dió noticia,
Que, porque fuese ejemplo y escarmiento,
Le cortaron las manos por justicia;
El cual con el usado atrevimiento,
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respecto ni miedo de la muerte,
Habló, mirando á todos, desta suerte:

"¡Oh gentes fementidas, detestables,
»Indignas de la gloria deste dia!
»Hartad vuestras gargantas insaciables
»En esta aborrecida sangre mia;
»Que, aunque los fieros hados variables
»Trastornen la araucana monarquía,
»Muertos podremos ser, mas no vencidos,
»Ni los ánimos libres oprimidos.

»No penseis que la muerte rehusamos,
»Que en ella estriba ya nuestra esperanza;
»Que si la odiosa vida dilatamos,
»Es por hacer mayor nuestra venganza:
»Que, cuando el justo fin no consigamos,
»Tenemos en la espada confianza,
»Que os quitará, en nosotros convertida,
»La gloria de poder darnos la vida.

»Sús, pues ya, ¿qué esperais, ó qué os detiene
»De no me dar mi premio y justo pago?
»La muerte y no la vida me conviene,
»Pues con ella á mi deuda satisfago;
»Pero si algun disgusto y pena tiene
»Este importante y deseado trago,
»Es no haberos primero hecho pedazos
»Con estos dientes y troncados brazos."

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz solicitaba,
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba:
Y en el gentil propósito obstinado,
Diciéndonos injurias procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo, que estaba á par dél, considerando
El propósito firme y osadía,
Me opuse contra algunos, procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia;
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenia,
Forzado me aparté, y él fue llevado
Á ser con los caciques justiciado.

Á la entrada de un monte que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solemnidad y desatino,
Fue el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel dia
Un modo de matar jamás usado;
Que á cada indio de aquella compañía
Un bastante cordel le fue entregado,
Diciéndole que el árbol señalase
Donde á su modo él mismo se colgase.

No tan presto los pláticos guerreros,
Del cierto asalto la señal tocando,
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando,
Cuanto aquellos caciques, que ligeros
Por los mas grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno de ellos algo arrepentido
De su ligera prisa y diligencia,
Á nuestra devocion ya reducido,
Vuelto pidió para hablar licencia;
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y apariencia,
Los ánimos cristianos conmoviendo,
Habló contritamente asi diciendo:

"Valerosa Nacion, invicta gente
»Donde el extremo de virtud se encierra,
»Sabed que soi cacique, y decendiente
»Del tronco mas antiguo desta tierra:
»No tengo padre, hermano, ni pariente,
»Que todos son ya muertos en la guerra;
»Y pues se acaba en mí la decendencia,
»Os ruego useis conmigo de clemencia."

Quisiera proseguir, si Galvarino,
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino,
La doméstica voz no le atajara
Diciendo: "Pusilánime, mezquino,
»Deslustrador de la progenie clara,
»¿Por qué á tan gran bajeza asi te mueve
»El miedo torpe de la muerte breve?

»Dime, infame traidor, de fe mudable,
»¿Tienes por mas partido y mejor suerte
»El vivir en estado miserable
»Que el morir como debe un varon fuerte?
»Sigue el hado (aunque adverso) tolerable,
»Que el fin de los trabajos es la muerte;
»Y es poquedad que un afrentoso medio
»Te saque de la mano este remedio."

Apenas la razon habia acabado
Cuando el noble cacique, arrepentido,
Al cuello el corredizo lazo echado,
Quedó de una alta rama suspendido:
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
Aun á la misma muerte no rendido,
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.

VIII.

Suceso de Glaura.

DEL CANTO 28.

Era muchacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos extremados,
Nariz perfeta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados;
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando mas su hermosura
De un natural donaire y apostura.

Yo, queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con mas seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza,
La aseguré del miedo que traía,
La cual dando un sospiro, que á terneza
Al mas rebelde corazon moviera,
Comenzó su razon en tal manera:

"No sé si ya me queje desdichada,
»Ó agradezca á los hados y á mi suerte,
»Que me abren puerta y que me dan entrada
»Para que pueda recebir la muerte:
»Pero si ya la historia desastrada
»Quieres saber y mi dolor tan fuerte,
»Que aun le agravia mi poco sentimiento,
»Te ruego que al proceso estés atento.

»Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
»Hija del buen cacique Quilacura,
»De la sangre de Friso esclarecida,
»Rica de hacienda, pobre de ventura;
»Respetada de muchos y servida
»Por mi linage y vana hermosura;
»Mas ¡ay de mí! cuánto mejor me fuera
»Ser una simple y pobre ganadera.

»En casa de mi padre á mi contento
»Como única heredera yo vivia,
»Que su felicidad y pensamiento
»En solo darme gusto lo ponia:
»Mi voluntad en todo y mandamiento
»Como inviolable ley se obedecia,
»No habiendo de contento y gusto cosa
»Que fuese para mí dificultosa.

»Mas presto el envidioso amor tirano,
»Turbador del sosiego, adredemente
»Trujo á mi tierra y casa á Fresolano
»Mozo de fuerzas y ánimo valiente,
»De mi infelice padre primo hermano,
»Y mucho mas amigo que pariente,
»Á quien la voluntad tenia rendida,
»No habiendo entre los dos cosa partida.

»Mi padre, como amigo aficionado,
»Que yo le regalase me mandaba:
»Y asi yo con llaneza y gran cuidado
»Por hacerle placer lo procuraba;
»Mas él luego, el propósito estragado,
»Cuya fidelidad ya vacilaba,
»Corrompió la amistad, salió de tino,
»Echando por ilícito camino.

»Ó fue el trato que tuvo alli conmigo,
»Ó, por mejor decir, mi desventura,
»Que esta sería mas cierto, como digo,
»Que no la mal juzgada hermosura,
»Que ingrato al hospedage del amigo,
»Del deudo y deuda haciendo poca cura,
»Me comenzó de amar y buscar medio
»De dar á su cuidado algun remedio.

»Visto yo que por muestras y rodeo
»Muchas veces su pena descubria,
»Conocí que su intento y mal deseo
»De los honestos límites salia.
»Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
»Lo que el mísero entonces padecia;
»Que á término he llegado al pie del palo
»Que aun no puedo decir mal de lo malo.

»Hallábale mil veces suspirando
»En mí los engañados ojos puestos;
»Otras andaba tímido tentando
»Entrada á sus osados presupuestos.
»Yo, la ocasion dañosa desviando
»Con gravedad y términos honestos,
»Que es lo que mas refrena la osadía,
»Sus erradas quimeras deshacia.

»Estando sola en mi aposento un dia,
»Temerosa de algun atrevimiento,
»Ante mí de rodillas se ponia
»Con grande turbacion y desatiento
»Diciéndome temblando: "¡Oh Glaura mia!
»Ya no basta razon ni sufrimiento,
»Ni de fuerza una mínima me queda
»Que á la del fuerte amor resistir pueda.

»Tú, señora, sabrás que el dia primero
»De mi felice y próspera venida
»Me trujo amor al término postrero
»Desta penosa y desdichada vida;
»Mas ya que por tu amor y causa muero,
»Quiero saber si dello eres servida,
»Porque siéndolo tú, no sé yo cosa
»Que pueda para mi ser tan dichosa."

»Viéndole, al parecer, determinado
»Á cualquiera violencia y desacato,
»Disimuladamente por un lado
»Salí dél, sin mostrar algun recato
»Diciéndole de lejos: "¡Oh malvado,
»Incestuöso, desleäl, ingrato,
»Corrompedor de la amistad jurada,
»Y ley de parentesco conservada!...."

»Iba estas y otras cosas yo diciendo
»Que el repentino enojo me mostraba,
»Cuando con priesa súbita y estruendo
»Un cristiano escuadron nos salteaba,
»Que en cerrado tropel arremetiendo,
»Nuestra alta casa en torno rodeaba,
»Saltando Fresolano en mi presencia
»Á la debida y justa resistencia

»Diciendo: "¡Oh fiera tigre endurecida,
»Inhumana y cruel con los humanos!
»Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
»No dejes que hacer á los cristianos:
»Vuelve, verás que acabo aqui la vida,
»Pues no puedo á las tuyas, á sus manos;
»Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
»Á lo menos será mas piadosa."

»Asi furioso sin mirar en nada
»Se arroja en medio de la armada gente,
»Donde luego una bala arrebatada
»Le atravesó el desnudo pecho ardiente:
»Cayó, ya la color y voz turbada
»Diciendo: "Glaura! Glaura! últimamente
»Recibe allá mi espíritu, cansado
»De dar vida á este cuerpo desdichado."

»Llegó mi padre en esto al gran ruïdo,
»Solo armado de esfuerzo y confianza;
»Mas luego en el costado fue herido
»De una furiosa y atrevida lanza:
»Cayó el cuerpo mortal descolorido;
»Y vista mi fortuna y mal andanza,
»Por el postigo de una falsa puerta
»Salí, á mi parecer, mas que ellos muerta.

»Acá y allá turbada, al fin por una
»Montaña comencé luego á emboscarme,
»Dejándome llevar de mi fortuna,
»Que siempre me ha guiado á despeñarme.
»Asi que, ya sin tino y senda alguna
»Procuraba ¡cuitada! de alejarme;
»Que con el gran temor me parecia
»Que yendo á mas correr no me movia.

»Mas como suele acontecer contino
»Que, huyendo el peligro y mal presente
»Se suele ir á parar en un camino
»Que nos coge y anega la creciente,
»Asi á mí ¡desdichada! pues me avino
»Que, por salvar la vida impertinente,
»De un mal en otro mal, de lance en lance
»Vine á mayor peligro y mayor trance.

»Iba, pues, siempre ¡mísera! corriendo
»Por espinas, por zarzas, por abrojos,
»Aquí y allí, y acá y allá volviendo
»Á cada paso los atentos ojos,
»Cuando por unos árboles saliendo
»Ví dos negros cargados de despojos,
»Que luego en el instante que me vieron
»Á la mísera presa arremetieron.

»Fuí dellos prestamente despojada
»De todo cuanto alli venia vestida,
»Aunque yo ¡triste! no estimaba en nada
»El perder los vestidos y la vida:
»Pero el honor y castidad preciada
»Estuvo á punto ya de ser perdida;
»Mas mis voces y quejas fueron tantas
»Que á lástima y piedad movia las plantas.

»Usó el cielo conmigo de clemencia
»Guiando á Cariolan á mis clamores,
»Que visto el acto inorme y la insolencia
»De aquellos enemigos violadores,
»Corrió con provechosa diligencia
»Diciendo: "Perros, bárbaros, traidores,
»Dejad, dejad al punto la doncella,
»Si no la vida dejareis con ella."

»Fueron sobre él los dos encontinente;
»Mas él, flechando el arco que traía,
»Al mas adelantado y diligente
»La flecha hasta las plumas le escondia:
»Hízose atrás dos pasos diestramente,
»Y al otro la segunda flecha envía
»Con brújula tan cierta y diestro tino,
»Que al bruto corazon halló el camino.

»Cayó muerto, y el otro mal herido
»Cerró con él furioso y emperrado;
»Mas Cariolan, valiente y prevenido,
»En la arte de la lucha ejercitado,
»Aunque el negro era grande y muy fornido,
»De su destreza y fuerzas ayudado,
»Alzándole en los brazos ácia el cielo
»Le trabucó de espaldas en el suelo,

»Y sacando una daga acicalada,
»Queriendo á hierro rematar la cuenta,
»Por el desnudo vientre y por la ijada
»Tres veces la metió y sacó sangrienta;
»Huyó por allí la alma acelerada,
»Y libre Cariolan de aquella afrenta
»Se vino para mí con gran crianza
»Pidiéndome perdon de la tardanza.

»Supo decir allí tantas razones,
»Haciendo amor conmigo asi el oficio,
»Que medrosa de andar en opiniones,
»Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
»Por evitar, al fin, mormuraciones,
»Y no mostrarme ingrata al beneficio
»En tal sazon y tiempo recibido,
»Le tomé por mi guarda y mi marido;

»Y temiendo que gente acudiría,
»Por el espeso bosque nos metimos,
»Donde, sin rastro ni señal de via,
»Un gran rato perdidos anduvimos;
»Pero, señor, al declinar del dia,
»Á la ribera de Lauquén salimos,
»Por do venia una escuadra de cristianos
»Con diez indios, atrás presas las manos.

»Descubriéronnos súbito en saliendo,
»Que en todo, al fin, nos perseguia la suerte,
»Sobre nosotros de tropel corriendo,
»Aguarda! aguarda! teu! gritando fuerte;
»Pero mi nuevo esposo alli temiendo
»Mucho mas mi deshonra que su muerte,
»Me rogó que en el bosque me escondiese,
»Mientras que él con morir los detuviese.

»Luego el temor, á trastornar bastante
»Una flaca muger inadvertida,
»Me persuadió, poniéndome delante
»La horrenda muerte y la estimada vida:
»Asi, cobarde, tímida, inconstante,
»Á los primeros ímpetus rendida,
»Me entré, viéndolos cerca, á toda priesa
»Por lo mas agrio de la selva espesa,

»Y en lo hueco de un tronco, que tejido
»De zarzas y maleza en torno estaba,
»Me escondí sin aliento ni sentido,
»Que aun apenas de miedo resollaba,
»De donde escuché luego un gran ruïdo,
»Que el bosque cerca y lejos atronaba,
»De espadas, lanzas y tropel de gente,
»Como que combatiesen fuertemente,

»Fue poco á poco, al parecer, cesando
»Aquel rumor y grita que se oía,
»Cuando la obligacion ya calentando
»La sangre que el temor helado habia,
»Revolví sobre mí, considerando
»La maldad y traicion que cometia
»En no correr con mi marido á una
»Un peligro, una muerte, una fortuna.

»Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
»Que en él quedára viva sepultada,
»Corriendo con presteza á la ribera
»Á donde le dejé, desatinada:
»Mas cuando no vi rastro ni manera
»De le poder hallar, sola y cuitada,
»Podrás ver qué sentí; pues era cierto
»Que no pudo escapar de preso ó muerto.

»Solté ya sin temor la voz en vano,
»Llamando al sordo Cielo injusto y crudo;
»Preguntaba: ¿do está mi Cariolano?
»Y todo al responder lo hallaba mudo.
»Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
»Salia corriendo, que el dolor agudo,
»En mis entrañas siempre mas furioso,
»No me daba momento de reposo.

»No te quiero cansar ni lastimarme
»En decirte las bascas que sentia:
»No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
»Frenética y furiosa discurría:
»Muchas veces propuse de matarme,
»Mas por torpeza y gran maldad tenia
»Que aquel dolor en mí tan poco obrase
»Que á quitarme la vida no bastase.

»En tanta pena y confusion envuelta,
»De contrarios y dudas combatida,
»Al cabo ya de le buscar resuelta,
»Pues no daba el dolor fin á mi vida,
»Ácia el campo español he dado vuelta,
»De noche y desde lejos escondida,
»Por el honor, que mal me le asegura
»Mi poca edad y mucha desventura.

»Y teniendo noticia que esta gente
»Era la vuelta de Cauten pasada,
»Tambien que habia de ser forzosamente
»Por este paso estrecho la tornada,
»Me dispuse á venir cubiertamente,
»Pensando que entretantos disfrazada
»Alguna nueva ó rastro hallaría
»Deste que la fortuna me desvía.

»¿Qué remedio me queda ya captiva,
»Sujeta al mando y voluntad agena,
»Que, para que mayor pena reciba,
»Aun la muerte no viene, porque es buena?
»Pero aunque el Cielo cruel quiera que viva,
»Al fin me ha de acabar ya tanta pena;
»Bien que el estado en que me toma es fuerte,
»Mas nadie escoje el tiempo de su muerte."

Asi la bella jóven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada
Que estaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una súbita algarada
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo indios asi que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un yanacona mio,
Ganado no habia un mes en buena guerra,
Diciéndome: "Señor, échate al rio,
»Que yo te salvaré que sé la tierra,
»Que pensar resistir es desvarío
»A la gente que cala de la sierra:
»Bien puedes ¡oh señor! de mí fiarte,
»Que me verás morir por escaparte."

Yo, que al mancebo el rostro revolvia
Á agradecer la oferta y buen deseo,
Ví á Glaura que sin tiento arremetia
Diciendo: "¡oh justo Dios! ¿qué es lo que veo?
»¿Eres mi dulce esposo? ¡ay vida mia!
»En mis brazos te tengo y no lo creo.
»¿Qué es esto? ¿estoy soñando, ó estoy despierta?
»¡Ay! que tan grande bien no es cosa cierta."

Yo atónito de tal acaecimiento,
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el mísero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo alli lugar de cumplimiento,
Por ser revuelto el tiempo y limitado,
Dije: "Amigos, adios; y lo que puedo,
»Que es daros libertad, yo os la concedo."

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo, que salió ligero.
Pero aunque mas los indios me den priesa,
Quiero, Señor, que aquí sepais primero
Como á la entrada de la selva espesa
Cariolan vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro Señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Despues de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados;
Mas ya que á nuestro asiento me volvia
Con diez prisiones bárbaros atados,
Á la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente,
Pensando que alas le prestára el miedo;
Pero con gran desprecio y alta frente,
Apercibiendo el arco, estuvo quedo:
Llegando, pues, á tiro, diestramente
Hirió á Francisco Osorio y Acebedo,
Arrancando una daga, desenvuelto
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fue la destreza, tanta el arte
Del temerario bárbaro araucano,
Que no fue el gran tropel de gente parte
Á que dejase un solo paso el llano;
Que, saltando de aquella y desta parte,
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del manto y daga rebatidos.

Yo, que ver tal batalla no quisiera,
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo: "Afuera
»Caballeros, afuera, hacéos á un lado,
»Que no es bien qué el valiente mozo muera,
»Antes merece ser remunerado;
»Y darle asi la muerte ya sería
»No esfuerzo, ni valor, mas villanía."

Todos se detuviéron conociendo
Cuán mal el acto infame les estaba;
Solo el indio no cesa, pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba:
Al fin, la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesía le obligaba,
Vuelto ácia mí me dijo: "¿Qué te importa
»Que sea mi vida larga ó que sea corta?«

»Pero de mí será reconocida
»La obra pia y voluntad humana,
»Pia por la intencion; pero entendida,
»Puede decirse impía é inhumana;
»Que á quien há de vivir mísera vida
»No le puede estar mal muerte temprana:
»Asi que, en no matarme, como digo,
»Cruel misericordia usas conmigo.

»Mas, porque no me digan que ya niego
»Haber de tí la vida recibido,
»Me pongo en tu poder, y así me entrego
»Á mi fortuna mísera rendido."
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

IX.

Prision y muerte de Caupolican.

DE LOS CANTOS 33 Y 34.

Mas un indio, que acaso inadvertido
Fue de una escolta nuestra prisionero,
Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de pies ligero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: "Yo me resuelvo y me profiero
»De daros llanamente hoy en la mano
»Al grande general Caupolicano.

»En un áspero bosque y espesura,
»Nueve millas de Ongolmo desviado,
»Está un sitio muy fuerte por natura
»De ciénagas y fosos rodeado,
»Donde por ser la tierra tan segura
»Anda de solos diez acompañado,
»Hasta que vuestra próspera creciente
»Aplaque el gran furor de su corriente.

»Por una estrecha y desusada via,
»Sin que pueda haber dello sentimiento,
»Seré en la noche escura yo la guia
»Llevando á vuestra gente en salvamento;
»Y antes que se descubra el claro dia
»Dareis en el oculto alojamiento,
»Donde á cumplir del todo yo me obligo
»Pena de la cabeza lo que digo."

Fue la razon del mozo bien oida,
Viéndole en su promesa tan constante;
Y asi luego una escuadra prevenida
De gente experta y número bastante,
Para toda sospecha apercibida,
Llevando al indio amigo por delante,
Salió á la prima noche en gran secreto,
Con paso largo y caminar quiëto.

Por una senda angosta é intricada,
Subiendo grandes cuestas y bajando,
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando:
Mas la escura tiniebla adelgazada
Por la vecina aurora, reparando
Junto á un arroyo y pedregosa fuente,
Volvió el indio diciendo á nuestra gente:

"Yo no paso adelante, ni es posible
»Seguir este camino comenzado,
»Que el hecho es grande y el temor terrible,
»Que me detiene el paso acobardado:
»Imaginando aquel aspecto horrible
»Del gran Caupolican contra mí airado,
»Cuando venga á saber que sólo he sido
»El soldado traidor que le ha vendido.

»Por este arroyo arriba, que es la guia,
»Aunque sin rastro alguno ni vereda,
»Dareis presto en el sitio y ranchería
»Que está en medio de un bosque y arboleda:
»Y antes que aclare el ya vecino dia
»Os dad priesa á llegar, porque no pueda
»La centinela descubrir del cerro
»Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

»Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
»Dejándoos como os dejo en este puesto,
»Á donde salvamente os he traido,
»Poniéndome á peligro manifiesto:
»Y pues al punto justo habeis venido,
»Os conviene dar priesa y llegar presto,
»Que es irrecuperable y peligrosa
»La pérdida de tiempo en toda cosa.

»Y si sienten rumor desta venida,
»El sitio es ocupado y peñascoso,
»Fácil y sin peligro la huida
»Por un derrumbadero montuoso:
»Mirad que os daña ya la detenida,
»Seguid hoy vuestro hado venturoso,
»Que menos de una milla de camino
»Teneis al enemigo ya vecino."

No por caricia, oferta ni promesa
Quiso el indio mover el pie adelante,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
Á sacarle del tema fue bastante:
Y viendo el tiempo corto y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino,
La relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío:
La plaza en rededor fortificada
Con un despeñadero sobre un rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela en esto descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente:
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente,
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida:
Y alzándole á dos manos, empinado,
Por dalle mayor fuerza á la caida,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada;

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante, acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo, penetrando
Los músculos y carne descubierta:
En esto el paso el indio retirando,
Visto el remèdio y la defensa incierta,
Amonestó á los suyos que se diesen
Y en ninguna manera resistiésen.

Salió fuera sin armas, requiriendo
Que entrasen en la estancia asegurados,
Que eran pobres soldados que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados:
Y asi, con priesa y turbacion, temiendo
Ser de los foragidos salteados,
Á la ocupada puerta habia salido,
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel, donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que, rendidas las armas, se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atrás las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al capitan disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado;

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linage;
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personage.
Gastóse gran espacio y tiempo en esto,
Tomando de los otros mas lenguage,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba
Que no fuese deshecha y saqueada,
Cuando de un toldo que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arrojó una muger, huyendo apriesa
Por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intricado el paso y muy estrecho
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande extremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta, no entendiendo
Que era presa y muger tan importante:
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste Palla, descubriendo
Al marido, que preso iba adelante,
De sus insignias y armas despojado,
En el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena;
Ni dé flaca muger dió allí la muestra,
Antes de furia y viva rabia llena,
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: "La robusta mano agena
»Que asi ligó tu afeminada diestra,
»Mas clemencia y piedad contigo usára
»Si ese cobarde pecho atravesára.

»¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
»Hinchó la redondez de sus hazañas,
»Que con solo la voz temblar hacias
»Las remotas naciones mas extrañas?
»¿Eres tú el capitan que prometias
»De conquistar en breve las Españas,
»Y someter el ártico hemisferio
»Al yugo y ley del araucano imperio?

»¡Ay de mí! como andaba yo engañada
»Con mi altiveza y pensamiento ufano,
»Viendo que en todo el mundo era llamada
»Fresia, muger del gran Caupolicano:
»Y agora, miserable y desdichada,
»Todo en un punto me ha salido vano,
»Viéndote prisionero en un desierto,
»Pudiendo haber honradamente muerto.

»¿Qué son de aquellas pruebas peligrosas,
»Que asi costaron tanta sangre y vidas:
»Las empresas difíciles dudosas
»Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
»¿Que es de aquellas victorias gloriosas
»De esos atados brazos adquiridas?
»¿Todo, al fin, ha parado y se ha resuelto
»En ir con esa gente infame envuelto?

»Díme, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
»Para triunfar de la mudable diosa?
»¿No sabes que una breve muerte honrada
»Hace inmortal la vida y gloriosa?
»Miráras á esta prenda desdichada,
»Pues que de tí no queda yá otra cosa;
»Que yo, apenas la nueva me viniera,
»Cuando muriendo alegre te siguiera.

»Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
»Con que el lícito amor me habia ligado;
»Que el sensible dolor y golpe agudo
»Estos fértiles pechos han secado:
»Cria, críale tú, que ese membrudo
»Cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado:
»Que yo no quiero título de madre
»Del hijo infame del infame padre."

Diciendo esto, colérica y rabiosa
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenètica y furiosa
Se fue por otra parte en el instante:
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fue bastante
Á que la madre ya cruel volviese,
Y el inocente hijo recibiese. . . . .

Diéronle nueva madre, y comenzaron
Á dar la vuelta y á seguir la via,
Por la cual á gran priesa caminaron,
Recobrando al pasar la fida guia
Que atada al tronco por temor dejaron;
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza embanderada,
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los indios diligencia
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupolican, que su aparencia
Daba claros indicios que lo fuese:
Pero ni ausente dél ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era mas que un incógnito soldado,
De baja estofa y sueldo moderado;

Aunque algunos despues mas animados,
Cuando en particular los apretaban,
De su cercana muerte asegurados,
El sospechado engaño declaraban:
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retractaban,
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podia,
Dejando aquel remedio infructuoso
Quiso tentar el último que habia;
Y así, llamando al capitan Reinoso,
Que luego vino á ver lo que queria,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

¡Oh vida miserable y trabajosa
Á tantas desventuras sometida!
¡Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguna sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido,
Á quien la vida larga ha deslustrado;
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Anibal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que, en Farsalia derrocado,
Perdió, por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitan y gran guerrero,
Que en el término américo-indiano
Tuvo en las armas el lugar primero:
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fue mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cual, reconociendo que su gente
Vacilando en la fé, titubeaba;
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente,
Que venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave de este modo:

"Si á vergonzoso estado reducido
»Me hubiera el duro y áspero destino,
»Y si esta mi caida hubiera sido
»Debajo de hombre y capitan indino,
»No tuve el brazo así desfallecido
»Que no abriera á la muerte yo camino
»Por este propio pecho con mi espada,
»Cumpliendo el curso y mísera jornada.

»Mas, juzgándote digno, y de quien puedo
»Recebir sin vergüenza yo la vida,
»Lo que de mí pretendes te concedo
»Luego que á mí me fuere concedida;
»Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
»Que aquesa es de los prósperos temida;
»Y en mí por experiencias he probado
»Cuán mal le está el vivir al desdichado.

»Yo soy Caupolican, que el hado mio
»Por tierra derrocó mi fundamento,
»Y quien del araucano señorío
»Tiene el mando absoluto y regimiento:
»La paz está en mi mano y albedrío,
»Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
»Pues tengo por mi cargo y providencia
»Toda la tierra en freno y obediencia.

»Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
»Y quien dejó á Purén desmantelado;
»Soy el que puso á Penco por el suelo,
»Y el que tantas batallas ha ganado:
»Pero el revuelto ya contrario cielo,
»De vitorias y triunfos rodeado,
»Me ponen á tus pies á que te pida
»Por un muy breve término la vida.

»Cuando mi causa no sea justa, mira
»Que el que perdona mas es mas clemente;
»Y si á venganza la pasion te tira,
»Pedirte yo la vida es suficiente:
»Aplaca el pecho airado, que la ira
»Es en el poderoso impertinente;
»Y si en darme la muerte estás ya puesto,
»Especie de piedad es darla presto.

»No pienses que aunque muera aquí á tus manos
»Ha de faltar cabeza en el estado,
»Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
»Mas como yo ninguno desdichado:
»Y pues conoces ya á los araucanos,
»Que dellos soy el mínimo soldado,
»Tentar nueva fortuna error seria,
»Yendo tan cuesta abajo ya la mia.....

»Mira que á muchos vences en vencerte,
»Frena el ímpetu y cólera dañosa,
»Que la ira examina al varon fuerte,
»Y el perdonar venganza es generosa;
»La paz comun destruyes con mi muerte,
»Suspende ahora la espada rigurosa,
»Debajo de la cual están á una
»Mi desnuda garganta y tu fortuna.

»Aspira á mas, á mayor gloria atiende,
»No quieras en poca agua así anegarte,
»Que lo que la fortuna aquí pretende
»Solo es que quieras della aprovecharte;
»Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
»Que estoy en tu poder, ya de tu parte,
»Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
»Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

»Que si esta mi cabeza desdichada
»Pudiera ¡oh capitan! satisfacerte,
»Tendiera el cuello á que con esa espada
»Rematáras aquí mi triste suerte:
»Pero deja la vida condenada
»El que procura apresurar su muerte,
»Y mas en este tiempo que la mia
»La paz universal perturbaria.

»Y pues por la experiencia claro has visto
»Que libre y preso, en público y secreto,
»De mis soldados soy temido y quisto,
»Y está á mi voluntad todo sujeto;
»Haré yo establecer la Ley de Cristo,
»Y que, sueltas las armas, te prometo
»Vendrá toda la tierra en mi presencia
»Á dar al rey Felipe la obediencia.

»Tenme en prision segura retirado
»Hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
»Que yo sé que el ejército y senado
»En todo aprobarán lo que hiciere:
»Y el plazo puesto y término pasado,
»Podré tambien morir si no cumpliere;
»Escoge lo que mas te agrada desto,
»Que para ambas fortunas estoy presto."

No dijo el indio mas, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia:
Que, por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando, aunque vencido y preso, en todo
Cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo escribo,
Con mas rigor y priesa que advertencia
Luego á empalar y asaetearle vivo
Fue condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia,
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento,
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de Fe y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano:
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiracion de todas gentes
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste, aunque felice dia,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y, en lo que el tiempo escaso permitia,
En la Fe verdadera le informaron,
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente, le sacaron
Á padecer la muerte consentida,
Con esperanza ya de mejor vida,

Descalzo, destocado, á pie, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detras, mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba.

Desta manera, pues, llegó al tablado
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento;
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
Á un lado y otro la serena frente,
Estuvo allí parado un rato viendo
El gran concurso y multitud de gente,
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: "Pues el hado y suerte mia
»Me tienen esta muerte aparejada,
»Venga, que yo la pido, yo la quiero,
»Que ningun mal hay grande si es postrero."

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido;
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demas habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella, aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

"¿Cómo? ¿qué en cristiandad y pecho honrado
»Cabe cosa tan fuera de medida,
»Que á un hombre como yo tan señalado
»Le dé muerte una mano ási abatida?
»Basta, basta morir al mas culpado,
»Que al fin todo se paga con la vida;
»Y es usar deste término conmigo
»Inhumana venganza y no castigo.

»¿No hubiera alguna espada aqui de cuantas
»Contra mí se arrancaron á porfia,
»Que usada á nuestras míseras gargantas
»Cercenára de un golpe aquesta mia?
»Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
»Maneras la fortuna en este dia,
»Acabar no podrá que bruta mano
»Toque al gran general Caupolicano."

Esto dicho, y alzando el pie derecho
(Aunque de las cadenas impedido)
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido;
Reprehendido el impaciente hecho,
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron despues con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por mas que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fue bastante
Á que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante,
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó de la manera
Que si asentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y despacio le tiraban:
Y, aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre,
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel, que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso alli salia,
Forzando el curso le traía derecho:
Y en breve, sin dejar parte vacía,
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al mas cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, Señor, no estuve yo presente,
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente;
Que si yo á la sazon allí estuviera
La cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo, aun puesto allí, desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vió en alguno tál denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

DEL MONSERRATE.

NOTICIAS

DE CRISTOVAL DE VIRUES.

Fue valenciano, y pudo nacer ácia la mitad del siglo XVI. Sirvió mucho tiempo de soldado en Italia, principalmente en el Milanesado, y llegó al grado de capitan. Publicó su *Monserrate* la primera vez en Madrid en 1588, y despues se repitió en 1601 en la misma villa, y en Milan en 1602, con el título de *Monserrate segundo*, aunque no se diferencia en nada de la primera edicion. En 1805 dió don Gabriel de Sancha otra mas correcta y mas aseada que las primeras. Escribió Virués para el teatro cinco ragedias que con otras poesías líricas suyas se imprimieron en Madrid en 1609, y no se leen ya sino por los que tienen que acudir á ellas, para lustrar los pasos primeros de nuestra poesía dramática. Se le atribuye la novedad de haber distribuido en tres actos los dramas, que antes solian tener cuatro; bien que esta division en tres actos no careciese de ejemplos anteriores. No se conocen otras noticias suyas, ni literarias, ni civiles.

FRAGMENTO I.

Fuerza hecha á la hija del conde de Barcelona por el ermitaño Garin.

DE LOS CANTOS 1. Y 2.

Era la vírgen tierna y delicada,
Un ángel en aviso y hermosura,
Las gracias la tenian adornada,
Y de ellas era una reäl hechura:
Los dos hermanos, que con luz amada
Platean y doran la estrellada altura,
Cada cual con la faz serena y bella,
Menos hermosos son que la doncella.

De quince á diez y seis años tenía
La bellísima dama generosa,
Enriquecidos de una gallardía
Tierna, suave, blanda y amorosa:
Solo con el mirar rendir podía
El furor de una tigre rigurosa,
El de un cruel determinado asalto,
El del airado mar, cuando mas alto.

Si la gran perfeccion, si la luz viva
De sus ojos, mejillas, boca y frente,
Y aquella gracia angélica y altiva
De que sabia usar perfectamente,
Hubiera visto el gran Pintor que iba
Buscando lo perfecto y lo excelente,
No deseára mas hermosa idea
Para pintar la linda Citerea.

Su gran beldad á toda humana vista
Admiracion dulcísima causaba;
Fue su alta gracia con espanto vista,
Espanto que en mil gustos se anegaba:
Su excelso aviso general conquista
Hizo de cuantas almas regalaba,
Formando en cuerpo y alma un paraiso
Gran beldad, alta gracia, excelso aviso.

Fue al fin en hermosura aventajada
Á cuantas en su tiempo en todo el suelo
Al alma de mas dones adornada
Causar pudieran celestial consuelo.
Naturaleza, de su fuerza armada,
Á imitacion de la beldad del cielo
La de la generosa dama hizo,
Y allí de su poder se satisfizo.

No es maravilla, pues, que Garin quede
Vencido por Satán en la batalla,
Si demas de lo mucho que obra y puede,
Tal ocasion para su intento halla:
Si al valiente varon en fuerza excede,
Y en este trance rinde y avasalla,
No es de espantar que á fuerza de belleza
Resiste mal nuestra mortal flaqueza.

Cual en un campo seco los rastrojos
Entra abrasando la furiosa llama,
Cuando ocupan las eras los manojos,
Y las ojas se secan en su rama;
Así la luz de los divinos ojos,
Y la belleza de la linda dama
Entra en el pecho de Garin, talando
La santidad y su divino bando.

Conoce el afligido el fuego ardiente,
Y procura con ánimo esforzado
Evitar tan mortal inconveniente,
Y destruir tan infernal cuidado:
Hace discursos el varon prudente;
Y viéndose confuso y apretado,
Determinado de pedir consejo,
Su pasion dice al ermitaño viejo.

Á quien la causa su pasion descubre:
Con quien su mal procura se aconseja:
Llega el cordero al lobo que se cubre
Y disimula con la piel de oveja:
Y él contento de oir el daño, encubre
Arcando á veces la una y otra ceja,
Como maravillándose y sintiendo
Aquel caso tristísimo y horrendo.

Dice Garin su lástima y congoja,
Ora con faz de amarillez teñida
Por el dolor, ora de empacho roja,
Con baja voz en lágrimas rompida:
Y mostrando tambien que se congoja
El traidor de su pena dolorida,
Encubriendo mejor lo que en sí esconde
Así á Garin con blanda voz responde:

"No solo ¡oh padre! me ha de dar tormento
»Esa pasion que vuestro pecho aflige,
»Sino consolacion, gozo y contento,
»Considerando quién la ordena y rige:
»Los que el Señor para su excelso asiento
»Con su infinita providencia elige,
»Siempre quiere que sean apurados
»En semejantes penas y cuidados;

»Y que muestren la santa fortaleza
»De que han de estar armados los varones
»Que desean gozar la eterna alteza
»Entre los celestiales escuadrones:
»Así que, padre, no mostreis tibieza
»Como la muestran ya vuestras razones,
»Sino seguir con ánimo la empresa,
»Pues en su peso el mérito se pesa.

»Bien veis cuan grande ejemplo y testimonio
»Nos son de lo qne digo, padre amado,
»Ilario, Paulo, Juan, Macario, Antonio,
»De fortaleza cada cual dechado:
»Resistid á la fuerza del demonio;
»No dejeis el camino comenzado,
»Apurad vuestro espíritu en la llama
»Que causa la presencia de esa dama.

»No conviene que sea tan cobarde
»Quien sirve á Dios, que del peligro huya;
»Es menester que al enemigo aguarde,
»Pues ha de ser en honra eterna suya:
»Si el alma ahora en ese fuego arde,
»Con valor su templanza restituya,
»Y así merecereis por la victoria
»Como varon pecfecto mayor gloria."

¡Oh fiera brava, de veneno llena,
Monstruo cruel, perverso y pernicioso,
Que con la voz y rostro de sirena
Encantas al mas sabio y valeroso:
Simulacion traidora, que condena
Tu trato doble, infame y alevoso
Á que valga el doméstico enemigo
Lo que el tesoro del leal amigo!.....

Podrá guardarse facilmente el hombre
De quien tuviere manifiestamente
De su adversario título y renombre,
Aunque sea fortísimo y valiente;
Pero de aquel amigo que en tal nombre
Envuelve ésta mortífera serpiente,
No se puede guardar, que el fiero daño
Viene cual aquí vino al ermitaño:

El cual vuelve engañado así á su cueva
Con un grande propósito encendido
De emplear su virtud con fuerza nueva
Hasta ver su mortal deseo rendido;
Mas este buen propósito que lleva
Presto fue con su fuego consumido,
Con su fuego cruel, con aquel fuego
Que consume la vida y el sosiego.

Recibióle la dama generosa
Mostrando en el cristal resplandeciente,
En los dos soles, en la fresca rosa
(Helado asiento del amor ardiente),
Que sin consuelo, triste y temerosa
Habia estado mientras dél ausente:
Esto diciendo con tan dulce acento,
Que por oirla se paraba el viento.

Como suele salir la blanca aurora
Del negro albergue de la noche obscura,
Vertiendo con los ojos que enamora
(Dignos bien de la luz) luz del sol pura;
Así salía la gentil señora
De aquella cueva tenebrosa y dura,
Esparciendo la luz de aquellos ojos
Dignos de mil trofeos y despojos.

No tan presto sus luces se encontraron
Con las que de los ojos de él salieron,
Cuando el intento principal borraron
Y el propósito santo consumieron:
Ambos alegres en la cueva entraron,
Y entre varias razones estuvieron
Hasta que ya cansado y anhelante
Etón pasó del mauritano Atlante.

Ya mostraba la luz cualquiera estrella
Que le reparte la febéa mano,
Ya la casta Lucina, blanca y bella,
Hacía su curso tras su rubio hermano:
Plateaba su clara y fria centella
El monte, el mar, la playa, el valle, el llano,
Y esparciendo venía ya Morfeo
Las descuidadas aguas de Leteo;

Cuando Garin, rendido ya y postrado
Al enemigo riguroso y fuerte,
El ser de la razon preso y atado
En ásperas cadenas de la muerte,
Del alma, tan amada, ya olvidado,
Como cosa de poco precio y suerte,
De hombre, y tan bueno, se convierte en fiera,
Cual si Medea ó Circe le prendiera:

Y á la noble doncella, que esperando
Está de oir lo que él decir solía,
Con ambigüas palabras murmurando
Confusa y atajada la tenía;
Y con furioso atrevimiento osando
Ya sus honestas tocas componía,
Ya llegaba á las ropas, ya impaciente
Daba licencia al suspirar ardiente:

Ya las madejas de oro le tocaba
Temblándole las manos temerosas,
Y en las delgadas hebras se enlazaba
Como en fuertes cadenas poderosas:
Ya con menos temor acariciaba
Las tiernas azucenas y las rosas,
Y entre la no tocada nieve fria
Como en ardiente fragua se encendia:

Ya entre las suyas toma aquellas manos
Blancas, largas, suaves, delicadas,
Que vencieran leones inhumanos,
Mortíferas serpientes enconadas;
Y en estos actos viles y profanos
Se vieron las mejillas matizadas
De un fino cosicler, con que encendiera
La mas elada salamandra y fiera.

Volvia los ojos la doncella honesta
Triste, turbada, atónita y confusa,
Como si preguntára ¿qué obra es ésta
Tan nueva ¡oh Padre! que tu mano usa?
Y aunque él la entiende, no le dá respuesta,
Que bien conoce que no tiene excusa,
Ni desiste del acto torpe y ciego,
Rendido al sensual furioso fuego.

No solo no le atajá con mirarle
Con castos ojos la gentil doncella,
Mas antes sirve para acrecentarle
Con fuerza nueva la mortal centella:
Siente aquellos espíritus entrarle
Que salen de la una y otra estrella
Al tierno corazon, donde esforzados
Aumentan los deseos y cuidados.

Ya el carro de la noche, gobernado
Por el silencio y por el sueño, habia
De su viaje la mitad andado
Por la estrellada relumbrante via,
Cuando Garin en llamas abrasado
La luz pequeña que en la cueva ardia
Mató, porque sin duda al que mal hace
La luz no le apetece, ni le aplace.

Viendo tras tantas novedades ésta,
La doncella temblando se arrincona
Ácia una parte de la cueva, y puesta
Entre mil dudas, entre sí razona;
Pero Garin, toda razon pospuesta,
Violó su castísima persona,
Ni en él ni en ella habiendo resistencia,
Rotas las armas ya de la conciencia.

¡Oh mas que vidrio fragil suerte nuestra,
En cuan hondos abismos nos despeñas!
¡Oh furia diabólica, maestra
Que estas míseras obras nos enseñas!
¡Oh carne poderosa, brava y diestra,
Con armas blandas, mansas, alhagüeñas!
¿Quién si no tú pudiera poder tanto
Con un varon tan escogido y santo?......

Apenas el estupro cometido
Garin habia, cuando en son horrendo
Movió la confusion tal alarido,
Y el arrepentimiento tal estruendo,
Que la razon turbando y el sentido,
Y el alma y corazon estremeciendo,
Le pusieron en punto de tal suerte,
Que estuvo casi para darse muerte.

En su forma terrible y espantosa
La confusion se le mostró delante:
Y con turbada vista y rigurosa,
Cual la del lince fuerte y penetrante,
El arrepentimiento en faz llorosa
Le mostró del pecado aquel semblante
Lleno de espanto y de terror, y lleno
De cruél y mortífiero veneno.

En reñida batalla brava y fiera
Con estos poderosos combatientes
Garin quedó, tal que mover pudiera
Á compasion leones y serpientes;
De pena el alma un mar amargo era,
Y de amargo dolor los ojos fuentes,
Y de congoja el corazon cuitado
Un fuego vivo, riguroso, airado.

Mas ¿quién la pena de la dama bella
Podrá decir, y la congoja brava?
Era una larga fuente cada estrella
Que los claveles y el jazmin regaba:
Lloraba el mismo amor allí con ella,
La castidad con ella allí lloraba,
Y las gracias lloraban juntamente
En sus ojos, mejillas, boca y frente.

El blanco pecho con rigor hería,
Guedejas se arrancaba de oro fino,
Las delicadas manos se mordía,
Arañábase el rostro cristalino:
Y con la voz, que al viento suspendia
Con triste lloro y suspirar contino,
Llamaba en su favor la triste dama
La muerte, que no viene á quien la llama.

II.

Casa encantada en que Garin sale vencedor de las tentaciones que le asaltan.

DE LOS CANTOS 12 Y 13.

Cuando de nuestro cielo el sol faltando
Á la nocturna sombra se le entrega,
Y asi como él se va en poniente entrando
Ella sus alas lóbregas despliega,
Con su santo deseo apresurando
El contrito Garin el paso, llega
No con poco deseo de posada
Á una en todo extremo regalada.

Habia, sin pensarlo, el monje errado
El camino derecho que llevaba,
Y por un ancho del siniestro lado
Confiado y contento caminaba,
Hasta dar en un valle que adornado
De un alto monte que le rodeaba,
Aquel alberge vió maravilloso,
Y á él se fue con paso presuroso.

Desde que vió la casa y su lindeza
Se le ofreció el camino llano, y lleno
De lo mas lindo que naturaleza
Pone á la tierra en el fecundo seno:
El alma le robó con su belleza
Á Garin por la vista el valle ameno,
Imprimiéndole en ella un cierto aviso
Que entraba en el terrestre paraiso.

Via selvas umbrosas, verdes prados,
Jardines curiosísimos hermosos
De mil vivos colores matizados,
De mil frutos y flores abundosos:
Altas mieses con granos sazonados,
Anchos viñedos, largos y espaciosos
Bosques, dehesas, sotos, granjerías,
Torres, cercados, casas, alquerías.

Y via bellas fuentes, que cristales
Deshechos como nieve parecian,
Que con sonoros y altos manantiales
Del monte por mil partes descendian,
Y las mieses, y plantas, y frutales
Del admirable valle enriquecian,
Por todo él alegrísimas riendo,
Sus corrientes dulcísimas torciendo.

Iban, despues de haber todo el hermoso
Valle fertilizado y discurrido,
Á dar á un lago claro y espacioso
De jazmines y rosas circuïdo,
El cual en medio tiene el suntuoso
Palacio, en mil columnas sostenido:
Centro del valle es la laguna bella
Y el hermoso palacio es centro de ella.

Por cuatro bien labradas y anchas puentes,
Que van á dar á cuatro grandes puertas,
Que á todos de ordinario estan patentes,
Y como propias á cualquiera abiertas,
Se entra en la casa, y por las mansas fuentes
Del lago, tambien tiene entradas ciertas
En muchos barcos que por todas partes
Pescando van con industriosas artes.

Todo esto va Garin mirando, mientras
La escasa luz del sol se lo consiente;
Pero ya al fin casi en un punto entra
En la ancha casa, y Febo en occidente:
Y luego en la primera puerta encuentra
Un huesped, aunque viejo, diligente
Tanto, que en todo lo que disponía
La misma diligencia parecía.

Era lo que en el valle habia mirado
Y en la grande laguna el monje pobre
Con lo que dentro via, comparado
Como oro fino á bajo peltre ó cobre:
Contempla el gran palacio sustentado
(Extraña y admirable cosa) sobre
Altas columnas, no de mármol pario
Sino de vidrio quebradiso y vario.

Bien que no solo el monje no juzgára
Ser fragil vidrio las columnas bellas,
Mas, creyendo jurar verdad, juráre
Diamante ser la menos fuerte de ellas:
Y de tal fortaleza la estimára
Cual las dos que sustentan las estrellas,
Tanto podia en el palacio extraño
Del diligente huesped el engaño.

Como quien á la nieve está mirando
Desde cerca en un alto ventisquero
Gran rato, cuando el sol reverberando
Hace con ella fuerte resistero,
Que del todo la vista disgregando
Queda sin su valor y ser primero,
Sin que ver pueda lo que mira atento
Ni tener de ello algun conocimiento;

De la misma manera deslumbradó
En poniendo los pies en los umbrales
De aquel hermoso albergue, frecuentado
De mil famosas gentes principales,
Quedó Garin, y con el viejo al lado
Que le acaricia con palabras tales,
Que le obliga á que tome muy despacio
Gracioso alojamiento en su palacio.

En una pieza grande y rica mete
El huesped á Garin con rostro afable,
Donde una cena, antes un gran banquete,
Le ofrece, cual á un príncipe notable,
Y como tal en un real retrete
Una cama cual tálamo admirable:
Cena Garin templadamente, en tanto
Con gusto grande, y no pequeño espanto.

Satisfecho ya el monje con la cena
El viejo dice, mientras llega la hora
De reposar, serálo, huesped, buena
De entretenerte entre Pomona y Flora,
Que al claro rayo de la luna llena
Mejor que á los del sol, podrás ahora
Gozar un rato de un jardin curioso,
De cuanto el mundo puede dar copioso.

Tómale por la mano asi diciendo,
Y Garin se levanta alegremente,
Y á su huesped afable va siguiendo
Por entre grande multitud de gente,
Toda la cual parece estar riendo
Con tan serena y sosegada frente,
Quel jüicio á Garin se le confunde,
Y aquella extraña risa en el se infunde.

casa á cielo abierto
or donde una ancha puerta
so, siempre abierto
regalada huerta:
utísimo y esperto
ánimo despierta
as estas cosas
frecen *milagrosas.*

l sereno cielo
resplandecia,
oso y fértil suelo
descubria:
un arroyuelo
calle discurria
en su pintada orilla
ra amarilla,

a amatista fina,
a al verla,
e nueva mina,
amante ó perla:
se determina
llegándose á cogerla;
s las extrañas flores,
mos olores,

tersos, trasparentes
ramas parecian
arios, eminentes,
alles dividian,
hojas excelentes
olor y ser tenian,
rutos que producen,
o las estrellas, lucen.

Ti varia luz alegres rayos cl
Despiden los hermosos fruto
Que á lo admirable de sus
No hay visos que les pueda
Apacibles, dulcísimos y ca
Maravillosos, sobrenatura
De tal fuerza en su a
Que tiraniza á toda hum

Admirado Garin de la
Del único jardin, pas
De su rara y riquisi
Las nunca vistas co
Y, en unas la bell
La novedad en otr
Va bebiendo de
Casi del todo d

Respiraba
Regalados
Oyanse
Con

De varia luz alegres rayos claros
Despiden los hermosos frutos, tales
Que á lo admirable de sus visos raros
No hay visos que les puedan ser iguales:
Apacibles, dulcísimos y caros,
Maravillosos, sobrenaturales,
Y de tal fuerza en su agradable vista,
Que tiraniza á toda humana vista.

Admirado Garin de la extrañeza
Del único jardin, pasa, gozando
De su rara y riquísima belleza,
Las nunca vistas cosas admirando;
Y, en unas la bellísima riqueza,
La novedad en otras contemplando,
Va bebiendo de todas el veneno,
Casi del todo de sí mismo ageno.

Espiraba un olor de mil olores
Regalados, preciosos y suaves:
Oianse esfogar los ruiseñores
Con voz aguda sus dolores graves:
Vianse andar gozando fruto y flores,
Otras, aunque nocturnas, lindas aves:
Sentíase tras esto una armonía
Que el cielo y elementos suspendia.

Para donde la música sonaba
Buelve Garin la vista y el oido;
Y á la sonora voz que se acordaba
Al suave y dulcísimo sonido,
Sin resistencia alguna apresuraba
Los mal guiados pies tras el sentido,
Metiéndose con paso apresurado
En un enredo crético intrincado.

La dulce lira y dulce voz oia
Mas cerca á cada paso, y no por eso
Al músico agradable ver podia
Por el hermoso laberinto espeso;
Y por la misma privacion hacia
Siempre mayor el comenzado exceso,
Con mas deseo el músico buscando,
Y mas adentro en la maleza entrando.

Al centro del enredo ya llegado,
En un prado se vió maravilloso,
De rosales espesos rodeado
Con cierto desconcierto artificioso:
Y en un redondo estanque bien labrado
Puesto en medio del prado deleitoso,
Al claro rayo de la luna llena
Descubrió una bellísima sirena.

De la cintura arriba se mostraba
Compuesta de una linda vestidura
De carmesí encendido, que adornaba
El pecho y brazos con sutil hechura:
El dorado cabello, que igualaba
Al sol en resplandor y en hermosura,
Parte atado tenia, y parte suelto,
Parte entre perlas y rubís revuelto.

Las manos, que á la nieve no tocada
Exceden en blancura milagrosa,
Al blando pecho tienen arrimada
La vihuela dulcísima y hermosa:
Cantó siempre, aunque vió que era mirada
Fingiendo de no verlo, la engañosa,
Y del sonoro artificioso canto
Fue tal desde aquel punto el falso encanto.

"¿Quién tan esquivo, quién tan inhumano
»Consigo mismo es, con vano intento
»Que del suave y dulce amor humano
»Huya el gusto, y el gozo, y el contento?
»Al nemeo leon, al tigre hircano
»Ablanda el regalado sentimiento.
»Del natural amor de la criatura
»Lleno de suavísima dulzura.

»¿Y hombre ha de haber que del se aparte y huya,
»Siéndose á sí cruel, duro y arisco?
»Y que á sus calidades atribuya
»Las del áspid mortal y basilisco?
»Quien éstas dá al amor, será la suya
»De un yerto yermo aborrecido risco,
»Lleno de eterna sombra y triste luto,
»Que ni produce flor ni espera fruto.

»No tienes tú, bellísima Diana,
»Que ahora al suelo das tu luz hermosa
»Esta opinion tan bárbara y profana
»Aun con ser tu de castidad la diosa:
»Pues como venga el sol á la mañana
»Irás á la morada peñascosa
»De Endimïon tu pastorcillo, donde
»Con dulce amor te goza y corresponde.

»Y no tu padre altísimo Tonante,
»En cielo y tierra, infierno y mar potente,
»Desprecia del amor el importante
»Fuego que enciende tan gustosamente:
»Pues en él, cuando fue de Egina amante,
»Se convirtió, con viva llama ardiente,
»Como en la torre por la Griega, en oro
»Y por la de Fenicia en Tiro, en toro.

»Es amor un deseo regalado
»De gozar la belleza que enamora,
»En quien vive el amante transformado,
»Y con quien siempre entretenido mora,
»Y á quien, como á su cielo deseado,
»Dulcemente contempla, ama y adora,
»Y es su fin cumplimiento del deseo
»Todo lleno de gozo y de recreo."

Aquí dió fin al engañoso acento
La falsa y hermosísima sirena,
Dejando juntamente el instrumento
Llena de engaño y de lascivia llena;
Y luego por el líquido elemento
Calar dejóse á la profunda arena,
Primero habiendo con lascivo juego
Hecho del agua del estanque un fuego.

Cual de profundo sueño recordado
Fué Garin por el huésped, al decirle
Que era ya hora de dejar el prado,
Y en reposada cama convertirle:
No le responde el monje embelesado,
Sino luego dispónese á seguirle;
Guíale el viejo por mas corta via
Á donde ya la cama le atendia.

Déjale solo (porque así lo quiere
Garin) el huésped en el aposento:
La puerta el monje, solo ya, requiere,
Y ciérrala con llave á su contento:
La cama mira y el retrete inquiere
Y divertido en el oido acento
Y en lo demas de aquella casa, al sueño
Hizo en la blanda cama de sí dueño.

Ya que el retrato vivo de la muerte
Al monje en el primer sueño entretuvo,
Y en la profundidad del ocio inerte
Los trabados sentidos le detuvo,
Aquel que su remedio y bien le advierte
Desde que en guardia y proteccion le tuvo.
Permite el Rey de la admirable esfera
Que le dé su favor de esta manera.

Muéstrase en sueño el soberano nuncio
Cual, cuando en el altar de Magdalena
Le dió aquel dulce y regalado anuncio
Que fue remedio de su angustia y pena;
Y dícele: "Garin, yo te denuncio
»Eterna muerte en inmortal cadena,
»Si con menos descuido y mas recelo
»No adviertes lo que siempre te revelo.

»¡En regalada cama descuidado,
»Fuera de tu costumbre, duermes! Vela,
»Que estás de mil peligros rodeado,
»Y en ellos tu enemigo se desvela:
»No estés al torpe sueño así entregado:
»Haz sobre tí cuidosa centinela:
»Para volver á tu camino esfuerza,
»Y para resistir infernal fuerza.

»Advierte atentamente lo que digo,
»Que en parte estás donde, si no lo adviertes,
»Quedarás preso por el enemigo
»En esa cárcel llena de sus muertes:
»Prepárate á vencerle, que contigo
»Siempre yo asistiré con armas fuertes:
»Alerta pues, no mas descuido, alerta
»Que el enemigo llama ya á la puerta."

Apenas dijo la razon postrera
El angel santo, el vuelo revolviendo
Con gravedad á la mas alta esfera,
El aire obscuro con su luz abriendo,
Cuando al retrete llega por defuera
El viejo huesped, tal rumor haciendo,
Que del triste Garin huyó al momento
El torpe sueño cual ligero viento.

Abre el monje los ojos, y recoge
Apriesa los sentidos derramados,
Y en el alma con ellos luego acoge
Los nuevos pensamientos y cuidados:
Y por entre ellos al deseo descoge
Largas alas en vuelos regalados,
Allí la casa mira, allí le suena
Al oido la voz de la sirena.

Estaba así suspenso y pensativo,
El sueño y las visiones cotejando,
A sí ya en uno, con rason, esquivo
Y ya sin ella en otro, dulce y blando;
Cuando, cual suele poco á poco el vivo
Rayo del sol salir iluminando
Con claros y dorados resplandores
De los fértiles campos los colores;

Asi la pieza en que Garin tenia
La cama, nunca dél acostumbrada,
De un admirable inusitado dia
Poco á poco quedó toda ilustrada:
Del pecho el corazon se le salía,
La voz tenia en la garganta atada
Mirando atento aquella luz extraña;
Y espera y teme, y piensa que se engaña.

Mas otra maravilla mayor luego
De ésta primera le dejó olvidado,
Con mas temor, con mas desasosiego,
Con mayor turbacion, miedo y cuidado;
Que fué ver tras el dulce y claro fuego
Con que el rico retrete fue alumbrado,
Á su lado, en su cama, una doncella
Como la misma hermosura bella.

En el rico trenzado artificioso
Y el extraño atavio parecia
Á la sirena que en el deleitoso
Estanque aquella noche visto habia:
Mas en el rostro y el mirar gracioso,
En el real donaire y gallardía,
Aquella muestra ser que de su sierra
Con corazon contrito le destierra.

De aquella dama á quien la injusta muerte
Dió con tanta crueldad su injusta mano,
Garin el rostro y la belleza advierte,
No en la imaginacion, ó en sueño vano,
Sino en formado cuerpo, de la suerte
Que es junto con el alma el cuerpo humano,
Tan retratada al vivo, que el ser muerta
Tiene entonces Garin por cosa incierta.

Y con debido miedo, recelando
De vision en tal forma aparecida,
Al alto cielo en su favor llamando
De ella se aparta con veloz huida,
Y ella la voz entonces desatando
Así con sus venenos le convida:
"¿De quién, mi gloria, quieres alejarte?
»¿De quién quieres huirte y esquivarte?

»No soy yo siempre ponzoñosa y fiera
»Que usar quiera en tu daño su veneno;
»No soy Aleto yo, no soy Meguera,
»Ni tengo su mirar de espanto lleno:
»Muger soy, y muger que amando espera
»En tí, que de mi amor estás ageno,
»Sin razon siendo de tu propio gusto
»Fiero enemigo y matador injusto.

»Esto que yo te ofresco y tú desprecias
»Otro con ánsia inmensa lo desea,
»Y en procurar lo que tan poco aprecias
»El cuerpo y alma con fervor emplea:
»Cruel, si de gozarte no te precias
»Con quien solo en gozarte se recrea,
»Y te precia y te estima en sumo grado,
»¿En qué fundas tu gusto y tu cuidado?

»Vuélvete á mí, regálate en mi pecho
»Donde el amor te tiene puesto vivo,
»Que está tanto en sus lágrimas deshecho
»Cuanto te muestras tu al amor esquivo:
»No fue tu corazon de mármol hecho,
»Aunque tan duro y frio, y tan altivo:
»Vuelve á lo menos á mirar ahora
»Á quien como á su ídolo te adora."

Aquí paró la lengua ponzoñosa,
Y en vez de ella las manos atrevidas
Quisieron emplear la rigorosa
Fuerza que rinde y doma tantas vidas:
Pero de la estacada peligrosa
Huye Garin, y evita las heridas
De aquella combatiente dama bella,
Y por vencer, huye con ansia de ella.

Él huye victorioso, y ella sigue
Vencida su porfía comenzada,
Y no ya con las manos le persigue,
Ni con la lengua de dulzura armada,
Para que su dureza se mitigue:
Otra arma toma mas aventajada;
Vierten sus ojos cristalinas lluvias
Y sus manos arrancan hebras rubias.

Pudiera el rico aljofar transparente
Que por la nieve y púrpura corria,
Y la enojada mano que impaciente
El cabello bellísimo rompía,
Y el suspirar tiernísimo y ardiente
Con que el lascivo lloro interrumpía,
Hacer piadosa la implacable muerte,
Y dar vencido lo mas bravo y fuerte;

Pero derrama en la infecunda arena
En vano su mortífera semilla,
Y queda, al fin del blando ruego, llena
De excesivo dolor y maravilla:
El llanto enjuga, el rostro ya serena
Ya no suspira, ya no se amancilla,
Sino brava, colérica y furiosa
Hacerle fieras amenazas osa.

Que no le dejará salir, le jura,
Si con su voluntad no condesciende,
De aquel retrete, que en prision obscura
Convertirá, si en cólera se enciende,
Donde estará en eterna desventura
Si mas su dura obstinacion la ofende;
Que entienda que en aquella casa grande
No hay quien contra lo que ella manda, mande.

Ni por aquí tampoco en el valiente
Halla para vencerle entrada cierta;
Que siempre victorioso y diligente
Huye, buscando acá y allá la puerta;
Y aunque es ya tal su turbacion vehemente
Que con la parte, donde está, no acierta,
Sigue su retirada victoriosa
Por triunfar de la dama poderosa.

Tigre, á quien haya el cazador experto
Del ponzoñoso albergue saqueado
Algun hijuelo, y otro alguno muerto
En su sangre revuelto, haya dejado;
No tanto con su airado desconcierto
Muestra el furioso pecho lastimado,
Cuanto aquella el dolor que la lastima
De ver cuan poco el buen Garin la estima.

Y así con un furioso y bravo ceño
Los ojos en dos fuegos convertidos,
Vencida por el monje zahareño
Huye dando tristísimos ahullidos.

DE LA

BÉTICA CONQUISTADA.

NOTICIAS

DE JUAN DE LA CUEVA.

Nació este poeta en Sevilla, y floreció despues de mediado el siglo XVI. No se sabe el año en que nació, ni tampoco el de su fallecimiento, bien que se deduce que fuese ya muy entrado el siglo siguiente, puesto que, en la carta con que dirigió á doña Gerónima María de Guzman su poema sobre los *Inventores de las cosas*, pone la fecha de mayo de 1607. Las obras que dió á luz durante su vida fueron —*Poesías líricas*, 1 tomo en 8.º, impreso en Sevilla año de 1582. — *Coro Febeo de Romances historiales*, 1 tomo en 8.º impreso en Sevilla año de 1588. — Las *Comedias* en que se incluyen las *Tragedias*, 1 tomo en 4.º impreso en la misma ciudad año de 1588. —*La Conquista de la Bética*, poema heróico, 1 tomo en 8.º, impreso tambien allí mismo, año de 1603. Otras diversas obras escribió, que dejó inéditas, aunque ya preparadas para la prensa. De estas hay algunas publicadas en el Parnaso español; que son el *Ejemplar poético*, ó reglas de la poesía, y los cuatro libros de los *Inventores de las cosas*.

FRAGMENTO I.

Batalla naval entre la armada berberisca y la castellana. Aventuras de Tarfira.

DEL LIBRO 10.

Sale de Ceuta la enemiga armada
Con tiempo, mar y viento favorable;
Llega sin ser de cosa contrastada
Al puerto de Alarache inexpugnable:
Aquí, de nueva gente reforzada,
Alza velas, y al mar se da mudable;
Da vista á Gibráltar, pasa derecho
Surcando el peligroso hercúleo estrecho.

Deja á la diestra mano al celebrado
Calpe, que tiene á Ávila en opuesto,
Que del hijo de Jove fue apartado
Uno del otro, entrambos siendo un puesto:
Y en estrechez el gran Nereo ligado,
Por entre los dos pasa airado y presto,
Sin refrenar la furia poderosa,
Que no cesa jamas, ni aquí reposa.

La Tiria Gades á la diestra mano
Va dejando, y el Austro que la aspira
El mar le tiene favorable y llano,
Y desde fuera sus ruïnas mira.
Así navega el escuadron pagano,
Y seguro del cielo y de su ira,
Sin haber menester ancla ni amarra,
Dobla la punta y entra por la barra.

L 2

Celebrando con cajas y sonoros
Pífaros van su próspero viaje
Las africanas fustas, y los moros
Llenos de orgullo y bárbaro coraje,
Ciertos de haber gran suma de tesoros;
Y yendo asi, llegaron al paraje
Donde el mar vuelve con veloz carrera
Y comienza la bética ribera.

Seguros ya de todo buen suceso,
Como ignorantes que de sí confian
Con vana presuncion y loco exceso,
De contemplar las causas se desvian:
Así los moros de juicio opreso
En su viaje próspero se fian,
Sin atender que Dios que los llevaba
Su daño y destruicion aparejaba.

Llegaba el carro, que el soberbio mozo
Quiso regir, á emparejar el dia,
Cuando los moros, llenos de alborozo,
La flota ven cristiana que venia:
Apréstanse al asalto y cruel destrozo;
Y, dejando las zambras y alegría,
Á las armas acuden, y en un punto
El poder todo á consultar fue junto.

Aben Mufar á la galera salta
De Ozmin, y Nazar, Scitico guerrero
General de Sevilla, no les falta,
Como el que á todo debe ser primero:
Júntanse todos en la popa alta
(Que por insignia tiene un dragon fiero
Despedazando un rey entre sus dientes),
Y Ozmin dice en voz alta á los presentes:

"La favorable suerte que tenemos,
»Que en nuestro bien y ayuda se nos muestra,
»Claro se ve en la ocasion que vemos
»Que está segura y de la parte nuestra:
»Con este presupuesto no aguardemos
»Sino sigamos la ventura diestra,
»Que como veis, nos trae á nuestras manos
»La flota, sin pensar, de los cristianos.

»Treinta fustas traemos reforzadas
»De cuanto pide la ocasion presente,
»Seguras que ser puedan contrastadas,
»Aunque se junte el gran poder de Oriente:
»Las cristianas, segun están contadas,
»Son trece solas y con poca gente,
»De treinta á trece ved la diferencia,
»Y si está la victoria en contingencia.

»Que en ellos demos presto es lo que importa
»No den la vuelta con huida infame,
»Que la ocasion los términos acorta,
»Y no cumple dejarla que nos llame:
»Vean si en ellos nuestra espada corta,
»Y que su sangre hay quien la derrame;
»No se difiera mas, hágase luego
»(Como dicen) la guerra á sangre y fuego."

Aben Mufar en pie, y la mano puesta
En el lunado alfange, asi responde:
"No hay que aguardar, que la ocasion es esta
»En que el decir y hacer se corresponde:
»Nuestra flota al momento sea dispuesta
»Como á ninguno de los tres se esconde,
»Que la victoria cierta la tenemos,
»Y tarda lo que aquí nos detenemos."

Nazar aprueba el uno y otro acuerdo,
Y dice: "con tan cierta confianza
»No me parece que es decreto cuerdo
»Que en ocio esté el escudo, alfange y lanza:
»Que siempre oí decir, si bien me acuerdo,
»Que estar suele en peligro la tardanza;
»Y que la diligencia en lo dudoso
»Suele hacerlo próspero y dichoso.

»Vamos adonde el santo Alá nos llama
»Por milagro, á ofender los que lo siguen;
»Haga el templado acero y viva llama
»Estrago fiero en los que nos persiguen;
»Derramemos la sangre al que derrama
»La nuestra, que razones hay que obliguen
»A ello; que en tan célebre victoria
»Si es grande el premio no es menor la gloria."

Estaba en la galera una hermosa
Mora que Ozmin traía procurando
A Botalhá, encendida y querellosa,
Que en largo olvido la dejó aguardando:
Y oyendo la consulta belicosa
Salió, y licencia de hablar tomando,
Celosa y llena de amorosa ira,
De aquesta suerte prosiguió Tarfira:

"Valientes capitanes, cuyo nombre
»Celebra con glorioso honor el mundo,
»El femenil acuerdo no os asombre,
»Pues no os asombrará todo el profundo.
»De estar aquí es la ocasion un hombre
»Que en desleal y crudo es sin segundo;
»Sin que os diga quien es, en decir esto
»Ser Botalhá lo hace manifiesto.

»Éste, dejando el regio señorío
»De Marruecos, habita aquí en Sevilla,
»Ó sea por su gusto ó desvarío,
»Que tal debe de ser el que lo humilla:
»Pues siendo rey, al reino da desvío,
»Y trueca en vasallage la alta silla;
»Y esto decir me hace que es locura
»Su estada aquí, si no es mi suerte dura.

»Buscando á éste mi enemigo vengo,
»Confiada en Ozmin vasallo suyo,
»Que de la pena y el dolor que tengo
»En que la vida y el honor destruyo,
»Me hará libre, con venir tan luengo
»Viaje, y el aleve por quien huyo
»De mi sosiego, me pondrá presente
»Donde fin ponga al mal que siento ausente.

»De esta ocasion, señores, ha nacido
»Ocupar yo esta real galera,
»En donde humilde (si es razon) os pido
»Me deis lugar á que os ayude ó muera:
»Que yo haré mi nombre esclarecido
»Con claros hechos de una á otra esfera;
»Y pídoos esto, porque sea notoria
»Para lo que se espera mi memoria."

El varonil esfuerzo de Tarfira
Agradó á todos, y de oirla fueron
Satisfechos, y en medio de su ira
Á Ozmin solo la causa remitieron:
Á su galera apriesa se retira
Cada uno, y en órden se pusieron
Para dar la batalla, aderezando
Las cosas que iba la ocasion forzando.

Formaron su escuadron en media luna,
Llevando el cuerno de la mano diestra
Aben Mufar, que sin tardanza alguna
Soberbio en la alta popa se demuestra:
Nazar, seguro en sí y en la fortuna,
Que á confiados suele ser siniestra,
Tomó la punta del siniestro cuerno;
Y el medio Ozmin por fuerza y por gobierno.

Con esta órden y una boga blanda
Poco á poco se iban acercando
Á la cristiana flota, que en demanda
Suya venia su escuadron formando:
Y el capitan que la gobierna y manda,
Á sus soldados fuertes animando,
Poniéndoles delante el nombre y gloria,
Y el provecho que habran de la vitoria.

"No hagais caso (en alta voz decia
»El invencible Bonifaz) que sea
»Esa flota doblada que la mia,
»Con tanta gente y armas de pelea:
»Si cuando venga toda Berberia,
»Todo el Oriente junto aquí se vea,
»Llevando á Dios cual va de nuestra parte,
»No hay que temer terrestre fuerza ni arte."

Esto decia el capitan cristiano
Á los suyos, y todos en voz alta
Responden, "que las armas en la mano
»Tienen, que ¿por qué al bárbaro no asalta?
»Que esté cierto que todo el otomano
»Poder no les hará que hagan falta,
»Ni su valor descaecerá, aunque venga
»El mundo y en contrario allí lo tenga."

Puesta ya en órden la cristiana armada,
Hecha un ala se acerca á la enemiga,
Que á este punto partió á boga arrancada,
Segura que su intento se consiga:
Arremete con ira desatada
Contra el cristiano, que á embestir le obliga
Con no menos valor y fortaleza,
Con menos arrogancia y mas destreza.

Roncas trompas, discordes tamborinos,
Algazara confusa, estruendo horrible
Se oía, y en los valles convecinos
El son resuena y el clamor terrible:
Betis de sus asientos cristalinos
Salió fuera, dejando el apacible
Sitio del grave peso compelido,
Del penetrable estruendo y alarido.

La líbica y cristiana armada mira
Trabada en dura y espantable guerra,
Ardiendo en saña y en rabiosa ira
Que ejecutar la una y la otra cierra.
La una innumerables tiros tira,
La otra golpes que ninguno yerra;
Arde el furor, arde el corage ciego,
Con igual furia que alquitran en fuego.

Las voladoras flechas, esparcidas
Por el ligero aire con braveza,
Y las flexibles astas impelidas
Con ira y saña, y con mortal crueza,
Á muchos privan de las dulces vidas;
Á la muerte rindiendo su fiereza,
Caían á donde con feroz denuedo
Vencia la muerte y no el cobarde miedo.

Por todas partes daban todos muestra
De su valor y defendian su parte,
El de la diestra mano y la siniestra
Al de en medio siguiendo en órden y arte:
El cristiano escuadron y el que lo adiestra
Administrado por Minerva y Marte
Con tanto esfuerzo y órden combatía,
Que grande estrago en él contrario hacía.

Á un tiempo dos galeras se aferraron,
Reforzadas de gente, á una cristiana;
Y otras tres que á los lados se hallaron
Á la de Bonifaz, la capitana:
Y una tan fiera y cruda lid trabaron,
Que lástima pusiera á la inhumana
Discordia, y el furor se condoliera,
Y pavorosa Tesifon huyera.

El cristiano navío, que combatido
De las dos fustas bárbaras se vía,
Con ánimo y valor esclarecido
Cruel matanza en su defensa hacia:
Suenan los duros golpes y alarido,
Huye el temor, y crece la osadia
En los unos y otros, aunque en vano
Se esforzaba el ejército pagano,

Que en medio desta furia y cruel combate
La una galera al fondo fue hundida,
Y la otra á la lid le dió remate
Desecha y sin quedar hombre con vida:
Ozmin furioso, sin que mas dilate
Punto, á la capitana combatida
De otras tres fustas su galera allega,
Y bordo á bordo echado el ferro apega.

Aquí el furor armígero se enciende
Con mayor furia y con mayor denuedo;
Aquí el vencer y no el vivir pretende
Quien al honor la vida ofrece ledo:
El bárbaro cruel sube y deciende,
Sin que le ocupe ni detenga miedo;
Hínchese la cristiana nao de gente,
Que cerca en torno el capitan valiente.

No teme Bonifas su ira y fiereza,
Antes espera su furor airado,
Cual jabalí ardiente en la aspereza
De los montes altísimos guardado,
Que sintiendo el ladrido y la bravesa
De los canes, espera denodado,
Y en medio dellos con furor se mete,
Y sin temor á todos acomete.

Así el constante capitan aguarda
A la turba de líbicos guerreros,
Que ni le turba, mueve, ni acobarda
La muchedumbre de enemigos fieros:
Vuelve y revuelve golpes que no tarda,
Piernas, brazos cortando á los primeros,
Y estos huyendo, á los que atras venían
Encima atropellándolos caían.

Por la ancha nave pavorosos vuelven,
Con vergonzoso miedo desmayando,
Estos y aquellos ciegos se revuelven,
Gritos de miedo y de turbados dando:
Los cristianos con ellos mas se envuelven
Cuanto mas se les iban desviando:
Ozmin da voces en el paso puesto,
Que le sigan y habrán victoria presto.

Tarfira acude, el mujeril vestido
Revuelto al cuerpo, y la hermosa mano
Ocupada de acero endurecido,
El fuerte escudo al pecho soberano,
El cabello de oro reprimido
Con duro yelmo, en el poder cristiano
Se arroja dando ánimo á su gente,
Á Bonifaz se pone frente á frente.

Ciega de ira, el brazo alzando fiera
(Aunque cercada de una y otra parte
De la enemiga escuadra la guerrera
Á quien enseña amor la marcial arte),
Un golpe dió al cristiano, de manera
Que del escudo la mitad le parte,
Y con otro acudiéndole, del brazo
Se lo arrancó sin le dejar pedazo.

Bonifaz, que no ménos animoso
Que ella furiosa, hiriéndolos andaba,
Arremete con ella furioso
Y con soberbios golpes la aquejaba:
Á este punto llega pavoroso
Ozmin, que voces á los suyos daba
Que maten al cristiano, y los cristianos
Defienden su cristiano á los paganos.

Renuévase de nuevo la batalla
Con mas furor que nunca se vió en ella,
Los cristianos haciendo por ganalla,
Los moros procurando no perdella:
Aben Mufar, seguro de alcanzalla
Vuelve la proa, sin curar de habella,
Viendo de Ozmin arder la capitana,
Que el ferro tenia echado á la cristiana.

Un frio pavor en ellos cayó luego,
Que les cortó los ánimos, de suerte
Que sin aguardar mas, huyendo el fuego,
En el agua á hallar venian la muerte:
Despártese la lid, y sin sosiego
Á su fusta huyendo va el mas fuerte,
Teniendo por victoria conocida,
Salvarse en ella con infamia en vida.

Tarfira, al fin, como mujer temiendo,
Aunque en su esfuerzo no mostró flaqueza,
De sus galeras el destrozo viendo,
Y en los contrarios tanta fortaleza,
Su persona salvar quiso huyendo
Confiada en su presta ligereza,
Y al saltar, yendo en el bajel amigo,
Puso el pie en vago y dió en el rio consigo:

Al bordo estaba en su galera puesto
Abul Hacén, famoso y fuerte moro,
Diestro en las armas y en maldades presto,
Rico de ingenio y pobre de tesoro;
Que á su rey siendo con razon molesto,
Porque en lealtad no le guardó el decoro,
Huyendo del castigo que esperaba
Siempre de Tunez en destierro andaba.

Y esta jornada siéndole notoria,
Vino á hallarse en ella, con deseo
De alcanzar, alcanzando la victoria,
Á su necesidad rico trofeo,
Y al nombre infame y la perdida gloria
Dar nombre honroso, y el renombre feo
Borrar con hechos, que por ellos fuese
Libre de infamia, y con honor viviese.

El contrario suceso estando viendo,
Y de su flota el conocido daño,
Amargamente de dolor gimiendo,
Atravesado de un dolor extraño,
Y á la hermosa mora conociendo
Puesta en un riesgo sin pensar tamaño,
De la veloz corriente combatida,
Ó á varias partes sin parar traida;

De lástima y amor tocado el pecho,
Do vivió siempre la discordia fiera,
Contra su natural, la ira y despecho
Puesta á una parte, y vuelto en blanda cera,
Va á socorrer el peligroso estrecho
De Tarfira, que estaba de manera
Que ya las aguas la tenian de suerte
Que no podia esperar sino la muerte.

Rompiendo el agua cual delfin ligero,
Con fuerte pecho y con nerviosos brazos,
Va á socorrer la mora el moro fiero,
Esperando por premio sus abrazos;
Que á conquistar el espantoso impero,
Y á hacer todo su poder pedazos
Se obligára el pagano por tocalle
La mano, cuanto mas por abrazalle.

Llegó el moro, y Tarfira pavorosa
Tendió el hermoso brazo y dél se ace,
Y con el otro acude presurosa
Y el cuello en torno que lo cerque hace:
Cual á su amante Sálmacis hermosa
Tarfira hace al moro que se enlace
Con el estrecho abrazo, y él cortando
El agua sobre sí la va sacando.

Poco á poco en aqueste peligroso
Trabajo iban los dos de esta manera,
Él con su carga alegre y animoso,
Ella cansada, congojosa y fiera:
Corto parece al moro el espacioso
Trecho, y desea nunca verse fuera,
Temiendo si en la tierra perdéria
Aquel bien que en el agua poseia.

Esto consideraba el sarracino,
Aunque le daba su ánimo seguro
Que ninguno de gloria tal es digno
Sino el Rey, á quien él èra perjuro.
Que en esta suerte amor le era benigno,
Y así glorioso en su trabajo duro
¿Quién vió (iba diciendo) tal extrémo
Que encienda el agua el fuego en que me quemo?

Tocó á esté punto el suelo con la planta
El encendido moro, y vuelve á ella
Diciendo: si te aflige, ó si te espanta
El agua, de la tierra puedes vella;
Ya la puedes honrar y hacer santa,
Y por seguro y gusto poseella:
Inclinó el cuello, el dulce peso larga,
Mas dulce que al Troyano Eneas su carga:

Fatigada Tarfira, aunque contenta
De haber el grave estrecho guarecido,
Á respirar y á descansar se asienta,
Del ansia y del cansancio recebido,
Agua dando de sí, que representa
En fuente ó rio haberse convertido,
Que á la sedienta arena humedecia
La líquida corriente que salia.

La memoria, que nunca está quieta,
Cuchillo fiero del mortal reposo,
Que siempre aflige, turba, y siempre aprieta
El ánimo mas libre y mas gozoso,
Á la celosa mora aquí inquieta,
Su estado viendo extraño y riguroso,
De un cabo al enemigo á quien procura,
De otro su gente en tanta desventura.

Los dos bellos luceros vuelve, y mira
La flota suya navegar huyendo,
Y á la contraria como se retira
Los despojos de Lybia recogiendo.
Enternecida de dolor suspira,
En el poder de los cristianos viendo
Tres fustas suyas, y encendida desto
Se levantó y camina á paso presto.

Un fértil llano por allí se extiende
Con largo espacio, rico y opulento
De ganado y labor: por aqui tiende
El paso, ardiendo en ira y descontento;
Y sin mirar que el caminar le ofende
La tierna planta, sin tomar aliento,
Tres leguas caminó, y siendo rogada
Del moro, paró aquí sin sentir nada.

¡Oh poderoso amor, y como puedes
Con los que en ley tu tiranía reciben!
¡Cómo les niegas, cómo les concedes
Los premios! ¡cómo mueren, cómo viven!
Das el afan y el llanto por mercedes:
Haces que riesgo ni cansancio esquiven:
Que no curen de honor, ni á gloria aspiren,
Ni á cosa mas que al gusto tuyo miren:

Buen testimonio desto da Tarfira,
Su lastimado y encendido pecho,
Pues ni en cansancio ni en deshonra mira,
Ni verse puesta en riguroso estrecho.
Tras la fuerza de amor que su alma tira
Forzada va, dispuesta á cualquier hecho,
Que ni el trabajo ni el temor le impide
Llegar á donde su deseo le pide.

En el desierto llano por el ruego
De Habul Harén á descansar formada,
Ardiendo en vivo y amoroso fuego,
Aunque en las ondas Béticas mojada,
La causa al moro le refiere luego
De su trabajosísima jornada;
No llamando trabajo el que sufria
Sino descanso, gusto y alegría.

Todo el discurso largo de su historia,
Los trances y trabajos recebidos
Por Botalhá le traeía á la memoria,
Aunque algunos con llanto interrumpidos:
El moro que los oye, y ve su gloria
Conmovida, y de llanto enternecidos
Los dos rayos que al dia dan su lumbre,
Dice, dejando su feroz costumbre:

"Deja ¡oh bella señora mia! ese llanto,
»Limpia esos claros y divinos ojos,
»No te fatigues ni congojes tanto,
»Porque no me den muerte tus enojos:
»Todo lo que te aflige y da quebranto
»Olvida, y haz de mí nuevos despojos;
»De mí, que desde hoy en ley divina
»Debo ser tuyo, y tú serme benigna.

»Si del Rey de Marruecos el ausencia
»Forzada te sacó del pátrio nido;
»Si te puso su amor en contingencia
»De acabar, como hubieras concluido,
»No debe ya tener la preeminencia
»En tu alma, ni ser de tí querido,
»Sino el que en salvo como estás te puso,
»Si de razon no se pervierte el uso.

»Esta ocasion el cielo la encamina,
»Que con medios humanos no es posible;
»Esta sin duda es voluntad divina,
»Este es milagro como ves visible,
»Este lo que ocasion hará indigna,
»Y exceso grande y en razon terrible,
»Trocar un Rey por un vasallo suyo,
»Esa es mi fuerza y el descargo tuyo.

»Mira, que aunque no igual en suerte, tengo
»En la nobleza de los Reyes parte,
»Dellos, cual sabe toda Lybia, vengo,
»Y cual, queriendo, puedes tu informarte.
»Mas, ¿para qué con esto te entretengo?
»Si yo que te libré debo adorarte:
»Yo la vida te dí, por mí estás viva;
»Luego en razon mi amor al del Rey priva.»

La cauta mora, al encendido moro
De su razon cortar queriendo el hilo,
Sin responder guardándole el decoro,
Y de ingrata huyendo el bajo estilo,
Largó la mano, y las madejas de oro
De la trenza aflojó, y con nuevo filo
Amor al moro le atraviesa el alma,
Que ya rendida le ofrecia la palma.

Con grave rostro y sesgo movimiento,
Con descuido cuidoso, descuidada
Tarfira comenzó á darlas al viento,
Y á desatar por sí cada lazada:
El moro las contempla y mira atento,
Y á la mora en aquesta obra ocupada,
Arde, padece, y lleno de fatiga
Á volvelle á decir su mal le obliga.

Tornó á ponerle su razon delante
Por los mejores términos que pudo,
Que la fuerza de amor es tan bastante
Que hace ser Demóstenes á un mudo.
Ella con pecho y voluntad constante,
Su fe poniendo á todo por escudo,
Satisfaciendo á lo que el moro pide,
Y á la ocasion esta razon despide:

"No te puedo negar, ¡oh amigo mio!
»Que la vida que tengo te la debo,
»Que ya acabada fuera en este rio,
»Y que vuelvo á vivir por tí de nuevo:
»De tu razon la mia no desvio,
»Lo propio que tú dices yo lo apruebo,
»De cuanto me quisieres hacer cargo
»Puedes con razon justa, aunque andes largo.

»Este conocimiento, esta memoria
»No se puede borrar de mí aunque muera,
»Ora me suba el cielo á mayor gloria,
»Ora me traiga en esta suerte fiera;
»Mas que olvide al que hizo su victoria
»Del alma mía, es eso de manera
»Que primero que á tal ose atreverme,
»Al riesgo en que me vi volveré á verme;

»Porque primero que en mi fe se vea
»Mudanza alguna, se verá primero
»Sin luz Apolo, y la noturna Dea
»Con igual luz dorar nuestro hemisfero:
»Esto la causa hace que se crea,
»Por ella vivo, en ella morir quiero;
»Que no se apaga llama tan ardiente
»Con tan poca agua, ni tan fácilmente.

»Mas ruégote, pues tanto se adelanta
»En tí el valor y claro entendimiento,
»Que la virtud que usaste heroica y santa,
»No manche tan contrario pensamiento;
»Pues del mio, no hay fuersa que sea tanta
»Que me fuerce á que haga mudamiento:
»Con este presupuesto, ¡oh ilustre moro!
»Como á quien me dió vida, amo y adoro."

Un helado pavor le cortó, y puso
Freno á la lengua; que ocasion tan grave
Las cosas saca y mueve de su uso,
Y mas en las que tiene amor la llave.
Sin saber que hacer está confuso,
Cual el piloto que llevó la nave
Por el peligro, y cuando llegó al puerto
De lo que confió lo halló incierto.

Creyó que por haberla guarecido
Á la hermosa mora el moro fuerte,
Su gusto al suyo estaba ya rendido,
Que ya moverla no podria aun la muerte:
Y no entendió el amante no entendido
Que en los casos de amor varía la suerte;
Que no es tan cierto el mas seguro y firme,
Que en estado seguro se confirme.

Aunque aquejado y lleno de fátiga,
De la contraria suerte á su esperanza
Á persuadirle y responderle obliga,
Por entender que habrá en muger mudanza.
Y empezando á decir: ¡dulce enemiga!
¡Gloria á mi pena! ¡honor mio y confianza!
Porque á esta razon vió que venía
Un moro de á caballo que huía,

Púsose en pie el alfange apercibiendo,
Que solo de su fusta habia sacado,
Cuando á Tarfira á priesa socorriendo
Cual se halló en el rio habia saltado:
Con este aguarda, á ella previniendo
Que no se turbe ni le pierda el lado,
Que él la sacará libre de aquel punto,
Del mundo y del infierno todo junto.

Ella riendo le responde, "¿entiendes,
»Habul Hacén, que yo no tengo manos?
»Si entiendes tal, entiende que me ofendes,
»Y entenderé que son tus dichos vanos.
»Y si en batalla entrar por mí pretendes,
»Yo por tí pelearé con mil cristianos:
»Dáme ese alfange y siéntate á mirarme,
»Y verás si te guardo y sé guardarme."

Holgóse el moro, y dijo: "yo no dudo
»Que pueden mas tus manos que prometes,
»Pues solo un golpe un alma rendir pudo
»Que teme el mundo, y tú á tus pies sometes.
»Defiéndele, pues quieres ser su escudo,
»Mas ha de ser que dentro en tí la aceptes,
»Que llevándola dentro de tu pecho
»Será el rendir un mundo corto hecho."

Estando en ésto, el moro que venia
Fatigando el caballo veloz, pára
Junto á los dos y dice: "el ánsia mia
»Este sudor y sangre la declara:
»Por él conocereis que en este dia
»Fortuna fiera huye y desampara
»Á la gente Agarena, y favorece
»Á la que la persigue y aborrece.

»De Sevilla salimos enviados
»Por el Rey dos mil hombres de pelea:
»Escogidos por él, y aderezados
»De cuanto pide la ocasion que sea,
»Ibamos á que fuesen ayudados
»Los de la flota, que Axartaf desea
»Que ocupe esta ribera, en que consiste
»La redencion de nuestro estado triste.

»Veníamos, y el cielo que nos sigue,
»Ó Alá, que de su mano ya nos deja,
»Permitió, porque el daño nos obligue
»Á estar en sujecion ó eterna queja,
»Que con la gente que su honor persigue,
»Y á los que lo adoramos siempre aqueja,
»Topásemos, y entrados en batalla
»La victoria al contrario quiso dalla.

»Desbaratónos, y en alcance viene
»De los pocos que restan con la vida,
»Á quien honor ni esfuerzo los detiene
»De la afrentosa infame y vil huida:
»Yo, viendo aqueste cuerpo que no tiene
»Parte que no señale una herida,
»Desangrado y del modo que estoy vengo
»Ya como inútil, que valor no tengo.

»Y pues el cielo (en esto piadoso
»Á mi desdicha) aquí me ha conducido,
»Y en un trance tan triste y peligroso
»Á que me deis amparo me ha traido,
»Favoreced mi estado doloroso,
»Que de vos puede ser favorecido
»Solo con que la fuerza de esta sangre
»Me tomeis, porque mas no me desangre."

El diestro brazo en el arzon postrero
Firmó, y al suelo acometió arrojarse;
Y aunque de esfuerzo el moro estaba entero
La fuerza le faltó para ayudarse:
Corrió á este punto Habul Hacén ligero
Y el hombro le arrimó en que reclinarse
Pudiera, que la fuerza que lo acorre
Sustentar sobre sí podia una torre.

De la silla á sus hombros traspasado,
Donde Tarfira dijo lo descarga,
Teniéndole por lecho aparejado
El duro suelo, y su deshecha adarga:
Y en tantas partes viéndolo llagado
Gime, y la cura que sabia no alarga,
Que Hueyla su ama le enseñó en secreto,
Para remedio á semejante aprieto.

No aplica yerbas de virtud secreta,
En Asia por milagro producidas,
Ni á infernarles espiritus sujeta,
Que por fuerza le sean allí traidas:
Mas las llagas le toca, y las aprieta
Con su mano, y palabras no entendidas
Al oido le dice mansamente,
Con sesgos ojos y serena frente.

Con esto, poco á poco iba cesando
El flujo de la sangre, y cuando estuvo
Libre á su parecer, el rostro alzando
Mirando al moro espacio lo detuvo:
Y de nuevo las llagas refregando
Le dijo, "el cielo que te trujo, y tuvo
»Compasion de tu vida, ha detenido
»La sangre porque seas guarecido.

»Ahora solo te conviene ir presto
»Á donde con segura medicina
»Las llagas cures, pues en este puesto
»Cosa no hay para ese efecto digna."
"Yo (la responde el moro) estoy dispuesto,
»Pues la suerte me ha sido tan benigna,
»Volverme á entrar en la ciudad, por donde
»Está un camino que al comun se asconde;

»Por este con segura confianza
»Iré á donde guarecerme pueda,
»Porque no quede sin tomar venganza
»De esa mi sangre que vertida queda.
»Y de este estado viendo la mudanza,
»Cuanto la vida el cielo me conceda,
»Ocuparé en servirte y celebrarte,
»¡Oh santa mora! y como Alá adorarte.

»Solo que me digais cuál suerte os lleva
»Por esta parte asi tan fatigados
»Os suplico, y, si os es la tierra nueva,
»De dónde sois, y cómo sois llamados."
Habul Hacén le respondió: "esta es prueba
»En que probarnos quieren nuestros hados:
»Yo soy Habul Hacén, y en Tunez tengo
»Mi casa, y de la sangre real vengo.

»De esta divina mora el claro nombre
»Es Tarfira, de ilustre decendencia:
»Viene á Sevilla procurando á un hombre
»De real sangre, y de real potencia.
»Este, faltando del real nombre,
»Hále faltado en fe, y hecho ausencia
»De Marruecos do está su cetro y silla,
»Olvidado de todo por Sevilla."

Abdalac respondió, "bien sé esa historia,
»Y á Botalhá conozco, que es mi amigo:
»Por él la sé, y Muley la hace notoria,
»Que es su competidor y su enemigo.
»De aqui procede el no tener memoria
»De tí, del cetro, ni del patrio abrigo,
»Porque á la Infanta Alguadaira pide
»Por muger, y Muley la ama, y lo impide.

»Todo el discurso te diré, pues vamos
»Juntos, y el nombre mio juntamente,
»Que es Abdalac, señor de esto en que estamos,
»Hasta el real de la enemiga gente.
»Y así, todo este llano que miramos
»Quiero, Tarfira, gloria de occidente,
»Que el llano de Tarfira sea llamado,
»Que de Abdalac solia ser nombrado.

»Pues aqui tuve por tu mano vida,
»Vida á tu nombre aquí le daré eterno,
»Que no lo acabe el tiempo en su huida
»Mientras el sol durare en su gobierno."
La mora se le muestra agradecida
En el semblante, y al afecto tierno,
Que de su amante habiendo el cuento oido
Le habia el celo y pena enternecido.

Llevó á Tarfira Abdalac su caballo
Despues que sus razones concluyeron,
Y á Habul Hacén rogó quiera tomallo,
Pues á Sevilla van cual le dijeron.
Ninguno de los dos quiso acetallo,
Mas un acuerdo entrambos moros dieron,
Que Tarfira en la silla se pusiese,
Y que en las ancas Abdalac subiese.

Siguió la obra á lo que fue propuesto,
Principio al punto dando á su camino,
De Tarfira dejando el fértil puesto,
Llevando al Betis siempre por vecino:
Que ufano encima de sus aguas puesto
Mira el blason y ejército divino,
Que por sus ondas sin temer ultrage
A la otra banda quiere hacer pasage.

Ascondió la cabeza en su globoso
Centro de perlas y luciente oro,
Y con voz alta dice presuroso,
En medio puesto de su ilustre coro:
"Este es el tiempo alegre y glorioso
»Que yo esperaba, y el que siempre adoro;
»Este es el tiempo que me habeis oido
»Profetizar, del cielo prometido.

»El tiempo es este en que el pagano fiero
»Teñirá con su sangre mi corriente,
»Y lanzado será del reyno Ibero,
»Por fuerza de armas de cristiana gente.
»Este es el tiempo que cuidoso espero
»Por verme en él cual ya me veo presente,
»Que de Geber la torre milagrosa
»Por insignia tendrá una cruz gloriosa.

»El tiempo es este que en lo alto della
»Un cristiano leon se verá puesto,
»Que por su mano subirá á ponella,
»Del rey mandado, y elegido en esto.
»Este es el tiempo que podemos vella
»Libre del rito de este pueblo infesto,
»Y al verdadero culto dedicada,
»Del Dios que habita la region sagrada.

»Llegada es ya la gloria que esperamos:
»Ya el varon santo prometido vemos:
»Ya la opresion del bárbaro en que estamos
»Trocada en dulce libertad tenemos.
»Ahora resta solo que acudamos,
»Y á su gente las aguas soseguemos,
»De suerte, que el contrario que lo espera
»No le pueda impedir que salga fuera.

»Ya veis que está el pasage aderezando
»Don Pelayo Correa, ya veis que viene
»Al Ajarafe, y que le está aguardando
»El rey de Niebla, y el poder que tiene:
»A la lengua del agua está ordenando
»Que el cristiano á salir se desordene,
»De modo, que estorbándoles la tierra,
»Ellos les dén y nuestras aguas guerra.

»Así ¡oh amigas mias! vamos luego,
»Vamos, y favor demos al cristiano,
»Cual en medio del mar al sabio griego
»Otras ninfas libraron con su mano.
»Tú Silis, y tú Leucia, haced mi ruego,
»Y las demas seguid mi intento humano
»En que amparemos la cristiana gente,
»A quien el paso impide mi corriente.»

Esto diciendo, sin parar camina
Betis, y al centro decendió profundo,
Dó la globosa urna cristalina
Tiene, con el licor que riega el mundo:
Y en el húmido pecho la reclina,
Y al Atlántico mar vuelve el jocundo
Curso, y las bellas ninfas esparcidas,
Las aguas quietaban conmovidas.

II.

Desafio y combate de Muley Hacén con Botalhá, por causa de la infanta Alguadaira. Tarfira se interpone en medio de los combatientes, y el duelo no se remata.

DEL LIBRO 12.°

Fatigada Tarfira en su congoja,
Sin dar alivio á su pasion ardiente
Se desespera, aflige, y se congoja,
Aborreciendo cuanto via presente.
Ni el dia descansa, ni la noche afloja
Su ánsia, viendo al que procura ausente,
Y mas en la ocasion que lo desvía
Rabiaba en zelos, y en amor se ardia.

Siempre la causa andaba imaginando
Que en tal extremo la traia mariendo,
Mil formas de remedios aplicando,
Mil trazas que el amor le iba ofreciendo.
Mas, á la ejecucion dellas llegando,
Mil imposibles iba prometiendo,
Y así confusa, triste, congojosa,
Pára, suspira, gime, teme y osa.

Tal vez se determina á la venganza
Resuelta con la espada ya en la mano,
Y en sí volviendo dice: "¡ay que no alcanza
»Mi corto brazo á donde está el tirano!
»Huyó, y con él mi gloria y mi esperanza,
»Que con su fe las lleva el aire vano,
»Siendo perjuro en su promesa al cielo,
»Aleve, infame en su palabra al suelo.

»Desto, para que mas me ofenda y dañe,
»Permite el cielo ser en daño suyo,
»Y que á mí la verdad me desengañe
»Del mal que veo en que el vivir concluyo.
»¡Oh ley de amor! permite que me ensañe
»Contra el cruel por quien mi honor destruyo,
»Y que sabiendo á donde van los siga,
»Y cual otra Medea los persiga."

Desta suerte la mora enamorada
Los dias y noches consumia en su queja,
De su tierra hallándose apartada
Por quien por otra asi la olvida y deja:
De amor, de zelos, y pasion forzada
Se precipita, y de razon se aleja;
Mas Meleyca, su huéspeda, en sus penas
La anima, esfuerza y da esperanzas buenas.

Meleyca, de Tarfira agradecida,
Qué á su marido guareció de muerte,
Viéndola de sus ánsias combatida,
De Bothalá sabiendo ya la suerte,
A su pasion y á su amistad movida,
Temiendo el mal que le aquejaba fuerte,
Un dia á solas se apartó con ella,
Y así dice en razon de su querella:

"Desde el dia primero que veniste
»A esta tu casa, de Abdalac, mi esposo,
»Traida á ella, porque en darle fuiste
»La vida, con poder maravilloso;
»Luego que la ocasion me descubriste
»Que te trae de tu patria y tu reposo,
»Fuiste de mí informada haberse ido
»Con Alguadaira tu amador huido.

»Pareciéndome hacerte un gran ultrage,
»Y á la amistad una inhumana ofensa,
»No saber ya á donde hizo el viage
»El que da fuerza á tu pasion inmensa,
»Que hacerte puedo bien pleyto homenage,
»Que tu misma afliccion me trae suspensa
»Viendo como te afliges y consumes,
»Y de dar fin á tu vivir presumes;

»Acudí á una amiga, que en la Grecia
»De padres magos tuvo el nacimiento,
»Que este lugar en tanto estima y precia,
»Que es sin contradicion su mandamiento:
»Esta del Horco el gran poder desprecia,
»De su voz tiembla el mas profundo asiento,
»No hay fuerza que á su gusto no responda,
»Ni á su saber hay cosa que se esconda.

»Hícele clara tu mortal fatiga,
»Tu ardiente pena y tu inhumana suerte,
»La justa causa que á tu bien me obliga,
»Y la razon que tengo de quererte.
»Oyó mi ruego, y fuéme tan amiga
»Que la respuesta en obras la convierte,
»A su arte sortílega acudiendo,
»Las superiores causas inquiriendo.

»Tres veces cubrió Apolo el mar profundo,
»Y otras tantas se vió su hermana bella
»En su argentado carro dar al mundo
»La luz que agrada al dios Cinmerio el vella;
»Y tantos consultando el sin segundo
»Dolor, que te lastima en tu querella,
»Mi amiga ha estado, por saber á donde
»Está tu amado, ó qué lugar lo esconde.

»Y habiendo hecho cuanto en esto entiende
»La Argólica adivina, con deseo
»De dar razon del falso que te ofende,
»Y decir donde goza su trofeo;
»Dice, quel rey cristiano lo defiende,
»Y que con él está, de donde creo
»Que tu remedio es mas dificultoso,
»Si un medio no elegimos provechoso."

"¿Qué medio puede haber, dice Tarfira,
»Que aprovecharme pueda en tal extremo?
»Si con prudente proceder se mira;
»Todos lo mismo temerán que temo:
»Si no hace el rigor y mortal ira
»Lo quel fuego no hace en que me quemo,
»Ningun remedio puede ser remedio,
»Que es gran poder el que me ocupa el medio."

Por los hermosos ojos larga vena
De perlas derramó la bella mora,
Indicio dando de la angustia y pena
Que le causaba el moro á quien adora:
De sí no hace la pasion agena
Meleyca, que igualmente gime y llora
Que la triste Tarfira, y asi estando
Las estorbó Habul Hacén entrando.

Los ojos puso luego en la llorosa
Y amada suya, aunque no de ella amado;
Y el color viendo de purpúrea rosa
Del humor cristalino rociado,
Quedó suspenso sin decille cosa,
Al mismo llanto casi provocado;
Y viendo que ella un poco se sosiega,
Diciendo así, á donde está se llega:

"Si la causa ¡oh Tarfira á quien adoro!
»Es sola la ocasion que yo imagino,
»Mi fe te doy como hidalgo moro
»De morir ó vengar tu ultrage indigno,
»Que á servirte, guardándote el decoro,
»Con las armas me pongo en el camino,
»Á Muley Bohacén acompañando,
»Á Bóthalá y la infanta procurando.

»Tiene aviso que están con el cristiano
»Conquistador, en amistad acetos,
»Desto Muley en furia ardiendo insano,
»Las armas toma sin mirar respetos:
»El rey le ha dado facultad y mano
»Que haga cual la causa los efectos,
»El sobrino promete la venganza
»Contra cuanto poder el mundo alcanza.

»Viendo yo una ocasion tan oportuna,
»Á Muley supliqué me concediese
»Que habiendo de ir con él persona alguna
»(Cual era fuerza) yo el nombrado fuese.
»Favorecióme en esto la fortuna,
»Porque á servirte, cual deseo, acudiese;
»Nombróme, mira ahora lo que quieres,
»Y pide aquello que servida fueres.

»Botalhá, como sabes, te ha ofendido
»En el honor, y deja escarnecida,
»Sin acordarse que jamas te vido,
»Cual la experiencia vemos conocida:
»Yo, que á tu voluntad tengo rendido
»El vivir mio, y no deseo la vida
»Sino para ocuparla en solo aquello
»Que es gusto tuyo, sin jamas torcello,

»De tu ofensa ofendido, vengo solo
»Á que el órden me des que siga en esto,
»Si quieres que te vengue, y vengue el dolo
»Del rey perjuro al firme amor y honesto:
»Por quel siguiente dia, cuando Apolo
»Con luz el mundo haga manifiesto,
»En singular batalla ha de probarse
»Con quien posible no será escaparse.

»Mira si gustas qué en prision lo traya,
»Y no consienta que le dén la muerte;
»Ó si te agrada que con vida vaya
»Suelto á gozar de tu felice suerte,
»Esto será con que un concierto haya
»Entre tí y entre mí, que has de ofrecerte
»Á que, siendo cumplido lo que digo,
»Has de cumplir la voluntad que sigo."

La discreta Tarfira, conociendo
El arrogante proceder del moro,
Levantó el bello rostro, recogiendo
Á las espaldas las madejas de oro,
Y dijo: "amigo Habul Hacén, yo entiendo
»Que á tu valor no guardas el decoro
»En prometerme cosas imposibles,
»Que serán, aunque sean, increibles.

»Bien sabes tú, y el mundo sabe claro,
»De Botalhá los valerosos hechos:
»Bien sabes tú quel solo ha sido amparo
»Del África y de Libia en sus estrechos:
»Bien sabes que á su esfuerzo y valor raro
»Ni hay enemigas fuerzas, ni pertrechos
»Que se le puedan resistir; y sabes
»Mas que dél digo, bien que no le alabes.

»Pues sabes esto, y sabes que hombre á hombre
»En singular batalla há dado muestra
»Con los mas fuertes, y de mas renombre
»Que tiene y que conoce la edad nuestra,
»¿Por qué quieres tú ahora que me asombre
»Que pruebe con Muley la fuerte diestra,
»Si contigo y Muley y todo el mundo
»Lo hará el valor suyo sin segundo?

»Con esto á tu demanda doy respuesta,
»Y que decir no tengo mas en esto.
»Vete, y las cosas á la lid apresta,
»Pues que cual dices ha de ser tan presto:
»Y mira que en el campo he de estar puesta,
»Porque todo me sea manifiesto."
Esto diciendo, vuelve desdeñosa,
Y el moro ardiendo en saña va furiosa.

Mil congojas de nuevo se le ofrecen
El caso triste en que se vía pensando,
Que aunque el ánimo invicto no enflaquece,
El ánima le están atormentando:
Y asi las formas viendo que guarnecen
El cielo las tiniebla alumbrando,
Á su huéspeda pide que le acuda,
Y en aquel menester le dé su ayuda.

Á donde estaba Abdalac herido
Entra, y su intento y la ocasion le cuenta,
Del fiero Habul Hacén el encendido
Amor, y lo que mas de nuevo intenta:
Y que para acudir á su querido,
Y dar principio á remediar su afrenta,
Armas le dé y caballo, con que entiende
Librar su honor, y ver lo que pretende.

Levantó el rostro el fatigado moro
Por la flaqueza grande que tenia,
Y dijo: "no me guardas el decoro,
»Tarfira, en no aguardar la salud mia:
»Y así te ruego por el dios que adoro
»Que me dejes tenerte compañía,
»Y no me aguardes mas de cuanto pueda
»Tenerme en pie, y de tí se me conceda.

»Yo te pondré en presencia de tu amante,
»Y que hables con él como conmigo;
»Que le pidas, teniéndolo delante,
»La fe que de cumplir quedó contigo:
»Y si fuere el cumplírtela importante,
»Que te la cumpla cual quedó me obligo:
»Detente ahora, y á Muley no temas,
»Que Botalhá castigará sus temas."

"Sabiendo lo quel pérfido inhumano
»Habul Hacén contra mi rey ordena,
»¿Será (dice Tarfira) acuerdo sano
»Que deje en él ejecutar la pena?
»No será, en cuanto aquesta diestra mano
»No estuviere deste brazo agena,
»Y este constante corazon rigiere
»El que en él vive y á la infanta quiere."

No pudiendo Abdalac mover su intento,
Ni persuadir á la africana mora
Que por entonces deje el pensamiento
Á que le instigá la pasion que adora,
Acudiendo á cumplir su mandamiento,
Traer las armas hizo allí á la hora,
Las cuales se arrojó Tarfira encima,
Sin que le agrave el peso ni le oprima.

Con el cerrado yelmo el rostro bello
Cubrió, ascondiendo su beldad divina,
Agrabando los lazos del cabello,
De belleza extremada y peregrina:
Que si dejara asi de recogello,
No saliera la aurora matutina,
Que al punto por las puertas del oriente
Salió mostrando la rosada frente.

Resonó al punto desde el alto muro
El cóncavo metal con ronco estruendo,
Por señal dado para el caso duro,
Y prevenir la gente el son horrendo;
Que en siendo oido nadie fue seguro
Á las horribles armas acudiendo,
Las puertas, calles, muros ocupando,
Y el real alcazar rodeando.

Tarfira, oyendo la señal de Marte,
La espada aplica en el siniestro lado,
Y de Muleyca y de Abdalac se parte
Donde de amor llevaba su cuidado:
Y sin andar de una á otra parte
Se fue al alcazar, do halló formado
Un campo en órden de batalla puesto,
Para el efecto en la ocasion dispuesto.

Á la parte que menos gente habia,
Y que con mas secreto estar pudiese,
Allí el caballo presurosa guia,
Y allí se asconde al vulgo que la viese:
Mas la luz del cercano y claro dia
Hizo que todo manifiesto fuese,
Y con la luz la causa se aclarase
Que á la trompa hacia que resonase.

El desafio fue contado luego
Que á Botalhá Muley á hacer iba,
Llevado de su honor y ardiente fuego,
Que de toda razon lo aparta y priva.
En esto se ocupaba el vulgo ciego,
Dicho generalmente con voz viva,
Cuando bajan Muley y Hacén armados,
De un rey de armas delante acompañados.

Lanzas, adargas toman y caballos,
Y con quinientos moros de pelea
De la guardia del rey para guardallos,
Salen, y van donde Muley desea:
Entre ellos va Tarfira, sin dejallos,
Que la pasion le anima y le espolea,
Que la fuerza de amor es poderosa,
Y en pecho noble no le impide cosa.

Hacen los moros alto, y luego parte
El rey de armas al campo del cristiano,
Apercibido del ingenio y arte,
Que el caso pide á que se vía cercano:
Y en la presencia del sidéreo Marte,
Con grave aspecto y con semblante ufano,
Siéndole de hablar dada licencia,
Propone así con libre preeminencia:

"Pues me concede tu real grandeza
»¡Oh poderoso rey! que ante tí hable,
»Perdona del estilo la bajeza,
»Y advierte en la ocasion, que es memorable:
»Esta, de Marte pide la fiereza,
»De quien un fin se espera miserable
»Entre Muley, de nuestro rey sobrino,
»Y Botalhá, que á tí huyendo vino.

»Éste, del patrio reino estando ausente,
»Vino á Sevilla, donde fue admitido
»De Axartaf, y con mando preminente,
»Y con obras de rey favorecido:
»Y olvidado de aquesto, injustamente
»Á su hija le trujo, y ofendido
»Deste insulto, Muley lo desafia,
»Y á que lo desafie el rey lo envia.

»Súplicate permitas que se haga
»La singular batalla con seguro,
»Porque del hecho la debida paga
»Haya el aleve en el combate duro:
»Y porque Botalhá se satisfaga,
»Entre tu campo y el cerrado muro
»Pide que sea la lid, la cual demando
»Por Muley, que en el campo está aguardando."

Inclinó la cabeza, y sobre el pecho
Los dos brazos cruzó, llegando á tierra
Las rodillas, y ufano y satisfecho
Quedó así, en denunciar la guerra.
Botalhá á informar de su derecho,
Y á que se entienda que en lo dicho yerra
En llamarle alevoso, al rey suplica
Le oiga, y su razon así publica:

"Yo vengo ¡oh soberano rey! forzado
»De lo que en tu presencia se ha propuesto,
»En mi razon, cual debo, confiado,
»Y en la verdad que te he contado en esto:
»Y vengo á suplicarte que otorgado
»Le sea el campo que demanda presto,
»En donde se verá, rey poderoso,
»Si es Botalhá ó Muley el alevoso.

»Sin exceder de la verdad un punto
»Sabes de mí la verdadera historia,
»Y ella en el paso á que me veo tan junto
»Si es cual he dicho asi me dé victoria:
»Con las armas estoy ya puesto á punto;
»Ante tí vengo á que me des tal gloria
»De que en batalla singular me vea
»Con él, que contra la verdad pelea."

No dijo mas el príncipe africano,
Que la ira y deseo que tenia
Á las razones fueron á la mano,
Y la lengua quedó suspensa y fria:
Mas el divino protector cristiano,
Que todo el caso y la verdad sabia,
Al rey de armas concede lo que pide,
Y con aqueste acuerdo lo despide.

Partió el rey de armas, y la invicta gente
Se puso en arma por el rey mandado,
Y el africano príncipe valiente,
Puesto á caballo se presenta armado:
Pide licencia, y con valor ardiente
Sale, llevando á su derecho lado
Á Lope Diaz de Alfaro, y al siniestro
Á Garci Perez, luz del siglo nuestro.

Llamó en secreto el rey al invencible
Don Pedro Ponce de Leon, diciendo:
"Don Pedro, yo imagino, y es creible,
»Haber engaño en esto que estoy viendo:
»El caso es grave, la ocasion terrible,
»Partid con gente á Botalhá acudiendo,
»No pueda si hay traicion hacelle daño,
»Pues vuestra espada atajará su engaño."

El valiente español, el leon fuerte,
Á la merced del rey agradecido,
Inclinó la cabeza, y desta suerte
Le prometió que dél seria servido:
Y con aquel denuedo que á la muerte
Pone en pavor, del rey se ha despedido:
Sube á caballo, apaña un asta, y parte
Confiando en sí solo el fiero Marte.

En seguimiento suyo salen luego
Docientos de á caballo que los guarden,
Que en vivo ardor de glorioso fuego
Sus no rendidos corazones arden:
Van tras sus pasos sin tener sosiego,
Y puestos donde en la ocasion no tarden,
Hicieron alto, viendo que salia
El rey de armas, y el campo les partia.

Muley al punto en un feroz caballo
Rucio, de los del África ligeros,
Que sin freno pudiera gobernallo,
Y entrar sin miedo en los asaltos fieros,
Sin aguardar que vuelvan á llamallo,
Contra los dos cristianos caballeros
Salió, á su enemigo conociendo,
Caballo, adarga y lanza apercibiendo,

Pónese en frente, y por su nombre llama
Á Botalhá, pidiéndole que venga
Á la batalla, si su nombre y fama
Quiere quel nombre que ha tenido tenga:
Botalhá, que la misma ocasion ama,
Sale sin quel rey de armas lo detenga,
Que los puestos andaba señalando,
Partiendo el sol los pactos asentando.

Á una se arremeten furiosos
Los dos valientes moros, de la suerte
Quel aquilon y el áfrico animosos
El uno contra el otro horrible y fuerte;
Que con porfia y soplos espantosos
El mar en blanca espuma se convierte,
Y del centro remueven las arenas,
Y las riberas braman de horror llenas.

Las riendas largas, con hervor batiendo
Las pungientes espuelas, se enristraron,
Llenos de furia y de coraje horrendo,
Y las dos lanzas sin lesion quedaron:
Al punto los caballos revolviendo,
Sin perder punto á arremeter tornaron,
Dándose dos encuentros, que hicieran
Que dos montes de acero se movieran.

Quedaron fijos sin perder las sillas,
Mas las dos lanzas hechas mil pedazos
Volar al cielo vieron en astillas,
Quedando casi asidos á los brazos:
Aquí Muley, juzgando por sencillas
Sus fuerzas si se estrechan en abrazos,
Puso á la fiera cimitarra mano
Antes que se mejore el africano.

Revuelve Botalhá el caballo fiero;
Mas su enemigo, ántes que revuelva,
Con presurosos golpes va ligero
Sobre él, privando que al combate vuelva:
Rendido quiere que lo vean primero,
Y no que en nueva lid con él se envuelva,
Y así, sin desviarse dello aqueja,
Que mejorar ni aun respirar le deja.

De entre los moros un clamor confuso,
Con ronco son iba ocupando el viento,
Siguiendo en esto su discorde uso,
Cantando por Muley el vencimiento:
Axartaf, que á mirar la lid se puso
Desde el cerrado muro, está contento
Viendo á Muley del modo que traía
A su contrario, y como lo hería.

Botalhá, viendo á su enemigo junto,
Y que de sí apartarlo era imposible,
Y que su suerte estaba puesta en punto
De acabar con infamia y muerte horrible,
Tuvo el escudo apercebido á punto,
Y con destreza y ánimo increible
Al tiempo que bajar vió el brazo alto,
Largó el escudo y dió en el suelo un salto.

Sobre el escudo descargó el furioso
Golpe, que arrebatado por delante,
Por el aire fue en vuelo presuroso,
Cual presto rayo, ó cual estrella errante:
Botalhá fiero, entero y animoso,
Sobre él revuelve con valor constante,
Y con pesados golpes lo detiene,
Aunque así á pie y sin escudo viene.

Comienza, aunque con armas desiguales,
La lid de nuevo, y á herirse fieros,
Señales dando de su esfuerzo, tales
Cuales prometen tales caballeros.
Tarfira, llena de ansias inmortales,
Mira la horrible lid de los guerreros,
Poniendo el alma á cada golpe crudo
Que su amante aguardaba sin escudo.

Entre sí se está en ansias deshaciendo,
Llena de amor y de rabiosa ira:
A su querido en la batalla viendo,
De rabia gime, y de dolor suspira:
Quiere salir, detiénese temiendo
Que si estorba la lid el rey la mira,
Si no la estorba está en peligro puesto
Su amante, y ve su daño manifiesto.

Perpleja está, dudosa y combatida
De mil contrarios, sin saber que haga,
Como dar pueda á Botalhá la vida,
Y su amor y su honor se satisfaga.
Despues de estar en esto suspendida,
Sintiendo fiera la pungiente llaga,
Sin poner cosa á su deseo delante,
Rompió por todo á remediar su amante.

Los dos andaban en la lid sangrienta
Sin que de un bando ni otro se moviese
Persona, mas que estar teniendo cuenta
A lo que el cielo dellos dispusiese:
Tarfira fiera el fiero alfange tienta,
Pica el caballo, y como Muley fuese
A Botalhá, entre los dos se mete,
Y con Muley que lo seguia arremete.

El bárbaro revuelve, ella furiosa
Con fieros golpes sin cesar lo aqueja.
Botalhá, estimulado de ira honrosa,
Del que á favorecerlo entró se queja:
Pónese en medio, y dice en voz rabiosa:
"Que si del puesto luego no se aleja
»La muerte le dará"; Tarfira calla,
Y con Muley prosigue su batalla.

Asió la rienda Botalhá á Tarfira
Diciendo: "está es maldad de mi enemigo,
»Con esta industria quiere con mentira
Decir que peleó mas que conmigo":
Muley un golpe á Botalhá le tira,
Diciendo: "deja pelear tu amigo,
»Que tu flaqueza conociendo claro,
»De entre los mios sale á darte amparo."

Sobre Tarfira revolvió al momento,
Fieros golpes en ella redoblando:
Ella no menos con valor y aliento,
En ofenderle se iba adelantando:
Niégale el deseado vencimiento,
Con un golpe tan fiero descargando,
Que perdió los estribos, y el caballo
Cayó, que mas no pudo levantallo.

Muley al punto en pie se puso fiero,
Va contra ella, y Botalhá lo impide
Diciendo á voces: "quel es el guerrero,
»Y que á él solo la ocasion le pide."
Y puesto pecho á pecho el delantero,
La cimitarra con su alfange mide;
Habul Hacén, con una gruesa lanza,
A Botalhá hiriendo se abalanza.

Tarfira, al tiempo que enristró el aleve
Que dar la muerte á su señor queria,
Atravesó el caballo, y fue tan breve,
Que la enemiga lanza le desvia:
Y porque el premio de su intento lleve,
Que era el amor que della pretendia,
Sobre los dos estribos se endereza,
Dándole un fiero golpe en la cabeza.

Perdió las riendas y el sentido junto,
Viniendo á tierra con aquel estruendo
Que si la tierra se hundiera al punto,
Que en ella el grave peso fue cayendo:
Botalhá, viendo su caballo á punto,
La adarga y lanza toma, en él subiendo,
Da voces el rey de armas, los cristianos
A detener se meten los paganos.

Comienza de ambas partes un ruïdo
Confuso demandando la victoria;
Muley da voces, dice que ha vencido,
Y que es traicion la que se usó notoria:
Botalhá, dice: "tu no me has rendido,
»Ni el mundo tiene á quien se dé tal gloria,
»Y esa traicion salió dentre tu gente,
»Que yo, cual sabes, della estó inocente.

»Prendan aquese moro que contigo
»Probó su fuerza, y sepan dél si tiene
»Pacto, concierto ó amistad conmigo,
»Ó si contigo, ó si conmigo viene:
»Por esta via se sabrá que digo
»Verdad, y que mi brazo la mantiene;
»Y en el campo, cual ves, y á tiempo estamos,
»Que la lid acabemos que empezamos."

De todos el acuerdo fue aprobado
Y de Tarfira oido, mas revuelve
El caballo diciendo: "el mas osado
»Llegue á prenderme, quel verá cual vuelve:
»Y si Muley se siente injuriado,
»Y Botalhá de culpa no me absuelve,
»El que de entrambos mas sentido queda,
»Ó entrambos vengan do probarse pueda."

Volvió la rienda, y el caballo pica
Por el tendido y espacioso llano:
Muley, á sí el desafio se aplica
Como el que fue ofendido de su mano:
En contra desto Botalhá replica,
Que tras él vaya un moro y un cristiano,
Y no ninguno dellos, que son parte,
Y la verdad encubrirán con arte.

Habul Hacén furioso se levanta
Del golpe que le dió Tarfira bella,
Y dice: "de ese que huye y se adelanta
»La suerte es mia y no es razon perdella:
»Nómbrame á mí, pues con infamia tanta
»Me derribó, y es justa mi querella,
»Que yo te lo traeré ó le daré muerte,
»Ó me ofrezco á sufrir la misma suerte."

Fuele otorgado á Habul Hacén que fuese
Por parte de Muley, cual él pedia,
Ó que alli muerto ó vivo lo trujese,
O razon de la oculta alevosía:
Botalhá, porque cierto se entendiese
Que él de aquella maldad nada sabia,
A Lope Diaz de Alfaro señalaron
Por él, y dél el caso confiaron.

Parte al momento el bárbaro guerrero,
Sin aguardar caballo, como estaba
A pie y cubierto de pesado acero,
Aunque del peso poco se curaba:
Lo propio hizo el cristiano caballero,
Con la priesa que el caso demandaba;
Pica el caballo, y aunque mas lo aqueja,
Atras el moro que iba á pie no deja.

Botalhá pide que Muley concluya
El combate, y Muley lo propio pide,
Y dice: "que pedirlo es suerte suya,
»Como estorbar lo que acabarlo impide."
"Mia sí es esa suerte, que no tuya,
»Si la ocasion el justo acuerdo mide,"
El príncipe de Lybia dió en respuesta,
Y el fuerte escudo y corbo alfange apresta.

El rey de armas, en medio de ambos puesto,
Pide que se suspenda la batalla
Por entonces, y vueltos á su puesto,
Despues podrán, cual piden, acaballa:
Estando solo confiriendo en esto,
La trompa resonó de la muralla,
Que era señal que al punto que la oyesen
Todos á la ciudad se recogiesen.

Fue hecho así, y los bárbaros se entraron,
Dejando el campo, en el cerrado muro;
Los cristianos allí á aguardar quedaron
A Lope Diaz, por que esté seguro:
Que yendo con el moro que enviaron
Tras del que revolvió el combate duro,
Que viéndose seguir revolvió á ellos
Diciendo así, haciendo suspendellos:

"Si á buscarme venis, ya estoy presente;
»Si á probaros conmigo, ya os aguardo;
»Y si es á esto, salga el mas valiente,
»Y aunque entrambos salgais no me acobardo."
El moro lleno de furor ardiente,
Dice: "eso pide el fuego en que me ardo,
»Eso es solo á lo que vengo, y creo
»Que nos rige á los dos solo un deseo."

Contra Tarfira el brazo levantando,
Habul Hacén arremetió furioso,
Del cielo y de su suerte blasfemando,
Si no alcanzaba el premio victorioso:
Lope Diaz de Alfaro, emparejando
Con él le dice: "aguarda y ten reposo,
»Que ese no es solo el fin á que venimos,
»Pues así la verdad no descubrimos.

»Proponle el caso, y cuando no hiciere
»En él lo que le fuere demandado,
»En tal caso la espada se requiere
»Que ponga fin á lo que está empezado;
»Y porque nuestro hecho se difiere,
»Digo que tu furor sea sosegado,
»Y el tuyo enfrenes, dándonos respuesta
»Cual pide el caso, verdadera y presta."

Tarfira el furïoso ardor sosiega,
Reprime el alterado movimiento,
La espada abaja, y al cristiano allega,
Diciendo "que hará su mandamiento;
»Que pida, que su fe le da y entrega
»De decirle verdad con juramento;"
Y esto afirmando, levantó la mano
Y asi prosigue (oyendo esto) el cristiano:

"No dudo que de tí me sea cumplida
»Esa palabra, y con seguro della,
»Que la verdad nos sea referida
»Como de quien es justo mantenella:
»Digo que, pues de nadie no es sabida
»La razon que de tí nos da querella,
»Por haberte á Muley así atrevido,
»De donde un gran escándalo ha nacido;

»Porque los que se allegan á su parte,
»Y la voz toman en defensa suya,
»Y Muley mismo dice que fue arte
»De su enemigo la osadía tuya,
»Botalhá se disculpa con culparte,
»Diciendo: que es traicion que se le arguya
»Tal cosa, porque ni él sabe quién eres,
»Ni qué ocasion te mueva, ni qué quiéres:

»Y fue acordado, para que esto fuese,
»Cual es razon, á todos manifiesto,
»Porque á ninguno culpa se le diese
»Sin saber ántes si es culpado en esto,
»Que Habul Hacén viniese, y yo viniese,
»Por Muley él, por Botalhá yo puesto,
»A que digas por quién te dispusiste
»Al temerario hecho que emprendiste.

»Haciendo en ésto tú lo que pedimos,
»Libre en su honor será el que está sin culpa;
»Nosotros nuestro intento conseguimos,
»Y tú absuélto del crímen que te culpa.
»De otro modo los dos que á esto acudimos,
»No tendremos legítima disculpa
»Si muerto á donde estás no te dejamos,
»Ó á que lo digas preso te llevamos."

"Si se concluye tu razon en eso,
»Y la venida de ámbos esa ha sido,
»Tarfira respondió, yo te confieso,
»Que justa causa á todos ha movido.
»Y porque entiendan que ese no fue exceso,
»Y si lo fué, de mí fué cometido,
»Sin que el temor me fuerce á que lo diga,
»El honor de esos príncipes me obliga.

»Yo hago juramento, y por testigo
»Al gran Profeta en mi verdad presento,
»Que es verdad pura lo que en esto digo,
»Y no invencion ni falso juramento;
»Que tengo á Botalhá por enemigo,
»Y que guerra mortal con él sustento,
»Y que ayudalle fue porque no fuese
»De Muley muerto, sin que yo lo hiciese."

De Habul Hacén, á esta razon postrera,
Fue la hermosa mora conocida,
Y la voz levantando dijo: "¡oh fiera
»A un alma triste á tu querer rendida!
»¿Por qué ¡oh ingrata! asi de tal manera
»Tratas al que te dió esa injusta vida,
»Y le diste la vida al que tu honra
»Ofende, y solo aspira á tu deshonra?

»Dime, cruel (que nombre tal se debe
»A quien usa conmigo tal crueza)
»¿Qué razon hay, qué ley, qué Dios que apruebe
»Tan inhumana y áspera fiereza?
»¿De mí no te lastima ni conmueve
»El llanto, afan, y la mortal tristeza
»En que vivo por tí, que con tal furia
»Hiriéndome hiciste tal injuria?

»Pues no se ablanda tu inhumano pecho
»Con lástimas ni obras, yo te juro
»Que ha de hacerse bueno mi derecho
»Con saña horrible y tratamiento duro:
»Y que la injuria que á Muley has hecho,
»Por dar la vida á Botalhá perjuro,
»Has de pagar de modo, que la paga
»Igualmente nos vengue y satisfaga."

Levantó la visera la hermosa
Mora, y el rostro descubrió divino,
Coloreado cual purpúrea rosa
Cubierta de rocío cristalino.
Y dice: "si tu industria es poderosa,
»Si tu traicion te abre algun camino,
»Has todo aquello que te diere gusto,
»Que yo haré lo que es honor y justo.

»Yo (cual ya sabes) vengo procurando
»A Botalhá, que huye de cumplirme
»La fe y la mano que me dió, jurando
»De por muger legítima admitirme.
»Esta fe, de que así me va faltando,
»Está en mi alma, y estará tan firme,
»Que primero huirá el terreno asiento,
»Que pueda haber en ella mudamiento.

»Siempre de mí has habido por respuesta
»Que este príncipe solo es á quien quiero;
»Que en este solo, el alma mia está puesta;
»Que este la rige, y este es por quien muero.
»Despues desto ¿sería cosa honesta
»Que á un príncipe prefiera un escudero?
»¿Que el rey por un vasallo se posponga,
»Y la gloria á la infamia se anteponga?

»Mira tú esto: y tú, cristiano, advierte
»Por la misma razon que fue mi intento
»Librar mi amado de la cierta muerte,
»Y no á Muley quitar el vencimiento.
»Por él probé la peligrosa suerte,
»Y á cuantas mas hubiere me presento
»Por él, y no por él aunque lo digo,
»Mas porque nadie ofenda á mi enemigo.

»Esto direis que fue la intencion mia,
»Y no otra cosa, ni por otro acuerdo,
»Y el que dijere que es alevosía,
»De la verdad se aparta y de ser cuerdo.
»Este afecto me aspira, este me guia,
»Este me trae, y por él la vida pierdo,
»Por este y por la causa del que adoro;
»Y esto decí al cristiano y bando moro.

»Y tú, cristiano, que verás presente
»Al que la causa de mi daño ha sido,
»Así á tu ruego el cielo sea clemente,
»Y cuanto le pidieres veas cumplido,
»Que le digas por mí, que si consiente
»La fe real faltar lo prometido,
»Que si se acuerda de una desdichada,
»A quien faltó en la fé, y dejó burlada;

»Que esta, á quien en Marruecos de esta suerte
»Dejó, á procurarlo viene ahora,
»Y que si el cielo no le da la muerte,
»Ha de ser de su ofensa vengadora.
»Con esto, señor mio, puedes volverte,
»Dejando aquesta desdichada mora
»Amenazada y puesta en tanto daño,
»En tal peligro y en dolor tamaño."

Enternecióse, y reprimió el acento,
Anudada la lengua con el llanto,
Y con un sosegado movimiento,
De sus congojas encubrió el quebranto.
Sintió el cristiano el propio sentimiento,
Y con ella á hacer vino otro tanto,
Que el sentir las pasiones con terneza,
Es grandeza de ánimo y nobleza.

Suspenso estuvo, y congojoso en vella
De aquella suerte, mas en sí volviendo,
Con voz que néctar despedia della,
A Tarfira se vuelve así diciendo:
"Justa es tu queja y justa tu querella,
»Y justa la ocasion de andar muriendo,
»Que por quien es, será gloriosa suerte
»Cualquier suceso, aunque suceda en muerte.

»No tengo en esta parte que decirte,
»Pues que contigo está tan saneada,
»Sin cansarme de nuevo en persuadirte,
»Que ha sido tu aficion bien empleada.
»Solo (á poder) quisiera reducirte
»A que entiendas que dél no eres burlada
»Aunque lo ves con otra, porque en eso
»No tiene culpa, y fue extraño suceso."

"Todo lo sé, respóndele Tarfira,
»No tienes mas que persuadirme en esto,
»Que si mi causa con razon se mira,
»Será la suya condenada presto.
»Y porque el llanto se convierta en ira,
»Permíteme que deje aqueste puesto,
»Y vete en paz, que yo en mi ardiente guerra,
»La muerte iré buscando en esta tierra."

"No, (dice Habul Hacén) tú has de ir conmigo,
»Que yo, cual sabes, debo acompañarte,
»Y donde fueres tengo de ir contigo,
»Que en mi mano no está el poder dejarte."
Tarfira airada, al moro su enemigo
Dice: "mas sano te será el quedarte."
»Yo tengo de ir, Habul Hacén responde,
»Aunque te vayas donde el sol se asconde."

La espada empuña la indignada mora
Diciendo: "cuando á eso te atrevieres,
»Este brazo y espada vengadora
»Te dará el premio que es razon que esperes:
»Y porque llegue de tu fin la hora,
»La muerte habiendo que á tu rey dar quieres,
»Pues yo soy causa de tu aleve furia,
»Yo con tu muerte atajaré su injuria."

Tarfira al moro arremetió furiosa,
Y Lope Diaz de Alfaro la detiene;
Gime el moro de pena congojosa,
Los brazos cruza, y á do está se viene.
Pídele que la saña rigurosa
Despida, y la crueldad que le mantiene:
Ella con espantosa y cruda vista
No le responde, ni hay quien le resista.

De esta suerte, ella fiera, y él llorando,
Lope Diaz, en medio de ámbos puesto,
Desvía al moro, á ella está rogando;
El le importuna, y ella deja el puesto.
Este extraño suceso imaginando,
Duda el cristiano lo que haga en esto;
Mas, acudiendo á su valor divino
Y su alto ingenio, elige este camino:

Que á dar cuenta á Muley del caso fuese
El moro, y que la mora se quedase
Allí, y desde allí la via siguiese
Que mas á sus designios conformase.
Propuso el caso, y como lo dijese,
Dijo el moro que tal no le mandase,
Que él habia de ir á acompañalla,
Ó morir antes que pensar dejalla.

La mora replicó: que si él queria
Contra su voluntad hacer tal cosa,
Que presto arrepentido se veria
Con muerte y con infamia vergonzosa.
Sobre esto entre ambos crece la porfia,
En ella el odio, en él la ánsia amorosa;
Mas el cristiano, su contienda oyendo,
Resume el caso así á los dos diciendo:

"Tú por la parte de Muley veniste
»A saber quién al príncipe africano
»Favoreció, y sobre esto te ofreciste
»Que preso ó muerto al campo iria el pagano.
»Esta palabra que á los tuyos diste
»No les puedes cumplir ni está en tu mano,
»Porque ni ella dejará llevarse,
»Ni dejar por mi parte de ampararse.

»Por Botalhá, cual sabes, me eligieron
»A procurar lo propio á que has venido,
»La mesma facultad que á tí me dieron,
»Lo propio que ofreciste he yo ofrecido.
»Así que, en lo que en esto pretendieron
»Saber llevamos, como ves, sabido:
»Ya nos consta que no es alevosía,
»Y que la culpa de ambos se desvía.

»Vamos juntos de aquí, quédese ella,
»Elija aquello que por bien tuviere,
»Que yo por fuerza debo defendella,
»Que á mi oficio y mi parte se requiere."
La cabeza bajó la mora bella
Diciendo: "eso me avisa que no espere:"
Vuelve la rienda y sigue el verde llano;
Lo propio hizo el moro, y el cristiano.

DE LA CRISTIADA.

NOTICIAS

DEL PADRE HOJEDA.

Segun don Nicolas Antonio el Padre Fr. Diego de Hojeda era de Sevilla; y del título de su libro consta que fue regente de los Estudios de los Predicadores de Lima. Por muchas investigaciones que se han hecho asi en los Bibliógrafos de la órden dominicana, como en otros libros que pudieran tratar de este escritor, no se han hallado mas noticias suyas. La Cristiada se imprimió en Sevilla año de 1611, en un tomo en 4.º: pero los ejemplares de esta edicion se han hecho rarísimos, quizá porque se llevaron casi todos á América, donde el autor residia. En ninguno de nuestros humanistas antiguos le he visto citado, excepto en aquel ilustre Bibliotecario, que le da el elogio poco comun de *cecinit piè, et eleganter, luculenterque*, etc. Posteriormente don Luis Velazquez hizo mencion de él en sus Orígenes, pero solo para poner su obra en la lista de los muchos poemas que califica de malos. Es probable que no la hubiese leido, pues allí mismo elogia con exceso la Austriada de Rufo, y la Bética de Cueva. Es tambien de extrañar que, habiéndose reimpreso, desde la restauracion de nuestras letras en el siglo pasado, tantos libros sagrados y profanos, no solo medianos, sino aun malos, haya quedado en su oscuridad la Cristiada, que merecia volverse á dar á luz harto mas que la Josefina de Valdivieso, y otras obras de igual clase. *Habent sua fata libelli.*

FRAGMENTO I.

Proposicion é invocacion: última cena de Jesus con sus discípulos.

DEL LIBRO I.º

Canto al Hijo de Dios, humano y muerto
Con dolores y afrentas por el hombre:
Musa divina, en su costado abierto
Baña mi lengua y muévela en su nombre,
Porque suene mi voz con tal concierto,
Que, los oidos alhagando, asombre
Al rudo y sabio, y el cristiano gusto
Halle provecho en un deleite justo.

Dime tambien los pasos que, obediente,
Desde el huerto al Calvario Cristo anduvo
Preso, y juzgado de la fiera gente,
Que viendo á Dios morir sin miedo estuvo:
Y el edificio de almas eminente
Que cansado y herido en peso tuvo;
De ilustres hijos el linage santo,
Del cielo el gozo y del infierno el llanto....

Cuando la Pascua, de misterios llena
En sombras ántes, pero ya en verdades
Llena de ánsia y quietud, de gloria y pena,
Varias, mas bien unidas propiedades,
Se llegaba, y la noche de la cena
Y aurora de las dulces amistades
Entre Dios y los hombres, en que quiso
Ser Dios manjar del nuevo paraiso;

Entonces el Señor que manda el Cielo
Y franco á sus ministros dá la tierra,
Rico de amor y pobre de consuelo
El que en su mano el gozo eterno encierra,
Y ardiendo en aquel santo y limpio celo
Que desde que nació le hizo guerra,
Ordenó que su noble apostolado
Celebrase el Fasé, convite usado.

Era el Fasé la cena del Cordero,
Que el mayor Sacramento figuraba,
Y allá en Egipto se comió primero
Cuando el pueblo de Dios cautivo estaba:
Y celebrarlo quiso el verdadero
Que en él como en imágen se mostraba,
Para dar fin dichoso á la figura
Con su sagrado cuerpo y sangre pura.

Puesta la mesa, pues, y el manjar puesto,
Y juntos los discípulos amados,
Y por el órden del Señor dispuesto,
Todos en sus lugares asentados,
Su amor pretende hacerles manifiesto,
Y los labios de gracia rociados
Muestra, y envuelve en caridad suave
Estas palabras de su pecho grave:

"De comer con vosotros un deseo
»Eficaz y ardientísimo he tenido
»En esta Pascua, y por mí bien lo veo
»Primero que padezca ya cumplido:
»Este regalo, amigos, este aseo,
»De vuestras dulces manos recibido,
»No lo tendré otra vez hasta que llegue
»Al reino do glorioso en paz sosiegue."

Dijo, y mirando á todos igualmente
Con amorosa vista y blandos ojos,
Y un suspiro del alma vehemente,
(Señal de pena, sí, mas no de enojos)
Su plática prosigue conveniente,
Y desplega otra vez sus labios rojos,
Mientras come en su plato el falso amigo,
Que ya su apóstol fue y es su enemigo.

"Y uno me ha de entregar, dice, á la muerte,
»Uno de éste pequeño apostolado:
»Mas ¡ay de su infeliz y mala suerte!"
Añadió luego en lágrimas bañado.
Una grande tristeza, un dolor fuerte,
De asombro lleno y de pavor cercado,
Á todos los discípulos rodea,
Medrosos de traicion tan grave y fea.

Y cada cual pregunta espavorido:
"¿Soy yo por desventura, oh buen maestro?"
Y responde el Señor entristecido,
Y en desdoblar fingidas almas diestro:
"Entregaráme aleve y atrevido,
»Del número dichoso y lugar vuestro
»El que conmigo mete aquí la mano,
»Y de mi plato ahora come ufano.

»Pero el Hijo del hombre al fin camina
»Como está de su vida y muerte escrito:
»Mas ¡ay del que su venta determina
»Y facil osa tan atroz delito!
»¡Ay del triste que á Dios el pecho indina
»Siguiendo mal su bárbaro apetito!
»No haber salido á luz mejor te fuera,
»Porque en ella su culpa no se viera."

Sobre tendidos lechos recostados
Los nietos de Israel comer solian;
Y en su seno los hijos regalados,
Ó mas caros discípulos, tenian.
Así estaban por órden asentados
Los que en la mesa con Jesus comian,
Y en su seno el discípulo querido
Compuesto, acariciado, y acogido.

Pedro, que cual pontífice supremo
Gozaba atento del lugar segundo,
Notando en Cristo el admirable extremo
Del decir grave y del callar profundo:
"Aunque bajeza tal de mí no temo,
»Por mas que corra el tiempo y ruede el mundo,
(Al Apóstol amado y amoroso
»Dijo) sabed quién es el alevoso."

Juan á Cristo pregunta por el triste
Que pretende hacer caso tan feo;
Tu en secreto, Señor, lo descubriste
Para satisfacer á su deseo:
Que avergonzar á Judas no quisiste
Que era oculto, si bien odioso, reo,
Su honor guardando al pérfido enemigo,
Como si fuera santo y dulce amigo.

Mas él, herida la feroz conciencia,
Y estremecido el temeroso pecho,
Ya de aquella real sábia presencia,
Ya de su enorme y temerario hecho,
Con velo de fingida reverencia
Cela su furia, cubre su despecho,
Y, "¿soy yo?" dice, ved cómo se esconde,
Y "tú lo dices," Cristo le responde.

Otro quedára con razon pasmado,
La sangre al corazon se le huyera,
La vista ciega y el color robado
Ni hablar, ni sentir, ni estar pudiera:
Mas él disimuló desvergonzado
Que osa mas libre la maldad mas fiera,
Y alma que vende á Dios Dios no le asombra,
Y atrévese en la luz como en la sombra.

Pues acabada la primera cena,
Y ya el cordero de la ley comido,
Cristo el mas singular banquete ordena
Que el mundo imaginó, ni el cielo oido:
Con pecho sosegado y faz serena,
Aunque por tal discípulo vendido,
Gracioso de la mesa se levanta,
Y otra les apercibe sacrosanta.

Mas ántes quiere con sus propias manos
Los pies lavarles, con sus manos bellas,
Que adoran los supremos cortesanos
Viéndose indignos de tocar en ellas.
Y despoja los miembros soberanos,
Resplandecientes mas que las estrellas,
De su vestido y ropas convivales,
Al tiempo usadas de convites tales.

Y sabiendo tambien que el Padre Eterno
En sus preciosas manos puesto habia
Del ancho mundo el general gobierno
Y del reino inmortal la monarquía,
Humilde y amoroso, afable y tierno
Fuego en las almas, y agua en la bacía
Echa, y para lavar los pies, en tierra
Se postra el que en un puño el orbe encierra.

Estaban todos en el órden puestos
Que el Señor les trazó, y así ordenados
Con rostros bajos y ánimos honestos
Al buen Jesus miraban asombrados;
A su divina voluntad dispuestos
Y della misma y dél avergonzados,
Se encogian temblando, y Pedro solo
Trató de resistir, y ejecutólo.

Llegó, pues, Cristo, puso en tierra el vaso,
El lienzo apercibió, tendió la diestra,
Y absorto Pedro de tan nuevo caso
(Aun mas no viendo que una simple muestra)
Saltó animoso, dando atras un paso
(Que al osado el amor valiente adiestra)
Y dijo: "¿para aquesto me buscabas?
¿Tú á mí, Señor, tú á mí los pies me lavas?"

Cristo, de su discípulo piadoso
El celo ponderando y la defensa,
Grave y sereno, dulce y amoroso
Responde á Pedro, que excusarse piensa:
"En éste gran misterio religioso
»Lo que yo intento y el amor dispensa
»Ahora no lo sabes, y porfias,
»Mas sabraslo despues de algunos dias..."

Lavó, pues, con sus manos amorosas
Los pies á Pedro, con aquellas manos
Blancas, suaves, puras y hermosas
De linda tez y dedos sobrehumanos;
Mostrándose las aguas religiosas,
De blanda espuma sus cristales canos
Argentaban alegres y festivas,
Emulas de las fuentes de aguas vivas.

Las secas flores que en el vaso estaban
Tocadas del Señor reverdecian,
De su beldad beldad participaban,
Y olor de sus olores recibian:
Sus dulces manos con amor besaban
Con las hojas, ó labios que fingian,
Todas, en ser primeras, compitiendo
Con envidia suave, y mudo estruendo.

El agua que en sus palmas venerables
Iba, de puro gozo alborozada
Sino conceptos, voces admirables
Formar quisiera, de ellas regalada:
Y lavando los pies, en agradables
Gotas ó ricas perlas desatada,
Se desdeñaba de tocar el suelo,
Por ser agua que estubo sobre el cielo.

Así lavó los pies á sus amigos,
Que siempre amó y al fin mas dulcemente:
Así los hizo de su amor testigos,
De su fe pura y de su celo ardiente:
Regalo, que á protervos enemigos
De inexorable pecho y dura frente
En suaves hermanos convirtiera,
Y no amansó de Judas la alma fiera.

Llegóse, pues, al pérfido y terrible,
Y las rodillas en la tierra puso,
Y con semblante le miró apacible,
Y los pies en sus manos le compuso:
Con un suspiro le habló sentible,
Mas no quedó el sacrílego confuso;
Y comenzó á lavarle, acariciando
Sus pies con agua limpia y toque blando.

Las bellas manos de Jesus bañadas,
Cual herido del sol cristal, lucian,
Y de aquellos indignos pies tocadas
Con cierta viva luz resplandecian:
Piedras preciosas en el lodo echadas,
Ó refulgentes rayos parecian,
Que ni ellas menos que en la mina valen,
Y ellos del muladar mas limpios salen.

Siempre que se humilló Cristo en la tierra
Glorioso el Padre lo ensalzó en el cielo:
Nació en Belen, y la vecina sierra
De ángeles vió poblada y rico el suelo:
Hízole Herodes embidiosa guerra,
Y él á Egipto huyó con presto vuelo,
Y al niño Dios los ídolos gigantes
Postraron sus vestidos rozagantes.

Quiso ya el Salvador ser bautizado,
Y rasgó el cielo su maciza cumbre,
Y predicóle Dios por Hijo amado,
Y el Jordan se ciñó de nueva lumbre:
En el yermo y el templo fue tentado,
Y sufriólo con blanda mansedumbre,
Y á servirle bajaron obedientes
Los que beben del bien las puras fuentes.

Púsose ahora humilde y amoroso
A los pies de este aleve y fementido,
Y no sé qué de excelso y luminoso
Resplandeció en su rostro esclarecido:
No sé qué de excelente y generoso
El noble cuerpo á Judas abatido
Y las divinas manos rodeaba,
Cuando con ellas al traidor bañaba.

Como al que atento mira al sol armado
En el zenit de puntas de diamantes,
La misma luz lo deja deslumbrado,
Justo castigo de ojos arrogantes:
Así de vista y de razon privado
Quedó el fiero á los visos rutilantes
De aquellas manos, y confuso y ciego,
Ausentarse intentó de Cristo luego.

Lavó, pues, y besóle dulcemente
Los pies al duro, con sus tiernos labios,
Y medio pronunciado un ¡ay! doliente
Despidió, lleno de conceptos sabios:
Y grave, generoso y eminente
Despreciador de ofensas y de agravios,
Sosegado tomó su vestidura
Y así habló con singular mesura:

"Veis como con vosotros he tratado:
»Maestro me llamais, y Señor nuestro,
»Y conveniente nombre me habeis dado
»Que soy Señor de todos y Maestro:
»Pues si yo, yo los pies os he lavado,
»Maestro siendo, y siendo Señor vuestro,
»Tambien debeis lavároslos vosotros
»Con humildad los unos á los otros."

II.

Oracion de Jesus en el huerto mientras sus discípulos duermen. Vestidura alegórica en que se representan los pecados de los hombres.

DEL LIBRO I.

Ya el santo ungido con virtud eterna
De gracia personal y uncion divina,
Todo abrasado en caridad interna
Al huerto sale: á padecer camina
El que la inmensa fábrica gobierna
Que sobre el mundo temporal se empina:
A padecer camina, atormentado
De su mismo gravísimo cuidado.

Con tardas huellas va, con paso lento,
De su amor y su pena combatido,
Y su elevado y noble entendimiento
A su pasion y cruz, y muerte asido:
La vista baja, el rostro macilento,
De lágrimas el suelo humedecido,
Y el desalado suspirar dan muestra
Que teme en Dios del mismo Dios la diestra.

La noche oscura con su negro manto
Cubriendo estaba el asombrado cielo,
Que por ver á su Dios resuelto en llanto
Rasgar quisiera el tenebroso velo:
Y vestido de luz, lleno de espanto
Bajar con humildad profunda al suelo
A recoger las lágrimas que envía
De aquellos tiernos ojos y alma pía.

La húmida esfera con preñez oculta
Tempestuoso parto amenazaba,
Y á la dura, infiël, bárbara, inculta
Salén con enemigo horror miraba:
Que al mundo etéreo alguna vez resulta
Un no sé qué de saña y fuerza brava,
Para vengar de su Criador la ofensa,
Cuando menos el hombre en ella piensa.

Con silbo ronco el espantado viento
Al eco tristes voces infundia,
Y el agua con lloroso movimiento
Las piedras que tocaba enternecia:
El valle, á su confusa voz atento,
Suspiros de sus cuevas despedia:
Suspira el valle, duerme el hombre; quiso
El valle al hombre dar un blando aviso.

Como el anciano padre valeroso,
Cuando la amada hija en rico lecho
Durmiendo goza del comun reposo,
Que el alma quieta y apacigua el pecho,
Atento vela, y nota cuidadoso
Con graves ojos su mayor provecho,
Procurando hallar marido ilustre
Que dé á la hija honor y al padre lustre;

Así Dios, de mortal carne vestido,
Cuando sueño mortal los miembros flojos
De los hombres derriba el torpe olvido,
Y al cuerpo y la razon cierra los ojos,
La faz turbada, el ánimo herido
Con duras puntas de ásperos abrojos,
Por ellos vela en oracion postrado.
¡Oh buen Dios, por dormidos desvelado!

Mas tú, santa Oracion, virtud divina,
Que á sacar una imagen verdadera
De tu misma excelencia peregrina
Bajaste al huerto con veloz carrera;
Y aquella cara de alabanzas digna,
Cual si tu venerable rostro fuera,
Para aprender tu oficio dibujaste,
¿Qué viste, ¡oh gran virtud! y qué pintaste?

Viste que lejos de sus tres amigos,
Y como de tres partes arrancado,
Fué á lidiar con sus fieros enemigos,
Para vencer en tierra derribado:
Viste que hizo de su afan testigos
A los hombres, por ellos humillado,
En sí mismo tomando los dolores
De ellos, como fiador de pecadores.

Así es verdad, que en su tragedia triste
La figura de todos representa,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldicion, hecha en afrenta:
Vistiósela, y ahora no resiste
Ser echado por ella en la tormenta
Cual otro Jónas; ántes le parece
Que ya perdon con ella les merece.

Por eso, cual si fuera miserable
Injusto pecador, se postra en tierra,
Y barre con su rostro venerable
El polvo que á Dios hizo tanta guerra:
La vestidura, pues, abominable
De siete fajas consta, y siete encierra
Tejidas de pecados telas varias,
Si bien unidas, entre sí contrarias.

En la primera está la magestosa
Libre Soberbia, grave y empinada,
En una silla de marfil preciosa
Con ancha pompa de ambicion sentada:
Corona de oro ciñe su enojosa
Descomedida frente, y su hinchada,
Enhiesta, cruel garganta collar rico:
Para lo que le arrastra el mundo es chico.

Allí está Adan, de su gentil denuedo
Y su noble persona envanecido,
Con su bella mujer gozoso y ledo,
Por el trono anhelando mas subido:
Con fácil mano toma el fruto acedo
Al linaje por él tan mal nacido.
Cual Dios pretende ser: ¡loca codicia!
Quiere ser Dios, y pierde la justicia.

Allí Nembrod, con bárbara pujanza
Habla, discurre, solicita, corre,
A sus fieros gigantes da esperanza
De acabar contra Dios la excelsa torre:
Procura que á su activa confianza
Ni la hunda el rigor, ni el mar la borre;
Y osado, á fuerza de cocida tierra,
Levanta al cielo y á su nombre guerra.

Abimeléc con ambicion proterva
Setenta hermanos mata, y es bastardo:
La bordadura su crueldad conserva
Y áspera faz entre un celaje pardo.
Un solo jóven de la muerte acerva
Se escapa, y con espíritu gallardo
El reino de la zarza le propone,
Y profetiza lo que Dios dispone.

Entre luz de relámpagos furiosos,
Y nubes negras de soberbias cumbres
Se ven emperadores orgullosos,
De alma feroz y bárbaras costumbres.
Y aparecen Nabucos ambiciosos
En asombradas, hórridas vislumbres,
Por inmortales dioses adorados,
Y á la muerte, y á vicios mil postrados.

La insaciable, tenaz, vil Avaricia
El vientre nunca de tragar contento,
De oro cercada, llena de codicia,
Abre cien bocas, tiende manos ciento:
Con aquellas da paz á la injusticia,
Con estas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene,
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Esta sagaz, y pérfida maestra
Al pobre Acán con lisongeros ojos
La refulgente púrpura le muestra,
De vitoria infeliz vanos despojos:
Para esconderla sin temor, le adiestra,
Y allí pintados los matices rojos
Del paño fino, entre la tierra parda
Se ven, y que ella con temblor los guarda.

Sobre llamas tambien de fuego blando,
Que ardiendo, en el dibujo centellean,
Ollas están vapores exhalando,
Y nubes de caliente humor humean:
La carne mas sabrosa codiciando
De Elí los torpes hijos las rodean,
Garfios arrojan, sacrificios cogen,
Y antes de tiempo lo mejor escogen.

Con la leccion que sin justicia enseña
La ignorante maestra, mal fundada
Del falso Acab á la hermosa dueña,
Quita á Nabot la viña deseada;
A su marido la palabra empeña,
Y la palabra y fe mal empeñada
Le cumple, mas allí la comen perros,
Justa venganza de tan brutos yerros.

Treinta dineros que el perverso Judas
Por la sangre de Dios alegre aceta,
Están pintados, y con lenguas mudas
Allí publican su maldad secreta:
¡Oh buen Dios, que á pagar por él acudas
Con tu sangre infinitamente aceta,
Y que él te venda por tan bajo precio!
¡Oh del hombre valor, de Dios desprecio!

Entre oscuras, opacas, negras sombras,
De invernizo rescoldo descubiertas,
Flamencos paños, árabes alfombras,
Y arcas se ven, con falsedad abiertas:
Tú, avaricia infernal, todo lo asombras,
Allí aparecen de temor cubiertas
Manos, temblando de ladrones viles
A la confusa luz de unos candiles.

Entre lascivos fuegos abrasada,
Que llamas bosan de alquitran terrible,
En la tercera parte dibujada
Se muestra la Lujuria incorregible:
Su cuello altivo y faz desvergonzada,
Su mano carnicera y vientre horrible
Descubre, y con su torpe y súcia boca
A la encendida juventud provoca.

Lanzas estan los cielos arrojando
De fieras lluvias, de voraces llamas
Dó se ven fuertes hombres anegando,
Y anegando tambien hermosas damas:
Y no menos en fuegos abrasando,
Porque los fuegos de sus torpes camas
Ahogarse en diluvios merecieron;
Y nefandas cenizas produjeron....

Cuando el Hetéo capitan pelea,
Y contra el hijo de Moab se opone,
David lozano el corredor pasea
Y en Bersabé lascivos ojos pone:
Allí se vé pintado (no se vea
Que tal varon tan gran maldad dispone)
Mas vese el adulterio allí pintado,
Y Urias muerto, pero bien vengado.

Que en una plaza de alevosa gente,
Que en armas jura un príncipe heredero,
Está un labrado pabellon pendiente,
Y en él un jóven ambicioso y fiero:
Es de oro su cabello refulgente,
Y su rebelde corazon de acero;
Absalon es, que con malvada fuerza
Las concubinas de su padre fuerza...

Con arrugada frente y secos labios,
Chispas lanzando de sus turbios ojos,
Y de la boca vomitando agravios,
Y con las manos prometiendo enojos,
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la Ira cruel, jayana fuerte:
Voces dá, piedras tira, sangre vierte,

Y entre siete mancebos memorables,
Que por su justa ley la vida ofrecen,
De Antioco las iras espantables
Con asombradas luces resplandecen.
Duras obras, palabras amigables
En odios y esperanzas aparecen;
Pero dejan los nobles macabeos
De sí memoria, de su ley trofeos....

El bárbaro Mahoma en color bravo
Y matiz pavoroso, está midiendo
Su torpe ley, como ignorante esclavo,
A peso de armas, á razon de estruendo:
Lleva con guerras su furor al cabo,
Y atropellando va, va destruyendo
Cuanto huella su pie, su mano alcanza,
Cual si la fé colgára de su lanza....

Una mesa riquísima de flores
Y diversos manjares adornada,
Cercando estan valientes comedores
De gesto ufano y vida regalada:
Preciosos vinos, árabes olores
A la Glotona dueña rodeada
Tienen, que en los palacios de los reyes
Y en las tabernas pone y quita leyes....

Un gran señor, á grandes caballeros
De diversas naciones congregados,
En márgenes de arroyos lisonjeros
Convites les promete nunca dados:
Este y otros soberbios Asueros
Allí se ven al vivo retratados,
Que ofrecen á su vientre sacrificio
Como al dios torpe de el goloso vicio.

Al desgraciado umbral de un rico avaro
Lázaro el aire con sus quejas mide;
Pero no halla de su mal amparo,
Si bien en la demanda se comide:
Al gloton rico, en fiereza raro,
Solas migajas el mendigo pide,
Y las migajas no le dá que quiere:
Rueda el pan, sobra el vino, el pobre muere....

Sirven de rubias y tendidas hebras
A la Envidia de aspecto formidable
Ensortijadas, hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable:
Esta los yerros vé, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirables,
Y descubre los mínimos defetos,
Que entre alabanzas mil están secretos.

A su lado Cain soberbio ofrece
De espinas vanas desgraciado fruto
A Dios, y el justo Abel gracia merece
Con larga ofrenda y plácido tributo:
Cain su bravo espíritu escandece,
Y su faz cubre de envidioso luto:
Mata el fiero enemigo al buen hermano;
Que la bondad le ofende al inhumano.

Allí Saul por desgajados riscos
Subiendo vá con ánimo furioso,
Y en altas breñas y ásperos lentiscos
A su yerno persigue el envidioso:
Búscalo en valles, cércalo en apriscos,
Cual si fuera cordero temeroso;
El canto de las damas le atormenta,
Y porque ellas cantaron él lamenta.

De Roma los primeros anchos muros,
Con envidiada sangre humedecidos,
Y del tirano Sila mal seguros
Se muestran, y de César oprimidos:
Mil aves matan, hacen mil conjuros
De la patria los padres ofendidos;
Y engáñanse, que envidia los ofende
Que leyes rompe, y su ambicion defiende.

Vénse allí cortesanos veladores,
Vivos, mirando con atentos ojos
Por la frente el humor de los señores,
Que ya ofrece amistad, ya causa enojos:
Agenos daños son propios favores,
Y rosas de otros de ellos son abrojos:
¡Oh hija vil de la soberbia osada,
Que te desplace el bien y el mal te agrada!

El último lugar ocupa ociosa
La tarda Acidia en regalado lecho:
Allí entre blandas sábanas reposa
Puestas las manos en el tierno pecho:
Como en el fuerte quicio la espaciosa
Puerta se vuelve, así por su provecho
Y gusto, en soñolienta y dulce cama
Se mueve la dormida y gruesa dama.

Vénse los que á pasar el tiempo salen
Detenidos en vanos ejercicios,
Y horas que eternidad gloriosa valen
Consumen sin razon, gastan en vicios:
Y porque sus potencias se regalen
En descansados, fáciles oficios,
Pierden lo que pudiera darles vida
Grande cual la de Dios, con Dios unida.

Allí tambien están los holgazanes
De sangre noble, pero mal gastada,
Que hijos son de bravos capitanes,
Y padres son de vida regalada:
El premio de ilustrísimos afanes
Cogen ellos con mano delicada.
¿Pensastes, oh varones excelentes,
Honrar á tan bastardos descendientes?

¿Pensastes que los hechos inmortales
De esos robustos ánimos gentiles
Paráran en las obras desiguales
De cuerpos enfermizos y almas viles?
¿Ganastes bienes para tantos males,
Para estas hembras fuistes varoniles?
Sin duda os afrentáran desde el suelo,
Si afrenta padecer pudiera el cielo.

Vosotros con las armas peleando
Alcanzaistes magníficos blasones,
Y estos con manos torpes y ocio blando
En vuestro deshonor cuelgan pendones:
Vosotros, vida y sangre derramando,
Mostrasteis invencibles corazones,
Y aquestos en batallas deliciosas
Solas victorias buscan amorosas.

Con tan grave y horrenda vestidura
Está el gran Dios que todo el bien encierra,
Tomando en su tragedia la figura
De un todo pecador postrado en tierra.
¡Oh de inocencia clara fuente pura!
El peso, que te hace tanta guerra
Declara al hombre, porque el hombre mire
En tí su pena, y de tu amor se admire.

III.

La Oracion personificada sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo: recibimiento que allí se le hace: el arcangel Gabriel baja por órden del Eterno á confortar á Jesus.

DEL LIBRO 2.

Con prestas alas, que al ligero viento,
Al fuego volador, al rayo agudo,
Á la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atras, va rasgando el aire mudo:
Llega al sútil y espléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor mas abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con feliz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante;
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellísimo semblante:
Que ya mas de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la mas excelsa nube,
Al tribunal subió que ahora sube.

Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos pies ligeros
Voltean la gran máquina estrellada,
Estaban como espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subia
Á su consorte cada cual decia:

"¿Quién es aquesta dama religiosa
»Que de Getsemaní volando viene?
»Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
»Mas el rostro en sudor bañado tiene.
»Que beldad tan suave y amorosa
»Con tan grave pasion se aflija y pene,
»Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
»En igual grado bella y dolorida?

»Es de oro su cabeza refulgente,
»Su rubia crin los rayos de la aurora,
»De lavado cristal su limpia frente,
»Su vista sol que alumbra y enamora,
»Sus mejillas abril resplandeciente,
»En sus labios la misma gracia mora;
»Callando viene, pero su garganta
»Da muestras que suspende cuanto canta.

»En polvo, en sangre y en sudor teñida
»Aparece su grave vestidura:
»Como quien pies lavó, sube ceñida,
»Y humildad debe ser quien la asegura.
»Vedla, que en santo amor está encendida,
»Y así de amor el fuego la apresura:
»¿Si es por dicha oracion de algun profeta?
»Si es oracion, es oracion perfeta.

»Oracion es, que los atentos ojos
»Y las tendidas, arqueadas cejas,
»Y lo demas que lleva por despojos
»Son de esta gran virtud señales viejas.
»Sin duda puso en tierra los hinojos,
»Y á solo Dios pretende dar sus quejas;
»El barro de la ropa lo declara,
»Y la congoja de su pecho rara.

»Cual humo de pebete es delicada
»De amarga mirra y de suave incienso,
»Y de la especería mas preciada
»De que á Belen pagó la Arabia censo.
»Mirra fue de su sangre derramada
»La primer causa, y un dolor inmenso,
»Y de estos aromóticos olores
»Ciencia, virtudes, gracias, resplandores.

»Ella dirá quien es, que ya se llega:
»Mas la Oracion del Verbo soberano
»Que á dura muerte su persona entrega
»Debe ser, que su talle es mas que humano.
»Si á mis ojos su ardiente luz no ciega
»He de besarle su divina mano:
»Es la Oracion de Cristo, eslo sin duda.
»Ábrasele la puerta, el cielo acuda.»

Dijeron, y la dama generosa
En la ciudad entró de vida eterna,
Y aquella compañía venturosa
La recibió con rostro y alma tierna:
Van con ella á la casa luminosa
Del sumo Emperador que la gobierna,
Y su lugar le dan las dignidades
Mas altas de las nobles potestades.

Pasa de los espíritus menores
El coro excelso y órden admirable,
Y sube á los arcángeles mayores
De ilustre faz, de vista venerable:
Hácenle reverencia, da favores,
Y atras deja al ejército agradable
De las virtudes, y á los potentados
Llega en fuerzas y gloria sublimados.

Los príncipes supremos la reciben
Con blandos ojos, con humildes frentes,
Y los que en señorío eterno viven
Le postran sus coronas refulgentes:
Los tronos de su gran valor conciben
Altas empresas, hechos eminentes,
Y adóranla los sabios querubines,
Y hónranla los amantes serafines.

Al tribunal llegó del Rey sagrado,
Del sumo Padre, que de inmensa lumbre
Y ardiente resplandor está cercado
Por siempre eterna, inmemorial costumbre:
Aunque le ve de soles rodeado
No teme que su vista le deslumbre,
Y su ardimiento valeroso abona
Saber que es oracion de igual persona.

Vídola, y respetóla el sacrosanto
Padre, de santidad fuente benigna;
Y no es nuevo que Dios pondere tanto
Del Verbo humano la oracion divina:
Que es de oraciones un ejemplo santo
Y original de gracia peregrina.
Mas, antes que la escuche la entretiene,
Que darle aplauso general conviene.

Mandó llamar á córtes celestiales
Y juntarse los reyes coronados
Por su gracia, y con dones desiguales
Perfectamente bienaventurados:
A la voz de sus labios inmortales
Temblaron los dos polos encontrados,
Paróse el cielo, retumbó la tierra,
Y el infierno temió segunda guerra.

Despues de aquella singular vitoria
Contra Luzbel y su cuadrilla fiera,
Dicen (pero no es fama transitoria,
Sino eterna, inefable y verdadera)
Que varias sillas de distinta gloria
A la milicia de ángeles, guerrera
Y victoriosa, señaló en diverso
Lugar el Hacedor del universo.

Llamados, pues, con voces resonantes,
Que en todo el grande cielo se escucharon,
Los que habitan el norte y sur distantes
Al punto en el alcazar se hallaron:
Y aquellos que las plazas rutilantes
Pisan del alba roja se aprestaron,
Y vinieron tambien los que el poniente
Hacen con clara luz ilustre oriente.

Los que presiden á los graves reyes
Y blandas condiciones les inspiran;
Los que ponen al mar y quitan leyes
Y siempre firmes sus mudanzas miran;
Los que gobiernan religiosas greyes
Y dulce paz con manso aliento espiran,
Sin dejar sus oficios acudieron,
Y sin pasar por medio allí estuvieron.

Mas ¡oh tú, Gracia eterna!, sábia Musa,
Que por el cristalino empíreo cielo
Con vivo resplandor estas difusa
En sacras mentes de glorioso celo;
Porque es mi alma en distinguir confusa
Aun conceptos vilísimos del suelo,
Tú ilustra y purifica mis sentidos
Con tus conceptos de tu luz vestidos.

De los grandes palacios inmortales,
Donde vive el Señor de los señores,
Píntame las murallas celestiales,
Las anchas puertas y altos corredores:
Y aquellas salas con verdad reales
En materia, y en arte, y en labores,
Y lo que estaba dibujado en ellas
Con rayos de oro y esplendor de estrellas.

El sumo alcazar para Dios fundado
Sobre este mundo temporal se encumbra:
Su muro es de diamante jaspeado,
Que sol parece y mas que sol relumbra;
Está de doce puertas rodeado,
Que con luz nueva cada cual alumbra:
Y la mas fuerte y despejada vista
No es posible que á tanto ardor resista.

Las doce tribus de Jacob valientes
Están en los umbrales sobrescritos,
Y en las basas de mármoles lucientes
Doce maestros de cristianos ritos:
La materia es de piedras excelentes,
Y de oro coruscante los escritos:
Ninguna puerta con rigor se cierra,
Porque no hay noche, ni se teme guerra.

De este rico metal, cual vidrio puro
Es la hermosa plaza cristalina,
Y el ancho suelo, como el alto muro
De ardiente claridad y luz divina:
Por ella un rio de cristal, seguro
De ofensa vil, con blando pie camina;
En urna va de perlas murmurando,
Y el márgen de oro líquido esmaltando.

A la ribera de este ameno rio
Está luciendo el árbol de la vida,
Con grave copa y descollado brio,
Que con su olor á eterna edad convida:
Fruta dá que jamas dará hastío,
Que es fruta cada mes recien nacida:
Él es de oro, y sus hojas de esmeraldas,
Y hacen de ellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas
Estan lindos y alegres corredores
Y galerías de marfil preciosas
Bañadas en suaves resplandores:
Divisan desde allí todas las cosas
Aquellos celestiales moradores,
Y lastímales vernos fatigados
En pequeños y míseros cuidados.....

Asentados en sillas rutilantes
Hechas en perfectísimas labores
De topacios, berilos y diamantes
Envueltos en celestes resplandores,
Ceñíanlos guirnaldas coruscantes
Como á santos y dignos triunfadores;
Pero, si bien en sillas asentados,
Estaban á los pies de Dios postrados.

Juntos en el gravísimo concláve
Moviendo la severa y blanda vista,
Que los ocultos pensamientos sabe,
Y con mirar los ánimos conquista,
Abrió su pecho con dorada llave
El Rey supremo, y su licencia vista,
La Oracion puso en tierra los hinojos
Obedeciendo á los divinos ojos.

Hecha señal, se levantó llorosa
Mirando al Padre de piedad inmensa,
Limpióse luego con su crin hermosa,
Y al sabio remedó que en algo piensa:
Grave, humilde, rendida y animosa,
En Dios devota y en su amor suspensa,
Puesta en el pecho la siniestra mano,
Habló con baja voz y estílo llano:

"Soy, Señor, de tu Hijo embajadora,
»Del Verbo que nació de tus entrañas,
»Del Dios que en tu divina esencia mora,
»De el mismo hacedor de tus hazañas:
»A tí con afligidos labíos ora;
»Sus voces no te deben ser extrañas,
»Que son voces de Dios y de tu Hijo,
»Si bien Dios, hombre las habló, y las dijo.

»¿Quién á su Hijo natural no escucha?
»¿Y Hijo de infinita gracia lleno,
»Y cuándo con la fiera muerte lucha
»Limpio de culpa y de pecado ageno?
»Su pena es grave y su congoja es mucha,
»El alma no le cabe ya en el seno:
»Óyele, que sus méritos presenta
»El que de tu ser mismo se alimenta......"

Dijo, y postrado el húmído semblante
De polvo, y sangre, y de sudor cubierto,
Al sacro pie del trono rutilante
El despacho esperó, seguro y cierto;
Mas con pecho fiel y alma constante,
Imitando al que oraba desde el Huerto,
Sujeta al blando y eficaz gobierno
Del sumo Emperador, del Padre eterno.

Tal fingen que la hermosa Policena,
Viendo la griega espada vengativa,
Con rostro venerable y faz serena
A compasion movió la gente argiva:
Mas no fue tanta la piadosa pena,
Que prosiguiendo la tormenta esquiva,
Para amansarla con tan grave medio,
Su muerte no tomasen por remedio.

Mirando, pues, de la Oracion divina
Aquellos mas que ilustres cortesanos
Postrada la belleza peregrina,
Y llorosos los ojos soberanos,
A piedad justa cada cual se inclina,
Y, cogiendo incensarios en las manos,
Ofrecen de aromáticos olores
Pardas nubes y blancos resplandores.

Pero el gran Padre de bondad inmensa
A quien aplace de su Hijo caro
El santo amor, la caridad intensa,
Y el sacrificio de su muerte raro,
Un rato á la Oracion tuvo suspensa,
Y al fin con blanda vista y rostro claro
La levantó por señas, y la dijo
Estas graves palabras de su Hijo:

"De Redentor á la suprema gloria
»Mi dulce Hijo fue predestinado:
»Por medio señalé de su victoria
»Ser muerto en cruz, y en ella deshonrado:
»Mi voluntad no es de alma transitoria
»Que muda el parecer una vez dado:
»Cuando lo decreté tuve presente
»El dolor que mi Hijo ahora siente.

»Bien sé que es árbol de raîz amarga
»La cruz, pero de frutos saludables:
»Carga es de culpas, y terrible carga,
»Pero será de glorias admirables:
»Si no se niega el premio que se alarga,
»Premios daré á mi Hijo inestimables
»Por la muerte de cruz, y eterna vida
»Al que amáre la cruz aborrecida.

»Muera, que por su muerte y cruz preciosa
»A aquestas nobles sillas despobladas
»Con alas de mi gracia valerosa
»Almas han de subir crucificadas.
»Derrame, pues, su sangre generosa,
»Que en ella estolas mil serán lavadas,
»Que con vivo esplendor y eterno lustre
»Han de lucir en esta casa ilustre."

Dijo, y como á la cándida mañana
Entre pintadas y olorosas flores
Con lengua placentera y voz ufana
Hacen aplauso pájaros cantores;
Como al céfiro blando y luz temprana
Saludan amorosos ruiseñores,
Al rumor manso de agua cristalina
Que con aljofarado pie camina;

Las palabras de aquella eterna boca
Los príncipes oyeron inmortales,
Y como á todos la respuesta toca,
Todos le cantan himnos celestiales:
La Oracion á entonarlos les provoca,
Rendida á los decretos siempre iguales,
Diciendo: "Santo el Padre, el Hijo Santo,
»Santo el Amor que al hombre estima tanto.

»Bendíganle sus obras memorables
»Los grandes orbes, y ángeles dichosos
»Y las etéreas aguas admirables
»Que estan sobre los cielos espaciosos:
»Los dos ojos del mundo perdurables,
»Las estrellas de rayos luminosos,
»Y los siete planetas le bendigan,
»Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

»El fuego bravo, el rigoroso estío,
»El aire puro, el desgarrado viento,
»La nieve empedernida, el crudo frio,
»La luz bella, el diáfano elemento,
»El seco ardor, el húmedo rocío,
»La pacífica tierra, el mar violento,
»Los dias y las noches le bendigan,
»Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

»Los peñascos y montes empinados,
»Y los campos y vegas extendidas,
»Y los bosques y valles dilatados,
»Y las yerbas y plantas bien nacidas,
»Las fuentes y arroyuelos argentados,
»Y las aves y fieras atrevidas,
»Y los hombres le digan Santo, Santo,
»Santo, en devoto, y dulce, y grave canto."

Esta voz para de alabanza doble
Retumbó en el sagrado empíreo cielo,
Y el sumo Rey del otro mundo, inmoble
Quiso dar á su Hijo algun consuelo:
Y á un sabio nuncio, del linaje noble
De los que con humilde y casto celo
De Luzbel alcanzaron la vitoria,
Llama, y asi le informa la memoria:

"Ve, Gabriel, á mi Hijo, y con razones
»Vivas á la batalla le conforta:
»Declárale mis graves intenciones,
»Y á seguirlas con ánimo, le exhorta:
»Y tú, espejo de santas oraciones,
»Vete, que tu despacho al mundo importa."
Dijo, y de sus conceptos un abismo,
Y un mar de gloria le mostró en sí mismo.

La sagrada cabeza y alma pía
Inclinó la Oracion devotamente,
Y aquella soberana compañía
Le hizo aplauso con humilde frente.
El sabio mensajero la seguía,
Y á entrambos el ejército luciente
De el seráfico reino acompañaba,
Y con ilustre pompa veneraba.

Yendo por la ribera deleitosa
Do está plantado el árbol de la vida,
Á la Oracion con gracia religiosa
Hizo una reverencia comedida:
Tambien con murmurante lengua hondosa
El arroyo de plata derretida
Música le entonó de voz suave,
Que, cual rio de gloria, cantar sabe.

Los muros sus coronas almenadas
Rindieron á los dos legados bellos,
Y humillaron las puertas encumbradas
Á su presencia los empíreos cuellos:
Abriéronse de inmensa luz tocadas
Y oscurecidas con la lumbre de ellos,
Y despedidos con amor, dejaron
El cielo y á la tierra caminaron.

Mas Gabriël de el aire refulgente
De la region mas pura un cuerpo hace,
Y cércalo de luz resplandeciente,
Que las tinieblas y el horror deshace:
Cuerpo humano de un jóven excelente,
Gallardo y lindo, que á la vista aplace,
Mas bañada su angélica belleza
En una grave y señoril tristeza.

Lleva el rójo cabello ensortijado
De el oro fino que el oriente cria,
Y en mil hermosas vueltas encrespado
Que cada cual relámpagos envia:
De un pedazo de el iris coronado,
De el iris que con fresco humor rocia
El verde valle y la florida cumbre,
Cuando entre nieblas dá templada lumbre.

La vergonzosa grana resplandece
En las mejillas de su rostro amable,
Y aljófar de turbada luz parece
El sudor de su frente venerable.
Aspecto de un legado triste ofrece
Que hace su hermosura mas notable,
Cual invernizo sol en parda nube
Opuesta al tiempo que al oriente sube.

Prestas alas de plumas aparentes
De color vario y elegante forma,
Y de vistosas piedras relucientes,
Puestas á trechos, en sus hombros forma.
Con la grave embajada convenientes
Ojos, y traje, y parecer conforma,
Es morado el vestido rozagante,
Y lagrimoso el juvenil semblante.

Cual de arco tieso bárbara saeta,
Arrojada con ímpetu valiente;
Cual apacible, cándida cometa
Que el aire rasga imperceptiblemente;
Cual sabio entendimiento, que decreta
Lo que á su vista clara está evidente,
Así, pero no así, con mayor vuelo
Baja el sagrado embajador del cielo.

Ala no mueve, pluma no menea
Y las espaldas de las nubes hiende;
Seguirle el viento volador desea,
Y en vano el imposible curso emprende:
Déjale de seguir, la vista emplea,
Y á celebrar su ligereza atiende;
Y acierta en conceder justa alabanza
Á quien con fuerzas y valor no alcanza.

Cala de arriba el mensajero santo,
Y llega al verde y religioso monte
Á donde está el cordero sacrosanto,
Y sordo y mudo mira al orizonte:
Paró su luz con imposible espanto
Mas tarde el rubio padre de Faetonte
A la oracion del capitan hebreo,
Que á la de Cristo el celestial correo.

El aire ve de pavorosa niebla
Y de sombra confusa rodeado,
Opaca, triste y hórrida tiniebla
Lo tiene de ancha oscuridad cercado,
De asombro, y miedo, y de terror se puebla
El huerto, ya de espinas coronado:
Detiénese Gabriel, y atento escucha,
Y mira á Dios que con la muerte lucha.

Del cielo puro el cristalino aspecto,
Del espantado arroyo el lento paso,
Del aire mudo el proceder secreto,
Y del manso favonio el soplo escaso:
De aves y fieras el callar discreto,
Y de ver triste á Dios el grave caso,
Como caso tan grave comprehende
Las plumas y la lengua le suspende.

Apenas hubo por su bien nacido
El ángel, cuando en su tercer instante
Glorioso la divina esencia vido,
Con luz que siempre le será constante:
Pues el que á Dios sin velo ha conocido,
Y en él como en clarísimo diamante
Y espejo vivo, su valor inmenso,
¿No quedará, de verle tal, suspenso?

Ve al Rey de reyes, Dios Omnipotente,
Que en sí mismo los orbes ha fundado,
Y á la suprema intelectiva gente,
Hollando estrellas santas, ha criado:
Velo aquí por el hombre inobediente,
Sobre la tierra con dolor postrado,
Y como quien es Dios y el hombre sabe,
En el cuerpo fingido apenas cabe.

Ve á Dios, á Dios de quien se maravillan
Los coros de las nueve dignidades,
Y á quien sus cuellos con razon humillan
Las soberbias terrestres magestades,
Y á cuya voz temblando se arrodillan
Del infierno las fieras potestades,
A Dios postrado ve: ¿qué no hiciera
Quien conoce á Dios bien, si así lo viera?

IV.

Prision de Cristo.

DEL LIBRO 3.

Mas Cristo de la tierra se levanta,
Y el rostro limpia de sudor bañado,
El grave rostro que al infierno espanta
Vuelve sereno y pone mesurado:
La sangre que le dió congoja tanta,
Y el corazon le tuvo asi ahogado,
Quiere que no dé pena á sus amigos,
Ni esfuerce á sus crueles enemigos.

Y á donde sus discípulos durmiendo
Están llega, y los mira, y los contempla,
Que ni del agua sorda el ronco estruendo
El sueño profundísimo les templa;
Ni el tropel de las armas estupendo,
Que el alma á Judas con rigor destempla
Velar los hace: ¡oh Cristo! así pensaste,
Y en despertando aquesto les hablaste:

"Dormid y descansad, que ya la hora
»De mí pasion acerba está presente:
»Seré entregado á gente pecadora,
»Mirad á qué piadosa y buena gente:
»La traza de un discípulo traidora
»Hoy ha de ejecutarse claramente:
»Vamos, que ya está cerca el que me entrega,
»Con armas viene, y con soldados llega.

»Levantaos y abrazadme, ¡oh dulces prendas,
»Y de mí corazon tiernos pedazos!
»Gozadme agenos de ásperas contiendas,
»Ceñidme libres con amigos lazos,
»Recibid mis postreras encomiendas,
»Tiernos tomad mis últimos abrazos,
»Piedras de mi edificio milagroso,
»Querido Juan, y Diego valeroso."

Lloraban los discípulos amados,
Y él, con pecho amoroso y alma fuerte,
Los deja en tristes lágrimas bañados,
Y á presentarse va á la dura muerte.
Al encuentro con pies acelerados
Le sale firme, echada ya la suerte,
Que él al pavor mandó que le turbase,
Y ahora que se fuese y le dejase.

Sale, pues, invencible á campo abierto,
Y al rayo tibio de la luna escasa
De niebla opaca el aire ve cubierto,
Y mas de polvo que á la niebla pasa:
De enhiestas lanzas coronado el huerto,
Que cada cual su corazon traspasa,
La luz turbada en los bruñidos hierros
Mira, y descubre de Salén los yerros.

Fiera canalla, ejército insolente
Por las vislumbres de la noche oscura
Muestra escondida su enojosa frente
En mal distinta y hórrida figura:
Óyese de vulgar confusa gente,
Que ni en peligro está ni está segura,
El sordo caminar, los pasos mudos,
Topar de lanzas, encontrar de escudos.

Cual manso arroyo por ameno valle
Entre menudas guijas se dilata,
Y murmurando por su antigua calle
En ellas hiere con su ondosa plata,
Que á su voz no sabreis cual nombre dalle,
Porque cuando mas piedras arrebata,
El bajo acento y el sutil ruïdo
Que hace, toca apenas el oido;

Tal viene el escuadron, con pasos lentos
Ronco mormullo y sordos pies marchando,
Envolviendo en el polvo sus intentos,
Su traicion en las nieblas ocultando.
¡Oh noche! tú que viste los portentos
Fieros de ese alevoso inicuo bando,
Dime ¿qué capitan los gobernaba?
Un apostol de Cristo los guiaba.

¡Oh de la humana vil naturaleza,
Aunque mas llena esté de ricos dones,
Jamas bien conocida, y gran flaqueza,
Si la dejan en graves ocasiones!
¡Ah! que es de solo Dios la fortaleza
Que arma nuestros cobardes corazones;
Dios vence, solo Dios, cuando vencemos
Vence, y el hombre cae cuando caemos.

Pues Judas, de los rios caudalosos
De la divina gracia alimentado,
Y á los pechos de Cristo generosos
Con leche de su espíritu criado,
Es caudillo de hipócritas furiosos,
Y de homicidas capitan osado,
Y homicidas de Dios: ¿quién tal pensára?
Mas ¿quien estriba en sí, si en sí repara?

Rige la tropa de soldados fieros,
Incítalos al arma detestable,
Su fuego enciende, afila los aceros,
Y gloria les promete perdurable:
"Prendedlo bien, fortísimos guerreros
»(Les dice) que es un monstruo deleznable,
»Que sin verlo se irá de entre las manos,
»Y nos hará nuestros intentos vanos.

»Bien saben los prudentes fariseos
»Y los doctos escribas, que enviados
»Engañó mil solícitos correos
»Y mas de mil fortísimos soldados:
»Frustró sus pretensiones y deseos,
»Los nuestros han de ser tambien fustrados:
»No, no lo querrá Dios, oid, sabedlo,
»Á quien yo diere paz, él es, tenedlo."

Así la oveja en lobo convertida,
Judas camina, corre, no sosiega,
La muerte busca en manos de la vida,
Y á la vida inmortal á prender llega:
Espéralo el que á gracia le convida,
Y ofrécele su luz, mas él se ciega:
Que la vida desprecia y luz no quiere
El que en la noche de sus culpas muere.

Llegó, pues, Judas, y con él llegaron
Los príncipes del viejo sacerdocio,
Que de sus manos solas confiaron
El fin terrible de éste gran negocio;
Y conforme á su espíritu acertaron,
Que solicita el mal, sacude el ocio,
Sufre el trabajo y vela sin acidia
La envidia en contra del que tiene envidia.

El perverso discípulo se atreve
Con torpes labios, con nefanda boca
Y dá beso cruel de paz, aleve
Á Dios, y el rostro con el suyo toca:
Y porque dulce y tierno amor le cebe,
Con amor dulce y tierno le provoca
"Salve (diciendo), salve, ¡oh buen maestro!"
¡Ah traidor, en fingir astuto y diestro!

"Amigo ¿á que viniste?" le responde
El Salvador: si el pobre lo entendiera,
Era como decirle: mira á donde
Vienes, y á quién, y á que maldad tan fiera.
¿Dónde? al lugar do el mismo Dios se esconde:
¿Á quién? al Verbo eterno que te espera
Para darte la vida: ¿Á qué? ¡Oh mezquino!
Vienes á dar la muerte al rey divino.

Y vuelto á la canalla sediciosa
El rostro grave y corazon valiente,
Les habla así con voz maravillosa,
Terrible, preguntando mansamente
"¿Á quién buscais?" Y dice temerosa
La tropa de romanos insolente,
"Á Jesus Nazareno." Y Cristo al punto,
"Yo soy," responde en rigoroso punto;

Que rayo fue su aspecto venerable,
La voz trueno, y relámpago la vista;
Rayo, trueno y relámpago admirable
Tanto, que no hay valor que le resista:
Y así fue tan horrible y espantable
Aspecto y voz, y vista apenas vista,
Que luego todos en pavor cayeron
Heridos del asombro que sintieron.

Mas con aquel poder que derribados
Cayeron, los levanta de la tierra
Espavoridos, ciegos, asombrados
De la luz, que les hace oculta guerra,
Tórnales á hablar, y preguntados,
(¡Oh cuanto el hombre á Dios la puerta cierra!)
Que á Dios buscan, responden, y él les dice:
"Yo soy." Mirad con qué les contradice.

Y otra vez caen, y levantados luego
Contra el mismo Señor que los levanta,
Parten con ira loca y furor ciego.
Ciegos, locos, parad, ¿quién os encanta?
Mas ¡ay! que al pertinaz no ablanda el ruego,
Ni la amenaza, ni el rigor espanta;
Y al que no enfrena Dios, ni Dios le rige
Ni amor enmienda, ni temor corrige.

Pero el Señor, con vista regalada,
Blandos ojos, y término apacible,
Serena vista, mas de horror bañada,
En lo secreto del mirar terrible,
Vista de justo celo acompañada
Que amenaza de Dios ira infalible,
Mirando á Judas dice: "¿Así me vendes?
»¡Ah! ¿con beso de paz á Cristo prendes?

»¿Al hijo de la Virgen así entregas?"
No dijo mas. ¡Oh vista poderosa,
Que cuando al alma con dulzura llegas
La cercas de tu luz maravillosa!
¡Oh voz, que á nadie tu enseñanza niegas,
Dotrina predicando milagrosa!
Vista, ni á Judas con tu luz tocaste,
Voz, ni con tu doctrina le enseñaste.

V.

Descripcion de los espíritus infernales.

DEL LIBRO 4.

Mas Lucifér en el tartáreo abismo,
De horror poblado y de tinieblas lleno,
Donde habita el confuso barbarismo
De verdad falto y de virtud ageno,
Manda llamar, y llama por sí mismo
Con voz terrible de espantoso trueno,
A nuevas, grandes, generales cortes,
El osadó escuadron de sus consortes.

Sonó la voz y retumbó en las hondas
Y ardientes cuevas del opaco infierno,
Y del Letéo las turbadas ondas
Movimientos sintieron casi eterno:
Vueltas haciendo en huracan redondas
Con que perdió espantado su gobierno
Y timon el solícito Caronte,
Tal pavor puso en todo su horizonte.

Estaba el rey feroz del caos horrendo
En una grave y peligrosa duda:
Quiere pedir consejo al estupendo
Senado, que si elige, no se muda:
El mal suyo y del hombre el bien temiendo,
Rios de fuego y piedra-zufre suda,
Y es que no alcanza con su ingenio oscuro
Si Cristo es hombre y Dios, ó es hombre puro.

Y como de saberlo con certeza
Tanto depende el peso de su estado,
A nuevas cortes junta con presteza
Los grandes de su reino condenado:
Él muestra bien su indómita fiereza
De asombros y tinieblas rodeado,
Sobre un trono de llamas espantable,
Que humo arroja y miedo perdurable.

Una corona de encendido acero
Ciñe su negra y obstinada frente,
Y èl cetro, insignia de su mando fiero,
Rige y sacude con despecho ardiente:
Orgulloso y feroz, bravo y severo,
La tropa aguarda de su horrible gente
En la cueva, do sierpes ponzoñosas
Ornan suelo y paredes espantosas.

No así el Vesubio monte reventando
De espesa humareda cubrió el cielo,
Parda ceniza y fuego vomitando
De la Campánia en el tendido suelo:
Ni así bediondas llamas regoldando
Está el hueco abrasado Mongibelo,
Como por boca y ojos el rey fuerte
Del crudo imperio de la eterna muerte.

Al son, pues, ronco de la estigia trompa,
De varias partes el etéreo mundo
Con fingido aparato y falsa pompa
Vienen los grandes dioses del profundo:
No es menester que tierra ó mar se rompa
Para que baje el golpe furibundo
De los que afligen cuerpos y almas ciegan,
Que sin pasar por medio al punto llegan.

Entran, y cada cual sobre la escama
Menuda y tiesa de un dragon se sienta,
Y cércalo en redondo oscura llama
De que el dragon se ciñe y se alimenta:
¡Oh de aquel reino abrasadora cama!
Esos feroces prende y atormenta,
Porque no suban á espirar volcanes
En tierra, y en el ponto huracanes.

Mas tú, gran sol, de cuya inmensa lumbre
Esos cobardes monstruos asombrados
Huyendo van, desde tu santa cumbre
Me recuerda sus nombres ya olvidados.
Bajó de la soberbia pesadumbre
De los Quirinos templos elevados
El demonio, que á Júpiter fingia
Sumo rey de la antigua idolatria.

Un rayo agudo en su vibrante mano
Trajo blandiendo centelloso y fiero,
Cual si fuera del polo soberano
Príncipe natural, Dios verdadero:
Vino tambien el ángel inhumano
Que á las batallas presidió severo,
Y del marcial estruendo tomó el nombre,
Y engañando espantó furioso al hombre.

De Behemot la piel impenetrable
Llevaba por horrísona armadura,
Y el mástil de un bajel incontrastable
Era su lanza de eminente altura:
Y del ara de Delfos memorable
Llegó Apolo con roja vestidura,
Y entre fuego que rayos parecia,
Como sol del infierno asi lucia.

Carro fingió de sierpes enroscadas
De ahumado alquitran y llama oscura,
Cuyos silbos las gentes engañadas
Juzgaron por suavísima dulzura.
¡Oh fábulas, de locos inventadas!
Bendito el que encerró vuestra locura
En las hondas tinieblas del abismo,
Y la verdad fundó del cristianismo.

Otro, que al meláncolico Saturno
Mintiendo, ancianidad representaba,
Llegó al palacio de su rey noturno
Con ceño enojadizo y frente brava:
Éste, huyendo el resplandor diurno,
Del alegre comercio se apartaba
Rabioso, apasionado, vengativo,
Triste demonio, espíritu nocivo.

Y el que adorado en la radiante estrella,
Segunda luna del hermoso cielo,
Como diosa de amor lasciva y bella
Dejó de Chipre el ancho y verde suelo:
Éste inspira el favor y la querella,
El gozo, y la tristeza, y el recelo,
El bien y el mal de esos amantes viles
En que no se engañaron los gentiles.

Y el que imitó y fingió envidiosamente
De la deidad eterna el limpio culto,
Y quiso adoracion de casta gente,
Teniendo el vicio en la virtud oculto,
Cual diosa de las vírgenes clemente
De Diana tomó el triforme bulto,
Y entró rayando entre nublados gruesos
De negra luz, relámpagos espesos.

Tambien el diligente mensagero,
Que falso padre fue de la elocuencia,
Alado en pies, estuvo allí ligero
Pretendiendo mostrar su antigua ciencia:
Espíritu en los sueños lisonjero,
Gran pintor de fantástica apariencia,
Y fingidor de nuevas mentiroso,
Que el sosiego cortaban mas sabroso.

Y el Apis bruto del brutal Egito,
En figura de vaca celebrado,
Vino, y el otro número infinito
En yerbas y legumbres adorado:
¡Oh loca tierra! ¡oh bárbaro distrito
A donde tanto dios produce el prado,
Siendo Dios por esencia un acto puro,
De nacer libre y de morir seguro!

Y el demonio Astarot, á quien el sabio,
Perdido el claro y juvenil juicio
Con deshonesto pecho y torpe labio
Ofreció enamorado sacrificio,
Llegó, haciendo á la verdad agravio,
Glorioso del sacrílego servicio
Que recibió de un rey tan excelente,
Discreto mozo, y viejo ya imprudente.

Y el otro vil, que presidió al becerro
Por dios tenido, y en crisol forjado
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Israel desatinado:
El oro antiguo convertido en hierro
Y de buey el aspecto conservado,
Bajó dando bramidos pavorosos
Con los dos de Samaria fabulosos.

Ni los dioses en Méjico temidos
De aqueste horrendo cónclave faltaron,
De humana sangre bárbara teñidos
En que siempre sedientos se empaparon:
Ni del Perú los ídolos fingidos,
Que en lucientes culebras se mostraron;
Ni Eponamón indómito guerrero
Mavorte altivo del Arauco fiero.

VI.

Pintura meláncolica del amanecer en el dia de la Pasion.

DEL LIBRO 5.

La blanca aurora con su rojo paso
En nubes escondida caminaba,
Y los celajes del oriente raso
De oro confuso, y turbia luz bordaba;
Y adivina quizá del triste caso
Oscurecer quisiera, y alumbraba
No voluntaria, no, mas obediente
Al que gustó de estar en cruz pendiente.

El rubio sol, temiendo la carrera,
Escasa daba su hermosa lumbre,
Y discurría por la cuarta esfera,
Ya no por intencion, mas por costumbre:
Y si juntarse con verdad pudiera
En el bajo emisferio y alta cumbre
Oscuridad y luz, y noche y dia,
Todo por hacer monstruos lo haría,

El aire sus alegres arreboles,
De apacible escarlata sonrojados,
Que parecen vistosos tornasoles
De diversos matices retocados,
Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
Que envestirle quisieran abrasados,
Melancólico y turbio se hurtára,
Porque la claridad no le bañára.

Las dulces avecillas voladoras,
Que al rayar de la luz cantan risueñas,
Olvidando las músicas sonoras
Por su Dios se mostraban zahareñas:
Mudas las lenguas, antes chirriadoras,
Daban de su dolor bastantes señas;
Que como naturalmente obedecen
Á Dios, por Dios callando se entristecen.

Los peces, que en el agua trasparente
Á la mañana alborozados juegan,
Y la plaza del aire refulgente
De aljofar cubren y de escarcha riegan,
Y remedando al escuadron valiente
En varias tropas á encontrarse llegan,
Dividian los líquidos cristales,
Mustios, por ver á Dios en penas tales.

Las fieras en los bosques detenidas,
Contra lo que sus almas les dictaban,
Las hondas cuevas de horror vestidas,
Huyendo de la nueva luz, buscaban:
Y allí presas, con rabia enfurecidas,
A su Criador bramando se quejaban,
Y si tuvieran para mas licencia
Vengaran su pasion y su paciencia.

Solo Caifás, mas que las bestias bruto,
De la aurora no via el paso lento,
La escaseza del sol, del aire el luto,
Y de las aves el callar atento,
Del mar turbado el singular tributo,
De los peces el tardo movimiento,
Y de las bravas fieras los enojos
Porque la envidia le cegó los ojos.

VII.

Represéntase á Cristo en vision la serie de los doctores de su Iglesia.

DEL LIBRO 5.

Mas para dar el Padre algun consuelo
Á su obediente Hijo despreciado,
Con tierno amor y con suave celo
Le quiere abrir su pecho regalado:
Y un extendido y refulgente cielo
Con infinitas luces dibujado,
Que ha merecido Cristo en su paciencia,
Le muestra, y muestra en él su providencia.

«Y si por loco te desdeña el mundo
»(Le dice), y por mi gloria lo padeces,
»Innumerables de saber profundo
»Varones á tu Iglesia le mereces:
»En tus afrentas, como en polos fundo
»Este cielo en que ufano resplandeces,
»Cual sol divino entre lumbreras bellas,
»Dando luz de doctrina á tus estrellas.

»Levanta ¡oh Hijo! pues, tus claros ojos
»Oscurecidos con tan nueva injuria,
»Y apártalos así de tus enojos,
»Y ve de sabios esta ilustre curia,
»Que son de tu victoria los despojos,
»¡Oh cuerdo vencedor de loca furia!»
Dijo, y Cristo en su Padre vió formado
Un cielo intelectivo y estrellado.

Y en él vió sapientísimos maestros
Que ilustraron su Iglesia con luz clara,
En ciencias puros, y en tratarlas diestros,
De fama generosa y virtud rara:
Y de la antigua edad y siglos nuestros,
Cuando se compra la virtud mas cara,
Muchos grandes varones parecian
Que aquel místico cielo esclarecian.

Allí estaban los cuatro evangelistas
Cual sagrados luceros alumbrando,
Del sol eterno sabios coronistas
Y dél mismo la luz participando:
Y otros de aquella edad graves salmistas,
Que á Dios en dulces versos alabando
De Cristo compusieron los cantares
Que hoy la Iglesia recita en sus altares.

Y nació el mártir digno de memoria,
De tradiciones santas rico archivo;
Envuelto en limpios rayos de su gloria
Lanzaba un resplandor gracioso y vivo:
Y el gran Dionisio en la feliz victoria
Que alcanzó del prefecto vengativo,
Y escribiendo se via y reluciendo
En el coro inmortal que iba escribiendo.

Y Atanasio de hereges arrianos
Cometa infausto, y de este lindo cielo
Grande estrella, de efectos soberanos
Daba al oriente universal consuelo:
Y Basilio, y sus dos sabios hermanos,
Ardiendo echaban de purpúreo celo
Relámpagos que en luz al sol vencian,
Y entre sombras de injurias mas lucian.

Y el teólogo insigne de Nazancio,
En colores pintado milagrosas,
Enseñaba verdades en Bizancio
Y afrentas padecia vergonzosas:
Y el que en destierro, ó con mortal cansancio,
Perseguido de lenguas envidiosas
Murió, y la boca tuvo de oro fino,
Mostraba allí su resplandor divino.

Y á Cirilo, que al pérfido Nestorio
Contradijo con ánimo valiente,
Uno de egipcios ínclito auditorio
Veneraba, escuchando atentamente:
Y de griegos un docto consistorio,
Como cerco de estrellas refulgente
Con claridad perfecta despedía
Vivos rayos de sacra teología.

Agustino tambien, inmensa lumbre,
Gran defensor de la divina gracia,
En aquella de sabios alta cumbre
Mostraba su dulzura y eficacia:
Y con su fuerte y general costumbre
El doctor elocuente de Dalmacia,
Que en Belen habitó, contra Pelagio
Le daba su magnífico sufragio.

Y Ambrosio, padre del valor perfeto,
Y asombro de tiranos formidable,
Y á quien Milan guardó sumo respeto,
En ciencia coruscaba perdurable:
Y Gregorio, pontífice discreto,
Sabio, prudente, justo y venerable,
De patricio linaje y santa vida,
Con luz centelleaba esclarecida.

Y los de Pedro dignos sucesores,
Desde su eterna cátedra invencible,
De la fe victoriosos protectores,
Con doctrina rayaban infalible:
Y otros de la verdad claros doctores,
Centellas de un ardor inteligible
Daban al cielo, con que el cielo ardia,
Y en caridad, no en fuego, se encendia.

VIII.

Consuelos del Arcangel Gabriel á la Virgen María vaticinándole la resurreccion de su Hijo.

DEL LIBRO 6.

"Mas ¡oh tu Vírgen! que del sol bañada,
»Llena de gracia, y gracias milagrosas,
»Y de la luna estás los pies calzada,
»Y ceñida de estrellas luminosas:
»¡Oh musa de los nueve respetada
»Coros de inteligencias amorosas!
»Espira en mí tu soberano aliento,
»Y un alto y dulce, y misterioso acento.

»Y primero me dí, Reina suave,
»Madre del Verbo y madre de la vida,
»Pues todo lo pasó y todo lo sabe
»Tu alma en solo Dios entretenida;
»Cuando la tempestad furiosa y grave
»De su paciencia y tu valor vencida
»Al Hijo se atrevió que tu pariste,
»¿Qué pensaste, Señora, ó qué hiciste?

»Saca de los certísimos archivos
»De tu pecho real la antigua historia,
»Y escrita me la dá en conceptos vivos
»Para hacerla con mi voz notoria:
»Que aunque los tiempos vuelen fugitivos
»No se acabe con ellos la memoria
»De hecho tal, no solo en prosa honrado,
»Mas en heróico verso celebrado.

»¿Andabas por ventura diligente
»Del palacio cansándote al pretorio
»Rogando humilde á la envidiosa gente
»Y siguiendo su indigno consistorio?
»¿Hacias de tu pena y daño urgente
»Al vulgo vil magnífico auditorio,
»Perlas vertiendo de tus ojos bellos
»Y el oro dando al sol de tus cabellos?"

Estaba en su aposento recogida,
Llorando de su Hijo y Dios piadoso
La pasion dada pero no advertida
Por aquel pueblo en ceguedad famoso:
Sola estaba en su celda y aflijida,
Revolviendo en su pecho temeroso,
Grandes misterios á su pena iguales,
Y en muda interna voz, palabras tales:

"¡Oh tú, Padre de aquel Hijo perfecto
»Que en sí tu esencia y tu bondad encierra,
»Y como á tu vital digno concepto
»Le adora el cielo, y treme dél la tierra,
»¿Por qué sufres que ahora esté sujeto,
»Si bien mi Hijo, á tan injusta guerra,
»Do le ofendan tan mal sus enemigos,
»Y tan mal le defiendan sus amigos?

»Hoy su hermoso y apacible cuello
»Ciñen cordeles, sogas atormentan,
»La barba ilustre y el sutil cabello
»Le mesan manos, y uñas ensangrientan:
»Hoy su serena frente y rostro bello
»Verdugos viles con rigor afrentan;
»¿Y tú, Padre, lo vés? ¡oh Padre amado!
»¿Y estás del Hijo, igual á tí, olvidado?

»Tú al profeta en el lago inaccesible
»De bestias bravas de aguzados dientes,
»Cuando mas llenas de furor terrible,
»Se las volviste mansas y obedientes:
»Tú el fuego babilónico, invencible,
»Y armado de relámpagos ardientes,
»Cual aura dulce con amor templaste,
»Y á los tres santos niños dél libraste.

»Tú al mancebo David del jayan fiero
»Y en armas poderoso, defendiste,
»Y del otro enemigo mas severo,
»Suegro suyo, victoria le ofreciste:
»Y tú tambien á Jonatás ligero,
»Trepando por peñascos mil, subiste
»Al glorioso trofeo, que no alcanza
»El que no funda en tí su confianza.

»Tú haces, cuando quieres, maravillas:
»Al sol detienes y su curso enfrenas;
»Abres dentro del mar nuevas orillas,
»Sus aguas rompes, muestras sus arenas:
»De la zarza y del fuego las rencillas
»Vuelves en paces de dulzura llenas;
»Conviertes los desiertos en jardines,
»Y guardas tu jardin con querubines:

»Guarda, pues, el jardin inestimable
»De tu Hijo, y la zarza milagrosa
»De su naturaleza venerable,
»No la abrase esta llama rigurosa;
»Y en este mar de penas admirable,
»Admirable le muestra y deleitosa
»Playa, y del fuerte sol, que así le ofende,
»Con nube contrapuesta, le defiende."

Dijo, y en los suspiros vehementes
Las lágrimas volaron hasta el cielo,
Y en suspiros y lágrimas ardientes
Subieron las palabras sin recelo,
Á todos los afectos convenientes:
Y del todo el ansioso y presto vuelo
Y cuanto hizo y pronunció María
Fue para Dios suave melodía.

Oyendo, pues, el Padre de la gloria
Su llanto y oracion, dulce y atento
Llama á Gabriel, y hácele notoria
Su muerte inescrutable en un momento:
Infórmale con ella la memoria,
Y luz divina de su grave intento
Le dá, y le dice: "vé á la Vírgen pura,
»Y dile, y de mi parte la asegura

"Que si bien morirá su Hijo amado
»Cual hombre en una cruz horrible muerte,
»Presto será por mí resucitado,
»Y subido á feliz y eterna suerte:
»Y desde allí gobernará sentada
»Su imperio ilustre, poderoso y fuerte:
»Vé y díselo:" calló, y mostróle al punto
»Todo su intento en sí esplicado y junto.

Postra Gabriel de su inmortal corona
El oro fino y piedras rutilantes;
Humilla al sumo Padre su persona;
Deja su asiento de orlas radiantes:
Del cielo baja, el aire perficiona,
Y labra de él sus alas importantes;
Jóven se muestra y forma lindo aspeto,
Mas á tristeza y á dolor sujeto.

El hermoso cabello al hombro suelto
Echa, y despide inmensos rayos de oro,
Y con grave y gentil desden revuelto,
Cortés guarda al oficio su decoro:
Color rosado y amarillo envuelto
Con el de su beldad rico tesoro,
Tiñen el rostro á quien la blanca nieve
Aun imitar vencida no se atreve.

La ropa de los varios arreboles
Que á la mañana visten el oriente,
Y parecen oscuros tornasoles,
Hizo á su pena y gloria conveniente:
Y las alas pintó de muchos soles
Puestos en el dibujo al occidente,
Que tristeza notaban, mas decian,
No sé cómo, que presto nacerian.

Cual cisne alegre en dulce primavera,
Que, descubriendo el vado deleitoso,
Las frescas aguas y gentil ribera
Del templado Caistro caudaloso,
Levanta el cuello, bate la ligera
Blanca pluma con vuelo presuroso,
Y él mismo su tardanza reprehende
Hasta llegar al punto que pretende:

Ó cual en sesgo mar la nave alada,
Que con la proa el manso puerto mira,
Del animoso céfiro soplada
Que á sus espaldas fresco aliento espira,
El cristal hiende, rompe la argentada
Ventosa espuma por do el mar suspira,
Y aun á la misma rápida presteza
Juzga por floja, tarda y vil pereza;

Rasgó del aire la region mas pura,
Pasó la helada con gentil denuedo,
Y á la tercera dió su hermosura,
En apariencia triste, en verdad ledo.
Suspendió, (luego en la montaña escura,
Que vido al hombre y Dios con pena y miedo)
El largo vuelo, y contempló en su mente
Aquel sudor de Cristo vehemente:

Y adoró las reliquias sacrosantas,
Y de sangre de Dios teñido el suelo,
Y veneró las huellas de sus plantas,
Y otra vez comenzó su limpio vuelo,
Y á la ciudad llegó que fue de santas
Almas antiguamente rico cielo,
Y do la Vírgen puesta de rodillas
Estaba, y llenas de agua las mejillas.

Cual finas perlas sobre ardiente grana
Esparcidas á trechos con destreza,
Y como de la cándida mañana
El rocío en la flor de mas belleza,
Así vido en la Reina soberana
De la maternidad y la pureza
El ángel las mejillas milagrosas,
Bañadas de sus lágrimas hermosas.

Humilde puso en tierra los hinojos,
Tierno pidió para hablar licencia,
Como afligido se limpió los ojos,
Y los labios abrió con reverencia:
"Cesen, ¡oh Vírgen madre! tus enojos,
»De dolor llena y llena de paciencia,
»Que el Padre eterno y dulce á tí me envia
»(Dijo) ¡oh bella y santísima María!

»Al bien del mundo y á tu gozo atiende;
»Salvar á aquel y á tí consuelo darte,
»Cual Dios y Padre universal, pretende,
»Que es Padre en todo, y Dios en cualquier parte:
»En la corona de la gloria entiende
»Como en mayor riqueza mejorarte;
»Mas has de batallar por la victoria,
»Que alcanza la corona de la gloria.

»Esfuérzate á sufrir del Hijo amado
»La pasion dura, la afrentosa muerte,
»Que así lo tiene Dios predestinado,
»Y no puede trazarse de otra suerte:
»Pero si bien está determinado
»Que muera cual varon piadoso y fuerte,
»Tambien que resucite en paz gloriosa
»Está en la mente santa y poderosa.

»Y el modo ilustre con que Dios procura
»Que esto se haga referirte quiero,
»Porque estés, oyéndolo, segura,
»Aunque la fé te lo enseñó primero:
»Apenas romperá la muerte dura
»Hoy de la humanidad el hilo entero,
»No partiendo la union mas que admirable
»De Dios al cuerpo y alma venerable,

»Cuando el cuerpo quedándose en la tierra,
»El alma baje al limbo vencedora,
»Y al crudo infierno dé piadosa guerra
»En pacífico punto y feliz hora:
»¡Oh cuánto bien ésta bajada encierra!
»Pintarla importa por extenso ahora,
»Porque un rato la máquina suspendas
»De tu dolor, mientras su gloria entiendas.

»Bajará, pues, el alma triunfante
»Por la victoria de la cruz gozosa,
»Y como un sol de gracia rutilante
»Bañará el centro de la noche odiosa:
»Y quebrará las puertas de diamante,
»Y espantará la gente pavorosa,
»Que funda su ciudad en los horrores
»De atormentados y atormentadores.

»Y cual rompe la nube el rayo ardiente,
»Y rasga, y luce las tinieblas hondas
»Con la improvisa llama refulgente
»Que ardiendo finge tremolantes ondas,
»Y arma y viste su furia vehemente
»Mas con lumbres tendidas y redondas
»Que le rodean; con mayor espanto
»El infierno abrirá tu Hijo santo.

»Así saldrán á ver espavoridos
»Quién es el nuevo que á su cárcel llega
»Aquellos escuadrones atrevidos,
»Á quien obstinacion, y asombro ciega:
»Mas con lucientes rayos esparcidos
»En torno acabarán la gran refriega,
»El vencedor con obras respondiendo
»Á lo que así estarán ellos diciendo:"

"¿Quién es aqueste bravo, que se atreve
»Á romper nuestras fuertes cerraduras,
»Y generosos resplandores llueve
»En las tinieblas para siempre oscuras?
»¡Que tanto un hombre muerto en cruz se eleve,
»Que no le espanten las mazmorras duras
»De nuestro reino atroz! Si es hombre solo
»No acertó, hizo mal, perdióse, erróle:

»Y si es Dios, de su gloria eterna goce,
»No baje acá; no luzga, no nós vea;
»Su bienaventuranza se reboze
»Pues aun con ella nuestro mal desea:
»Pero si es hombre y Dios, y hombres conoce,
»¿Para qué se vistió de su librea,
»Y morir quiso en cruz, para engañarnos,
»Y de nuestros cautivos despojarnos?"

"Esto murmurarán las arrogantes
»Y fieras tropas contra Dios unidas;
»Pero á sus armas y obras importantes
»Y á sus pies luego se verán rendidas:
»Y él, ceñido de ejércitos pujantes
»En virtud, y en escuadras bien regidas
»De ángeles santos, con glorioso estruendo
»Al limbo llegará resplandeciendo.

»Parécesme que veo, Reina clara,
»Llenarse aquel lugar de inmensa lumbre
»Á la presencia de tu Hijo cara
»Y dulce por su afable mansedumbre,
»Mayor que si el planeta la causára
»Que dora con su luz la cuarta cumbre,
»Y con ella mirando al Rey de gloria,
»Ver en ella los santos su victoria:

»Y que Adan viene cual su siervo y Padre,
»Y Eva tambien con dulces alegrías,
»Á tí alabando su dichosa madre,
»Y recibiendo dél los buenos dias:
»Y porque su contento mas le cuadre,
»Entre sí con suavísimas porfias
»Disputando por ser primero en verle
»Cada cual, pues lo fue para ofenderle:

»Y que le dicen regaladamente:
»¡Oh eterno bien del mal irremediable,
»Y culpa ya feliz y conveniente,
»Pues tuvo Redentor tan saludable!
»¡Oh bien del mundo y Padre de la gente
»Por nos puesta en estado miserable,
»Y ya por tí linage esclarecido,
»Seas cual te gozamos bien venido!

»Y que los pobladores de la tierra
»En el primer diluvio de las almas,
»Y los que en el segundo la gran sierra
»De Armenia vieron con alegres calmas,
»Y los que en santa y peligrosa guerra
»Contra el vicio alcanzaron dignas palmas,
»Patriarcas, Profetas, Capitanes
»Gozan el premio allí de sus afanes:

»Y que el Bautista, su perfecto amigo,
»Le respeta, le abraza y le venera,
»Y como fue de la verdad testigo
»Le dá su gloria la Verdad primera:
»Y al fin, postrado el bárbaro enemigo
»Que el hielo vengador y llama fiera
»Tiene por cárcel, sale Dios triunfando,
»Y en órden lleva su dichoso bando.

»¡Oh cómo allí los ángeles tremolán
»En cruz pendientes ricos estandartes,
»Y sobre el hondo cáos los enarbolan
»Cual verdaderos victoriosos Martes!
»¡Cómo luego los aires arrebolan
»De color variado en todas partes!
»¡Y en subiendo á la tierra hacen salva
»Con música á la eterna y feliz alba!

»¡Y cómo allí con ínclitos favores
»Regalará á sus nobles prisioneros,
»Y mostrará en palabras los amores
»Que en obras les ha hecho verdaderos!
»Cercarlos há de santos resplandores,
»Y ceñirálos de ángeles guerreros,
»Y el tiempo aguardará cuando á la muerte
»Vencerá con su vida ilustre y fuerte.

»Apenas, pues, el alba placentera
»Aljofar lloverá en el verde prado,
»Y alegre esparcirá la primavera
»Sus flores á la luz del sol dorado,
»Cuando el Sol sacro de la empírea esfera,
»Que en el oriente de su Padre amado
»Reposa, animará al tercero dia
»Su cuerpo, al alba, al sol dando alegría.

»Afeado aquel cuerpo mas hermoso
»Que la tierra sostuvo, el cielo vido,
»Estará en el sepulcro tenebroso,
»Y en varias partes con rigor herido,
»Como el que de un afan tan riguroso
»Salió muerto, aunque estaba á Dios unido;
»Mas, luego que lo informe el alma pura,
»Se bañará de inmensa hermosura.

»Suele una parda nube que oscurece
»Al sol y al occidente hace sombra,
»Mientras la gran lumbrera no parece,
»Parecer que con luto el aire alfombra:
»Pero si el sol en ella resplandece,
»Ni ya quita la luz, ni al cielo asombra,
»Antes como preñada de mil soles
»Revienta en mil hermosos arreboles:

»Así en entrando el alma refulgente
»De Cristo en aquel cuerpo inestimable,
»De oscuro lo pondrá resplandeciente
»Con luz rara y belleza inimitable:
»No hay acá semejanza conveniente
»Á aquella perfeccion incomparable,
»Que es tierra lo de acá, y es mas que cielo
»El cuerpo que es á Dios ornato y velo.

»Mas ¿qué diré de las heridas bellas
»Que en los pies, y en las manos, y el costado
»Conservará, para mostrar con ellas
»Su amor divino y corazon llagado?
»Ni el terso relucir de las estrellas,
»Ni el rayar de la luna plateado,
»Ni el cielo empíreo con su llama pura
»Es huella de su inmensa hermosura.

»Tal, pues, la grande losa penetrando,
»Saldrá lleno de ilustres resplandores;
»Y gracias, y dulzuras desplegando,
»Al dia prestará luces y flores:
»Y al terrible escuadron, y fiero bando
»De los muchos soldados veladores
»Que le habrán puesto allí los Fariseos,
»Espantará admirable en sus trofeos.

»Pero ¡con qué placer las almas pías
»Humildes le darán dulces abrazos,
»Lanzando por sus ojos alegrías,
»Y apretándole á sí con firmes lazos!
»Tenderán con devotas cortesías
»Sus invisibles amorosos brazos
»Cuál por los pies, y cuál por la garganta,
»Y cuál por la cintura sacrosanta.

»¡Y con qué besos tocarán gloriosas
»Aquellas de su amor seguras prendas,
»Que entonces les serán llagas hermosas
»Y ahora son heridas estupendas!
»Y ellas como reliquias victoriosas
»De estas que sufren ásperas contiendas,
»¡Cuánto se dejarán besar afables,
»Cuánto se dejarán gozar amables!

»¡Cómo tambien los ángeles cantores
»Los aires llenarán de voces claras,
»Previniendo á los dulces ruiseñores
»Y venciendo en cantar sus lenguas raras!
»Que si le dieron al nacer loores,
»Cuando le eran las músicas tan caras,
»En la resurreccion del cuerpo santo
»Mas dulce le darán y alegre canto.

»Hé aquí desechos, Reina, sus trabajos,
»Hé aquí su carne ya glorificada,
»Que afrentas viles y desprecios bajos
»Sufriendo vá, del hombre enamorada.
»Pero escucha los tiernos agasajos
»Que ha de hacer á tí su madre amada,
»Y como en mar de gozo ahoga en ellos
»La gran tristeza de tus ojos bellos:

»¡Oh Vírgen! estarás entonces llena
»De dolor grave, de tormento amargo,
»De afan cercada, sumergida en pena,
»Y un punto juzgarás por tiempo largo;
»Si bien con fuerte pecho y faz serena
»Harás al Padre tu amoroso cargo
»Pidiendo que á tu Hijo resucite,
»Y su gloria y tu amparo solicite:

»Y cuando esté con mas razon, Señora,
»Tu alma triste, oscuro tu aposento,
»Antecediendo al paso de la aurora
»El sol te nacerá de tu contento:
»Y con su luz á quien el cielo adora
»Herirá tu bel rostro macilento,
»Y llenará ésta cuadra de mil rayos,
»De rosas, flores, primaveras, mayos.

»Como la flor de extraña maravilla
»Clicie se entorna y búsca al sol ardiente,
»Y cuando se le esconde se amáncilla,
»Haciendo en sí por el otro occidente,
»Y abre su faz hermosa y amarilla
»En viendo al sol nacer en el oriente;
»Así en mirándo al Sol de tu belleza
»Convertirás en gozo la tristeza.

»Vendrá tu Hijo de ángeles cercado,
»Y santas almas en su luz ardiendo
»Su cuerpo ceñirán resucitado
»Con regocijo alegre y dulce estruendo:
»Al Hijo que miraste ensangrentado
»Le verás fuentes de placer vertiendo:
»Diráte: "¡oh Madre!" y tu dirásle: "¡oh Hijo!"
»Tú en él, y él en tu rostro el rostro fijo.

»Abrazarásle, y él daráte abrazos,
»Besaráte y darásle dulces besos,
»Echarásle á su cuello estrechos lazos,
»Y él te hará recíprocos excesos.
»¡Oh quién dividirá tan lindos brazos
»Á tan gloriosos brazos tambien presos;
»Y quién apartará tan lindos labios,
»Que sin hablar palabra son tan sabios!

»Sus manos cogerás, ¡oh Vírgen pura!
»Y apretaráslas con tus manos bellas,
»Y así admirada de su hermosura
»Tu hermosura mirarás en ellas:
»De su costado beberás dulzura,
»Y beberás de amor vivas centellas:
»Y verás en su alegre y linda cara
»Sol, luna, estrellas, cielo, lumbre clara.

»Á besar de sus pies las nobles llagas
»Te postrarás ánte sus pies divinos,
»Y allí recibirás gloriosas pagas
»De que tus pies cansados fueron dinos:
»Y porque el apetito satisfagas
»De regalarte con sus pies beninos,
»No te alzará tan presto el Hijo eterno,
»Y luego te dará el costado tierno.

»Y bañarás en él, con la memoria
»De la que sangre fué, tus labios rojos,
»Y en su dulzura tocarás tu gloria,
»Y en su regalo el fin de tus enojos:
»Y con tus mismos ojos la vitoria
»De la muerte verás viendo sus ojos,
»Pues jamas se pondrá para tí el dia
»Mientras claros te dieren su luz pia.

»Pedirásle, Señora, que se quede,
»Que se detenga mas, que no se vaya,
»Que otra vez torne, pues hacerlo puede,
»Y que de tu dolor compasion haya:
»Dirásle que quien ama nunca excede
»Aunque en el regalar pase la raya:
»Mas ¿qué no le dirás de tus amores?
»¿Y él qué no te dará de sus favores?.....

»¡Oh qué de veces estarás comiendo
»Y entrará por tus puertas mas que afable,
»Y su piedad y su dulzura viendo
»Te elevarás en éxtasis admirable!
»¡Y qué dellas, las pláticas oyendo
»De aquel archivo en ciencias inefable,
»Cual miel suave de sus bellos labios
»Cogerás tierna sus intentos sabios!

»¡Y qué de veces en tu pobre lecho,
»Y rico, por tenerte en su regazo,
»Te vendrá á ver, y te dará su pecho
»Abierto, y tú, Señora, un dulce abrazo:
»Y partiéndose alegre y satisfecho
»Á tú cuello echará su rico lazo,
»Y con sus ojos besará tus ojos,
»Y tú sus labios con tus labios rojos!

»¡Y qué de veces, cuando tú le llames
»Con voces blandas en su breve ausencia,
»Porque en su amor tu espíritu derrames
»Te negará escondido su presencia!
»Y cuando mas llorosa y triste clames
»Te mostrará en un punto su clemencia,
»Y tú devota y á sus pies postrada
»Oficio harás de sierva regalada.

»¡Y qué de veces en la noche oscura
»Te dará con su vista un claro dia,
»Y naciendo en oriente la luz pura
»Y él yéndose vendrá tu noche fria!
»Y porque su regalo poco dura,
»Te quejarás con dulce melodía,
»Y oyéndote llorar volverá presto,
»Con blanda risa en tu presencia puesto.

»¡Y cuántas, conversando afablemente,
»Preguntarás llorosa qué sentia
»Cuando le vias de la Cruz pendiente,
»Y el mas pendiente de su Cruz te via!
»¡Y cuántas él te contará clemente
»El gran dolor que amando padecia,
»Mas que sufriendo de la injusta muerte
»El afrentoso afan y pena fuerte!

»¡Y cuántas le dirás que la herida
»De su costado tú la recibiste,
»Y aunque su pecho penetró sin vida,
»Mas penetró tu vida y alma triste!
»¡Y cuántas, en su rostro enternecida,
»La corona de espinas que le viste
»Viéndola ya de rutilantes flores,
»Tus gozos le dirás y tus amores!

»¡Y cuántas aquella ánsia congojosa
»Con que le pretendiste sepultura
»Le contarás, y la piedad celosa
»Del buen Josef en dártela segura!
»¡Cuántas, al fin, la pena lastimosa
»Con que debajo de la cueva oscura,
»Y enterrado, Señora, le dejaste,
»Le tratarás! y ahora aquesto baste."

Aquí llegó el discreto mensajero
Cuando la madre, y Vírgen elevada
Regalaba su espíritu sincero
Con la historia del Hijo dibujada:
Y aquí paró el Legado verdadero,
Y para la ocasion mas apretada
Conservó lo restante en la memoria
De la no sucedida y cierta historia.

Y con la santa Emperatris del cielo,
Cual cortesano siervo diligente,
Se quedó para darle algun consuelo,
Si era posible, al caso conveniente.
Que habitaban los ángeles el suelo
Que la madre del hombre Omnipotente
Pisaba, y, vergonzosos la servian,
Y aun por indignos de ello se tenian.

IX.

Remordimiento y muerte de Judas Iscariote.

DEL LIBRO 7.º

Así como el que bebe mucho vino,
Y ardiendo se le sube á la cabeza,
Está con un airado desatino,
Y la razon no acaba si la empieza;
Y bravo y triste vá por el camino,
Y el paso á varias partes endereza,
Y suspéndese ya, ya se apresura
Segun el fuerte humor de su locura:

Ó como la feroz sacerdotisa
En el templo de Apolo, endemoniada,
Fingiéndose divina profetisa,
Andaba en mente y ojos elevada,
Ya espacio, ya parándose, ya aprisa,
Y en todo con razon desatinada,
Pues llevaba en su pecho furibundo
Al insolente rey del cáos profundo:

Tal se fue Judas, y dejó medrosos
Á los que allí su plática escucharon,
Y en busca de los montes cavernosos
Voló, donde sus furias le aguijaron:
Ya fijaba los ojos codiciosos
Que á hambre de dinero le incitaron,
Y los clavaba entonces en el suelo,
Ya en sí, ya en sus cuidados, ya en el cielo.

Satanas, el demonio que en la cena
Despues entró del sumo Sacramento
En su cuerpo, le daba horrible pena
Y nuevo y asperísimo tormento:
Y el alma triste y de pavores llena
Se la ofuscaba el infernal portento,
Y como que él así su mal decia
Estas internas voces le infundia:

"¿Qué haces, miserable, ó que pretendes?
»¿Qué pretendes ó intentas, miserable?
»¿Conoces tu maldad, tu culpa entiendes,
»Y al Señor que ofendiste inexorable?
»Si al ofensor y al ofendido atiendes
»Hallarás tu pecado inexcusable,
»Y agotada con él la fuente inmensa
»Que la gracia y perdon mana y dispensa.

»A Dios vendiste, no vendiste al hombre,
»Al hombre solo, á Dios, á Dios vendiste;
»Mira y penetra de Jesus el nombre,
»Y la culpa verás que cometiste:
»Y para que tu ingenio vil se asombre,
»Y vengas á saber lo que hiciste,
»Quien es Dios y Jesus contempla y nota,
»Y el mal verás de tu conciencia rota......

»Como el cuervo traidor al dueño amigo
»Despues de alimentado atiende al ojo,
»No para ser de su beldad testigo
»Sino para llevárselo en despojo;
»Asi tú, Judas, pérfido enemigo,
»Siguiendo tu alevoso y fiero antojo,
»Á Dios mirabas, no para estimarle,
»Sino para venderle y despojarle......

»Bien que no quedarás sin justa pena,
»La pena llevaras de tu pecado;
»Como tu culpa y la razon ordena
»Serás á eternos males condenado:
»¿No te acuerdas que dijo allá en la cena:
»(Y hablaba contigo lastimado)
»Tuviera por mejor no haber nacido
»El que me ha de vender? Tú le has vendido.

»¿Qué aguardas, oh traidor? ¿Qué resucite,
»Y del sepulcro salga con victoria,
»Y vida y fama, vencedor te quite,
»Y en tu sangre y honor bañe su gloria?,
»¿Esperas que los ánimos incite
»De los que han de saber tu indigna historia
»Á que lo venguen todos de tí mismo?
»No es tanto bajar vivo al hondo abismo.

»Él dijo, bien lo sabes, que seria
»Preso, azotado, y escupido, y muerto:
»Ya se llegó, ya se llegó este dia;
»Parte de lo que dijo sale cierto,
»Y saldrálo tambien la profecía
»Donde avisó, que habiendo en la cruz muerto
»Volvería á la luz resucitado;
»Volverá y pagarásle tu pecado.

»¿Quién podrá los inmensos resplandores
»De aquel rostro mirar con ojos vivos,
»Que no le opriman rígidos temblores,
»Miedos y asombros tristes y nocivos?
»Cuantos ahora claman vencedores,
»Cobardes, temerosos, fugitivos
»Pedirán á los montes que los hundan,
»Ó en el infierno mismo los confundan.

»Pues no aguardes á ver tan poderoso
»Al que tan flaco por tu mal vendiste;
»Y en alta dignidad maravilloso
»Al que sin ella entre los pies trujiste:
»Y Rey de todo el mundo venturoso
»Al que para prenderlo traza diste:
»No será tan horrible ver la muerte
»Como ver su temida y buena suerte."

El crudo Satanás esto decía,
Y aquesto Judas con dolor pensaba;
El demonio sutil lo proponia,
Y el confuso traidor lo imaginaba:
El perdon de la gracia le escondia
Aquel, y éste tambien lo despreciaba,
La culpa sola, y sola la justicia
Pintando con rigor y con malicia.

Desesperado así dijo el mezquino
Con voz horrenda y ánsia intolerable:
"Dejad, mis pies, el infeliz camino,
»Acábese mi vida miserable:
»No quiero ver á Cristo Rey divino
»En silla ilustre y pompa venerable,
»Esta soga me apriete la garganta,
»Y quíteme el asombro que me espanta."

Dijo, y tiñóle el rostro desmayado
Una confusa amarillez horrible;
Todo el cabello se le alzó erizado,
Y el cuerpo le cubrió un sudor terrible:
Á un tronco de higuera levantado
Se subió, y el espíritu invisible
Le siguió, para darle ayuda en ello,
Y echóse una gran soga al triste cuello.

Ató el cordel bruñido al ramo fuerte,
Y contra el cielo y contra sí rabioso,
Suspenderse dejó de aquella suerte,
Al aire dando el cuerpo contagioso:
Abrazóse con él la fiera muerte;
Y Satanás, contento y presuroso,
Hizo las veces de cruel verdugo,
Poniendo en su cerviz el mortal yugo.

Apenas hubo el alma despedido,
Cuando el aire cercano se alborota,
Y el viento por el valle sacudido
Barre el polvo y los árboles azota:
Por medio queda el mísero partido
Y las entrañas por en medio brota,
Y el suelo apenas sustentarlas puede
Tanto ellas manchan, y el cadaver hiede.....

X.

El alma de Judas es llevada á los infiernos: descripcion de aquellos lúgares.

DEL LIBRO 7.

Mas cuando aquesto piensa el Rey benino,
Del infierno la tropa inexorable,
Por un volcan abriéndose camino,
Sale á llevar el alma detestable
Juzgada ya del tribunal divino
Y condenada al fuego intolerable,
El alma del apóstol avariento
De injustas almas único escarmiento.

Ciégase el aire de confusa niebla,
Hínchese de cometas abrasados,
De noche opaca y horrida tiniebla,
Y de grandes pavores erizados:
De fantasmas tambien varias se puebla,
Y fantásticos cuerpos desalmados,
Y un horrísono asombro el valle ocupa,
Que ahuyenta el vigor, la sangre chupa.

¡Oh musa! que el temor de Dios inspiras
Representando al alma justas penas,
Y gloriosa en el cielo atenta miras
Las mazmorras de horror, y presos llenas;
Tú, que á enseñarnos la verdad aspiras,
Ardiente ahora infúndete en mis venas,
Y dame un pavoroso y grave canto
Que en voz dibuje el reino del espanto.

Dime el lugar de aquella carcel dura,
Sus hondas plazas, fuertes calabozos,
Su rabia, su dolor, su desventura,
Iras, tristezas, miedos, alborozos:
Y de aquel rey de la infernal clausura
Las cruëldades, muertes y destrozos
Que hace sin matar á los culpados
Entre hielos y llamas ahogados.

Diré donde llevaron al mezquino,
Que al mismo eterno Dios en venta puso,
Si tú me prestas el favor divino,
Que en santas almas suele estar difuso:
Debajo de este mundo cristalino,
Que Dios con dulce variedad dispuso,
Hay un lugar que sirve á los furores
De atormentados y atormentadores.

Una ciudad, que en vivas llamas arde,
Pero sin claridad su ardiente fuego,
Que una perpétua tenebrosa tarde
Hinche sus llamas de un asombro ciego:
La noche sola hace aquí su alarde
(Mas no con blando y general sosiego
Como acá), de mil furias y quimeras
Bravas, y oscuridades verdaderas.

Esta fue de los ángeles superbos
La segunda tristísima morada,
Do viven ostinados y proterbos
En muerte para siempre dilatada:
Tambien los hombres de su gusto siervos
Tienen aquí su carcel preparada;
Que si bien fue para demonios hecha,
Para castigo de almas aprovecha,

El suelo está de puntas mil cubierto
De agudo hierro en brasa convertido,
Cual pellejo de erizo armado y yerto,
Y en cada cual un gran dragon asido,
La fiera boca y el gaznate abierto
Para tragar al mísero afligido
Que en su parte le cabe, y vomitarlo
Al punto, y otra vez vivo tragarlo.

Es un hediondo y esponjado cieno
La materia del suelo tenebroso,
De emponzoñadas sabandijas lleno,
Y él tambien por sí mismo ponzoñoso:
Él brota llamas, y ellas dan veneno
Con que se ofusca el aire contagioso,
Do aparecen fantásticas visiones
De orcos, briareos, hidras, geriones.

Las paredes en alto levantadas
Hacen horrenda y pavorosa sombra,
Y unas con otras entre sí pegadas,
Que el verlas solo con espanto asombra:
Tienen los cuerpos y almas apretadas,
Y ésto no obstante, en la fogosa alfombra
Estan tendidas con mortal angustia,
Corazon afligido y frente mustia.

Ni se ve cielo allí, ni luz parece,
Mas en vez de apacible y rico techo
Sobre la vista lúbrica se ofrece
Un grande monte de peñascos hecho,
Que pendiente en el aire se estremece,
Y amenaza ruina, y cae derecho,
Y de caer no acaba de su cumbre
Dando extraño temor y pesadumbre.

De aquí tambien, como de cielo, llueve
No facil agua, mas ponzoña cruda,
Que bebida el estómago remueve,
Provoca á bascas, y colores muda:
Y porque mas rigor consigo lleve,
Baja con tempestad fiera y aguda
De fuertes rayos, negros torbellinos,
Horribles truenos, bravos remolinos.

Están así las almas tiritando
De miedo triste, de pavor confuso,
Y entre ellas los demonios asombrando
Corren en escuadron largo y difuso:
Y diversas injurias inventando,
Solo el hacerles mal tienen por uso;
Jamas en ésta parte hubo contento,
Ni apariencia de bien paró un momento.

En grandes calabozos divídida,
Y llenos todos de sulfúreo fuego,
Está confusamente repartida
La tenebrosa carcel del rey ciego.
El primero es de gente envanecida,
Soberbia y obstinada al blando ruego,
Que á los pobres y humildes no estimaba,
Y de su honor el ídolo adoraba.

Esta pasa la vida, ó ve su muerte,
Allí pisada con desden terrible,
En fortuna infeliz, y baja suerte,
Llorando su desprecio aborrecible:
Y juzga por ofensa y daño fuerte
No estar en aquel punto inaccesible
Del honor soberano que tenia,
Cuando alabada en magestad vivia.

Allí moran los ínclitos señores
Que en éste mundo fueron adorados,
Y para ser en dignidad mayores,
Como en ella crecieron en pecados:
Y injurias, vituperios, deshonores,
Siempre los atropellan despreciados.
¡Oh; Césares, Pompeyos, Curcios, Fabios!
¿Qué os valió ser tan fuertes y tan sabios?

En el segundo están los avarientos,
Que del oro la espléndida materia
Juzgaron por el dios de sus contentos,
Y así por centro infame de laceria,
Estos pasan gravísimos tormentos
En dilatada y última miseria,
Desnudos, tiritando al hielo triste,
Que entre rígidas nieves los embiste.

Allí se acuerdan de los breves años
Que en púrpura y holanda se les fueron,
Y de los ricos y flamencos paños
Que sus paredes con calor vistieron:
Y viendo ya sus miserables daños,
Lloran lo poco que á los pobres dieron:
¡Oh Midas! ¿qué te importa ya el tesoro,
Si al fin se convirtió en pobreza el oro?

En el tercero están hombres lascivos
Que á su carne sirvieron asquerosa,
Y allí de ardientes llamas fuegos vivos
Los encienden con fuerza poderosa;
De duro bronce toros vengativos,
En brasa transformados rigurosa,
Les quema rostro, brazos, pecho y piernas,
En esto edades padeciendo eternas.

Ratos pequeños de infeliz deleite
Con pena extraña en siglos infinitos,
Y el breve gusto de un fingido afeite
Pagan con males ciertos y exquisitos:
Ya en altas tinas de abrasado aceite,
Que encendieron sus mismos apetitos,
Ya en hondas nieves son atormentados,
¡Oh Alcides! locamente enamorados.

En la cuarta mazmorra estan rugiendo
Hombres airados, rígidos leones
Sus propias carnes con dolor comiendo,
Y arpando con rigor sus corazones:
Tocan al arma siempre con estruendo,
De rabia llenos, llenos de pasiones,
Bosando contra tí ¡gran Dios! blasfemias,
Porque con ira justa los apremias.

Arrójanles las furias infernales
Largas culebras de ásperas escamas,
Que rompiendo sus pechos desleales,
En ellos soplan furibundas llamas:
La venganza, principio de mil males,
Y el odio cercan sus ardientes camas:
¡Oh modernos coléricos briareos,
Con tiempo reprimid vuestros deseos!

Los ricos y golosos avarientos,
Y en regalada mesa inexorables,
En la quinta mazmorra estan hambrientos
De los bienes que usaron deleitables:
Y de aguas turbias con razon sedientos
Los que vinos vertieron admirables,
Fuegos beben, no quedan satisfechos,
Boca y lengua abrasados, vientre y pechos.

¡Oh tú, gloton, de Lázaro enemigo!
¿Á donde están las púrpuras y holandas
Que te sirvieron de esplendor y abrigo,
Las dulces mesas, y las camas blandas?
Ya eres de todo aquesto vil mendigo:
Agua te niegan, fáltante viandas,
Y llamas son tus ropas alhagüeñas,
Y tus tiernos regalos duras peñas.

De ponzoñosas víboras ceñidos
Se mantienen los tristes envidiosos,
En pantanos de nieve sumergidos,
De sus mismos venenos ponzoñosos:
Los corazones ásperos mordidos
Tambien de viboreznos contagiosos:
Ahullan como perros lastimados,
De la gloria de Dios apesarados.

Tú, fundador de los soberbios muros
Que amasaste con sangre de tu hermano,
Junto á los otros enemigos duros,
Y odiados hijos del feroz tebano,
Que por envidia, contra sí perjuros
Unirlos procuraba el fuego en vano,
De tu mismo Criador tienes envidia,
Y tu alma contigo ardiendo lidia.

Y á los que la pesada y vil pereza
Movió con flojedad el paso lento,
Entre puntas de acero con fiereza
Trae jugando un ejército violento:
Gimen allí, sacuden su tibieza,
Y el suelo empapan con sudor sangriento,
De su profundo sueño arrepentidos,
Y en la séptima carcel detenidos.

En estas se reparten siete casas
Los grandes condenados pecadores,
Cubiertos siempre de encendidas brasas,
Y llenos de agudísimos dolores:
Pero tú, Judas, que en maldad traspasas
Á los portentos en pecar mayores,
Una carcel ocupas, donde todos
Los males juntan sus diversos modos.

Que tú en vender á Dios soberbio fuiste
Y avaro, pues por precio le entregaste,
Y adulterio del alma cometiste,
Pues al divino Esposo repudiaste;
Y á la pasion airada te rendiste,
Pues con tal brevedad lo ejecutaste;
Y á gula, pues el único alimento
Profanaste del Sumo Sacramento;

Y el honor envidiaste religioso
Que hizo al buen Jesus la Magdalena;
Y en alcanzar virtudes perezoso
Fuiste en la escuela de virtudes llena,
Y centro de traidores alevoso;
Y así todo te culpa y te condena,
¡Oh mísero, infeliz, desesperado!
Que fue á la postre tu mayor pecado.

Por eso aquellas furias infernales
En una carcel nueva le pusieron,
Donde, mezclados en tropel, los males
De todas las mazmorras le siguieron;
Y porque en su maldad no tuvo iguales,
Solo y siempre cercado le tuvieron;
Y así entre ardor y hielo, noche y nieblas
Le confunden horrores y tinieblas.

XI.

Los azotes.

DE LOS LIBROS 7 Y 8.

Vinieron los espíritus hermosos
Que el rio beben de la eterna gloria,
Desde el punto que humildes y animosos
Á Lucifer ganaron la vitoria;
Y á los palacios de su Rey preciosos,
Do vive de este hecho la memoria,
En dibujos que de oro se formaron,
Las rodillas devotos inclinaron.

Y el sumo Padre abrió su hondo pecho,
Aun á las sacras mentes escondido,
Que es de Dios propio, y singular derecho
El ser solo de sí comprehendido:
Y lo que habia en Cristo el mundo hecho
En una idea lo mostró esculpido,
Y la injuriosa y grave, y triste afrenta
Que en azotarlo como á siervo intenta.

Encogieron sus alas admirados
Viendo tal los ardientes serafines;
Y sus ojos cubriendo avergonzados
Alto asombro ciñó á los querubines;
Los tronos abatieron espantados
Al suelo sus guirnaldas de jazmines;
Y las dominaciones excelentes
Olvidaron sus cetros eminentes;

Los grandes principados se hundieron
En un abismo de humildad notable;
Las sumas potestades voces dieron
Con justo celo y ánimo aceptable;
Y las virtudes mas virtud pidieron
Para vengar la ofensa intolerable;
Los arcángeles gloria á Dios clamaron,
Y al hombre paz los ángeles cantaron.

Retumbó el cielo cóncavo al sonido
De la extraña y suave melodia;
Que allí el asombro es luz, gozo el gemido,
El celo paz, y el canto es alegría.
El Padre, pues, del Verbo esclarecido,
Junta ya la gloriosa compañía,
Moviendo con amor sus corazones
Estas dijo gravísimas razones:

"El hombre azota á mi sagrado Verbo,
»Por el hombre á la tierra descendido,
»Honrad el espectáculo de siervo
»Que hacer á mi Hijo he permitido:
»El hombre muestra un ánimo protervo,
»Y él para el hombre un ánimo rendido:
»Id apriesa y veréislo, y no cansados
»Le dad mil alabanzas humillados."

Dijo el eterno Padre y rey clemente,
Y á cada cual le dibujó en el seno
El consuelo que instaba conveniente
Al Hijo de mortal congoja lleno:
Y al punto el escuadron resplandeciente,
Que alegre huella el cielo mas sereno,
Obedeciendo sale por las puertas
Que están siempre á los ángeles abiertas.

Cual suele en el otoño borrascoso,
Cuando azota los árboles el viento,
Bajar en monte oscuro ó valle umbroso
El ejército de hojas macilento,
Que al batir de las ramas presuroso,
Y del cierzo al espíritu violento
En tierra dan, con fuerza desasidas
De los pezones con que estan unidas;

Ó cual las aves, nuncios del verano,
Y de la fraternal fingida pena,
Huyendo el suelo dejan africano
Con justo miedo de su ardiente arena,
Que en muchedumbre y escuadron lozano
Las frescas flores de la Europa amena
Vencen y buscan, alhagando al dia
Con nueva chirriadora melodia;

Tal se descuelga por el aire apriesa
La gran tropa de espíritus al suelo,
Que de arreboles una lluvia espesa
Parece que despide el mejor cielo:
De amar á Dios y de cantar no cesa
En el discurso de su limpio vuelo
La bella escuadra, como á los albores
Del alba roja dulces ruiseñores.

Alaban al que tanto ha padecido
Por el hombre mortal en carne humana,
Y en voz de pena y canto de gemido
Mezclan en su armonía soberana,
Que es suavidad envuelta en un sonido
Que causando temor, dulzura mana,
Confecion propia de ángeles prudentes
Que imitan nuestros varios accidentes.

Van á Salén, y á Cristo maniatado
Ven, y los ojos en la tierra puestos;
Los ojos de aquel rostro mesurado
Graves, y con hermosa luz honestos;
Los ojos en que el sol avergonzado
Se mira como en soles dos modestos;
Los ojos que á las almas enamoran,
Y el cielo de lucientes rayos doran.

Ven los ojos en tierra, y ven las manos
Apretadas atras, las manos fuertes
Que adoran los empíreos cortesanos,
Y donde estan del bien las varias suertes;
Las manos que los ínclitos ancianos
Que huellan vidas y desprecian muertes
Besan, y rinden sus coronas bellas
Forjadas de purísimas estrellas.

Ven escupido el rostro venerable,
El rostro de su Dios ven escupido,
Y el cabello de obrizo inestimable
Enmarañado ven y escarnecido:
Y el cuerpo de belleza incomparable
De polvo y sangre y de sudor teñido,
Con sogas preso, atado con cordeles,
Y cercado de bárbaros crueles.

Venlo, y de verlo así quedan pasmados
Y dicen: "¿es aqueste el Rey eterno
»Que á nosotros espíritus sagrados
»Mantiene y rige con feliz gobierno,
»Por cuyo gran poder fuimos criados
»Con ser sobre los tiempos eviterno,
»Y nos produjo en un instante solo
»Hollando el mismo excelso y grande polo?"

Esto, y mas dicen; y del bajo suelo,
Donde Cristo los mira en el pretorio,
Hacen un asombrado y alto cielo,
Y un celestial y angélico auditorio:
Humildes notan con ferviente celo,
Como desde un supremo consistorio,
El mayor espectáculo que han visto,
Al santo amor representar de Cristo......

Llegan, pues, los verdugos cohechados,
Y comienzan con ímpetu furioso
Á desnudar los miembros delicados
Del Señor de señores poderoso:
Con modo vil y agravios nunca usados,
El vestido le quitan religioso,
Y hecho por las manos virginales
De la Reina de reyes inmortales.

Allí le dan crueles empellones,
Y le dicen palabras desmedidas,
Ofédenle con duros bofetones,
Y desprecios, y burlas atrevidas:
Afrentas buscan, buscan invenciones
Nunca pensadas, y jamas oidas,
Con que darle dolor, causarle pena,
Y el infierno las halla y las ordena.

Todo lo sufre con amor suave,
Y callado el mansísimo Cordero,
Que del supremo bien tiene la llave,
Y es de Dios puro el resplandor sincero:
Y con sereno rostro y pecho grave,
Del mismo ser archivo verdadero,
Obedeciendo á la canalla cruda
Que desnudar le manda, se desnuda.

Descubre aquellos brazos admirables
Que de los orbes ciñen la gran rueda,
Y los divinos hombros incansables,
Á donde está como en su centro queda:
Y aquellos pechos á la esposa amables
Dó mora la beldad graciosa y leda,
Y las columnas sobre basas de oro,
Fábrica celestial, sumo tesoro.

Bien así cual doncella generosa
Que al limpio estanque dá su carne pura,
En el agua se mira vergonzosa
Cuando retrata en ella su figura;
Y si tropa de gente maliciosa
La vido y codició su hermosura,
Torna con la verguenza que la mueve
En grana carmesí la blanca nieve;

Asi Cristo, mirándose desnudo
Á los ojos de aquella infame gente,
De la vergüenza el sentimiento agudo
No reprimió, y brotó sensiblemente:
Habló con lengua roja el licor mudo
Que comenzó á teñir su blanca frente
Y cuerpo bello de marfil preciado,
Ya con ardiente púrpura ilustrado.

Los ángeles que á Dios desnudo vieron,
En la tierra temblando se postraron,
Humildes gracias por su amor le dieron,
Y dignas alabanzas le cantaron:
Á aquella santa desnudez sirvieron,
Y los divinos miembros adoraron
Con aquestas dulcísimas razones
Nacidas de admirados corazones:

"¡Salve tú, que de luz hermosa el cielo
»Y de arreboles vistes la mañana,
»De flores varias el pintado suelo,
»Y de ilustre candor la nieve cana!
»¡Salve, desnudo y general consuelo
»Del alma pobre y con su Dios ufana,
»Que por vestir al hombre despojado
»Desnudas hoy tu cuerpo venerado!

»Los pájaros te den sacros loores
»De ricas plumas viéndose vestidos,
»Y los montes con bellos resplandores
»Mirándose en el alba esclarecidos:
»Y los campos de finos mil colores
»Cual de ropas de fiesta revestidos,
»Y el mundo que adornaste de tus bienes,
»Pues tu cuerpo desnudo al aire tienes."

Tal los prudentes ángeles decian,
Y mucho mas suspensos contemplaban,
Cuando á Cristo los pérfidos asian
Y á la columna en peso le llevaban;
En el rostro y el cuerpo le herián,
Y con nuevas injurias le afrentaban:
¡Oh Dios, cuanto padeces por el hombre,
Que altivo huella tu bendito nombre!

Es cierta fama y tradicion constante
Que era el mármol tan grueso y poderoso
Que él solo, como entero y firme atlante
Despues un templo sustentó espacioso:
Aquí la turba fiera y arrogante
Llevó al humilde celestial esposo,
Y le ligó con ásperos cordeles:
Mas ¡oh! tened, tened, brazos crueles,

No reventeis la sangre mas ilustre
Que ennobleció jamas hidalgas manos,
Que no son dignos de tan claro lustre
Esos cordeles que apretais profanos;
Bastará que la cruz al fin se ilustre
Con sus rojos esmaltes soberanos,
Y resplandezca así; mas ¡ay feroces!
Que no aguardais razon, ni escuchais voces.

Llegan á la columna el cuerpo santo,
Y átanle con rigor los brazos nobles,
Y los estiran, y adelgazan tanto,
Que á fuerza tal rompieran secos robles:
El humor de las venas sacrosanto
Revienta y tiñe los cordeles dobles,
Y las manos se hinchan abrasadas,
Y gimen las muñecas apretadas.

La columna salpican venerable
Las gotas finas de la sangre roja,
Que ya con el licor inestimable
Mas se enriquece cuanto mas se moja:
Pero en ellos la saña inexorable
No se amansa por esto ni se afloja,
Antes le echan al cuello blanco y puro
Otro nuevo cordel mas grueso y duro.

Cíñenlo de esta suerte al pilar frio,
Y por detras lo añudan de esta suerte;
No se si el alba vierte su rocío
Mas á priesa que Cristo sudor vierte:
Suda, y levanta el rostro amable y pio,
Y ofrece al Padre Dios su pena fuerte,
Y sin mover sus amorosos labios
Aquesto dijo en pensamientos sabios:

"¡Oh Padre natural y Dios benigno,
»Por cuyo santo amor bajé á la tierra,
»Y mi persona, que es tu ser divino,
»Puse ya humana en tan prolija guerra,
»Y este cuerpo, de gloria inmensa digno
»Por la que el alma unida al Verbo encierra,
»De paz y de consuelo fue privado!
»Oye á tu Hijo y hombre así afrentado.

»Y por el hombre, por el hombre fiero
»Que así me afrenta mi afliccion recibe,
»Que por el hombre que la dá la quiero
»Padecer, pues con ella el hombre vive:
»Azotes de su cruda mano espero,
»Y á dármelos sañudo se apercibe;
»Aunque son de tu Hijo dura ofensa,
»Admítelos ¡oh Padre! en su defensa."

Dijo, y ya dos verdugos rigurosos
De fuertes hombros y robustos pechos,
Dos azotes alzaban espantosos
De gruesas varas cimbradoras hechos:
Mostrábanlos alegres y furiosos
En los brazos blandiéndolos derechos,
Y á la bendita carne amenazaban,
Y á los divinos miembros se encaraban.

Con bravo son crujieron sacudidos
De aquellas manos, por su mal valientes,
Y llegaron á dar descomedidos
En los miembros de Dios resplandecientes:
¡Parad, parad, verdugos atrevidos,
Parad, parad los brazos insolentes,
Que no es razon que ese castigo infame
Su furia sobre el mismo Dios derrame!.....

¡Mas ay! que baja por el aire apriesa
Sobre el cuerpo de Cristo el fiero azote!
¡Ay Dios, que llueven cual de nube espesa
Golpes en el supremo Sacerdote!
¡Ay Dios, que de sacar sangre no cesa,
Para que toda en el dolor se agote,
La cruel disciplina! ¡Ay Dios amado!
¡Ay Jesus, por mis culpas azotado!

Yo pequé, mi Señor, y tú padeces:
Yo los delitos hice, y tú los pagas:
Si yo los cometí, ¿tú que mereces
Que así te ofenden con sangrientas llagas?
Mas voluntario tú, mi Dios, te ofreces,
Tú del amor del hombre te embriagas,
Y así porque le sirva de disculpa
Quieres llevar la pena de su culpa.

XII.

Pintura de la Impiedad y de su habitacion en el infierno.

DEL LIBRO 9.

Hay en el centro oscuro del averno
Una casa de estigio mar cercada,
Donde el monstruo mayor del crudo infierno
Perpétua tiene su infeliz morada:
Aquí las ondas con bramido eterno
La region ensordecen condenada,
Y denegrido humo y gruesas nieblas
Ciegas le infunden y hórridas tinieblas.

El edificio de rebelde acero
Sobre una inculta roca se levanta,
Y en su puerta mayor el Cancerbero
Con tres en una voz la noche espanta:
Aletó, hija atroz del Orco fiero,
Que de culebras ciñe su garganta,
Con sus hermanas dos, siempre despiertas,
Ocupan las demas guardadas puertas.

Y dentro en una silla pavorosa,
Que unos dragones forman enroscados,
De dura piel y escama ponzoñosa
Con sus colas y cuellos enlazados,
Se asienta la Impiedad, madre espantosa
De hijos mil gravísimos pecados,
Mirando al cielo con torcidos ojos,
Y fulminando contra Dios enojos.

De hierro toda y de furor vestida,
Cien espadas esgrime con cien manos,
Y contra el mismo Sér que nos da vida
Cien dardos vibra, pero todos vanos:
Tiene á sus pies la bárbara homicida
De padres y de hijos, y de hermanos
Cuerpos sin almas, bultos sin cabezas,
Y cien mil corazones hechos piezas.

Repúblicas enteras destrozadas,
Y destrozados ínclitos imperios,
Ellas estan entre sus pies holladas,
Y ellos vueltos en viles vituperios:
Conservan las paredes mal grabadas
En duros bronces hórridos misterios
De agravios, que celebra por victorias,
Y hombres ímpios fingieron ímpias glorias.

Los ángeles allí desembrazando
Armas se ven de osados pensamientos,
Y contra Dios banderas tremolando
De vanos y pomposos ardimientos.
Nembrot su enhiesta torre levantando,
Robusto ultraje de enemigos vientos,
Con arrogante pie por ella sube,
Y atras deja la mas soberbia nube.

El ímpio Faraon al pueblo santo
Con espinosos látigos azota;
Pero con olas venga el mar su llanto
Cuando él venganza aspira y fuego brota:
Y de sagrado efod y noble manto
Saul, siguiendo su cruel derrota,
Ochenta y cinco sacerdotes mata,
Y á Nobé, ilustre villa, desbarata.

De Josef los hermanos envidiosos
En una parte con rigor le prenden,
Y en otra le sepultan cautelosos,
Y en otra para Egito al fin le venden.
De Abimelec setenta valerosos
Hermanos con gemidos se defienden,
Muertos por él en una piedra sola,
Donde sus estandartes enarbola.

Joab con Amassá luego abrazado
El puñal saca y muerto le derriba,
Y el cinto de la sangre rociado
Muestra su mano y alma vengativa:
Y Antíoco de jóvenes cercado,
Que desprecian el hierro y llama viva,
Abrasa á los constantes Macabeos
Por desatar en humo sus deseos.

Diomedes sus caballos apacienta
Con carne humana, pasto al sol horrendo;
Y con muertos los vivos atormenta
Mecencio, cuerpos y almas oprimiendo:
Toros de bronce Fálaris calienta,
Y ellos bramando están, y hombres gimiendo
En sus entrañas, y el feroz lo mira,
Y no se compadece ni se admira.

Los padres que á sus hijos muerte dieron,
Los hijos que á sus padres maltrataron,
Y los que á sus hermanos ofendieron,
Y á sus mugeres sin razon mataron,
Los que traidores á su patria fueron,
Y los que por mandar la conquistaron,
Y los que á Dios osaron oponerse,
Retratados allí pudieran verse.

Y de estos y de llamas tenebrosas
En verdad y en dibujo rodeada,
Y en lagunas de sangre caudalosas
Hasta los duros pechos anegada,
Y peinando las hebras ponzoñosas
De su frente, de víboras crinada,
Estaba, cuando vino á su aposento
El rey atroz del infernal tormento.

XIII.

Pilatos muestra á Cristo al pueblo, que en vez de compadecerse pide á voces que le crucifique.

DEL LIBRO 9.

Mostrado, pues, allí dijo el prefecto:
"He aquí el hombre, si es tal, que me entregastes,
»Hombre le vimos ya, y hombre perfecto,
»Mirad lo que es, y cómo le tratastes:
»Ved éste humilde y miserable aspecto,
»Y el aspecto gentil que en él borrastes,
»Y cual hombres tened piedad de un hombre
»A quien no le ha quedado mas que el nombre.

»He aquí al hombre, sin culpa conocida
»Y castigado con notoria pena;
»Al punto de morir está su vida,
»Su honesta vida y de virtudes llena:
»Baste la penitencia recibida
»Mayor que á culpas: vuestra ley ordena
»Librar al inocente condenado
»Á penas rigurosas de culpado."

Dijo, y á todos un cruel despecho
Corrió por las medúlas presto y vivo,
Y contra el mismo natural derecho
Comenzó á murmurar el pueblo esquivo:
Y Anás, hombre de falso y duro pecho,
En pie se levantó bravo y altivo,
Y el mal rostro volviendo al presidente,
Así habló sagaz y libremente:

"Si tú ¡oh gobernador! solo pudieras
»Las penas remitir al acusado,
»Contra quien tantas culpas verdaderas
»Tantos buenos testigos han probado,
»No importára que luego le absolvieras
»Y á tu cuenta quedára su pecado;
»Mas no puedes hacerlo, ni conviene
»Que libre salga quien delitos tiene.

»Mira contra las culpas de uno solo
»Junto al senado, y todo un pueblo unido,
»Y no entiendas haber oculto dolo
»En tantos que á una voz han concurrido:
»Fijos están, como el estable polo,
»En lo que ya celosos te han pedido
»Por castigo ejemplar del crímen feo
»De ese blasfemo y conocido reo.

»Y no te mueva su hablar suave
»Y el mesurado aspecto y faz honesta,
»Que en ese humilde rostro encubrir sabe
»Su gran traicion al mundo manifiesta:
»Es en el parecer templado y grave,
»Y en el hecho y verdad tiros asesta
»Con brava furia y con rigor terrible,
»A la alteza de Dios inaccesible.

»Anda por las provincias cauteloso
»Moviendo pechos, almas inquietando;
»Hijo de Dios se finge poderoso,
»Con esto varias gentes engañando:
»Para los suyos muéstrase piadoso
»Por aumentar con la piedad su bando;
»Los malhechores públicos abona,
»Y los pecados, como Dios, perdona.

»Si culpas de avarientos publicanos,
»Y excésos de vilísimas rameras
»Con levantar la voz y alzar las manos
»Piensan que Dios perdona tan de veras,
»Como predican esos hombres vanos
»Que fundan sus doctrinas en quimeras,
»¿Qué excesos no harán los que se atreven,
»Si cual las culpas los perdones beben?

»Por esto solo ha merecido muerte,
»La ley sagrada asi lo determina;
»Y estar ahora en tan humilde suerte
»Es del sumo Juëz traza divina;
»Mas, oh discreto capitan, advierte
»Que contra tí sus fuerzas encamina,
»Pues rey se llama, y para serlo vela,
»Y ejércitos convoca en voz de escuela.

»Descuídate, y verás como levanta
»Gentes en contra del romano imperio;
»Verás con que artificio las encanta
»Fingiéndoles un nuevo y gran misterio:
»Verás con que furor los tiros planta
»Y banderas tremola en vituperio
»Del latino poder, si libre sale
»Y su mesura hipócrita le vale.

»Mas: poniéndose al mundo por ejemplo
»De ilustre celo y vida inimitable,
»Promete derribar de Dios el templo,
»A griegos y latinos admirable:
»¡Oh sabio Salomon! yo te contemplo,
»Si de Abraham el seno venerable
»Te acoge, que en el santo y dulce abrigo
»Venganza pides contra tu enemigo.

»Otro vemos Eróstrato perverso,
»Que por ganar odioso eterna fama,
»De la que cada mes rostro diverso
»Muestra, el templo quemó con fiera llama:
»Si con razon persigue el universo
»El nombre de éste, y su persona infama,
»¿El que tienes, oh príncipe, á tu lado
»No será con justicia condenado?

»Tambien las sacras leyes admitidas
»Por nuestros memorables ascendientes,
»Con sus dogmas las tiene pervertidas
»En la falsa opinion de muchas gentes:
»Y éstas, de sus antojos convencidas,
»Se ofrecen á las suyas obedientes,
»Y aun pretende á sus nietos derivarlas,
»Y en edades sin fin eternizarlas.

»De aquí nace juntar amigos varios,
»Y todos, si lo notas, criminosos,
»A Dios traidores, á la ley contrarios,
»Y á su patria y sus padres enojosos:
»Y así todos le siguen voluntarios,
»Y de darle corona deseosos.
»Quítale la de espinas, y si vive,
»Armas junta, soldados apercibe.

»¿No sabes que ilustrísimas ciudades
»Menos firmes principios han tenido,
»Y con el tiempo á fuerza de maldades
»En daño de otras muchas han crecido?
»No son seguras, no, las amistades
»Que á la sombra de rèy, y rey ungido
»Por Dios, como ellos dicen, se levantan,
»Que guerra dan, y al fin victoria cantan.

»De aquí nace tambien que en los sagrados
»Dias de fiesta los enfermos cura,
»Para tenerlos mas acariciados
»Con esta obligacion perversa y dura:
»Y comer deja, sin estar lavados,
»A los que solemnizan su locura,
»Con sucias manos los manjares limpios,
»Porque usados al mal se hagan impios.

»Crucifícalo, pues, antes que encienda
»El templo santo, y como rey se trate:
»Mátalo tú primero que él pretenda
»Darte batalla, y dándola te mate:
»Excusa, ya que puedes, la contienda,
»Su orgullo altivo con la muerte abate,
»Nuestra causa y la tuya justifica,
»Ponlo en un palo, en él lo crucifica."

Dijo, y cual si de aquella voz sensible
El eco fuera el vulgo lisonjero,
Así con alarido y son terrible
Luego el acento repitió postrero:
"Pónlo en un palo, dálo muerte horrible,
»Crucifícalo al punto en un madero,
»Nuestra causa y la tuya justifica,
»Pónlo en un palo, en él lo crucifica."

XIV.

Jesus es sentenciado á muerte por Pilatos.

DEL LIBRO 10.

Cuando Luzbel, sintiendo cual ondea
Del presidente el corazon revuelto,
Y que sacar de la prision desea
A Cristo, y de la muerte libre y suelto,
El infierno trastorna, el caos rodea
En furor envestido, en saña envuelto,
Y al hórrido Temor despacha osado
De vencer con su ayuda confiado.

Este monstruo feroz sin alma vive,
Siempre en rígida nieve sumergido,
Falsas quimeras de su mal concibe,
Y tiembla de ellas solas oprimido:
De lo que no será miedo recibe,
Y anda para estorbarlo apercibido,
La flojedad le cerca y el espanto,
El mujeril temblor y el niño llanto.

Tropiezos finge á los principios buenos,
Y lo bien comenzado desalienta,
Hace que vaya el vivo ardor á menos,
Y el desmayado espíritu acrecienta:
Ciega los ojos al mirar serenos,
Y las nubes que tienen las aumenta;
Ceñido está de impenetrable hierro,
Mas rendido á su propio y vano yerro.

A éste manda salir el rey cobarde
De su honda caverna cuidadoso,
Y porque donde va no llegue tarde
Alas le dá de pájaro medroso;
Y él, sin que mas en el infierno aguarde,
Las tinieblas divide presuroso,
Sube á Salén, y váse al presidente,
Y cércalo invisible y torpemente.

Y al rededor con ímpetu volando
Le entibia á soplos el ardiente pecho,
Un frio por las venas derramando
Que vá medroso al corazon derecho:
Y las médulas íntimas helando,
Y el antiguo fervor á guerras hecho,
Le eriza los cabellos, y el semblante
Le pone al de la muerte semejante.

El color le robó de las mejillas,
Quedósele la voz entre los labios,
Ya flacas le temblaron las rodillas,
Y el alma le fingió quejas y agravios.
Temió las amenazas y rencillas
De aquellos en mentiras hombres sabios,
Penetró el pueblo agudo su mudanza,
Y cobró de vencerle confianza.

Dió voces, formó quejas, hizo extremos,
Y volvió á repetir: "luego lo empica;
»Otro rey sino á Cesar no tenemos,
»Al que lo contradice crucifica,
»Hasta que le des muerte clamaremos:"
Hablan, y el presidente no replica,
Y déjase rendir, aconsejado
De ellos y dél temor, á su pecado.

Como cuando furioso el Euro brama,
Y á soplos el turbado mar azota,
Que al cielo ya las ondas encarama,
Ya el abismo con ellas alborota,
El piloto á la chusma osado clama,
Viendo impedir su próspera derrota,
Que con los remos al furor del viento
Su diligencia opongan y su aliento:

Mas, conociendo al fin que lucha en vano
Contra el Euro y el mar embravecido,
Sujeta el corazon, vuelve la mano,
Y el timon y la popa, ya rendido
Déjase al viento, que le lleva insano
Por el ondoso piélago pérdido;
Así Pilato resistió primero,
Y rindióse despues al vulgo fiero.

Y en el sobervio tribunal sentado,
Y vuelto á la canalla inexorable,
Dijo con rostro de pavor turbado:
"Ríndome á vuestra furia incontrastable,
»Caiga sobre vosotros el pecado:
»Vosotros condenais al inculpable,
»Yo al que por inocente reverencio
»En vuestro nombre á muerte le sentencio.

»Él muera en cruz; pero temed la pena
»Que ya á vuestras cabezas amenaza,
»Que quien al justo por pasion condena
»Si no la muerte, su temor le abraza:
»Y quien tantos delitos encadena
»Con ellos mismos el castigo enlaza,
»Y lo lleva arrastrando al fin consigo;
»Temed, pues, algun áspero castigo.

"Y yo, (dijo lavándose las manos)
»Lavo mis manos de la sangre pura
»De este justo; vosotros, inhumanos,
»De su sangre esperad venganza dura."
Así habló, y al punto los ancianos
Y el pueblo pertinaz en su locura
Esto (sin advertir lo que dijeron)
En una voz confusos respondieron:

"Caiga sobre nosotros rigorosa
»Y sobre nuestros hijos se derrame
»La sangre de este justo religiosa,
»Y si es tal, por venganza eterna clame."
Apenas se soltó la voz furiosa
De entre los labios á la turba infame,
Cuando á Cristo de lágrimas ardientes
Los ojos le vertieron vivas fuentes.

XV.

Ascension de Cristo al Cielo, vaticinada á la Vírgen por el Arcángel Gabriel.

DEL LIBRO IV.

"Luego con su virtud maravillosa
»Se irá del suelo aprisa levantando,
»Y la esfera del aire luminosa
»De alegres arreboles matizando:
»La escuadra de los Ángeles hermosa
»Festivos himnos le estará cantando,
»Y las almas, trofeo de su gloria,
»Solemnizando su inmortal historia."

"Subid, Señor, y el arca se levante
»De vuestra santidad con vos al cielo,
»El arca bella, carro ya triunfante
»En que hollastes vencedor el suelo:
»Subid, Señor, y vuestra gloria espante
»Al mismo que turbó vuestro consuelo:
»Subid, postrados ya los enemigos,"
"Le cantarán los ángeles amigos."

»Así caminará suavemente
»Dándoles con su diestra soberana
»La bendicion mas rica y excelente
»Que dió jamas naturaleza humana;
»Irá llevando de su faz pendiente,
»De aquella faz que gracia y gloria mana,
»De sus hijos la noble compañía
»De admiracion pasmados y alegría.

»Tal sacude la pluma y va ligera
»El águila mirando al sol mas vivo,
»Y los polluelos su veloz carrera
»Admiran, y su vista y cuello altivo:
»Y aunque seguirla cada cual quisiera,
»Y la madre les dá gentil motivo
»Á que sus alas y sus ojos prueben,
»Por faltarles la fuerza no se atreven.

»Mas, los ojos clavados en sus ojos,
»Se quedarán atentos y elevados,
»Y darán al triunfo por despojos
»Afectos por los ojos explicados:
»No les serán cumplidos sus antojos,
»Pero á su tiempo les serán pagados:
»De esta manera Cristo irá subiendo,
»Y vista y corazones suspendiendo.

»Acontece mostrarse en occidente
»El rubio sol con claridad afable,
»Y ponerse una nube trasparente
»Al rayo de su luz infatigable:
»Y él esconderse en ella blandamente,
»Y ella cobrar una beldad notable:
»Así una nube esconderá en su seno
»Al Sol de rayos y de gloria lleno.

»Y al admirado y suspendido coro
»De la escuela de Cristo generosa
»Quitará de la vista su tesoro;
»De la vista elevada y amorosa:
»Y ella se bordará de plata y oro
»Á la luz de este Sol maravillosa;
»Y así pondrán los ojos en la nube
»Del que glorioso al cielo en ella sube.»

XVI.

Salutacion de Cristo á la Cruz al ponerla sobre sus hombros, y su conduccion al Calvario.

DEL LIBRO II.

Cuando la excelsa Cruz, noble estandarte,
En fuertes viles hombros sostenida
Pavorosa se vió por una parte,
Y por otra el que en ella honró la vida;
Vino el Señor, que todo el bien reparte,
La frente en polvo y en sudor teñida,
Débil el cuerpo, el rostro macilento,
Los pies sin fuerza, el pecho sin aliento.

Cubierto de su antigua vestidura
Y apretado con ásperos cordeles,
Y en la cabeza la guirnalda dura
Que le ciñeron bárbaros crueles:
Puso la vista generosa y pura
En la Cruz, honra ya de los fieles,
Que era de palo bien pesado, y recio,
Y estaba en tierra echada con desprecio.

Y aunque ceñido de feros canalla,
Y de insolente vulgo rodeado,
Se paró atento y comenzó á miralla,
Y así habló, mirándola, callado;
"¿Es este ¡oh mundo! el campo de batalla
»Que me has para la muerte preparado,
»Y la mullida cama y blando lecho,
»Para estos miembros virginales hecho?

»¿Es aquella la ilustre cabecera
»Debida á mi celebro venerable,
»En que se ponga la almohada fiera
»De esta horrenda corona y espantable?
»¿Aquel madero atravesado espera
»(¡Quién tal pensara! ¡oh caso lamentable!)
»Teñirse en sangre de mis manos santas,
»Y en el licor el otro de mis plantas?

»¿Aquellos ganchos romperán agudos
»Estas espaldas, otra vez molidas;
»Y entre los huesos toparán desnudos,
»Y pasarán sus puntas atrevidas?
»¿Y pendientes verán de garfios crudos
»Carnes que están al mismo Dios unidas
»Los cielos, y tendrán las manos quedas
»Los que voltean sus constantes ruedas?

»¿Así me tratas, hombre? ¿Así me tratas?
»De otra manera pienso yo tratarte,
»Y en este duro campo mas baratas
»Dulces victorias mil comunicarte;
»Para que tú con mas valor combatas
»Pretendo en ésta Cruz ejemplo darte,
»Aprende, que la Cruz en hombros toma
»Tu Dios, y en ella á tu enemigo doma.

»En ella quedará su fuerza injusta
»Tan flaca y débil por aquestos brazos,
»Que fácil puedas en batalla justa
»Echarle al cuello vencedores lazos:
»Hasta aquí ha sido su maldad robusta,
»Porque le has dado tú cobarde abrazos,
»Ya con mi Cruz y con mi sangre fuerte
»Y bien armado le darás la muerte.

»Saldrá huyendo, y se verá vencido
»Hoy de la Cruz, y á su señal honrosa
»Y á su sombra feliz preso y rendido
»Humillará su frente belicosa:
»Pues, hombre, no la pongas en olvido,
»Con su virtud te escuda poderosa,
»Que porque tengas vida en ella muero,
»La Cruz abrazo, y en la Cruz te espero."

Dijo: mas ya los bárbaros atroces
Á recibirla en hombros le obligaban,
Y con horribles hechos y con voces
Blasfemas duramente le trataban:
Y empellones aquellos, estos coces,
Y otros golpes sacrílegos le daban,
Y así el cuerpo inclinó cansado el Hijo
De Dios, y al gran madero entre sí dijo:

"Ven, estandarte de inmortal memoria,
»Que has de triunfar del espantoso infierno,
»Y, siempre digno de alabanza y gloria,
»Fundarás en la Iglesia mi gobierno,
»Y en el final juicio con vitoria
»Universal y resplandor eterno
»Lucirás, y entre nobles compañías
»De ilustres santos y en perpetuos dias...

»Árbol de vida y árbol de la ciencia
»Del mismo bien, y palma victoriosa
»De donde cogerá con mas prudencia
»Que Eva el fruto de amor mi bella esposa,
»Ven, que en tí mi suave providencia
»Sombra le ha de hacer maravillosa,
»Para que ya descanse, ya se aliente,
»Hasta que á verme suba claramente.

»Ven ¡oh sagrada Cruz! dame tus brazos,
»Que yo te doy con caridad los mios,
»Y te regalo con estrechos lazos,
»Para mí fuertes, para el hombre pios:
»Y si á tu amor no bastan mis abrazos,
»Yo te prometo de mi sangre rios,
»Con que lavada, y bella, y dulce quedes,
»Y rica al fin para ofrecer mercedes.

»Ven, que en tí hallarán los pecadores
»De infinita piedad la fuente abierta,
»Y de gracias, dulzuras y favores
»Los justos franca la dichosa puerta,
»Salud el mundo, el cielo resplandores,
»Su triunfo Dios, su vida el hombre cierta.
»Ven, Cruz, y vamos." Dijo, y recibióla
Con un beso de paz, y levantóla.

En el hombro la puso, y al momento
Se le asentó en el hombro firme y santo,
Y arrodillar le hizo el gran tormento:
¡Oh Cruz, que al mismo Dios afliges tanto!
Mas llegó al punto el escuadron violento,
Y añadió mas dolor á su quebranto,
Alzándolo á crueles bofetones
Del suelo, y á puñadas y empellones.....

Entre los muchos bárbaros atroces
Que duros vian el suceso extraño
Con rostro enjuto y ánimos feroces
Y mal atentos á su propio daño,
Seguian diligentes y veloces
(Mas la piedad mezclada con engaño)
Á Cristo unas mujeres condolidas
De verle así, llorosas y afligidas.

La bella contemplaban tersa frente
Cercada de la fiera y vil guirnalda,
Y el rosicler de aquella faz clemente
Y hermoso trocado en color gualda:
Teñido en polvo y sangre horriblemente
El rostro y cuerpo, el ornamento y falda,
Flaco en la fuerza, y en el huelgo escaso,
Y con la Cruz cayendo á cada paso.

Y acordábanse allí de haberle visto
Y venerado su divino aspecto,
Cuando á la gente popular bien quisto
Le guardaba Salén sumo respeto:
No que ellas le adorasen como á Cristo
Hijo de Dios, y al Padre igual concepto,
Sino como á varon ilustre y grave,
De gran belleza y condicion suave.

Y esto y aquello ahora les movia
Á sentir por extraña desventura,
Y á celebrar con voz doliente y pia
Del amable Señor la muerte dura:
Cada cual, pues, llorando se afligia,
Y hablando mostraba su ternura
Con varios y apacibles sentimientos,
Parte en razones, parte en pensamientos.

"¿Es este aquel, aquel váron famoso,
»De todos con el dedo señalado,
»Por milagro del cielo prodigioso
»En vida y santidad solemnizado?
»Aquel, aquel Profeta valeroso
»De grandes y pequeños admirado,
»Que trajo de su voz pendiente el mundo
»Á pura fuerza de saber profundo?

»¿Es éste á quien poblados escuadrones
»Siguiendo en las ciudades y desiertos
»Buscaban con devotos corazones
»Casi de hambre y de cansancio muertos:
»Cuyos altos magníficos sermones
»Y á los mayores sabios encubiertos
»Preñados de sentencias admirables
»Eran á los mas doctos inefables?

»¿Es éste aquel que maravillas tantas,
»Y con facilidad tan grande hizo,
»Que con solo mover sus manos santas
»De la muerte el poder y horror deshizo;
»Y alguna vez, sin levantar las plantas
»Del lugar donde estaba, satisfizo
»Al que salud pedia milagrosa
»Ausente de su vista poderosa?

»¿Es este el que los mares sosegaba,
»El infierno, hablando, estremecia,
»Voz á los mudos con su lengua daba,
»Y á los ciegos la vista y luz volvia,
»Los demonios, queriendo, ahuyentaba,
»Y á su presencia el mundo conmovia,
»¡Quién tal dijera! ¡oh caso lamentable!
»Este que ahora va tan miserable?"

Así algunas matronas excelentes
En virtud, en prudencia y en linaje,
Mirando á Cristo y de su Cruz pendientes
En tal hablaban varonil lenguaje:
Las otras menos graves y elocuentes,
Pero de mas devoto y simple traje,
En voces declaraban sus conceptos
De esta manera humildes y discretos:

"¡Ay! ¡mirad qué mancebo tan hermoso
»Viene con tantos golpes afeado!
»¡Ay! Ved el ornamento riguroso
»Con que sale de espinas coronado:
»¡Ay! ¡notad el madero trabajoso
»Que sobre el cuerpo débil y azotado
»Le han puesto! ¡oh gran dolor, justa mancilla!
»Con el peso tropieza y se arrodilla.

»¡Mirad como le tiran de la soga
»Y arrastrando le llevan crudamente!
»¡Ay qué maldad! Parece que se ahoga
»Con la fuerza oprimido de la gente.
»¡Cómo! ¿Así condenó la Sinagoga,
»Siendo tal, á un varon tan excelente;
»Y si en algo pecó, no le bastára
»Muerte de Cruz á aquella honesta cara;

"Y no haberle deshecho con azotes,
»Y afrentado con esta vil corona,
»Y llevar entre infames galeotes
»Una tan grave y tan gentil persona?
»¿Y esto mirando van los Sacerdotes
»Con risa y mofa, y esto Dios perdona
»Á los que deben dar mayor ejemplo,
»Y piedad nos predican en el Templo?

»El que le mira tal y así le aflije
»Alma de hombre no tiene, ó pecho humano,
»Y si la tiene, por pasion la rige
»Y por fiera pasion de tigre hircano:
»Y á quien tanta paciencia no corrige,
»Trueca y ablanda, mas es que inhumano,
»Y mas que el duro pedernal terrible,
»Y mas que el mismo infierno aborrecible."

Así hablaban, su dolor ansioso
Mostrando con palabras imperfetas,
Y el discurso rompiendo congojoso
Con voz oculta y lágrimas secretas:
Cuando el Rey de los cielos poderoso
Llegó y notó sus almas inquietas,
Y en llorarle sin órden ocupadas,
Y sí piadosas bien, pero engañadas.

Y levantando el rostro humilde y grave
El autor de el bien, á males hecho,
Y aquella que ántes era voz suave,
Les reveló su daño en su provecho;
Y abriendo así con la dorada llave
De su divina ciencia el hondo pecho
De su buen Padre, sábiamente dijo
De la Vírgen y Dios el parto é Hijo:

"¡Oh de Jerusalen hijas piadosas,
»Que celebrais con lágrimas ardientes
»Mi dura muerte y penas dolorosas,
»Nacidas de otras causas eminentes!
»No lloreis sobre mí tan cuidadosas,
»Llorad sobre vosotras mas prudentes,
»Y sobre vuestros hijos desgraciados
»Á grandes justos males condenados.

»Porque tiempo vendrá que se prediquen
»Y honren los vientres que jamas parieron,
»Y por dichosos con razon publiquen
»Los pechos que con leche nunca hirvieron:
»Y con tanto furor se multipliquen
»Trabajos que otra vez hombres no vieron,
»Que aun á los montes digan: ¡oh vosotros,
»Altos montes, caed sobre nosotros!

»Que si en este madero verde y santo
»Se prende tan veloz y airado fuego,
»En el dispuesto á las centellas, ¿cuanto
»Se encenderá, si no lo atajan luego?
»Aquí gastad el lastimoso llanto,
»Y el triste encaminad y humilde ruego."
Así hablaba, y ésto les decia
Porque á Jerusalen ardiendo via.

XVII.

Cristo es clavado en la cruz y expuesto en ella en el Calvario: extremos que hacen los Ángeles por verle en aquel suplicio: Prodigios antes y despues de espirar.

DEL LIBRO 12.

La gran Jerusalen, ciudad divina,
Cara á Dios y á los hombres admirable,
En medio de la fértil Palestina
Su cabeza levanta venerable:
Ella como señora predomina
En excelencia y gloria perdurable
Á las demas que en torno la rodean,
Su falda besan, y su honor desean.

Por las rosadas cumbres del oriente
Ásia la ciñe y su valor admira,
Y por los hondos valles de occidente
Europa con devota faz la mira:
La seca Libia y África la ardiente
Por donde el sol mas caluroso gira
La cerca, y Scitia, Armenia, Persia y Ponto
Por dó el Trion se esconde en Helesponto.

De esta, pues, gran ciudad poco distante
En medio está del norte y del ocaso
El verdadero y soberano atlante,
Y el verdadero y celestial Parnaso:
El Calvario, que tuvo á Dios triunfante
Y en alta cruz desnudo á cielo raso,
Bañado con las fuentes que salieron
Del mismo Dios y llagas suyas fueron.

Y es cierta fama y tradicion segura
Que el santo Padre de la Fé sagrada,
Para ofrecer á Isac en hostia pura,
Aqui la mano alzó y vibró la espada:
Y en esta de Jesus viva figura
La muerte vió de Cristo dibujada:
Vídola y alegróse, porque vido
Á Dios de amor, no de pasion, vencido.

Y es antigua opinion de caso cierto,
E historia entre los sabios verdadera,
Que en él mandó enterrar despues de muerto
El viejo Adan su anciana calavera:
Y donde fué para la Cruz abierto
El ya felice hoyo, estaba entera;
Que quiso Dios regar con sangre justa
Del primer pecador la frente adusta.

Y en aquel tiempo aquí se ajusticiaban
Los condenados á la muerte odiosa;
Aquí á los caballeros degollaban,
Pena de gente ilustre y generosa;
Aquí á los homicidas obligaban
Á padecer en cruz muerte afrentosa,
Y aquí estaba clavado en un madero
Del mismo Dios el Hijo verdadero....

Mas ¿quién dirá la muerte de la vida?
¿Quién contará la pena de la gloria,
Y la victoria en una cruz vencida,
Y que vencida lleva la victoria?
Tú, palabra de humana voz vestida,
De tu voz y palabra mi memoria
Viste, que cantar quiero en dulce llanto
Lo que sintiendo llora el mismo canto.

Ya estaba en el madero inestimable,
Por ser lecho de Dios, Cristo enclavado,
Y el cuerpo al mismo cielo venerable
Con desigual rigor descoyuntado:
Cual agua turbia el oléo saludable
De Dios vestido y sin temor hollado,
Los huesos desatados parecian,
Y estirados los nervios se veian,

Cuando en alto subieron el hermoso
Árbol con ésta ofrenda refulgente,
Y en el hoyo con ímpetu furioso
Lo dejaron caer pesadamente:
Fijóse el estandarte victorioso
En tierra, enarbolado y eminente,
Estremecióse el cuerpo al golpe fiero,
Gimió la peña y retembló el madero.

Abriéronse las llagas de las manos,
De los pies se rasgaron las heridas,
Y los arroyos de ella soberanos
Crecieron con las grandes avenidas:
Y con nuevos dolores inhumanos
De los huesos las carnes desasidas,
No el pecho solo, palpitar se vieron,
Y de la Cruz al golpe resurtieron.

Así fué levantada en el desierto
La gran serpiente de metal robusto,
Para el pueblo fiel remedio cierto
Contra el castigo de su culpa justo:
Así alzaban en alto descubierto
El sacrificio grato al sabio gusto
De Dios, y así de tierra levantado
Cristo se llevó el mundo en sí elevado....

En tanto los alados escuadrones
Que andan gloriosos por el ancho cielo,
Dende aquellas altísimas regiones
Do sin mezcla de afan vive el consuelo,
De su Rey Dios miraban las pasiones
Que le causaba el morador del suelo;
Hombre por quien Dios hombre padecia,
Y en ira se encendieron justa y pia.

"¡Que á nuestro Dios así atormente el hombre
»Que el hombre á nuestro Dios así atormente,
»Y el cielo de mirarlo no se asombre
»Y haga que él se asombre y escarmiente!
»¡Y habiendo el mismo Dios tomado nombre
»De Salvador, y oficio conveniente
»Al nombre sacrosanto que él se puso;
»En un palo colgado esté y confuso!

»Al arma, al arma, basta lo sufrido;
»No mas, no mas," clamaban dando voces,
Y llamando al ejército lucido
De los ángeles fuertes y veloces:
Y Miguel, capitan esclarecido,
Contra los insolentes y feroces,
Que son demonios, y eran serafines,
Mandó tocar al arma sus clarines.

Al punto, pues, las trompas resonaron,
Y los cielos al son estremecieron,
En el aire espantosas retumbaron,
Y los hondos abismos removieron:
Á su voz obedientes se aprestaron
Los ángeles, que en partes mil la oyeron
Los que rigen los orbes, y en la tierra
Al caos por defendernos hacen guerra.

Cual palomas, que en pastos diferentes
Estaban por el campo entretenidas,
Si las nubes con truenos vehementes
Las mieses amenazan, encogidas
Dejan los pastos, vuelan diligentes,
Y á las torres acuden conocidas,
Desocupando al punto el verde suelo,
Y alzándose con pluma osada al cielo:

Ó cual dulces abejas ocupadas
En despuntar melífluas bellas flores,
Del villano sagaz alborotadas
Al ronco son de agrestes atambores,
Se parten á su rey medio cargadas,
Dejando al fresco prado sus olores,
Y presurosas ván á las colmenas,
Mas de cuidado que de flores llenas:

Ó cómo los espíritus vitales
Por todo el cuerpo humano repartidos,
Y ocupando los miembros principales
Varios en varias partes divididos,
Dejan sus ministerios naturales
Suspensos de sus obras, y atraidos
En breve tiempo al corazon doliente,
Si le aflige alguno súbito accidente;

Tal los nobles espíritus oyendo
La resonante trómpa que los llama,
Reconocido el belicoso estruendo
Al cielo suben como ardiente llama:
Y lo que estaba cada cual haciendo
Deja, á la voz que en guerra los inflama,
Y acuden á Miguel, y él los compone
Á la batalla justa que dispone.

Aquellos cortesanos celestiales,
Y de otra suerte ilustres caballeros,
No se visten de cuerpos materiales,
Ni son cuando los forman verdaderos;
Mas hácenlos algunas veces tales
De los aires mas puros y sinceros,
Que asombran ó regalan variamente,
Segun es á su efecto conveniente.

Ahora, pues, que al mundo miserable
Nueva guerra amenazan espantosa,
Todos de la materia mas durable
Fingen cuerpos con arte milagrosa,
Y aspecto les infunden admirable,
Envuelto en cierta luz maravillosa,
Que deslumbra, mirada, y estremece
La vista y corazon á quien se ofrece,

Y por vestirse de armas importantes
A su justa venganza y digna guerra,
A las atarazanas rutilantes
Van, do celo de Dios armas encierra:
Arneses allí lucen de diamantes,
Que no crió jamas, ni vió la tierra,
Y escudos cuelgan de otro acero fino
Que para sí forjó el Poder divino.

Allí penachos tremolando al viento,
Que bravo sopla y espantable suena,
Penden, y el sonador hueco instrumento,
Que el aire con horrible voz atruena:
Allí el valor está y el ardimiento,
El mal de culpa no, mas el de pena,
Aunque la permision tambien se halla;
Bien con que al pertinaz dá Dios batalla.

Y allí se ven las armas ofensivas
Que esgrimió la Justicia soberana,
Cuando excelsa holló frentes altivas,
De fin perverso y pretension profana;
Y las armas no menos defensivas
De que el humilde con razon se ufana,
Que en amparo vibró de los pequeños
La que deshace justa indignos ceños.

Y allí el tremendo y hórrido tridente,
Que tuvo el mundo en lluvias anegado,
Del rico y grande techo está pendiente,
Bravo instrumento del furor sagrado:
Y allí de fuego vivo el rayo ardiente,
Que otros mil escupió, jamas cansado,
Contra la torre de Nembrot superba,
Agudo y coruscante se conserva.

Y allí viven las llamas vengadoras
Que las torpes ciudádes abrasaron,
Y las plagas de Egipto triunfadoras
Que horror y asombro, y confusion causaron:
Y allí las tempestades tronadoras
Que á Jonás en el piélago lanzaron;
Y los carros de fuego que ceñian
Los montes, y á Eliséo defendian.

Y allí los instrumentos invisibles
Que arman guerras, infunden pestilencias,
Y sacuden con ímpetus sensibles
Las asombradas pérfidas conciencias:
Y al fin, todas las armas invencibles
Que imperios, majestades y potencias
Han deshecho, se ven allí colgadas,
Y al intento de Dios aparejadas.

Allí, pues, se vistieron de lucidas
Armas todos los ángeles dichosos:
Y para el grande hecho apercibidas
Manos llevaron, y hombros poderosos:
Aquellos con espadas encendidas,
Y aquestos con arneses luminosos,
Y en nueve ilustres órdenes compuestos,
Mas que gallardos van, pero modestos.

Suenan tambores, vuelan estandartes
Por el campo del cielo cristalino,
Marchan cual sacros verdaderos Martes
Por el de estrellas celestial camino:
Gimen los polos, tiemblan en mil partes
Los orbes santos, y los mas vecinos
Elementos al grande peso tremen,
Y los infiernos nuevo espanto temen.

Llegan á Dios, que en trono venerable
De majestad inmensa está sentado,
Y la Misericordia favorable
Al mundo tiene á su derecho lado:
Y al siniestro la excelsa y formidable
Justicia con su estoque desvainado,
Y ambas en pie haciendo reverencia
A las Personas tres en una esencia.

Todos, pues, los magníficos guerreros
Al soberano Padre se humillaron,
Y á su trono, postrados los aceros,
Devotos las cabezas inclinaron;
Y Miguel, capitan de los primeros,
Que ¿quién es cómo Dios? apellidaron,
Una sola rodilla, á fuer de guerra,
En el cielo hincó, sino en la tierra.

Estaba del robusto arnes ceñido
Con que á Luzbel ganó la gran vitoria,
Y de la espada con que al angel vido
El rey David postrar su vana gloria.
La misma que al soberbio y fementido
Senaquerib, por su maldad notoria
Asombró, degollando de sus gentes
Ciento y ochenta y cinco mil valientes.

Y en el escudo de inmortal diamante,
Que muchos reinos defender podia,
Sutilmente á sí mismo semejante
Él mismo dibujado parecia:
Y á sus pies aquel fiero y arrogante
Que ángel fue y es dragon, preso tenia,
Que en un joven hermoso comenzaba
Su imagen, y en serpiente se acababa.

De esta manera, pues, dijo humillado:
"Padre y Señor, tu Hijo verdadero,
»Si bien cual hombre, está crucificado
»Por hombres, como ves, en un madero:
»Y el cielo en noble ardor de esto abrasado,
»Pretende castigar hecho tan fiero
»Si tú le das licencia; y así viene
»A tí, y las armas en la mano tiene.

»Dánosla pues, Señor, y el ímpio mundo
»Sacrílego á su Dios acabaremos,
»Ó sacando las aguas del profundo
»Que ahoguen, como ciñen, sus extremos;
«Ó ardiendo en fuego vivo el suelo inmundo
»Que huellan los atroces y blasfemos;
»Ó sacudiendo con furor la tierra;
»Ó haciéndoles en cuerpos mortal guerra."

Dijo, esperó, y al punto la Justicia,
Provocada por Dios, habló celosa:
"Por la primera original malicia
»Muerte mereció el mundo rigurosa:
»Y tuvo, en fin, á tu bondad propicia
»Y á tu misericordia generosa,
»Y no se aprovechó perverso, tanto
»Que en lluvias le anegaste y en espanto.

»Mas ocho conservándole almas puras
»Que sus grandes ruinas restaurasen,
»Y con el arco, tu señal, seguras
»De otras lluvias, las tierras habitasen:
»Las que de éstas nacieron, gentes duras,
»Antes que tu palabra y fe faltasen,
»Torre fundaron empinada y fuerte,
»Do librarse pudiesen de agua y muerte.

»Derribaste su torre, y esparcidas
»Por varias partes de la tierra, exentas,
»Y en diferentes lenguas divididas,
»A falsos dioses han estado atentas;
»De sus raices, con verdad podridas,
»Que por ser tú quien eres alimentas,
»Sacaste un Abraham, excelso Padre
»De éstos, y á Sara ilustre y santa madre:

»Hicístelos tu pueblo; y no por eso
»Te obedecieron como pueblo justo:
»Dísteles santa ley con pacto expreso,
»Y siguieron, dejándola, su gusto:
»Para cerrar del todo su proceso
»A tu Hijo enviaste, Rey augusto
»Que les hiciese bien, y está en un palo;
»¿Puede ser ya mas que ésto el mundo malo?

»Con razon pide tu Justicia santa
»Y suplica Miguel que á mas no aguardes:
»Su orgullo rinde, su furor quebranta,
»Pues ellos lo merecen, tú no tardes:
»Tu ejército animoso se adelanta,
»De su celo y virtud haciendo alardes,
»Déjale ¡oh grande Dios! que los castigue,
»Ó á conocer su culpa los obligue."

Dijo, y la Misericordia blandamente
Y en breve comenzó por Dios mandada:
"Todo aquello es verdad, Padre clemente:
»Con razon tu justicia está irritada;
»Pero tambien está con la presente
»Ofrenda de tu Hijo bien pagada;
»Que si el mundo en su muerte culpas hace,
»Él mas que peca el mundo satisface.

»Y así debe quedarse el mundo entero,
»Porque si el hombre al Hombre Dios dá muerte,
»El Hombre Dios, muriendo en un madero,
»Por sus culpas te paga de ésta suerte;
»Y mas que te desplace el acto fiero
»Del matador, te agrada el acto fuerte
»De tu Hijo, en perder manso la vida
»Por el hombre, su siervo y su homicida."

Habló, y el Padre en la justicia recto,
Y en la misericordia siempre amable,
Dijo á Miguel: "vuestro celoso afecto
»Y muestra ¡oh capitan! me es agradable;
»Mas el que pretendeis, último efecto
»No ha sido á mi bondad tan aceptable,
»Porque impide á mi sabia providencia
»Esta union de justicia y de clemencia.

»Es gran justicia demandar terrible
»Por infinita culpa inmensa paga;
»Pero es clemencia igual dar apacible
»Al Hijo que por ella satisfaga;
»Y aquesta union reluce convenible
»En que él llagado esté por quien le llaga,
»Y yo le dé piadoso, y justiciero
»Le permita que muera en un madero.

»Mas sepa el mundo que mi Verbo Santo,
»Su Hacedor, está en la cruz muriendo,
»Y sépalo con justo y nuevo espanto,
»Grandes prodigios de su horror sintiendo,"
Dijo á Miguel el Padre sacrosanto,
Y abrió su hondo pecho, así diciendo,
Y lo que le mandó le mostró él mismo
En sí, de bien perfecto inmenso abismo.

Y el capitan, obedeciendo al punto,
Desbarató su ejército glorioso,
Que estaba de diversas partes junto,
Y despachólo á todas cuidadoso:
Unos se hallaron en Salén á punto
Para la muerte del Señor piadoso,
Y en el mar otros, y otros en la tierra,
Para hacerle justa y blanda guerra.

Estaba el sol entonces coronado
De largas puntas de diamantes finos,
Y, en medio de su curso levantado,
Los montes abrasaba palestinos.
Miguel, viendo á su Dios crucificado,
Desnudo ante los bárbaros indignos,
Con hidalga verguenza y noble celo
Bajo del cielo empíreo al cuarto cielo:

Y á los fuertes caballos rutilantes
Que echaban fuego por las bocas de oro,
Las ruedas volteando coruscantes
Que dan al mundo nuevo gran tesoro;
Los encendidos frenos radiantes,
Sin guardar al planeta mas decoro,
Asió con la una mano valerosa;
Y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
Al sol, que con mil ojos le miraba,
Y fulminando por la vista enojos,
El fin de sus intentos aguardaba:
Abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,
Con voz le dijo resonante y brava,
Increpando al planeta excelsamente,
Porque daba su luz resplandeciente:

"¿Es posible, inmortal noble criatura,
»Que miras á tu Dios en cruz desnudo,
»Y ofreces luz á aquella gente dura
»Que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
»Cubre tu clara faz de noche oscura,
»Con razon fiero y con verdad sañudo;
»Désate el mundo así sus gruesas nieblas,
»Y á su Criador conozca en tus tinieblas."

Dijo, y el sol avergonzado luego,
Sus rayos en sí propio recogidos,
Negó su bella lumbre al mundo ciego
Por dejar á los hombres confundidos:
Espantóse el romano, admiró al griego,
Ambos en esta ciencia esclarecidos,
Ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
Se quedó pertinaz en su deseo.

¡Oh Dios! cuando tu luz no resplandece
Ni la luz sirve, ni aprovecha el dia,
Para que el hombre ciego no tropiece,
Y ciego se despeñe en su porfía:
Ni el quitarle la luz mas luz le ofrece,
Que quien bañado en luz la luz no via,
¿Qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.

Bajó Miguel despues triste al Calvario
Con su escuadron de ardientes serafines
Do temblaba Luzbel, su gran contrario,
Con otro que lo fue de querubines:
Y estuvo allí asistiendo al santuario
De Dios, con sus trompetas y clarines,
Tambores destemplados y banderas,
Y otros mil instrumentos y armas fieras.

Mientras esto pasaba, el Rey sagrado
Ardiendo el corazon, secas las venas,
Y por las cuatro llagas desangrado,
Fuentes de nuestra gloria, y de sus penas,
Con sed del cuerpo y almas abrasado,
Pero con luces claras y serenas,
"Sed tengo," dijo, y con feroz denuedo
Uno á beber le dió vinagre acedo.

Habiendo, pues, probado el Rey eterno
La esponja de vinagre, dijo al punto,
Y díjolo con paz y gozo interno
Por haber ya venido al postrer punto,
"Acabóse:" y con rostro humilde y tierno
Grave en aspecto, y en color difunto,
Mirando al cielo y á su Padre santo,
Quiso dar fin á su divino canto.

Mas como al padre, en cuyo ser consiste
El bien de su familia generosa,
Cuando él se muere con cuidado asiste
Ella junta á su muerte dolorosa,
Y atenta mira, y considera triste
Pendiente de su faz, y temerosa.
De su fin, á sus nuevos movimientos
Y á sus mas delicados sentimientos;

Ó cual sucede, cuando en noche oscura
Algun cometa infausto se aparece
Con fiero aspecto y hórrida figura,
Que mas terrible por instantes crece:
Espantada la gente y mal segura
Del daño que futuro resplandece
En su cola y su crin, quedar suspensa
De su casi amenaza y furia inmensa;

Tal á su Padre Dios, que ya queria,
No en lecho, en cruz morir, notando estaba
El asombrado mundo que le via
Los varios sentimientos que mostraba,
Y un grande y nunca visto mal temia
Del prodigio espantoso que miraba,
Su muerte recelando de esta suerte,
En la que á Dios se daba horrible muerte:

Pues los gloriosos ángeles atentos,
Y de la boca de su Dios colgados,
Sus alas desplegaban á los vientos,
Mas en horror que en ellas elevados:
Los demonios con rostros macilentos
Y con ojos y pechos asombrados,
Dudosos aguardaban y encogidos,
Callando en sí de miedo sus gemidos.

La tierra, que á los fieros insolentes
Sustentaba, sudando al grave peso,
Y gimiendo con ansias vehementes,
Comprimida esperaba el gran suceso:
Mudó el mar sus menguantes y crecientes
Soberbias, detenidas al exceso
Singular del espanto jamas visto;
Y servia con sordo pasmo á Cristo.

Los cuatro vientos en sus hondas cuevas,
Como apretada esponja en fuerte mano,
Pedian oprimidos fuerzas nuevas,
Dejando sin su aliento el verde llano:
Y el fuego helado daba ilustres pruebas
De temor y obediencia al Dios humano,
Y el sol, sin luz mirándose, temia
Que en muriendo su Dios él moriria:

Cuando llegó la Muerte de sagrada
Estola revestida, y de admirable
Y santo resplandor y luz bañada;
Y al mismo Dios, con ser quien és, amable:
Pero humilde llegó, y arrodillada,
Y pidiendo á la Vida inconmutable
Licencia para entrar, y recibida,
Al Hombre Dios entró y quitó la vida.

Asi murió diciendo, "¡oh Padre mio!
»En tus manos mi espíritu encomiendo:"
Y con tan grande fuerza y tanto brio,
Voz tan alta, y gemido tan tremendo,
Que mostró bien su eterno señorío
Sobre la propia Muerte, así muriendo;
Y el alma despidió, y dejó suave
La cabeza inclinada al pecho grave.

Cual repentino y espantoso trueno
Toca el oido y hiere juntamente
La vista perspicaz de lleno en lleno,
Y aun ántes el relámpago luciente:
Y abrasa la cabeza y arde el seno
Del hombre al mismo punto el rayo ardiente,
Sin que prevenga el último desmayo
Que el trueno dá, el relámpago y el rayo;

Tal de Cristo la voz maravillosa
Cual trueno, y cual relámpago su vista,
Y como rayo el alma poderosa
Sin encontrar poder que le resista
Hiere de la canalla pavorosa,
Y hiriéndola acaba la conquista,
Oido, ojos, y cabeza, y seno,
Sin ver rayo, relámpago, ni trueno.

Y Lucifer volviendo las espaldas
Huye con sus vencidos escuadrones:
Iba Miguel pisándole las faldas
Con parte de las ínclitas legiones;
Estos ya van ceñidos de guirnaldas
Y tremolando alegres sus pendones;
Y esotros, los cabellos herizados,
Cobardes, confundidos, asombrados,

Cual las nocturnas aves mas pequeñas
Al cebo de la sangre detenidas,
En viendo de la aurora las risueñas
Sienes, en blanca y pura luz teñidas,
El aire dejan y á las rotas peñas
Acuden deslumbradas, y corridas
Quizá de verse, procurando á oscuras
Do esconderse, agujeros y roturas;

Así huyen aquellos infernales
Espíritus con miedo, recelando
Del sacro sol los rayos celestiales,
Y su infelice oscuridad buscando:
Y tras ellos Miguel, con inmortales
Fuerzas, y su bendito y noble bando,
Siguen su alcance bravos y ligeros,
A fuer de victoriosos caballeros.

Y blandiendo una gruesa y dura lanza
De los hierros que limpios centellean,
Muestra el Ángel gallardo su pujanza
En los que pertinaces aun bravean:
Y como á los soberbios mas venganza
Es decirles quien son, porque se vean,
Les va diciendo, "caminad, mezquinos,
»Al caos, de inficionar el aire indignos:

»Id, confusos, bramando, al fuego eterno
»Á donde os despeñó vuestra malicia,
»Y muriendo vivid en el infierno,
»Verdugos fieros de la gran Justicia;
»Que ya en la cruz perdistes el gobierno
»Del mundo, ya la intrépida milicia
»Del Dios crucificado os abandona,
»Y él os juzga, os condena y aprisiona.

»Ni en Delfos engañeis al mundo ciego,
»Ni oráculos finjais en otra parte,
»Ni al romano ambicioso y fácil griego
»Representeis á Júpiter ó Marte:
»Allá, malditos, entre hielo, y fuego,
»Asombro, y noche, vuestra sed se harte,
»Vuestra insaciable sed del mal ageno;
»Allá bebed, y allá escupid veneno."

Hablando así Miguel, acompañaba
Al ánima de Cristo al Verbo unida,
Con una tropa de su gente brava
Para grandes hazañas escogida:
Y otra, que cerca de la cruz estaba,
La dejó en el Calvario entretenida,
Porque con pompa funeral y espanto
Invisible sirviese al cuerpo santo.

Los ángeles tambien que en tierra, y cielo,
Aire, y mar esperaban obedientes,
En muriendo su Dios, con vivo celo
Efectos mil hicieron diferentes:
Uno del templo antiguo el sacro velo
Presto rompió con fuerzas vehementes
En dos partes, de arriba hasta abajo,
Con sentimiento mas que con trabajo.

Y por la fortaleza valerosa,
Y virtud de los otros admirable,
Se estremeció la tierra temerosa,
Con furor sacudiéndose espantable:
Y el mar pasó la raya rigurosa
Que Dios le puso, y bravo y formidable
Con los bramidos atronaba el cielo,
Y con las ondas azotaba el suelo.

Los vientos de sus cóncavos y oscuros
Calabozos rugiendo se arrojaron,
Y levantadas torres y altos muros,
Y enhiestos graves montes derribaron:
Unos con otros los peñascos duros,
Y las menudas piedras se encontraron,
Y á golpes sacudidas se partieron;
¡Tanto la muerte de su Dios sintieron!

Y los archivos, con verdad fiëles,
Que guardan en depósito á los muertos,
Sin ser á sus tesoros infiëles,
Se mostraron al caso atroz abiertos:
Y el capitan de aquellos cien crueles
Que cercaban la cruz, y otros despiertos
De su sueño mortal, con voz doliente
Á Dios glorificaban claramente.

"Él era justo, Hijo de Dios era,"
Aclamaban en lágrimas deshechos
"¡Ay! ¿quién usó con él maldad tan fiera?"
Proseguian hiriéndose los pechos:
Y otros á la ciudad mas que severa
De los terribles, á matanzas hechos
De profetas y santos, se volvian
Y las mismas palabras repetian.

Seguid, seguid, los míseros lamentos;
Alzad, alzad las penitentes voces,
Que aun no se han declarado los intentos
De Dios contra esos ánimos feroces:
Tiempo vendrá, cuando vereis portentos
Que os amenacen, pérfidos, atroces;
Y se cumplan horribles y estupendos,
Si no con tantos ímpetus y estruendos.

DE LA

INVENCION DE LA CRUZ.

NOTICIAS

DE ZÁRATE.

Francisco Lopez de Zárate nació en Logroño hácia los años de 1580. Fué primero hombre de guerra, y militó y viajó por diferentes paises dentro y fuera de España. Despues se entregó á la carrera civil, logró el trato y estimacion del duque de Lerma y de su favorito don Rodrigo Calderon, que emplearon su capacidad y servicios en la secretaría de Estado, donde asistió todo el tiempo que duró la privanza del duque y el favor de D. Rodrigo. Distinguiase en la córte, no solo por su talento poético, sino por la urbanidad de sus modales y por la decencia y aseo de su persona, en que era tan esmerado, que le llamaban *el Caballero de la Rosa.* Pero mas honor debian hacerle, como en efecto le hacian, la gravedad y elevacion de su carácter, y la templanza y suavidad de sus costumbres. Cayeron sus protectores, y él fue tambien separado de los negocios, manteniéndose pobre y oscuro todo el resto de su vida, bien que seguido del respeto y aprecio que se daba á sus virtudes. Murió en marzo de 1658 ya muy avanzado en edad. Algunas de sus *Poesías líricas* se publicaron en Alcalá en 1619. Despues dió á luz en 1648 su poema de *la Invencion de la Cruz*, compuesto muchos años antes. Por último, en 1651 volvió á imprimir sus poesías primeras, añadiendo otras muchas y la tragedia de *Hércules Furente*.

El hombre en Zárate era mucho mas respetable que el escritor. *Contentus paucis*, dice de él Nicolás Antonio, *non adulationi, non ambitioni, non ullis ex curialibus vitiis obstrictus; serius, mitis, valdèque modestus*. Cuando este elogio se escribia, ya hacia años que nuestro poeta era muerto; y no son muchos los cortesanos, los escritores, los hombres por cualquiera modo conocidos, de quienes se pueda decir otro tanto.

FRAGMENTO I.

Constantino encarga á su madre Elena el cuidado de ir á Jerusalen á buscar la santa Cruz, y edificar un templo en el Calvario, dedicado al Dios verdadero, en lugar del gentílico que profana aquel sagrado lugar: Elena se embarca y parte á Palestina.

DEL LIBRO I.

"Ocupa noble parte del Calvario
»Un edificio, asombro de los vientos,
»Á la decencia del lugar contrario,
»Pues le sirven flaquezas de cimientos:
»Es firme en vicios, en adornos vario;
»Danle veneracion los opulentos
»Faustos, con que las fábricas romanas
»Acreditan desórdenes profanas.

»El idólatra á Venus allí adora;
»Y con prerogativas la indecencia
»Del culto detestable se colora,
»Que á todo lo inhonesto da licencia:
»El humor que la selva árabe llora,
»(Víctima que se debe á la presencia
»Divina) exorbitante se derrama;
»Ardiendo en oro el bálsamo se infama.

»Susténtase rebelde el falso rito
»Por ciega adoracion, con què insolente
»Vuelve la religion en apetito,
»Ó el apetito en religion la gente.
»Como el engaño, el pueblo es infinito,
»Y tan libre, que yugo no consiente
»De otra menor pujanza que la mia,
»Del número alentada la osadía.

»Estuve religioso, no soldado,
»Ni señor absoluto de la tierra,
»Cuando dí culto al túmulo sagrado,
»Y á los altares que Sion encierra:
»Lo que te sustituyo he dilatado,
»Por si pudiese conseguir sin guerra
»La asolacion del laberinto infame,
»Que no es bien templo al del error se llame.

»Émulo digno del mayor intento
»Corinto, griego, bárbaro, romano,
»Redimir quise el sacro monumento
»De torpe adoracion y culto vano;
»Mas diferí tan justo pensamiento
»Para cuando pudiese por mi mano
»Dar principio, dar fin al edificio,
»Que será de mi amor eterno indicio.

»Cuando para el efecto procuraba
»Ejecutar el tuyo y mi deseo,
»Y á lo deliberado me aprestaba,
»De injusta guerra detenerme veo:
»Tú, á quien afan tan dulce se guardaba,
»Por tierra abate el edificio feo;
»Y reduciendo á esfera santa el monte,
»En milagros convierte el orizonte.

»Cuantas el cielo me llovió grandezas,
»Cuanto produce pródiga Campaña,
»Cuantas Oriente y África riquezas,
»Cuantas tributa la opulenta España,
»Cuantas exageró Roma bellezas,
»Cuanto de milagroso se acompaña,
»Todo en Jerusalem está aprestado,
»Todo, como debido á mi cuidado.

»De las cumbres altivas de Numidia
»Previne las columnas, arquitrabes;
»De lo precioso que atesora Lidia
»Se van cargando corpulentas naves.
»Verás estátuas, para dar envidia
»Á los sujetos que retratan graves,
»Pirámides egipcias, obeliscos,
»Ya sutiles milagros si ántes riscos.....

»Llevarás mis amigos consejeros,
»Á quien debo laureles gloriösos,
»Fuertes, sabios, seguros, verdaderos,
»Expertos en los trances peligrosos,
»En igualdad prudentes que guerreros,
»Tan, como ejercitados, valerosos,
»Que á mi debido amor no sobresalta
»Cuanto es de recelar sino tu falta."

Dijo: y mandó escoger trece galeras,
Á quienes dando nombres soberanos,
Se aprestaron, y fueron las primeras
Que se vieron sin títulos profanos:
Águila nueva fue de las banderas
La insignia, redencion de los humanos,
Para seguridad arbitrios ciertos,
Pues fué surcar los mares en los puertos.

Llenó la Cruz el número, Fortuna
Antes llamada, y siempre capitana,
Con oro tan radiante, que importuna
Á la vista que en verla mas se afana;
Y porque la estacion llegue oportuna,
Que serenando el cielo, el mar allana,
Con víctimas Augusto ruega, obliga,
Que todo lo que emprende se consiga.

Ya el planeta favor del navegante
De tauro en el florido signo entraba,
El poniente los mares de levante
Con aliento benévolo allanaba:
Pálida se mostró la estrella amante,
Sintiendo cerca el sol, que se esperaba,
Y la segunda luz, honor del cielo,
Deshaciéndose iba como hielo.

Venido, en fin, el esperado punto,
Siguiendo va del templo á la marina
Á Elena el pueblo fervoroso junto;
Ella el semblante á todos grato inclina:
Al parecer, de pena está difunto
Quien vé que ya el perderla se avecina:
Todos con votos, con afectos piden
Que vuelva, cuando de ella se despiden.

Llega la santa al mar, acompañada
De César y el prelado Zacarías;
Y de placer y de pesar llorada,
Se confunden con llantos alegrías:
Abraza muchos dellos venerada,
Detiénenla dulcísimas porfias,
El mar sobre sus hombros la atesora,
Quédase el sol, y pártese la aurora.

II.

Elena, despues de una tormenta, arriba á un puerto de Palestina, y allí encuentra al hermitaño Fabio, antiguo soldado de Majencio, que le vaticina el fin próspero de su viaje, y le refiere su historia.

DEL LIBRO 2.

Solicitados de la costa amena
Que insensible y despacio sube al cielo,
Armando tiendas, desembarca Elena,
Y halla una Cruz, anuncio de consuelo,
Cuyo pie, venerándolo, encadena
De claro arroyo fugitivo hielo;
Lisonja de las cumbres con sus faldas,
Pues aumenta con perlas esmeraldas.

Reverencióla, y un licor suave
Le destiló del alma en lo escondido;
Que como á los eternos bienes sabe,
Gustado puede ser, no referido.
"¡Qué de causas, Señor, á que os alabe!
»Os confiesa mi afecto divertido;
»Pues por fortificarme en la constancia,
»Siempre, siempre alumbrais mi vigilancia."

Esto dijo la humilde peregrina
En lo interior del corazon, y luego,
Con elocuencia hablando tan divina,
Que engendra blando amor, dulce sosiego,
"Quién vé que el cielo á puerto le encamina,
»¡Oh caros compañeros! bien es ciego
»Si teme, si recela algun fracaso,
»Pues fuera ser el Generoso escaso.

»No abre para cerrarla Dios la mano,
»Cuando á obrar maravillas se interpone;
»Cuando el aire aprisiona no es en vano,
»Ni en vano con la tierra el mar compone:
»Acaso ha de salvar padre y hermano;
»¿Y consentir que el agua no perdone
»Hijo y hermano, y que se juzgue á suerte
»Lo que fue hazaña de su brazo fuerte?

»De accion tan de su diestra no dudemos,
»No, ni el dolor que miro en vuestros ojos
»(Indicio que dudamos y tememos)
»Junte á sus beneficios sus enojos.
»¿Ha faltado uno solo en tantos remos?
»¿Alabaráse el viento que despojos
»Tiene de un flaco leño, aunque envestido
»De toda la infernal pujanza ha sido?

»Espero que antes que se ausente el dia
»Os serán agradables los cuidados;
»Y que unidos en dulce compañía,
»Serán con el contento celebrados."
En esto repararon qué venia
(Con tardos pies de un báculo ayudados)
Un viejo venerable anacoreta,
Manifestando en todo alma perfeta.

Con inconstante priesa la llanura
Desalentado mide presuroso;
Entrambos pies desnudos, la cintura
Le ciñe esparto rústico y ñudoso:
Si ochenta años admiten hermosura,
Es con agrado natural hermoso;
Su barba por su pecho se dilata,
Como por risco fugitiva plata.

Llega, y el frágil peso reclinando,
Á los lados la trémula cabeza,
Con humildad á todos saludando,
A la santa los pasos endereza:
Y despues de un mirar á tierra blando,
Con la diestra en el pecho, á hablar empieza,
Que aun al cuerpo ceñida le temblaba;
¡Tan falta de vigor y sangre estaba!

"¡Oh tú, que fertilizas el desierto
»Estéril de virtud donde yo habito,
»Animado sepulcro, bulto incierto,
»Borrado al mundo y á la muerte escrito!
»Advierte, y lo que digo ten por cierto,
»Que de Hilarion palabras te repito;
»Que si vivió con Dios, ya con Dios vive,
»Pues la virtud los premios se apercibe.

»Lustros por mí perdidos han pasado,
»Despues que el que con santos tiene asiento
»(De quien con vital agua fui lavado)
»Es digna luz del alto firmamento:
»Este por él fue el dia señalado
»En que (ayudando Dios tu justo intento,
»Que remunera lo que en él confias)
»A la playa que honoras llegarías.

»Que despues que ilustrares las riberas,
»(Primero que la sombra las esmalte)
»Volverán á juntarse tus galeras
»Sin que el remo mas leve de éllas falte.
»En cuanto al sumo bien que hallar esperas,
»(Con que pretendes que la fé se exalte)
»Paz prometió segura á tu desvelo,
»Antes que el sol dé entera vuelta al cielo.

»¡Oh Elena, qué de mundos, qué de glorias
»Por tí y César tendrán tus descendientes!
»Llenarán de milagros las historias,
»Dominarán con rectitud las gentes;
»Vencerán las mas ínclitas memorias,
»Alumbrarán su imperio dos orientes;
»Mas dijera, mas fuera muy prolijo
»Haciendo relacion de cuanto dijo.

»Porque el dolor comun mi pecho mueve,
»No ignorando la sed con que desea
»Saber la tierra á quien reparo debe
»El que en surcar los piélagos se emplea:
»Esta, del magno mar costa no breve,
»Es límite arenoso de Judea:
»Dista Jerusalem destas orillas,
»Bien que arenosas, no setenta millas.

»El puerto, soberana arquitectura
»Donde ló milagroso vence al arte,
»Por boca de Hilarion le ví en pintura
»Celestial prevencion para hospedarte.
»Vida es hoy lo que ayer fue sepultura;
»¡Playa, quién te pasó sin recelarte!"
Bajando la cabeza, lo aprobaba
Cefilarco, que á todo atento estaba.

Dió fin el solitario, con que humana
La madre santa del piadoso Augusto
Acogió en parte á sí la mas cercana
Al soldado de Europa mas robusto,
Diciendo: "Paraninfo., á quien ufana
»Miro, y todos veneran, como es justo,
»Dá calidad (diciéndonos quién eres)
»A los altos misterios que refieres."

"Soy...." respondió, mas quién decir no pudo,
Que sus labios con lágrimas calmaron:
Hechas con los sollozos firme ñudo
Las voces, impedidas le faltaron.
Habiendo estado algun espacio mudo
Dijo: "pues tus preceptos me obligaron
»A mostrar cuanto mi vergüenza calla,
»Haga menor mi culpa confesalla.

»Ojos, ver y llorar es vuestro oficio;
»Así de este diluvio no me espanto;
»Que dais del mucho mal que veis indicio,
»Y procurais lavalle con el llanto;
»Esto, en otros virtud, es en mí vicio,
»Ó facil uso, y su dolor es tanto,
»Que lo introduce y fija en las entrañas,
»De amor agenas, de piedad extrañas."

Acompañando el llanto á las razones,
"Fue tiempo, añade, en que se habló en la tierra
»De mí, y en que por todas las naciones
»Tuve no mal lugar en paz, en guerra;
»En la muerte, y fraternas disensiones
»Del César, cuyo cuerpo el Tibre encierra,
»Me hallé; no negaré que por su parte,
»Ordenando su campo en el de Marte.

»Fuí tambien años antes consejero,
»Procurando á su padre no imitase
»El rito persiguiendo verdadero,
»Sino que la impiedad disimulase:
»Este arbitrio le dí, porque primero,
»En razon del imperio se acordase
»Con tu hijo, aunque idólatra, inclinado
»A Cristo, operacion de tu cuidado.

»Fue entre los dos cuñados dividido
»(Tu autoridad poniendo diligencia)
»El orbe de la tierra con partido
»De hacer á Cristo sólo reverencia,
»No siendo el culto antiguo permitido;
»Mas nació entre ellos luego diferencia,
»Buscándola Majencio, mi dotrina
»Siendo pronta ocasion de su ruina.

»Cuando á tan justos pactos contravino,
»Movido de ambiciosos pensamientos,
»Para buscar y para hallar camino
»De llegar á civiles rompimientos,
»Su impiedad irritando á Constantino
»Que impidiese con armas sus intentos,
»Yo, yo dí la causa de sus iras:
»El Paraninfo soy que tanto admiras.

»El pie á la tierra llego receloso,
»Juzgo que al sol los rayos enveneno,
»Que á no gozar lo libre, lo forzoso
»Por mis graves delitos me condeno:
»¡Qué mucho! si me ocurre el lastimoso
»Suceso de que el mundo estará lleno,
»Siendo fábula yo.... mas no prosigo,
»Que con mi nombre mis afrentas digo."

No queriendo nombrarse, añadió Elena,
"Grandes cosas prometes, aunque en breve:
»Amigo, con tu nombre nos despena,
»Pues á mi ruego obedecer se debe."
A estas razones lágrimas enfrena,
Y parte con los mismos ojos bebe
Queriendo obedecer, y parte enjuga
Su mano, y rostro y frente desarruga.

»Fábio soy, aquel ímpio, aquel profano,
»Que aconsejó político su muerte
»A Majencio, por mí, por mí tirano,
»Que dá vida ó la quita quien advierte:
»Soy el que tiene título cristiano,
»No por mérito, no, sino por suerte
»Con quien el cielo al mas rebelde anima,
»¡Tanto nos ama, tanto nos estima!

»Soy, en fin, de Doriste el infelice
»Esposo, del honor de Alejandría;
»Fuera con merecerla bien felice,
»Pues la pude llamar prenda tan mia:
»Pregono mi maldad, que no desdice
»De lo que obliga á hacer la idolatría,
»Que es posponer al nombre y al estado
»Lo justo, lo debido, lo adorado.

»Irreligioso ya, con ira ardiente
»Ejecuté en la plebe religiosa
»Crueldades de Majencio, y tiernamente
»Procuró disuadírmelo mi esposa:
»En fin, se declaró con fé valiente,
»Y con afecto de humildad piadosa,
»Por defensora suya, por cristiana,
»Y la persecucion culpó tirana.

»Pretendió reducirme con abrazos,
»Ya dados á mis pies, ya á mi garganta,
»Que ablandáran un mármol, y pedazos
»Lo hiciera fuerza de dulzura tanta.
»Disuadila tambien con tiernos brazos:
»Mas, firme siempre, como firme planta,
»Defiéndese á mi ruego, el suyo aumenta,
»En mi regalo, en mi rigor contenta.

»Viéndola en su constancia asegurada,
»No sin recato, que tan grande afeto
»Pudiera mi opinion dejar manchada,
»Vencido del político respeto;
»Su hermosura por mí se vió eclipsada;
»Porque, usando de un tósigo secreto,
»Fuí causa que cayese la flor bella,
»Que con alas de rosa voló á estrella.

»Con su amparo salí de la batalla
»En que Majencio muerto fue y vencido;
»Sirvióme allí una nube de muralla,
»A quien debo el haber aquí venido."
Esto diciendo, el rostro humilla y calla,
Dejando al mas severo enternecido
Con su dolor, y con la historia á Elena,
Que por ser de la Cruz sus gozos llena.

III.

Sacrificio de Majencio en honor del Tíber: el rio se le aparece, y le vaticina falsamente la victoria.

DEL LIBRO 3.

Majencio contumaz (como entregado
Al culto de los dioses infernales)
Estaba de sus gentes apartado,
Inquiriendo secretos celestiales;
En los errores mágicos fiado,
Parécenle evidentes las señales
Del dudoso laurel, que se asegura
Cuando por viles medios lo procura.

De un infernal oráculo advertido,
(Cuando la aurora al mundo despertaba)
A Pluton, con un negro toro herido
De su mano, solícito invocaba:
Al Tíbre con un blanco, sumergido
Donde mayor profundidad mostraba;
Con que fueron la espada y los cristales
Segures de ofrecidos animales.

Puesto fin al enorme sacrificio,
Perdidas horas en nefando empleo,
Ciencia negra con lóbrego ejercicio,
Donde la fé, el afecto, el fausto es feo,
Las aguas mira, y dice: "si propicio
»Fue tal vez tu cuidado á mi deseo,
»Muro, defensa, Dios de nuestras aras,
»Las ofrendas admite del que amparas.

»Al rebelde que no te reconoce
»Para mi eterna majestad derriba;
»Dame que el triunfo de sus faustos goce,
»Esta fiesta de hoy mas tendras votiva;
»Permite que en honor tuyo destroce
»La gente que de sacro honor te priva;
»Que los arneses y los yelmos suyos
»Serán blason glorioso en robles tuyos.

»Tú, Pluton, inventor de los encantos,
»Asiste con socorros eficaces,
»Nazcan en mi favor vivos espantos;
»Vibren las furias sus horrendas faces;
»Oye, que yo te aplacaré con llantos,
»De que tu sed ardiente satisfaces."
Apenas puso fin, cuando, en sereno
Mundo, á siniestra parte se oyó un trueno.

Apenas cesó el eco, repetido
De cercanas montañas, con estruendo
Formidable aun al mas silvestre oido;
Un bulto entre las olas fue creciendo.
Cual suele en Garellano enfurecido,
Irse el tronco escondido descubriendo,
Si la creciente el ímpetu reforma,
Un cuerpo apareció de humana forma.

Firme, eminente en el raudal undoso,
De cabellos en vez hojas de cañas,
Con ramas blancas de álamo frondoso,
Coronado, y vestido de espadañas,
Representando al vivo el fabuloso
Ídolo de riberas y campañas,
Se descubrió de medio arriba al cielo,
Formando á lo inferior del agua velo.

Habiendo con dos manos el torrente
De la barba esparcido por el pecho,
Y levantado la escarchada frente
Del cristalino albergue y blando lecho;
Aquel tan presto como luz serpiente,
Solo de lo que engaña satisfecho,
La fingida deidad, que Luzbel era,
Dijo pasmando el viento y la ribera:

"Hijo de aquel que el título tebano
»Alcanzó con valor y con pujanza,
»Teniendo firme su robusta mano
»La grandeza de Roma y su alabanza:
»Por tí el imperio que excedió lo humano
»Al colmo llegará de la esperanza;
»Invocaránte en borrascosos mares,
»Culto tendras en aras, en altares.

»Herencia es tuya el mundo, los honores
»Del capitolio el cielo te concede;
»A coronarte nacerán mis flores,
»Que en la paterna tu virtud sucede;
»Vitorioso, te encargo que me honores."
Corrido de ofrecer lo que no puede,
Sumióse á lo profundo de las ondas,
Al ausentarse haciéndolas redondas.

Con varias, todas fieras, impresiones,
Se mancha el aire, el campo color muda,
El sol con perezosas detenciones
Si ha de salir ó suspenderse duda:
Mas por limpiar las diáfanas regiones
De negras aves y de sombra muda,
Manifestó su resplandor del todo,
Siendo no visto en la tristeza el modo.

De las unidas palmas concha haciendo,
Llega á los labios lo que quita al rio,
Y los dos brazos alargó, diciendo
El soberbio Majencio, "en tí confio,
»Mi fortuna resigno y encomiendo.
»Á la disposicion de tu albedrío:
»Cuando verificares lo que ofreces,
»Levantaré las aras que mereces."

IV.

El Príncipe del infierno, para entorpecer la empresa de Constantino, se vale primeramente del Sueño, á quien ruega que vaya á adormecer á sus soldados: despues dos Furias por su órden entran en la ciudad para irritar á Africano y Pacorante; y Megera, revestida de la figura alegórica de Grecia, entra en el cuartel de los griegos para incitarlos contra Constantino.

DEL LIBRO 17.

Cuando dispone la ciudad ofensas;
El Príncipe infernal las solicita,
Que, penetrando por las sombras densas,
A la negra region se precipita:
No tiene, aunque halle tantas, por ofensas
(Con el rencor que el ánimo le irrita)
Pestes hambrientas, hambres pestilentes;
Tósigos venenosos de serpientes.

Bajó á lo mas profundo del infierno
Con séquito pomposo de dragones,
Donde está en cárcel lóbrega el Invierno,
Sirviéndole sus hielos de prisiones.
Tan inmóvil, tan grave, tan eterno,
En el dormir tan tronco y sin acciones,
Allí postrado el Sueño se regala,
Y el proprio olvido que lo anima exhala.

De la Pereza en el regazo blando
Amortecido yace, si no muerto;
La tierra que le dá lecho abrazando,
Y cuanto mas dormido mas despierto;
Soñando gulas, ocios alentando;
Con espumoso y ronco desconcierto;
El cuerpo es en lo inmóvil firme roca,
Gruta en el hondo respirar la boca.

No bien llegó del Sueño á la presencia
Luzbel, cuando pesado y soñoliento
Sintió del fiero monstruo la violencia,
Y aunque en su daño, se aplaudió el intento:
En su embarazo hallando resistencia,
Para llevar á fin su pensamiento,
Dijo, despues que se limpió los ojos,
Aun mas de pasmo que de llamas rojos:

"Sueño, puerto apacible de la vida,
»Refugio contra penas y cuidados,
»Descanso con semblante de homicida,
»Reparador de miembros fatigados,
»Lisonja en ley forzosa convertida,
»Exento de la fuerza de los hados,
»Hijo de Astrea, padre del Reposo,
»Al descanso y al ocio siempre hermoso;

»Pereza amable, mi mayor amigo
»Por opuesto á las almas vigilantes,
»Cuando te atrueno ¿duermes? á tí digo,
»Vengo en que duermas, como te levantes:
»Y con el pie moviéndole, contigo
»Jupiter he de ser contra gigantes,
»Que opugnan mi ciudad y reino, advierte,
»Arbitro de la vida y de la muerte."

Al hablarle y moverle, estremecidos
Los miembros, prolongando se espereza,
A círculo sus brazos reducidos,
Que fue corona breve á su cabeza:
Con las manos en ojos y en oidos
Se probó á desatar de la Pereza,
Mas, de golpe cayendo en su regazo,
Allá derramó un brazo allá otro brazo.

"Esta noche, Luzbel dijo, es tu dia,
»De las fiestas cansados y dormidos,
»¡Tan impropia es al hombre la alegria!
»Han de ser de los persas embestidos:
»Cautela es suya con instancia mia,
»Y aunque es fácil herir en los dormidos,
»Témolos por cristianos; así quiero
»Llevarte por amparo y compañero.

»Apresta tus candados á su vista,
»Nudos de bronce, sellos de diamante,
»Ninguno, aunque divino, te resista;
»Ceda el que en el desvelo es mas constante:
»Tuyo será el honor desta conquista;
»No perdamos á ofensas un instante:"
Y con planta moviéndole mas fuerte,
Fue adormirlo, queriendo que despierte.

Lánguido el monstruo, el respirar detiene
Dejando lo estruendoso la garganta,
Dos veces recayendo se sostiene
En brazo izquierdo y en derecha planta:
En los ojos la manos entretiene,
Perezosos los párpados levanta,
Todo despacio, aunque sin ver, se mira;
Y mal despierto por dormir suspira.

Los brazos levantando y la cabeza,
Da á entender que obedece, bien que falta
Al ponderoso cuerpo ligereza:
Mas Luzbel luego reparó la falta:
Las Furias llama, y dice: "fortaleza,
»Columnas del infierno, á quien exalta
»Vuestra fuerza y poder; si honor os mueve,
»Dad alas á ese tronco, hacedlo leve."

Las tres hidras en ira propia ardientes,
Reduciendo sus víboras á garras,
Solo á ofender mañosas y obedientes,
Hacen de lazos de veneno amarras;
Dejando riscos gélidos calientes,
De humo que arrojan vueltos en pizarras,
El Sueño al mundo sacan en sus hombros;
La misma sombra se asombró de asombros.

Trémulo estuvo por sumirse Atlante,
La máquina temiendo de Megera:
Perdió el ser fijo el norte vigilante;
Curso violento y natural la esfera:
Ocupó infierno el celestial semblante,
Todo astro sombra fue y el sol lo fuera;
Que á no estar en los reinos del ocaso
Diera su riesgo crédito al fracaso.

Asi el ave que á saltos coge viento,
Cuando sangre el olfato le perfuma,
Al parecer dejando su elemento,
Alas lleva de plomo, no de pluma:
Ó nave, que esforzando movimiento,
Levanta hendiendo el mar montes de espuma;
Si faltándole el rumbo se halla en calma
Anda buscando en el aliento el alma.

En alas de las Furias aun no leve,
Pasa dejando el viento tan dormido
Que del peso ó el pasmo no se mueve,
Ó por entrambas causas suspendido:
En el cuartel de Augusto á entrar se atreve,
De cuyas vigilancias ofendido
Tocó á todos con agua del Leteo,
Como se fabuliza de Morfeo.....

Rayos del sol, por vivos, por ardientes
Recordar no pudieran los dormidos;
Ni silbos tremolantes de serpientes,
Ni error de vientos, ni de mar bramidos,
Ni despeños de horrísonos torrentes,
Ni truenos verdaderos ni fingidos;
¡Oh reposos humanos, tan inciertos
Que en ellos aun los vivos estan muertos!

Para irritar Tisifone y Aleto
Esta á Africano, aquella á Pavorante,
Obedecido el infernal decreto,
En la ciudad entraron arrogante:
Megera puso en fraudes el objeto,
De heridas varias maquinó semblante;
Cuerpo humano compuso de pedazos,
Ciñéndose los pechos con los brazos.

Decrépita en arrugas como en dias,
En el grado afligida que rabiosa,
A los griegos causando fantasias
En su cuartel apareció llorosa:
Primero quejas suspiró tardías,
Luego, con faz sumisa y voz penosa,
Echando á las espaldas el prolijo
Bosque de greñas ó culebras, dijo;

"¡Oh griegos! Grecia fuí: fui, que no puedo
»Deciros ya que soy, pues tan fallido
»Mi ser está, que solo me concedo,
»Caduca en fin, jactancias de haber sido;
»No sin dolor me mira el que sin miedo,
»Qué está mi antiguo imperio dividido,
»Manifiestan mi pecho y frente herida;
»Para quejarme apenas tengo vida.

»No por mi culpa, no, que siempre el cielo
»Influye en mí con poderosa mano;
»Siempre es tan uno el clima, el temple, el suelo,
»Que soy centro apacible del verano:
»Ni me marchita el sol, ni abrasa el hielo,
»Ni siente mengua el proceder humano
»En la generacion, en las edades;
»Hombres nacistes, os haceis deidades.

»Entre vosotros hoy ¡cuantos Aquiles,
»Cuantos gloriosos Hércules hubiera!
»¿Qué águilas nacen de palomas viles?
»¿Que rama de su tronco degenera?
»Estos huertos y fábricas pensiles
»Por ventura ¿será la vez primera
»Que se han visto de Grecia? el Indo, el Ganje,
»Agua y tributo dieron al falanje.

»Vencedor del calor como del frio,
»Pisando el alto monte de la luna,
»¿No vió el oculto origen de aquel rio
»Siete mares despues, al Nilo en cuna?
»Amon lo canta, y lo lloró Dario:
»Direis: ¿qué te lamentas? si eres una
»Siempre en hijos, en suelo, en temple, en clima?
»No parecerlo, griegos, me lastima.

»¿Quién dirá que soy yo, quién, como advierta
»Que estoy sugeta á las romanas leyes?
»¿Quién de vosotros, de alma ya tan muerta,
»Que siervos sois y derivais de reyes?
»Y cual si fuese la verdad incierta,
»Roma, que en carro ayer triunfó de bueyes
»A falta de elefantes y caballos,
»Os supedita ya como vasallos.

»Paso por esto, que si no es delito
»Del tiempo, es fija alteracion del hado,
»En la frente de Júpiter prescrito,
»En la humana inconstancia ejecutado:
»Mas ¡oh vergüenza! con razon me irrito,
»Que donde en otra edad habeis reinado,
»Os precedan incógnitas naciones,
»Bárbaras por costumbres, por regiones.

»¿En qué ocasion, si bien vuestros pasados
»Fueron mas que otras gentes valerosos,
»De bárbaros no sois aventajados,
»Si os tiene Cesar ya por sospechosos?
»A españoles y francos, olvidados
»Del sol, fia los puestos mas honroros,
»Hombres tan fieros que en su mar se oculta,
»Y quizá por no verlos se sepulta:

»Al germano, á quien mira tan de lejos,
»Que se duda si goza sol segundo:
»Al ingles, que le ve tan en los dejos,
»Que bien parece gente de otro mundo:
»Al belga, á quien por nieblas, por reflejos,
»Si llega á su noticia, llega inmundo;
»Que ya que el hado el cetro dió al latino,
»Permito os lo anteponga Constantino.

»Estais sin corazon, y no me admiro,
»Que en Babilonia yace desde el punto
»En que faltó Alejandro, y dió un suspiro;
»Asi el alto valor quedó difunto:
»Si en el esfuerzo vuestros padres miro,
»Si de Hércules y Áquiles sois trasunto,
»Si heredásteis sus almas ¡qué corridas
»Se veran de cobardes preferidas!

»Justa causa, cuan justa, avergonzaros,
»Considerada bien tan grande ofensa:
»Si acometiere el persa á los reparos,
»Dejadlos, no atendais á la defensa;
»Aun tengo por razon el retiraros:
»Antes de la ocasion, si Augusto piensa
»Que ha de darle vitoria esa canalla,
»Defiéndalo y asalte la muralla.

»Si, como tanto á vuestro honor atentos,
»Ilícita la fuga os pareciere,
»Cuando el persa lograre sus intentos,
»Y de vitoria Augusto desespere,
»Podreis con enemigos escarmientos
»Mostrar cuanto excedeis los que prefiere;
»Pues será siempre, como siempre ha sido,
»El procurar vencer haber vencido."

Dijo, y en sí se resolvió, dejando
En los dormidos su intencion despierta;
Con que á los ojos se ausentó, quedando
En los ánimos griegos descubierta.
Aun en los fuertes el temor entrando
Tuvieron la vision vana por cierta,
Que imaginando mas de lo que vieron,
El asombro fantástico creyeron.

V.

Cuenta Drances á Dórice su origen y los varios sucesos de su fortuna, para disuadirla que salga á combatir á Tauripan, que es su hermano y está desafiado con Cleredo. Ella no obstante sale al campo creyendo que podrá vencerle sin herirle: Mueren los dos hermanos á manos uno de otro: Cleredo encuentra á Dórice moribunda.

DEL LIBRO 18.

»Allá del Ganges en el ancho seno,
»Despues que á cuanto baña su corriente
»Cloridaro el invicto puso freno,
»Cloridaro, de Poro descendiente,
»Cuando mas de su fama el orbe lleno,
»A las leyes de amor se halló obediente;
»Que en la famosa corte de Modura
»Triunfó de sus hazañas la hermosura.

»La reina de Pandiones Argelía,
»Fue la flecha del arco poderoso,
»Laurel que á sus triiunfos se debia,
»Bien como á sus vitorias el reposo.
»En su comparacion fue sombra el dia:
»Si algo pudo tener menos hermoso,
»Enmendólo quien pudo en su retrato,
»En tí, que cifras el celeste ornato.

»Con no desigual pompa á su grandeza,
»Al reino de su esposo conducida,
»Ídolo nuevo tuvo su belleza,
»Siendo adorada, no solo querida;
»Como el hado no dá sin escaseza
»Aquello en que mejor se halla la vida,
»Viéndola tan feliz con Cloridaro,
»Con ella usó del natural avaro;

»No digo de Argelía el sentimiento,
»Por no obligar el tuyo con su llanto:
»Murió en su esposo todo su contento,
»En tanta angustia fue vivir espanto:
»Tú sola alivio fuiste á su tormento;
»Aun antes de nacer te amaba tanto
»Que por recelo maternal, piadosa,
»No le fue en muerte como en vida esposa.

»Cuando su esposo falleció, dejaba
»De anterior matrimonio otro heredero,
»Cloridaro el segundo se llamaba,
»Desemejante en todo del primero;
»Que como ya el gobierno le tocaba,
»Cumplido el lustro de su edad tercero,
»Á tener condiciones de absoluto
»Comenzó, siendo en juventud astuto.

»Como es tan natural de la corona
»Temblar y ser pesada, aun donde asienta,
»Y al rey que de mayor fausto blasona
»Es la seguridad region violenta;
»A Cloridaro el miedo no perdona,
»Que el temor de las dudas se sustenta;
»Quiso ser homicida de tu madre,
»Deidad que fue de tu difunto padre.

»Obró en esto milagro su belleza;
»No halló quien con veneno la injuriase:
»Fue como fallecer naturaleza,
»Que en el palacio el uso dél faltase:
»Tan malo me juzgó, que su fiereza
»Me dijo, y que en el caso le ayudase;
»Última fuerza puso á las razones,
»A ruego injusto caudalosos dones.

»Era yo de tu madre ¡cielo santo,
»Bien sabes cuan seguro consejero!
»Asi, aunque fue á brotar mi pena llanto,
»Reprimíla ni triste, ni severo,
»Afable sí, que puede el amor tanto
»Que alegra al triste como aplaca al fiero;
»La alteracion entonces me dañára,
»Asi encubrí el afecto con la cara.

»No sin arte aprobé su pensamiento,
»Y el dilatar su imperio con prudencia;
»Ofrecíme á servir en el intento,
»Que se amansa el furor sin resistencia:
»Con este ardid teniéndole contento,
»Dilaté la sacrílega insolencia
»Para salvar el parto amenazado,
»En que infeliz y próspero fue el hado.

»Con vuestro nacimiento faltó aquella
»Cuya infelicidad tengo por suerte;
»No murió, que á region subió mas bella;
»Pues vive con su esposo, no fue muerte:
»Fingíme con el rey cómplice en ella,
»Y porque agrada quien á gusto advierte,
»Le aprobaba el intento de mataros
»Por mas asegurarle y ampararos.

»Bien que la dilacion importaría
»Para que, acreditando la tutela,
»Asentase mejor su monaıquía,
»Con que os dió honrosa leche, sabia escuela:
»Lo mismo cousegui que pretendia,
»Logróse en vuestras vidas mi cautela:
»Corrió vuestro gobierno por mi mano,
»Con que detuve el ímpetu inhumano.

»Vuestra muerte supuse artificioso,
»De dos niños difuntos prevenido,
»Con que él perdió el cuidado temeroso
»Dando crédito el reino á lo fingido:
»Dejé de ser, por malo, sospechoso;
»Fui por entrambos títulos valido;
»Siguió el odio comun á la privanza,
»Valíme de la ausencia por bonanza.

»Parecióme la fuga conveniente
»Viendo que estaba el rey de mí engañado,
»Y el caso por el pueblo tan patente
»Que el ser apresurada fue acertado.
»Como el que priva siempre es delincuente
»Con el plebeyo error mal informado,
»Vino á saberse caso tan oculto;
»Asi acontece al que discurre á bulto.

»En no habitadas selvas escondidos,
»Con intratable soledad os tuve,
»Debajo de tan rústicos vestidos
»Que te sirvieron como á sol de nube:
»Allí os hallé sobre la edad crecidos,
»Donde solo á llevaros me detuve:
»Haciendo grata union de tres mitades,
»Me vi solo seguro en soledades.

»Quedó al tirano príncipe sujeto
»Aquel reino, que es tuyo por herencia,
»Pues no sucede el sexo mas perfecto,
»Por hacerle las leyes resistencia:
»Como de sus maldades era objeto
»El ocuparlo usando de violencia,
»Es ya dos veces poseedor injusto,
»Contra la succesion, contra lo justo.

»No con bien firmes pasos Tauripante,
»Por piélagos de fieras se engolfaba,
»No siéndole aun Alcides semejante,
»Cuando con mas sangrienta furia, y clava:
»Como de cuerpo, de ánimo gigante,
»Le ví, aunque muchas veces lo estorbaba,
»Del un extremo al otro hender serpientes,
»Sin valerles sus lazos ni sus dientes....

»Vile hacer de los robles reforzados,
»El mas robusto dándose á partido,
»Lo que con los cipreses encumbrados
»Suelen el sur ó norte embravecido,
»Que sacuden con ellos en los prados,
»En arco el mas seguro convertido;
»Elefantes domar, rinocerontes,
»Siendo festivo asombro de los montes.

»Bien que cuanto su ruda fortaleza
»Obró, que no excediese de lo humano;
»Facilitó el vigor, la ligereza
»De tu rosado pie y ebúrnea mano:
»No dudaré que todo á tu belleza,
»Como el ser inferior al soberano,
»Se hiciese dignamente lisonjero;
»Blando y cortés, lo rudo, lo grosero.

»Pues te fue leve todo risco grave
»Cuando en tales asombros competías,
»Que del árbol que pudo ser de nave,
»Lo que él con fuerza, con industria hacías:
»¡Quién, si algo deja de ignorar, no sabe
»El admirable imperio que tenias
»En los montes, abrigo de las fieras,
»Donde, queriendo tú, su deidad fueras!

»Como el tigre (primero que le llame
»Á ofensas fieraz uña, rapaz diente,
»Aun sin saber que es tigre) se relame
»En los balidos trémulos que siente;
»Ó el águila primero que se infame,
»Siendo con flacas aves insolente,
»Llevada de sus ímpetus violentos
»Da mas garras que plumas á los vientos:

»Casi en la cuna el rostro levantabas
»Si se hablaba de acciones varoniles,
»Que tal vez en mi voz las escuchabas,
»Durmiendo á relaciones femeniles:
»¿Qué diré cuando sierras fatigabas,
»Pues en esfuerzo como en forma Aquiles,
»En los menores años te adornaste
»Con las pieles de fieras que mataste?

»A que por muchas partes se creyera
»Que os engendró, mas esto fue locura,
»Deidad grande con máscara de fiera,
»Dió causa su furor, y tu hermosura
»Indicio no menor de todos era,
»Dejo aparte el esfuerzo, la cordura,
»De que aun fuera de tiempo te acompañas;
»Que vences con prudencia las hazañas;

»Dejónos Tauripan habrá seis años,
»Emboscándose en fieras y en horrores:
»Buscándole por reinos bien extraños,
»Vine á dar en mis últimos errores:
»Últimos, por vecinos á tus daños,
»Que juzgándolo en bélicos furores,
»Por conocer su natural, veniste
»Tú á cursar en peligros, yo á estar triste.

»Cuanto á la religion, eres cristiana:
»Quisiera no decirlo, y no me atrevo,
»Que me lo exhorta fuerza soberana,
»Y pago al ser humano lo que debo.
»Tiempo há que cierta luz, no sombra vana,
»(Al restaurarse el mundo con sol nuevo)
»A mis ojos despiertos se aparece,
»Esto me dice, en que deidad parece:

»Pérfido, ¿cómo olvidas lo acordado?
»¿Lo que con ruegos te pidió Argelía?
»¿El parto por su mano bautizado
»Entregas á la torpe idolatría?
»Vencerá tus malicias mi cuidado;
»Presto, presto será Dórice mia,
»Perderásla en hallando á Tauripante,
»Será mi esposa, porque soy su amante."

"Esto me dice, y siempre me amenaza,
»Dejando sobre mí peso tan grave,
»Que todas mis acciones embaraza
»Con hielo, que no sé cómo en mí cabe.
»¡Mas ya el pasmo los miembros desenlaza!
»¡El alma usar de los sentidos sabe!
»¡La luz horrenda, agradecida veo,
»De que haya ejecutado su deseo!"

Calla, y con el silencio y la mudanza
Del róstro, y suspension dé las acciones,
Aprueba la vision, y en la templanza,
Sér verdaderas todas sus razones.
Así, el que se halla en súbita bonanza,
Libre de dolorosas impresiones,
Queda en la imágen que le salva fijo.
Luego contenta Dórico, le dijo:

"Porque obligo cristiana á quien adoro,
»La religion, amigo, te agradezco,
»No mi alto ser; que en este no mejoro.
»Pues tenerte por padre no merezco,
»En lo demas, sin riesgo y con decoro
»Mi amante ha de quedar, mas yo te ofrezco
»Gobernar este caso con tal arte,
»Que el fin venga á servir de consolarte.

»Aquella hermosa sobrevísta apresta,
»Que me ayudó á engañar al dueño mió;
»Si entonces hurto fue por causa honesta,
»Restitucion en breve hacer confío."
Y viéndole dudoso, le protesta
Salir, por estorbar el desafio.
El viejo á sus hermosos pies envuelto,
Esto le dice en lágrimas resuelto:

"Conozco tu valor, y la fiereza
»De Tauripan tu hermano, claro espejo
»En que se adorna la mayor belleza,
»En que se mira este difunto viejo;
»Y aunque tan obligado á la nobleza
»Cristiana, como sólo me aconsejo
»Con el respeto de la luz airada;
»Témola verdadera, no soñada.

»Por éstas, en cuidados tuyos canas,
»(Dijo, y prendió la barba con la mano)
»No salgas ni usea de finezas vanas,
»Que si el uno es amante, el otro hermano."
"Un rudo peñascoso risco allanas
»(Respónde la animosa). Tan en vano
»En disuadirme, Drances, te desvelas,
»Deja al amor gozarse en sus cautelas,

»Déjale ser mas dulce en los rodeos
»Con que á puerto pacífico encamina
»Por las incertidumbres los deseos;
»Que si no va por ellas no camina.
»Apréstame esas armas, que trofeos
»Serán de paz en la ocasion vecina."
Dijo: y Drances forzado á la obediencia,
Lo que pide le dá sin resistencia.

Así, la tierna madre persuadida
Del hijo enfermo, que con fiebre ardiente
Solicita su daño en la bebida,
Con ánsias de frenético accidente,
De la flaqueza del amor vencida,
En la violencia del dolor consiente,
Sin reparar en el futuro daño
Que ha de causarse de su necio engaño.

Eligió arnés ligero, escudo fuerte;
A los hombros echó la sobrevista,
Contra prodigios de siniestra suerte,
Le quita y ciega el ánimo la vista;
No vé sino el camino de su muerte,
Pues ni importa que un viejo la resista,
Ni la espada quebrársele en las manos,
¡Presagios grandes, mas presagios vanos!

No era menor anuncio el bosque triste,
Que de Piramo y Tisbe los errores
Declara con horror, que en él asiste
La amenidad oculta en los temores:
Por luz de sombra pálida se viste,
No admite yerbas, extrañando flores;
En medio lloran fuentes de una peña,
De funestos desastres clara seña.

Con una espada fácil cortadora,
Y con la lanza que encontró primera,
Sobre llama con alma voladora,
Llegó al lóbrego bosque la guerrera;
Con su beldad anticipó la aurora;
Aunque primero que el arnés vistiera,
Mandó decir á Tauripan que tarda,
Porque en el campo su contrario aguarda.

Ni el presto embajador fue perezoso,
Ni Tauripan, oyendo la embajada;
A un tiempo dejó el lecho que el reposo,
Vistió las pieles y ciñó la espada.
El yelmo con su rostro no espantoso,
Acomodado en forma de celada:
Gruta de grande fiera parecia,
Mas él la fiera que á ofender salia.

Informado del puesto, al infelice
Bosque llegó, donde halla no enemigo,
Sino hermana piadosa que le dice:
"Tauripan, en el campo soy contigo;
»Y pues de caballeros no desdice
»(No interviniendo agravio) un pacto amigo:
»En paz nuestra batalla convirtamos,
»Ó á racionales términos vengamos.

»El valor de los dos bien conocido
»Es de los dos, y al mundo serlo puede;
»No es para en noche y selvas escondido,
»Á los ojos de todos te concede.
»Marte anda tan sangriento y encendido,
»Que rencuentro á rencuentro se sucede;
»Para empresas mas dignas nos guardemos,
»Reduzcamos á medios los extremos.

»Si quieres la batalla, en el estado
»Se quede (si te agrada) que tuviere,
»Cuando la blanca aurora el estrellado
»Velo de ardiente púrpura vistiere."
"¡Oh cielo! dijo á voces indignado,
»¿Posible es que hay quien combatir espere,
»Y durar á mis manos un instante?
»Impeliendo el caballo Tauripante."

Mas perdió el animal feroz la vida,
Herido con el fresno en la cabeza
De que salió la dama apercibida,
Que al suelo se arrojó con ligereza.
Presupone vencerlo sin herida;
Y con la agilidad y la destreza
Del fraterno cansancio hacer victoria,
¡Valor digno de sol, digno de historia!

Con diversiones varias se entretiene,
Ó ya levanta el cortador acero
(Con que los movimientos le detiene)
Ó ya le vibra junto al rostro fiero:
Contra heridas contrarias se previene,
Que moviéndose en círculo ligero,
Busca, engañando la enemiga instancia,
Por la circunferencia la distancia.

Imita las finezas de Cleredo
En dejar siempre fuerza reservada:
No por mas ofendida dobla al miedo,
Ni está menos constante ó mas airada:
Cuanto mas débil con mayor denuedo,
Cuanto le está en mas vida mas le agrada
Su amor, acometiendo á ser sangrienta,
Reparando en quien ama y representa.

Refrenando sus ímpetus humana,
Engañada del ánimo, procura
Perseverar en intencion tan vana,
Teniéndola su afecto por segura.
Promete en lo interior morir cristiana,
Porque así le parece que asegura
Como idolatra ver al que desea,
Toda en la gloria de su amor se emplea.

Por este medio oculto la encamina
Á sus umbrales con blandura el cielo,
Á cuya lumbre, aunque sin luz, camina
Ciega, profana, en ánsias y desvelo.
Á aborrecer los ídolos se inclina,
Diciendo llena de inspirado celo:
"Vuestra deidad sacrílega perdone,
»Que de fábulas solo se compone."

Diciendo y regulando el movimiento,
Puntas y filos del contrario ataja:
De cuyo error herido gime el viento
Cuando sin ofender el hierro baja.
No advierte, como ciega, en el intento
Que á la razon excede la ventaja:
Con el ardor no siente las heridas,
Dale aliento su amor de muchas vidas.

Cuanto mas alma pierde mas se esfuerza,
Y mas el derramarla se agradece
Por quien le dá con su memoria fuerza,
¡Tan digno de su vida le parece!
Juzga que cerca viene, y la refuerza
El recelo, y creyendo que amanece,
Desarmar ó cansar quiere á su hermano,
Salvando honor y riesgos del cristiano.

Sangrienta de la frente hasta la planta,
Mas siempre con el ánimo constante,
El diestro brazo tiende, los pies planta
Por detener con miedo á Tauripante;
Mas la punta encontró con su garganta:
Siendo contra sí mismo tan pujante,
Que, con estruendo de caduca sierra,
Desangrado, sin alma cayó en tierra.

Él muerto, ella mortal, los dos cayeron
Cuando llegó Cleredó al bosque umbroso;
Á quien los golpes que escuchó trujeron,
Rompiendo la espesura presuroso.
Difunto á Tauripan sus ojos vieron,
Y acudiendo con miedo receloso
Por ver, por conocer al homicida,
Viva su muerte halló, mortal su vida.

En lo que busca ¡quién lo que está sabe!
Quitando la visera mira y toca:
Lo que sintió, ni en voz ni en pluma cabe:
Un ¡ay! partido resonó en su boca:
Mas como absorto de letargo grave
Perdió lo móvil, convertido en roca,
En simulacro vuelto de sí mismo;
¡Tanto causó el penoso parasismo!

Como quedase júzguelo quien ama:
Al levantar del rostro la visera,
De su hielo vencida fue su llama,
Y á no alentarlo Dórice muriera:
Cuando le vé cercano á sí le llama;
Y su voz sola dispensar pudiera
Con la violencia fuerte del desmayo;
Siendo laurel contra violento rayo.

"Amigo, dice, en ocasion veniste
»Para que muera Dórice contenta
»De quien si amante, amado tambien fuiste."
Dijo: y entre palabras sangre alienta.
Miraba aquel, con justa causa triste,
La boca siempre hermosa, aunque sangrienta;
De claveles tan suyos se esmaltaba,
Que en los labios la sangre se ocultaba.

Con volverle á mirar cobrando aliento,
Y por dársele, añade: "yo, yo pido,
»Pues me tienes en tí, vivas contento
»Que no de ser tu esposa me despido.
»Cristiana soy; y tanto, tanto siento
»Haber tan como idólatra vivido,
»Que si Dios el pesar desto recibe,
»Quien muere como yo, no muere, vive."

De flaqueza quedó su labio mudo;
Mas por la voz suplió celestial arte;
Que enseñarla á decir, sin hablar, pudo
Llevada del discurso á mejor parte.
"Deidad, que atiendes como al docto al rudo,
»Si el rendírsete es modo de adorarte,
»Recibe en vez de víctima estas voces
»De quien te ignora cómo te conoces."

»Si te pagas de amor, ¡oh cuan sin miedo
»Por humilde, y tú ser tan soberano,
»Lo mismo que te pido me concedo
»Morir con el debido amor cristiano!
»Pues para exagerarlo cuanto puedo,
»Y cifrar cuanto alcanza afecto humano,
»Confesándome súbdita á tus ritos,
»Te amo como á Cleredos infinitos."

Desto fue lengua el corazon; y en tanto
Que la flor agravada se deshoja,
El alba la bañaba con su llanto,
Que cual si el sol muriera se congoja.
¡Cuánto el amante se deshace! ¡oh cuánto!
Pues vencido el amor de la congoja,
Verla le despedaza las entrañas,
Vivir es la mayor de sus hazañas.

Aunque mas por divina providencia
Que por valor, vivió, pues desmayado,
Hizo, no resistiendo, resistencia
Con dos almas á Dórice enlazado.
No hallara en muerta y vivo diferencia
El que advirtiera tan conforme estado.
Muertos al parecer los dos estaban,
Mas no sin galardon, pues se abrazaban.

Las guardas que al amante salir vieron,
Su riesgo, por bien quisto, recelaron;
Dijéronlo, y con orden le siguieron
Hasta que al puesto fúnebre llegaron:
Estos á Babilonia lo trujeron
Del modo que con Dórice le hallaron:
En brazos de dos rústicos laureles,
Ya con amor piadosos, no crueles.

VI.

El agorero Bren interpreta siniestramente á Serpeno el canto de un pájaro: Auripólo desprecia los agüeros.

DEL LIBRO 21.

El estimado Bren, la vista puesta
En el sol, dió á entender que consultaba
(Con suspension profunda) la respuesta,
Y que el infausto estrépito notaba:
Con la persona y túnica compuesta,
Que circular hasta los pies bajaba,
Siendo en el despedir la voz prolija,
Con misteriosas prevenciones dijo:

"Ave siniestra, cálla, que atormentas
»Con estruendo no vano los sentidos;
»Estéril rama, tú que la sustentas,
»Quebrándote, interrumpe sus gemidos:
»Y tú, sol, que tan triste voz alientas,
»Para que molestando los oidos,
»Las almas á que teman aconseje,
»Haz que el canto mejore, ó que se aleje.

»No tantas veces la sentencia intime,
»Baste acabar por el contrario acero;
»Si han de morir los cuerpos, no lastime
»En la parte inmortal pasmo tan fiero."
Y añade vuelto al rey: "Señor, redime
»(Con lo que Armón, tu sabio consejero,
»Exhorta) nuestras vidas, tu corona,
»Prudente nos perdona, y te perdona."

"No ví agüero tan líquido en tu daño:
»Mas ¿qué señal no sirve de advertencia,
»Si la convierte el cuerdo en desengaño,
»Sabiéndose valer de la prudencia?
»Ni Armén tiene temor ni yo te engaño.
»Modera, pues, tan criminal sentencia:
»Mirando por tí mismo nos socorre,
»Que aun hasta el viento de occidente corre.

»Ya, ya confirma el canto con el vuelo
»El ave oscura, aunque en tu daño clara:
»A esta parte volando sin recelo
»Con círculos mortales se declara:
»De lo que escribe en el papel del cielo
»Con políticos medios te repara,
»Sino, quíteme el sol la feliz suerte
»De interpretar prodigios con que advierte."

Era la junta en parte retirada
Del militar concurso; y Auripolo
(Que se halló con la gente señalada)
El vaticinio despreciaba solo.
Como quien oye lo que no le agrada
Estuvo, y dijo: "Cuando fuera Apolo
»Inteligencia de almas y portentos,
»¿Pudiera Bren tenernos mas atentos?

»Demos adoracion á quién se debe,
»Que bajamos de reyes á vulgares:
»No la aparente religion nos lleve
»A incurrir en temores populares.
»Bren, ¿qué cobarde espíritu te mueve
»A que nos desalientes con pesares?
»Indicio es del suceso que deseas,
»Pues antes de morir nos clamoreas.

»Para cosas tan graves, ¿de ilusiones
»Haces tan asentado fundamento?
»¿En dudas quién halló resoluciones?
»¿Quién hizo en inconstancias firme asiento?
»¿Viejo y sabio, eres niño que compones
»Tus pronósticos de átomos del viento,
»Dándonos á entender cuan poco sabes,
»Pues te gobiernas por tan viles aves?

¿Podrá contradecir el adivino
Que el mas seguro tiempo es el presente?
Advierte á quien te inspira, el arco inclino:
¿Si la derribo negarás que miente?
Tiró, mató, añadió: "¿Lleva camino
»Que un ave nos aliente y desaliente?
»La que misterios altos descubria,
»No vé su muerte, ¿anunciará la mia?

»No esforzarás (así como acobardas)
»Con ejemplo de esa águila animosa;
»Que con alas ya fáciles, ya tardas,
»Surcando el viento en batallar reposa.
»Convertidas en velas plumas pardas,
»A un ejército alado embestir osa.
»El ave que nos dá la mejor seña,
»Es la que á ser magnánimos enseña."

DE LA

JERUSALEN CONQUISTADA.

ADVERTENCIA.

Para la noticia literaria de Lope de Vega nos referimos á la que se puso en el tomo 2.º de estas Poesias selectas, á continuacion de las que allí se incluyeron suyas. *La Jerusalen* fue dada á luz la primera vez en Madrid año de 1609: en el mismo año se hizo otra impresion en Barcelona, y allí mismo se publicó otra tercera en 1619. Don Antonio Sancha la incluyó en los tomos 14 y 15 de la gran coleccion que empezó á dar de este poeta en 1776; por manera que son cuatro las ediciones generalmente conocidas de aquel poema, á menos que haya alguna otra que no ha llegado á noticia del colector. Otros poemas escribió Lope, ántes y despues de la Jerusalen, con éxito mas ó menos afortunado. En la *Circe*, *la Andrómeda* y *la Filomena*, escogiendo argumentos antiguos, siguió á su modo las huellas de los escritores que los trataron primero. *El Isidro*, *la Dregontéa*, y la *Corona trágica*, son obras de circunstancias, mas históricas que épicas, y aun la primera no puede contarse entre las composiciones de esta especie, porque su versificacion y su objeto la alejan mas de este género. *La Hermosura de Angélica* es de los poemas largos de Lope, el que está mejor seguido y contado, sin divagar tanto, ni extraviarse como en los demas. Pero la calidad de las aventuras que en él se refieren, tan agenas de toda especie de verisimilitud como de la grandeza y dignidad heróica, unida á la falta de tono que hay generalmente en el estilo, pone á esta obra en grado muy inferior á la Jerusalen, bajo el aspecto épico, y no pueden buscarse allí muestras del talento de Lope en este alto género de poesía.

FRAGMENTO I.

Encuentro del rey Guido con Sibila, su esposa, despues de la derrota de Tiberiades.

DEL LIBRO 2.

Sibila triste, su affligida esposa,
Para no verse del tirano esclava,
Con cuatro hijos, que en su luz hermosa
Como espejo del alma se miraba,
Desnudóse la púrpura preciosa,
Y como el sol, cuando sus rayos lava
En las escuras aguas de occidente,
Bañólos como á rayos de su frente.

"Hijos, les dijo con materno llanto,
»Nuestra fortuna próspera declina:
»El nuevo horror del Asia, el nuevo espanto
»Las banderas del cielo á tierra inclina:
»Ya vuestro padre, á quien temieron tanto
»Tantas naciones, en prision camina,
»Que la fortuna ó la razon adversa
»Deja al Latino y favorece al Persa.

»Airado está contra el poder humano,
»¡Ay dulces prendas! el poder divino,
»Pues que la llave de su santa mano
»A las de un fiero Troglodita vino:
»La parte del madero soberano,
»Santa bandera, al defensor latino
»Sanson le ha hecho, mas con otro celo
»De la puerta mejor que tiene el cielo.

»La cruz se lleva el Persa, finalmente
»No queda á nuestras vidas esperanza,
»Que era en el mar de nuestras penas puente
»Que desta márgen á la eterna alcanza:
»Y á la santa ciudad el rayo ardiente
»Del castigo de Dios, para venganza
»De las ofensas nuestras, cerca y mira,
»Y en truenos habla el golpe de su ira.

»Salgamos, hijos, de la excelsa cumbre
»Del dorado Sion, y descendiendo
»Al arroyo de llanto y pesadumbre,
»Vamos las aguas del Cedron creciendo:
»En esta noche servireis de lumbre,
»Por donde vaya mi dolor siguiendo
»Los pasos de un vencido, que solia
»Triunfar del Asia cuando Dios queria."

Dijo: y vertiendo mil cristales puros,
De aquel hermoso tronco yedras fueron,
Saliendo en traje humilde por los muros,
Que enternecidos su cimiento abrieron:
Ya los claros del cielo y los oscuros
Tan varia mezcla en el ocaso hicieron,
Como dejan confusa los pintores
La tabla en que han tenido las colores.

Íbase el sol, y la triforme luna
Mayores sombras desplegaba al suelo,
Cuando los cinco en última fortuna
Piden, no ya piedad, mas sombra al cielo:
Y cuando ya sin consentir ninguna,
Quitaba el sol al alba pura el velo,
Que cubre honesta sus divinas luces,
Vieron en blancas armas rojas cruces.

La señal los acerca, el miedo espanta:
Lléganse á conocer, y el triste Guido
Se ve desde la gola hasta la planta
De sangre propia y bárbara teñido:
Las piezas rotas por la insignia santa,
El crucígero arnés todo rompido,
Porque ya las correas y los pernos
Alivian de piedad los hombros tiernos.

Cárdeno el rostro, y ya de sangre seca
Yerta la barba, con feroz semblante
Mira á Sibila; pero amor le trueca,
Y vuelve de diamante blando amante:
¡Oh vil cultor de la desierta Meca,
Sepulcro de aquel bárbaro arrogante!
¿Cuándo pensaste ver, como hoy has visto,
Los reyes que ganaron el de Cristo?

Guido se arroja del caballo, y luego
Los de su escuadra, roja insignia y lises,
No huyendo el rostro del Atrida griego,
Al pío Eneas y al caduco Anquises;
Mas para ver del encendido fuego
Del apóstata conde y nuevo Ulises,
Cuatro niños en hombros de Sibila,
Penates de la sangre que destila.

Abrázanse los reyes, y desciende
Llanto común por todos los piadosos
Circunstantes, y el aire claro enciende
El fuego de suspiros temerosos:
Por una y otra parte el sol extiende
La diadema de rayos luminosos,
Y no cesa el llorar, la noche baja,
Y crece el llanto con mayor ventaja.

Bañada en sangre la menguante luna,
De la tierra se alzaba soñolienta,
Y no daba el dolor tregua ninguna
Ni á quien escucha el mal, ni á quien le cuenta:
Amar, y verse dos en vil fortuna
Tal vez el tierno sentimiento aumenta,
Que como crece el bien y el alegría,
Tambien aumenta el mal la compañía.

"Suspende, esposa, dijo el triste Guido,
»El miserable, aunque forzoso, llanto,
»Sufran tus ojos el mirar vencido
»Quien era ayer del vencedor espanto:
»Pues tantas veces de laurel ceñido,
»Enarbolando el estandarte santo
»Me vieron estos muros, y estas puertas
»Cerraron palmas á mi triunfo abiertas:

»No á mí, no á tantos nobles capitanes
»Rindió la temeraria valentia
»De egipcios, ni de pérsicos soldanes,
»Ó nuestra vergonzosa cobardia:
»No porque en los franceses y alemanes
»Desmayó la virtud, esposa mia,
»Mas porque solo truecan los vendidos
»Una letra no mas para vencidos.

»Á donde el conde apóstata nos puso,
»Por agua de la sangre hicimos trueco,
»En un campo el ejército difuso,
»Mas que la ardiente Libia inculto y seco:
»Corriendo el agua, el escuadron confuso
»Bebióse el rio, y al dejarle en seco,
»Muertos del Persa allí con sangre propia
»Le volvieron á hacer en mayor copia....

»Esto pudo un traidor, y desta suerte
»Castiga el cielo las ofensas mias;
»Asi la sangre juntamente vierte,
»Y duran á Jebus las profecias:
»Bien fuera honrosa en tanto mal la muerte,
»Mas no lo fuera mientras tú vivías,
»Pues quedando en poder de mi contrario,
»Ni imitára á Alejandro, ni yo á Dario.

»Deja, señora, la ciudad sagrada,
»Ya solo de la vida se te acuerde;
»Y en tanto peregrina desterrada,
»Que se viste Orion de rojo y verde,
»Hoy, que el ardiente serafin la espada
»Fogosa vibra, y la inocencia pierde
»Su puro estado, cumpla la malicia
»Lo que decreta la mayor justicia."

"Tu honor agravias, respondió Sibila,
»En dar satisfaccion de tu fortuna;
»Si el cielo contra tí la espada afila,
»¿Qué monte hiciéra resistencia alguna?
»Terror del mundo se llamaba Atila;
»Hércules godo en la primera cuna;
»Mas cuando el cielo su defensa toma,
»Tembló una noche al Pescador de Roma.

»Aquí se ve que desampara el cielo,
»Sin querer resistir las fuerzas godas,
»Por nuestras culpas, el sagrado suelo,
»Donde se obró la redencion de todas:
»La pira de Artemisia, casto celo,
»El muro babilon y el sol de Rodas,
»Ni todos los milagros deste nombre
»Se igualan al sepulcro de Dios hombre.

»Y pues permite el cielo que cautivo
»Quede en poder de un bárbaro persiano,
»Lágrimas solamente le apercibo
»Para aplacar su rigurosa mano:
»Mucho has perdido, pero vuelves vivo,
»Con que podrás del vencedor tirano
»Librar el templo, cuando llegue el dia,
»Que mueva al cielo la sangrienta Elia.

»Yo triste, ni vencida, ni forzada
»Iré contigo, que esto y mas te debo,
»Donde jamás se vió planta estampada
»Ni su arena tocó rayo de Febo:
»El mismo centro de la Zona helada,
»El rigor de la tórrida me atrevo
»Vivir contigo; porque aquella viene
»Á ser mas patria donde el bien se tiene."

Pagó en abrazos la respuesta Guido,
Y, sin volver á la ciudad, tomaron
Por el valle mas bajo y escondido
Una senda, que en lágrimas bañaron:
Mil veces de las fuentes el rompido
Cristal lenguaje turco imaginaron,
Que el son que él hace en la garganta llena
Imita el agua que entre piedras suena.

II.

Batalla de Ptolemaida en que Guido de Lusiñan vence á Saladino.

DEL LIBRO 4.

En tanto Guido retirado á Tiro,
Donde estaba el marques de Monferrato
Con reliquias del campo, que al de Ciro
Fue igual y al de Pompeyo y Viriato:
Juntos armenio, macedon y epiro,
Y los soldados del francés ingrato,
Que al Saladino los vendió primero,
Sale á cercar á Ptolemaida fiero.

Al encuentro de Guido alegre parte
De la santa ciudad el Saladino,
Al paso de la música de Marte,
Cubriendo de soldados el camino:
Tiembla de su belígero estandarte
El polo opuesto, como el mar vecino,
Que van pisando los franceses lirios
Sus elefantes y camellos sirios.

Por aguardar al gran Sirasudolo
Su hermano, no acomete el turco á Guido,
Que le rindiera desarmado y solo,
Pero no fue del cielo permitido:
Ya matizaba en el oriente Apolo
El manto de la Aurora, y al olvido
Iba la noche con sus negras alas,
Cuando Guido á los muros pone escalas.

Óyese en esto el son de las trompetas,
Amenazando que los dos hermanos
Con mil naciones al Soldan sujetas
Vienen vibrando rayos en las manos:
Cesa el asalto, y vuelven inquietas
Las armas al furor de los persianos,
Como suele dejar al que persigue,
Y vuelve el toro al que detrás le sigue.

Toma Sirasudolo là vanguardia,
Rige Branzardo el cuerpo, y las banderas
Cerca de la alta pica y alabarda,
Donde seguras vuelan lisongeras:
Tarudante de Fez la retaguardia,
Que un fresno vibra entre las manos fieras,
De piel de tigre y conchas de oro armado,
Y palmíferos árabes cercado.

Mas cuando quiso derribar furioso
De un golpe en Asia los latinos nombres,
Con bramidos de un parto belicoso
Retumba el mar preñado de armas y hombres:
Detiene al turco el eco sonoroso,
Mira si es bien que en tus miserias nombres,
JERUSALEN, á Dios, y vuelta al centro
Del mar, treguas permite al duro encuentro.

"¡Oh gran Soldan! repite un moro envuelto
»En polvo y sangre; mira en las riberas
»Del mar todo el poder junto y resuelto
»De Etesia y Dinamarca en cien galeras:
»Como en tiempo de Jerjes mira vuelto
»Su curso en puente, y plaza á sus banderas,
»Mas soberbio de ver sus cruces rojas,
»Que los muros que él baña, y tú despojas.

»Viene lucida gente del rey Bela
»De Hungría, abriendo el mar navales carros:
»La prudente Venecia se desvela,
»Y el de Génova y Nápoles bizarros:
»Ricardo vuelto ya de Compostela
»Con mil aragoneses y navarros,
»Que trae el rey Alfonso de Castilla,
»Cubre del mar inglés la helada orilla.

»Estos que vienen, de los otros cuentan
»El viaje que aquí te significo,
»Y aun dicen muchos, quiera Dios que mientan,
»Que viene de Alemania Federico:
»Con esto la batalla te presentan,
»Y contra el fuerte, victorioso y rico
»Ejército que ayer rompió su frente,
»Levantan la cerviz inobediente."

Admirado el terror del Asia escucha
Al nuncio triste, pero no turbado,
Y entre el furor y la tardanza lucha
Con el deseo de quedar vengado:
Y conociendo que la culpa es mucha
De haber por vana remision dejado
Volver la espalda á la ocasion ligera,
Mandó hacer alto á la primer bandera.

Guido, abrazando con palabras tiernas
Los flamencos y etesios capitanes,
Las banderas bisoñas y modernas
Reparte á los franceses y alemanes:
Pone á un caballo las armadas piernas
A vista de los árabes soldanes,
Y con el fresno herrado que blandia
Los infama, provoca y desafia.

Blasfema el Saladino, ardiendo en ira
De ver que Guido, ayer su esclavo y preso,
Hoy mide el campo en el bridon que espira
Fuego en espuma y en aliento espeso:
Su gente ordena, sus escuadras mira
Desiguales de Guido en tanto exceso,
Y viendo que él espera un rey vencido,
Esto dice á su ejército atrevido:

"Soldados, estos son, estos que armados
»Veis, de temor que no de acero y brio,
»Aquellos mismos hombres que turbados
»Vencistes en las márgenes del rio:
»Estos aquellos míseros cruzados
»Que ya solté del cautiverio mio,
»Cual pescador desde la orilla fresca
»Vuelve al agua la vil y humilde pesca.

»Ya sabeis como se atan estas manos,
»Y se vencen cobardes corazones;
»Ya de Jerusalen los ciudadanos
»Cantan mi triunfo y tiemblan mis pendones:
»Si desta suerte son los veteranos,
»¿Qué importan los bisoños escuadrones?
»Que el mar que engendra tales maravillas,
»Arroja como escoria á las orillas.

»Con las rompidas lanzas que os sobraron
»Los habeis de vencer: el mismo acero
»Que entonces con su sangre matizaron
»Es el que tiemblan ruginoso y fiero:
»Los vencidos atad, los que llegaron
»Venced, que desde aquí prometer quiero,
»Si los rendís, peregrinando á Meca,
»Pasar los campos de la Libia seca."

Con las trompeta, cajas, grita y voces,
Que ¡al arma! ¡al arma! suenan atrevidas,
Le responden los bárbaros atroces,
Y levantan las armas homicidas:
Francos, flamencos y húngaros feroces
Esperan los soberbios arsacidas,
Á cuyo encuentro el sol, confuso el cielo,
Retrocedió su signo y paralelo.

En un morcillo Cortugol valiente,
Cuyas clines ataban cintas blancas,
Con mil penachos en la crespa frente,
Y en las verdes cubiertas de las ancas,
Rompe el tropel de la confusa gente,
Sin respetar las azucenas blancas,
Porque quiere á su sol probar á solas
Las águilas de Córdoba españolas.

Don Juan, porque ninguno entrase dentro
Del escuadron en busca de su lanza,
Con ella á Cortugol sale al encuentro,
Y por medio de todos se abalanza:
La parte de la vida, punto y centro
De quien respiracion y aumento alcanza,
Fue blanco al golpe, cuya herrada punta
Al lazo del codon la cerviz junta.

Era de suerte la nudosa entena,
Y las fuerzas del brazo tan distintas,
Que juntos estamparon el arena
Morcillo, Cortugol, penacho y cintas:
En una pia de remiendos llena,
Con mas estrellas que una tigre pintas,
Dando al furor con el recelo espacio,
Sale á vengarle Belcoran sarmacio.

Con tanta ligereza, gracia y gala
Al salto en poca tierra le dispone,
Que en las mismas estampas que señala,
Las manos otra vez cayendo pone:
El hierro al vientre relevado iguala,
Que el duro casco al rededor compone
De suerte, que al doblar las coyunturas
Él mismo pudo ver sus herraduras.

Las lanzas miden el sarmacío fiero
Y el cordobés don Juan, mas de tal suerte,
Que la del español llegó primero,
Trocando Belcoran su vida en muerte:
"Espera, dice, ilustre caballero,"
En altas voces Brunequildo fuerte:
Mas fue dar en leon humilde cierva,
Ó como en pardo azor cobarde cuerva.

Todo se cierra ya con nube espesa
De polvo, de furor, espanto y grita:
Reina la confusion, el órden cesa,
La muerte la victoria solicita:
Cual por los cuerpos muertos atraviesa,
Sin que la tierra otro lugar permita,
Y cual huyendo el tránsito mas fuerte,
Por escapar la vida halló la muerte.

Caen algunos, y otros van delante,
Las lanzas rompen, las espadas mellan,
Que sin que sangre, ó vida los espante,
Cabezas, cuerpos, armas y almas huellan:
Otros, con frente rígida arrogante,
Cara á cara se matan y atropellan,
Y pasan de las sillas á las ancas,
Tiñendo en sangre las cubiertas blancas.

Ya el sangriento vestido de la guerra
Sus mangas por los llanos esparcía,
Honrando lo que arrastra por la tierra
Con tanta guarnicion de infantería:
Ya el uno y otro ejército se cierra,
Y con duro teson vencer porfia,
Mostrando los que ayer fueron vencidos,
No ser culpados, sino ser vendidos.

Con Almerico, del rey Guido hermano,
Branzardo viene á singular batalla,
Tarudante á Conrado busca en vano
El corazon por la menuda malla:
Ya deja á Brunequildo el castellano,
Cuyo eterno valor la envidia calla,
Y pretende probar de solo á solo
Al temido soldan Sirasudolo.

Herfrando, esposo de Isabela, hermana
De Sibila, los bárbaros afrenta:
Su gente anima el rey, y en la persiana
Abre camino, y la victoria intenta:
Saladino, esgrimiendo la inhumana
Espada, en los cruzados la ensangrienta,
Discurriendo por una y otra parte
La confusion del polvoroso Marte.

Pero, apretando la francesa gente
Los puños y los dientes furibunda,
A los ojos la imagen diferente
De la fama, ó la infamia, que redunda
Rota del campo la primera frente,
Desbarata de suerte la segunda,
Que dando á Guido honor y al cielo gloria,
Alcanzaron del bárbaro victoria.

Vencido el Saladino del rey Guido,
Redújose afrentado: los cristianos
En el rico despojo prometido
Prueban, no la codicia, á henchir las manos:
Vuelve á JERUSALEN roto y vencido,
Dando suspiros á los aires vanos,
Y entra en Sion sin enramar sus puertas,
Las cajas mudas, y las luces muertas.

III.

Un peregrino español cuenta á Saladino la pérdida de España en tiempo del rey Rodrigo.

DEL LIBRO 6.

"Si el supremo dolor por tantos años
»De sus hijos misérrimos sufrido
»Quieres oir, y á casos tan extraños
»Y portentosos dar piadoso oido;
»Escucha los humanos desengaños,
»Periodos de un reino tan temido,
»Aunque la noche caiga, y venga el sueño,
»Del cuidado mortal perplejo dueño.

»Mas ¿quién se templará de llorar tanto,
»Si del traidor, que el blanco arnés se puso,
»Ó el que el sagrado círculo y el manto,
»En los pastores de Toledo intruso,
»Á la memoria vuelve el duro espanto,
»La furia alarbe, y el clamor confuso,
»Ó piensa en el sangriento alfanje airado
»De Muza, fiero y bárbaro soldado?

»Rodrigo, último godo.... apenas puedo
»Sin lágrimas nombrarle, que las llama
»El patrio horror y el vergonzoso miedo
»Que en nieve por las venas se derrama....,
»La portentosa cueva de Toledo,
»Que hoy vive en tantas lenguas de la fama,
»Hizo descerrajar, y de mil viejos
»Atropelló santísimos consejos.

»Despues de haber con hachas ilustrado
»Sus escuras entrañas, y de vivas
»Voces oido el cóncavo animado,
»Derramadas las sombras fugitivas:
»Donde por lo mas lejos dilatado
»Sonaba el eco *Pocos años vivas:*
»Y en otras partes: *Infeliz Rodrigo*,
»*Ya se te acerca el bárbaro castigo*:

»Pálido todo, abriendo un arca, mira
»Un lienzo que doblado en ella estaba
»El triste rey, cuya pintura admira,
»Que su trágico fin pronosticaba.
»Armados de rigor, venganza y ira,
»Ya por los hombros la pendiente aljaba,
»Ya en la mano feroz como el sugeto
»El fresno herrado y el flexible abeto,

»Vió sangrientos alarbes escuadrones
»En caballos del África pequeños,
»Con bolsas turcas de agua en los arzones,
»Y el dulce y vil sustento de sus dueños:
»Lunas á media lumbre en sus pendones,
»El mar de Gibraltar, y armados leños,
»De cuyo estrecho á las riberas anchas
»Iban saliendo por mojadas planchas.

»Latinas letras á la margen puestas
»Decian: *Cuando aquesta puerta y arca*
»*Fueren abiertas, gentes como estas*
»*Pondrán por tierra cuanto España abarca:*
»Rodrigo, con temor de las funestas
»Sombras, preludios de la breve parca,
»Triste añade candados á la puerta,
»Despues de estar á la desdicha abierta.

»Criábase con otras bellas damas
»Florinda bella, cuyos ojos fueron
»De España ¡oh Persa! las primeras llamas
»Que sus helados montes encendieron:
»Pues las Asturias solas y montañas
»De Vizcaya su furia resistieron,
»Por tener por imagen á Pelayo,
»Laurel divino al africano rayo.

»Esta miró Rodrigo desdichado:
»¡Ay, si como su padre fuera ciego!
»Sacó sus ojos Uvitisa airado,
»Fuera mejor los de Rodrigo luego:
»Gozára España el timbre coronado
»De sus castillos en mayor sosiego,
»Que le dió Leovigildo, y no se viera
»Estampa de africano en su ribera.

»Ciento y cincuenta veces visto habia
»El sol del aries rubio los espacios,
»Y al pez austral, que Siria honrar solia,
»Mudado las escamas en topacios,
»Mientras España en dulce paz vivia:
»Mas el amor, que á templos, que á palacios,
»Que á cetros, libros, armas no perdona,
»Quitóle de la frente la corona.

»Amaba el rey la desigual Florinda
»En ser gentil y desdeñosa dama,
»Que quiere amor que cuando un rey se rinda
»Desdenes puedan resistir su llama:
»No fue de Grecia mas hermosa y linda
»La que le dió por su desdicha fama,
»Ni desde el Sagitario á Cinosura
»Se vió en tanto rigor tanta hermosura.

»Creció el amor como el desden crecia,
»Enojóse el poder, la resistencia
»Se fue aumentando, pero no podia
»Sufrir un rey sugeta competencia:
»Extendióse á furor la cortesía,
»Los términos pasó de la paciencia,
»Haciendo los mayores desengaños
»Las horas meses y los meses años.

»Cansado ya Rodrigo de que fuese
»Teórica el amor y intentos vanos,
»Sin que demostracion alguna hubiese
»Puso su gusto en practica de manos:
»Pues quien de tanto amor no le tuviese
»Con los medios mas fáciles y humanos,
»¿Cómo tendria entonces sufrimiento
»De injusta fuerza en el rigor violento?

»Ansias, congojas, lágrimas y voces,
»Amenazas, amores, fuerza, injuria,
»Prueban, pelean, llegan, dan feroces
»Al que ama rabia, al que aborrece furia:
»Discurren los pronósticos veloces
»Que ofrece el pensamiento á quien injuria:
»Rodrigo teme, y ama y fuerza, y ella
»Cuanto mas se resiste está mas bella.

»Ya viste de jazmines el desmayo
»Las heladas mejillas siempre hermosas,
»Ya la vergüenza del clavel de mayo
»Alejandrinas y purpúreas rosas:
»Rodrigo ya, como encendido rayo,
»Que no respeta las sagradas cosas,
»Ni se ahoga en sus lágrimas, ni mueve
»Porque se abrase, ó le convierta en nieve.

»Rindióse al fin la femenil flaqueza
»Al varonil valor y atrevimiento:
»Quedó sin lustre la mayor belleza,
»Que es de una casta vírgen ornamento:
»Siguió á la injusta furia la tibieza,
»Aparecióse el arrepentimiento,
»Que viene como sombra del pecado,
»Principios del castigo del culpado.

»Fue con Rodrigo este mortal disgusto,
»Y quedó con Florinda la venganza,
»Que le propuso el hecho mas injusto,
»Que de mujer nuestra memoria alcanza:
»Dícese, que nó ver en el rey gusto
»Sino de tanto amor tanta mudanza,
»Fue la ocasion, que la mujer gozada
»Mas siente aborrecida que forzada.

»Su padre de Florinda era romano,
»No era español, moverle intenta á ira:
»Era del moro embajador cristiano,
»Y conde de Consuegra y de Algecira:
»Al escribirle tiemblan pluma y mano:
»Llega el agravio, la piedad retira,
»Pues cuanto escribe la venganza, tanto
»Quiere borrar de la vergüenza el llanto.

»No son menos las letras, que soldados;
»Los renglones hileras y escuadrones,
»Que al son de los suspiros van formados,
»Haciendo las distancias las dicciones:
»Los mayores carácteres, armados
»Navíos, tiendas, máquinas, pendones:
»Los puntos, los incisos, los acentos,
»Capitanes, alferez y sargentos.

»Breve proceso escribe, aunque el suceso
»Significar quejosa determina,
»Pero en tan breve causa, en tal proceso
»La perdicion de España se fulmina.
»Sábelo el conde, y reprimiendo el seso,
»Que alguna vez tras el dolor camina,
»Sufre, y pasa del mar el duro estrecho,
»Siéndolo mas el corazon al pecho.

»Habla á su hija el ofendido padre,
»Renuévase el dolor y la vergüenza,
»Ayuda al llanto la afligida madre,
»Que á tres amargas voces se comienza:
»Si puede ser que el círculo se cuadre,
»Y que su gran dificultad se venza,
»Pidan sutilidad á un agraviado,
»Que por vengarse le dará cuadrado.

»Llevó Julian al África á Fandila,
(Que así su noble esposa se llamaba)
»Dejando á quien su honor tanto aniquila
»La que despues el mundo llamó Cava:
»Lágrimas tiernas al partir destila
»Florinda, á quien la industria consolaba:
»Vivió Julian en África, y Rodrigo
»Libre de imaginar en su enemigo.

»Pasó la Libra igual, el sol ardiente
»Pasó del Escorpion y el Sagitario,
»Del Capricornio vió la armada frente,
»Y las urnas del húmido Aquario:
»Y ya del argentado Pez ausente,
»Tranquilo el mar y firme el tiempo vario,
»Pasó otra vez á España, y al rey godo
»Con rostro alegre aseguró de todo.

»Díjole que Fandila le pedia
»Á Florinda su hija humildemente,
»Que en llanto eterno y en dolor vivia
»La mar en medio, y de su sangre ausente:
»Rodrigo, que en agravios no sabia
»Conocer por las rayas de la frente,
»Dióle á Florinda, sin mirar que escribe
»En marmol el pesar quien le recibe.

»No bien el conde sus dos prendas tuvo
»En África seguras, ¡triste hazaña!
»Cuando con Muza concertado estuvo
»El incendio fatal de toda España:
»Y puesto que él entonces se detuvo
»Hasta saber si Julïan le engaña,
»Tarife vino, y comenzó los daños,
»Que no tuvieron fin en tantos años.

»Salió don Sancho, un joven valeroso,
»Sobrino de Rodrigo, en triste punto
»Contra Tarife, un escuadron famoso
»De castellanos y andaluces junto:
»Mas en cuatro batallas victorioso,
»La gente rota, el capitan difunto,
»Creyendo al que los guia y acompaña,
»Excedieron los límites de España.

»Rodrigo, viendo al atrevido moro
»Y al desleal apóstata cristiano
»Contra el valor del gótico decoro
»Despreciar las columnas del tebano,
»Sus banderas listó de cruces de oro,
»Y contra el fiero bárbaro africano
»Opuso cien mil hombres, y en persona
»Atravesó los campos de Archidona.

»Mas en los de Jerez, puesto delante
»Para el último fin de nuestras glorias
»Tarife de victorias arrogante,
»Aunque de robos mas que de victorias:
»La fama con la pluma de diamante,
»Que escribe y eterniza las memorias,
»A nuestros ojos míseros presenta
»La batalla mas trágica y sangrienta.

»Mientras que las noctívagas estrellas
»En el escuro manto se mostraren,
»Y al mar los rios y las fuentes bellas
»Con inmortal furor se despeñaren:
»Mientras el cielo se contemple en ellas,
»Sus ejes cesen y sus tornos paren,
»Y de los elementos la porfia,
»Durará la memoria de este dia.

»¿Quién dirá que entre tanto que pelea
»Con el moro escuadron el godo Marte,
»En el claro epiciclo que platea
»La luna anduvo la primera parte?
»Cada cual de los dos vencer desea:
»Las fuerzas del poder y las del arte
»Llegan á lo posible; mas la gloria
»Está indecisa, y tiembla la victoria.

»Salia el sol sobre el rosado velo
»Del Aurora, y hallaba el fiero estrago;
»Llegaba ardiendo á la mitad del cielo,
»Y via discurrir de sangre un lago:
»Bajaba la callada noche al suelo,
»Y el español y el monstruo de Cartago
»Parece que otra vez juntos se vian,
»Ó que sobre Sagunto competian.

»Daba la vuelta el sol de su camino,
»Y hallaba el mismo estrago, aunque llevando
»Rodrigo lo mejor, mas su destino
»Iba las horas de su fin contando.
»Pasáronse del bando Sarracino
»Los dos hijos de Costa, procurando
»Vengarse de Rodrigo, que tenia
»Tiranizado el reino que perdia.

»Era Costa legítimo heredero
»De Teodofredo por primero hermano;
»No les dió el reino, que sobervio y fiero
»Fue aleve tio y desleal tirano:
»Con estos, y el sacrílego tercero
»De que les prometiese el africano
»De España el cetro, que jamas tuvieron,
»Al godo rey los de África vencieron.

»Entró Rodrigo en la batalla fiera
»Armado en blanco de un arnés dorado,
»El yelmo coronado de una esfera,
»Que en luces vence al círculo estrellado,
»En unas ricas andas ó litera,
»Que al hijo de Climéne despeñado
»Engañáran mejor que el carro de oro,
»De igual peligro y de mayor tesoro.

»La púrpura real las armas cubre,
»El grave rostro en majestad le baña,
»El cetro por quien era le descubre,
»Rodrigo, último godo, rey de España:
»Mas de la suerte que en lluvioso octubre
»Lo verde que le viste y la campaña,
»Desnuda al olmo blanco, rompe y quita
»Vulturno airado, que al invierno incita,

»Caen las hojas sobre el agua clara
»Que le bañaba el pie, y el ornamento
»Del tronco imita nuestra edad, que para
»En su primero humilde fundamento:
»Desierta queda la frondosa vara,
»Sigue la rama en remolino al viento,
»Que la aparta del árbol, que saltea
»Su blanca, verde y pálida librea:

»Asi Rodrigo, el miserable dia
»Último de esta guerra desdichada
»Quedó en el campo, donde ya tenia
»La majestad del hombro derribada:
»Allí la rota púrpura yacia
»Teñida en sangre y en sudor bañada:
»Allí el verde laurel y el cetro de oro,
»Siendo el árbol su cuerpo, el viento el moro.

»Por las orillas trágicas se mete
»En Orelia, que solo le acompaña,
»Del siempre lamentable Guadalete,
»Que llevó tanta sangre al mar de España:
»Si por olvido se llamaba el Lete,
»Trueque este nombre la victoria extraña,
»Y llámese memoria deste dia,
»En que España perdió la que tenia.

»Que por donde á la mar entraba, apenas
»Diferenciando el agua, ya se via
»Con rojo húmor de las sangrientas venas,
»Por donde le cortaba y dividia:
»Gran tiempo conservaron sus arenas,
»(Y pienso que ha llegado á la edad mia)
»Reliquias del estrago y piedras hechas
»Armas, hierros de lanzas y de flechas.

»Dicen que el rey con un pastor al fuego
»Pasó la noche, y sin hacerle salva,
»Cenó su pan, y que le dió sosiego,
»Cama de campo de tomillo y malva:
»Y que de sangre, polvo y llanto ciego
»Al primero crepúsculo del alba
»Tomó una senda; y á morir sujeto,
»Corrido de su fin, murió en secreto.

»¡Horrible caso, prodigiosa guerra,
»Que á quien sobraba tanto mundo vivo,
»Muerto no hallase siete pies de tierra,
»En que dejar el cuerpo fugitivo!
»¡Cuánto el juicio de los hombres yerra,
»Y cuánto puede el hado ejecutivo!
»¿Quién hay que ignore á donde fue su oriente?
»Mas ¿quién sabrá su fin y su occidente.....?"

IV.

Combate disimulado de Garceran con Ismenia para declararla su amor: Alfonso los sorprende.

DEL LIBRO 13.

Armada en blanco el pie sobre un repecho,
Cubierta de un pavés hasta la planta,
Ismenia resplandece, y da en el pecho
De Garceran, que al alba se levanta:
De algunas plumas y listones hecho
En la celada, cuyo espejo encanta,
Como el que vuelve en piedra atlante moro,
Le vió un penacho en una mano de oro.

Conoció Garceran que el suyo era,
Cuando con ella la contienda tuvo,
Y para declarar su pena fiera,
De hacelle la ocasion pensando estuvo:
Mil veces lo que intenta considera,
Mas cuantas la vergüenza le detuvo,
Tantas amor le incita, que amor sabe
Hacer tierno al sobervio, humilde al grave.

Ya van los pies siguiendo al pensamiento,
Ya el alma queda atrás con los despojos,
Que cual caballo indómito y violento
Ha menester al apetito antojos;
Aunque los del primero movimiento
Tambien dejan llevarse de los ojos,
Que no hay razon que asir las crines pueda,
Cuando la voluntad sin riendas queda.

"Mísero Garceran, dice á sí mismo,
»Que no hay de quien quejarse otro ninguno.
»Si me trujo la fe de mi bautismo
»Sin otro galardon, ó premio alguno
»Á libertar del ciego paganismo,
»Por los húmidos reinos de Neptuno,
»La santa piedra del tirano esclava,
»Donde la eterna libertad estaba:

»Y en su rescate tanta sangre he dado,
»Y alcanzado tambien tantas victorias,
»¿Cómo de un vano error precipitado,
»Quiero romper el curso de mis glorias?
»Mas si del capitan huye el soldado,
»Dícenlo la experiencia y las historias,
»Algunos pasos, si ofenderle piensa,
»Y tras ellos se pone á la defensa,

»Bien puedo yo, que he dado tantos pasos,
»Huyendo del amor tres años justos,
»Volverme á él, y referir mis casos
»Á quien apenas sabe mis disgustos:
»Buenos testigos son los campos rasos,
»Donde por medios, por ventura injustos,
»Ismenia dijo al rey su pensamiento,
»De que lo mismo con su ejemplo intento."

Con esto mas trocado de semblante,
Que si el muro de Jafa acometiera,
Ó á Branzardo, Aradin y Tarudante,
Á Ismenia dijo alzada la visera:
"Has dado en ser tan loco y arrogante,
»Príncipe de Limenia, que quisiera
»Que fueras destos bárbaros persianos,
»No mas de para hablarte con las manos."

"Garceran, respondió con rostro grave
»Ismenia, si mi nombre no te oyera,
»No creyera que en mí tu loca nave
»Como en escollo á deshacerse diera:
»Ni en mi arrogancia, ni en mis obras cabe,
»Pues desde que pisamos la ribera
»Desta ciudad, aunque la envidia informe,
»No hay hombre que de mí tal queja forme."

"Pues ¿cómo, dice Garceran, te pones
»Ese penacho, que de España truje,
»Con esa mano de oro y los blasones
»De tantas armas que á mis pies reduje?"
"Esta mano, estas plumas y listones
»De cualquiera que en ellos se dibuje
»Tan fuerte y vencedor, responde Ismenia,
»Pensé que eran del príncipe de Armenia.

»Y no los traigo sin razon, Manrique,
»Aunque ha tres años que ponerlos pude,
»Ni que el despojo al véncedor se aplique,
»En tanto que la suerte no se mude:
»Al dueño, aunque sobervia signifique,
»(No sé si crea que eres tú, ó lo dude)
»Yo le vencí, y en la verdad que digo
»Te doy la misma prenda por testigo."

"Esto quiero, responde, que me digas,
»Rey de Chipre, en el campo, donde vea
»Si mi penacho á tu celada ligas,
»Para que ahora quien le pierda sea:"
"Á mucho, dice, Garceran, me obligas,
»Pero si tu español brazo desea
»Probarme por envidia, ó por venganza,
»Aquí dejo el pavés, espada y lanza.

«No han de perder la empresa dos soldados
»De tan alto valor, con fuerzas solas
»Podrás probar mis brazos desarmados,
»Y yo tus arrogancias españolas:
»Detras destos peñascos elevados,
»Que baten por el pie del mar las olas,
»Hay un campo de arena, en que te espero
»Desnudo el cuerpo de traicion y acero."

Garceran, que otra cosa no queria
Sino abrazar aquel hermoso pecho,
Sigue del arenal la incierta via,
Que estaba de las peñas poco trecho:
La mar un campo verde y blanco hacia
De arena y yerba, en cuyo seno estrecho
Mil bucios arrojaba y caracoles,
Y nácares de varios tornasoles.

Allí los dos se juntan y se quitan
Los petos, guardabrazos y celadas,
Y á los peñascos que la mar habitan
Las dejan por un rato encomendadas:
Ya se miran, se llaman y se incitan,
Las manos de los pechos apartadas,
Yertos los cuellos, las espaldas anchas,
Pisando el agua y el arena á manchas.

No de otra suerte en la feroz palestra
Del foro ó circo máximo se enjuga
El luchador, y el pecho abierto muestra,
Tuerce los brazos y la frente arruga:
El diestro pie delante, en cercos diestra
La membruda persona pone en fuga,
Porque en asirse bien ó mal estriba,
Que estampe el suelo, ó que el laurel reciba.

Ya se abrazan los dos, ya se desasen,
Ya se ponen mejor, ya otro ardid trazan,
Ya los brazos, y ya los hombros asen,
Ya finalmente el cuerpo todo enlazan:
¡Guarda, famosa Ismenia, no te abrasen
Las encubiertas llamas que te abrazan,
Que no te ponga nuevo Alcides, mira,
La camisa de Nesso Deyanira!

¡Guarda! que es Garceran sierpe Lernea,
Que fuego espira del herido pecho,
Porque, como decir su amor desea,
Sale en suspiros tímidos deshecho:
Con pocas fuerzas Garceran pelea,
Para que dure aquel abrazo estrecho,
Porque si con los pies ardides traza,
Es que como la vid al olmo enlaza.

Como la sierpe de Laocon, en pago
De haber herido aquella imagen tosca,
Que fue de Grecia honor, de Troya estrago,
Asi la oprime, liga, anuda, enrosca:
Mas no hay la nube y cueva de Cartago,
Ni por sus verdes árboles se embosca,
Que no era Garceran hijo de Anquises,
Ni contaba las máquinas de Ulises.

Así luchaba Apolo con Jacinto,
Y Júpiter en forma de Diana
Con la que ahora es Osa en tan distinto
Lugar del que vivió con forma humana:
Menos confuso al ciego laberinto,
Industria vil de una muger liviana,
Entró Teseo, que el amante ciego
En tan confusos círculos de fuego.

No sabe en que tendrá límite el hilo,
Y entretiene la cuerda de los brazos;
Ya se deja vencer, ya muda estilo,
Sus pies enlaza con diversos lazos:
No quiere Garceran herir de filo,
Entretener pretende los abrazos,
Y en tanta confusion mirando el suelo,
Se juzga como atlante con el cielo.

Con el carro del sol le parecia
Que por la línea eclíptica llevaba
Las blancas andas en que viene el dia,
Y despeñarse al mar imaginaba:
No solo sus cabellos le ofrecia
La ocasion fugitiva en que ya estaba,
Mas todo el cuerpo, y con tenerle todo,
De gozar la ocasion no sabe el modo.

¿Quién me dirá las ansias, los temores
De un loco amante que á este punto viene?
Ya se acobarda, ya le dice amores,
Ya la quiere dejar, y ya la tiene:
Las peñas que le miran, sus rigores
Sienten, y el mar á verle se detiene,
Y en el teatro Garceran se afrenta
De que un turbado amante representa.

Las ninfas de la mar de ver se admiran,
Cubiertas de ovas, armas semejantes,
Y por las intrincadas hebras miran
La nueva lucha de los dos amantes:
Imaginando el tierno fin suspiran,
Y lascivas se llegan, ignorantes
Que amor que no conciertan las estrellas
Está mas lejos que la tierra dellas.

Sirasndolo, que en Sufet estaba,
Y al victorioso rey inglés temia,
Al rededor su ejército alojaba,
Y al enojado hermano entretenia:
Espias á los campos enviaba,
Entre los cuales una griega espia
Andaba, aunque cristiano, grave insulto,
Por la orilla del mar de Jafa oculto.

Bajaba en un barquillo á tomar puerto
Entre aquellos peñascos que eran plaza
Del desafio, de que viene incierto:
Y por salir del mar que le amenaza,
Echa la plancha, sale, y encubierto
Hinca una estaca y el barquillo enlazá,
Que aun no tiene reson que le detenga,
En tanto que de ver los muros venga.

Apenas dió por el arena un paso,
Cuando suspenso á la marcial contienda,
El cuerpo á un arbol, por saber el caso,
Y el brazo al mar solícito encomienda:
Cercando Ismenia el arenoso raso,
Aunque crezca el amor, y el sol se encienda,
Segura de que solo el mar los mira,
Brama de furia, y Garceran suspira.

"Ríndete, Garceran, Ismenia dice:"
"Tú rey de Chipre, Garceran responde,
»Te has de rendir, porque á mi edad desdice,
»Y mejor á la tuya corresponde:"
"Nunca de mi valor me satisfice,
»Replica Ismenia, como hubiese á donde
»Pudiese ejecutar mi fuerza y brio,
»Sin sangre ó prenda del contrario mio."

La espia, que los nombres oye atento,
Cuyos dueños conoce por la fama,
Que han de matarse presumió contento,
Tanto á los dos el bárbaro desama:
En las albricias puesto el pensamiento,
Como el ladron de la celeste llama,
Hurtó las armas que las peñas solas
Guardaban, y la barca dió á las olas.

Pone en un remo una pequeña vela,
Lienzo que de cubierta le servia,
Y asi en el mar con viento en popa vuela,
Que las aves del cielo desafia:
Y porque sienta el agua que hay espuela,
Tal vez sus lados con el remo heria;
Mas cuando el mismo viento el barco impele,
Sesgo camina como el cisne suele.

Ya Garceran rendido, no en la lucha,
Sino en la resistencia de amor tanto,
Á Ismenia dice: "Ismenia bella, escucha,
»Asi tus años logre el cielo santo:
»Confieso tu valor, tu fuerza es mucha;
»Mas ni de fuerzas, ni valor me espanto,
»Tu hermosura es mayor, que si porfio
»Es por ver que la iguala el amor mio."

No se muestra jamas tan encendida
Al abrirse la rosa castellana,
Que estaba de su verde lazo asida,
A la primera luz de la mañana,
Como de Ismenia se mostró vestida
De aquella carmesí preciosa grana,
De que da su librea la vergüenza,
La cara hermosa, y á decir comienza:

"No puedo imaginar, Garceran lòco,
»Quien ha engañado tu perdido seso,
»Para que aquel valor tengas en poco,
»Que tuvo aquesta santa empresa en peso:
»Tanto de ver tu engaño me provoco
»Á costa de mi honor, que te confieso
»Que muero de pesar de haber dejado
»La espada que te hubiera castigado.

»Si te obliga mi rostro, y la harmonia
»De las bellas facciones femeniles,
»Asi á Nino Semíramis tenia,
»Asi mancebo se afeitaba Aquiles:
»Venus con Marte fue la estrella mia,
»Mi verde edad, mis años juveniles
»No son capaces del robusto brio,
»Que muestra ahora afeminado el mio.

»Pero si consideras mis hazañas,
»¿Cómo te persuades al engaño
»Con que tu loco pensamiento engañas?
»Pues basta la menor por desengaño:
»¿Qué muros has subido? ¿qué montañas?
»¿Á qué peligro? ¿á qué forzoso daño
»Te has puesto, Garceran, en que á tu lado
»No me vieses de honor y acero armado?"

"Mejor dijeras, Garceran replica,
»Que como otra Semíramis famosa,
»Tu estrella al traje varonil te aplica,
»Siendo muger, y por extremo hermosa:
»Asi de hazañas y de triunfos rica
»Rigió la grande Asiria cautelosa,
»Mas no dejó por eso, aunque en secreto,
»De mostrar la flaqueza del sugeto.

»Tú, pues la imitas en ingenio raro,
»En fuerzas y armas, y en marcial ventura,
»Imítala en no ser con pecho avaro
»Tirana para mí de tu hermosura:
»Si es tan forzoso el varonil amparo,
»Conmigo, Ismenia, vivirás segura,
»Tu esposo seré yo, tu igual en todo,
»Marte en las armas, y en la sangre godo.

»Y para qué negar lo que te digo
»No puedas, dulce Ismenia, yo fui el hombre
»Que entre los verdes árboles te sigo,
»Cuando dijiste al rey tu amor, tu nombre:
»Tres años ha que como el sol testigo,
»Sin que la noche de mi error me asombre,
»Mil bárbaros vencí, pero no puedo
»Vencer mi amor, aunque he vencido el miedo.

»Con estos años de silencio llego
»Á que tu pecho tu desden reporte,
»Pues no se enciende Alfonso de tu fuego,
»Mientras Leonor le hiela desde el norte:
»Él te desprecia, Ismenia, yo te ruego,
»Y cuando él mismo que te ruegue importe,
»Él te dirá cuanto mejor ha sido,
»Que un rey galan, un súbdito marido."

"No te puedo negar, toda turbada
»Responde Ismenia, que el amor tirano
»Me trujo desta suerte disfrazada,
»Siguiendo á Alfonso, á quien adoro en vano:
»Tambien sé que Leonor de Alfonso amada,
»Á quien espera el reino castellano,
»Es la ocasion por quien mi amor resiste,
»Amor que ya le dije, y tú lo oíste.

»Pero primero por los hielos scitios
»Brotarán los cogollos de las flores,
»Y en la Libia helarán los rayos pitios
»Con las estrellas en el Can mayores,
»Los altos cielos trocarán los sitios,
»Parados los primeros movedores,
»Que deje de seguir mi pensamiento,
»Aunque me lleve la esperanza el viento."

"Pues antes, Garceran replica, Ismenia,
»Rompiendo el mar las riendas de su orilla,
»Cubriendo el muro de la excelsa Denia,
»Anegará los montes de Castilla:
»Primero el rio que divide á Armenia,
»Y el que es de España oculta maravilla,
»Irán por una senda al Oceáno,
»Que no te adore, aunque te siga en vano."

Alfonso, que avisado de su gente,
El irse juntos murmurado habia,
Buscaba por las peñas diligente
Á Garceran desde que nace el dia:
Hallóle, en fin, en traje diferente
Del que al honesto y grave convenia,
Viendo á los dos turbados y corridos,
Aunque desnudos, de color vestidos.

Ellos, de la manera que corrieron
Al arbol de su error desengañados
Nuestros primeros padres, y se vieron
Del bien desnudos, y del mal culpados,
Á los vestidos y armas acudieron;
Pero no siendo en su lugar hallados,
Encogidos, costumbre del que yerra,
Bajaron las cabezas á la tierra.

"¿Es esta, Garceran, Alfonso dice,
»La fé que de tus obras tiene España,
»Porque en Asia con ellas se eternice
»La sangre del valor que te acompaña?
»Tu fama, Garceran, casta Euridice,
»En cuanto el mar de Siria y Chipre baña,
»Mordida desta infamia irá al olvido,
»Y no la sacará tu honor perdido.

»¿Cómo tuviera Masinisa fama,
»Si no tomara ejemplo del romano,
»Que en Cartagena despreció la dama
»Mayor honor que el triunfo castellano?
»Magno la Grecia al Macedonio llama,
»No porque el mundo sujetó su mano,
»Mas porque, siendo amor tan ciego abismo,
»Venciendo á Dário, se venció á sí mismo.

»Tú solo, que eres gloria y esperanza
»Del uno y otro ejército, caminas
»Por la senda que olvido eterno alcanza,
»Y el Hércules Hispánico afeminas:
»Tú, de quien tiene el mundo confianza
»Que las murallas de Sion divinas
»Has de librar de aquella santa caja,
»Que aun hoy tiene de Cristo la mortaja:

»Tú, de quien tiembla el persa, el parto, el medo,
»Y por quien presa Ptolemaida yace,
»¿Sigues del vano amor el ciego enredo,
»Que los laureles de tu honor deshace?
»Tú, por quien ya segunda vez Gofredo
»Para asombro y terror del Asia nace,
»¿Estás, cuando Ricardo á Jafa asalta,
»Haciendo á tí y á mí y á España falta?

»Cuando el inglés de acero está vestido,
»Cubierto del pavés y fuerte escudo,
»Subiendo por el muro defendido,
»¿Tan lejos del asalto estás desnudo?"
Callaba Ismenia, y Garceran corrido,
Uno está vergonzoso y otro mudo,
Que alguna vez, aunque es la causa honesta,
Hay cosas que carecen de respuesta.

V.

Muestra el egipcio Mafadal á Alfonso en un espejo encantado los reyes que han de ser sus sucesores en Castilla hasta Felipe III. Tambien le muestra á Leonor su esposa prometida hija de Ricardo, y efecto que hace su vista en Alfonso, Garceran é Ismenia que le acompañan.

DEL LIBRO 13.

Entre los que cupieron justamente
Al castellano Alfonso en esta empresa,
Fue Mafadal egipcio, diligente
Un tiempo en oprimir la armada inglesa.
Informa al español la turca gente
De que la magia Mafadal profesa,
Y que él fue autor de aquella nave en Jope,
Llena de sierpes de la quilla al tope.

Y deseoso de saber las cosas
Á los reinos católicos futuras,
Si bien por las estrellas son dudosas
Del ingenio mortal las conjeturas,
Que solo de las manos poderosas
Del autor de las dos arquitecturas
Terrestre y celestial, están pendientes,
Y antes de ser como en su ser presentes:

Por ver si es cierta la esparcida fama
Del sabio Mafadal, y convencido
De Garceran, y de la hermosa dama
Que adora la memoria de su olvido;
Con mil promesas al egipcio llama,
Y el bárbaro á su tienda conducido,
Mostrarle ofrece los retratos vivos
De los reyes de España sucesivos.

Parte el mancebo ilustre, acompañado
De Garceran é Ismenia, de su tienda,
Cuando la negra noche al carro helado
Remisa daba soñolienta rienda:
Las verdes yerbas de un ameno prado
Blanca divide una distinta senda,
Por donde á un bosque el bárbaro los guia,
Sombroso albergue de una fuente fria.

Allí, por unos cóncavos formados
De parras y de espinos trepadores,
En cuyos brazos cuelgan intrincados
Racimos verdes entre blancas flores,
Al cantar de los pájaros sagrados
Por la ferocidad y los amores
Al airado planeta Rodopeo,
Propuso dar principio á su deseo.

Dos pirámides verdes ó cipreses
Sus puntas á los cielos levantaban,
Á quien ya de temor, ya de corteses
Las aves de aquel bosque respetaban:
Y á cuyos troncos los floridos meses
Por palio de sus fiestas señalaban
Los fenicios, corriendo por la arena
Desde una cueva en que la fuente suena.

Del uno al otro un claro espejo atado
De tres varas en cuadro les ofrece,
Lustroso, guarnecido y relevado,
Que á la luz de dos hachas resplandece,
Los reflejos del cual todo el sagrado
Bosque, como se vé cuando amanece,
Cubrian de una escasa luz, que hacia
Los blancos visos con que nace el dia:

Cual suele parecer sesga laguna,
La márgen guarnecida de espadañas,
Cuando mirada de la blanca luna
Resurte plata á las vecinas cañas,
Brilla la luz en el cristal, y alguna
Descubre por los troncos las montañas,
Donde huyendo se fueron deslumbrados
Los mansos ciervos de los verdes prados.

Callaba el bosque ya, callaba el viento,
Que solo entre los céspedes bullia,
Y el agua con respeto el claro acento
De su voz en sí misma detenia.
En esto con gallardo movimiento
Vieron que dentro del cristal venia
Una tropa de armados caballeros,
Y el divino Fernando en los primeros.

Sobre un caballo blanco, en cuya frente
Una dorada pieza relumbraba
Con un penacho rojo, que eminente
Las puntas en esferas remataba,
Al freno y al talon tan obediente,
Que á la imaginacion se anticipaba,
Venia el santo rey, y en un dorado
Pavés el claro Betis retratado.

Su hijo Alfonso el Sabio le seguia,
Con tan justa razon llamado el Sabio,
Que la extrangera envidia no tenia,
Con ser de España, el nombre por agravio.
Partido el campo del pavés traia
En la parte inferior un astrolabio,
Y un cielo con un peso, en que á los reyes
Mostró á medir con la de Dios sus leyes.

En un caballo negro Sancho el Bravo,
De un jaco armado, con la banda roja,
En el pavés un rey alarbe esclavo,
Rayos de fuego de la vista arroja:
El undécimo mira Alfonso octavo
Tan fuerte, que aun parece que despoja
Los moros del Salado; cuyos hechos
Le dieron en Castilla tantos pechos.

Con un baston de relevadas puntas
Feroz el rey don Pedro en un melado
Muestra la fuerza y la arrogancia juntas;
Del romano Calígula traslado:
La blanda paz y la piedad difuntas
Cubren el campo del pavés dorado,
Entonces el cristal mar parecia,
Que el furor de sus ondas detenia.

Con tres Henriques dos valientes Juanes
Vienen tras él los tres en tres overos,
Y los dos en dos fuertes alazanes,
Con mil victorias de los moros fieros:
Si miráran entonces los soldanes
Del Asia relumbrando los aceros
Á los dos que los siguen, de la frente
Se les cayera el árbol eminente.

Aquel Fernando quinto, que de España
La sangre dividió mora y hebrea
De la noble, que tanto infesta y daña,
El campo descubierto señorea:
El peinado cabello el rostro baña
De luz, y su divina Ipsicratea
Con las tocas antiguas parecia
El siglo de oro que en los dos volvia.

El sol del Austria en nuestra playa muerto
Á la sazon de sus floridos años,
Los sigue alegre hasta los pies cubierto
Un rucio pisador de negros paños:
Tembló el cristal, apenas descubierto,
Aquel, de quien temblaron los estraños
Mares desde este polo al mas distinto,
El siempre victorioso Carlos quinto.

Ya se humillaban árboles y plantas
Al segundo Felipe y al tercero,
Y al nuevo Salomon las luces santas
En el sublime polo y hemisfero:
Alfonso que miró grandezas tantas
Del fenix español y su heredero,
Quisiera hablar, pero el cristal escuro
Súbitamente se cubrió de un muro.

VI.

Amores de Henrico, conde de Campania, y de Isabela, viuda de Herfrando.

DEL LIBRO 14.

Isabela entre tanto algunas tardes
Triste desciende al mar, triste y vestida
De blancas tocas y de negro luto,
Á darle con sus lágrimas tributo.

Allí sentada llora entre unas peñas
La gran tragedia de su esposo Herfrando:
Por divertirla, el mar entre pequeñas
Conchas rojos corales iba echando:
Y los delfines con alegres señas,
Bonanza en su dolor pronosticando,
Entre las aguas sosegadas bullen,
Y en círculos de plata se zabullen.

Jugaban en la orilla las arenas
Lascivamente con la espuma blanca,
De caracoles y de aljofar llenas,
Que el mar de tersos nácares arranca:
Los ramos de coral rojos apenas
Vierte con mano liberal y franca,
Lágrimas ella, el mar para cogerlas
Las suyas trueca á sus hermosas perlas.

Mas ¿qué será consuelo á un desdichado?
Todo le cansa, aflige y le congoja:
Fuego es el agua, el zéfiro pesado,
Aunque vaya saltando de hoja en hoja,
Sierpes las flores, áspides el prado,
Del blanco arroyo el murmurar le enoja,
Que cuanto por el campo alegre suena,
Sospecha que murmura de su pena.

El conde de Campania Henrico muere
De zelos del difunto, y las heridas
Le desconfian que remedio espere,
Que hay zelos que sin alma quitan vidas:
Pues si de zelos ya difuntos quiere
Amor ensangrentar las homicidas
Flechas, quien vivos los sustenta, cielos,
¿Qué llama os hurta, que le distes zelos?

Animóse á seguirla, al mar desciende,
Vele venir al mar, y puesta en duda,
Igualar á Parténope pretende,
Porque en la tierra no hay á donde acuda:
Los corales arroja, porque enciende
Vergüenza el rostro, y en coral le muda;
Mas las mejillas luego á nieve iguales,
La color se le fue tras los corales.

No era vergüenza virginal aquella,
Dos veces Isabela era casada,
Viuda era Isabela, y no era en ella
Nueva cosa el amar, ni el ser amada:
Mas la desigualdad de alguna estrella,
La condicion esquiva y recatada,
Ó no agradarle el conde, que es lo cierto,
La memoria llevaban tras el muerto.

Mas como suele ser la cortesía
La capa con que amor al desden ciega,
Isabela esperó cortés la espía
De la humildad que siempre teme y ruega:
"Fuego del alma venturosa mia,"
Henrico dice, y á Isabel se llega,
Que aunque la llama fuego, está tan ciego,
Que quiere mas que la templanza el fuego.

"¿Qué haré, prosigue, en que agradarte pueda,
»Y conozcas la fé de mis entrañas?
»¿Qué haré por muestra de mi amor, que exceda
»Del hijo de Alcumena las hazañas?
»Tendré del cielo la estrellada rueda,
»Como del negro Atlante las montañas,
»Que bien puede tener su peso eterno,
»Quien sufre de tus zelos el infierno.

»Cuando á mandarme tu desden apliques
»En consideracion de mi deseo,
»Son pequeños trabajos los de Psiches,
»Breve el mar de Jason y de Teseo:
»¿De qué sirve, Isabel, que signifiques
»Tanto dolor de tu pasado empleo?
»Mas fáciles se miran de olvidarse
»Las cosas imposibles de cobrarse.

»Yo soy el conde de Campania Henrico,
»Mi sangre te es notoria, y mi ascendencia,
»No excedo mucho de tu edad, soy rico,
»En lo demas tú juzgas la presencia:
»Será gusto de Guido y de Almerico,
»De quien te hablo con igual licencia
»Que mi esposa te llames, pues no hay hombre
»Mas digno en Asia deste ilustre nombre.

»Goza tu edad, que habiendo de casarte
»No es discrecion que aguardes á que ruegues:
»Mi amor, mi gusto se honran de rogarte,
»Aunque á los dos tus esperanzas niegues:
»Mira este mar por una y otra parte,
»Antes que á hablarme con desden te ciegues.
»Abrazando esta peña, que amorosa
»Con ronco murmurar la llama esposa.

»Aman aquestas conchas el rocío,
»Y el alba esperan con abiertas bocas:
»Mira los alcïones con qué brio
»Sus nidos hacen en aquellas rocas:
»Mira despues este pinar sombrío,
»Cuyas ramas verás, ó faltan pocas,
»Todas cubiertas de casadas aves,
»Que cantan al amor versos suäves.

»Pues si de cuantas cosas hay criadas
»Tomas ejemplo, ¿aguardas por ventura
»Á ver las horas en desden pasadas
»Al espejo sutíl de la hermosura?
»Eso que ahora de mirar te agradas,
»Vendrás á aborrecer, la nieve pura
»Verás sin lustre, porque en nuestra vida
»Pasan las horas con veloz corrida."

Oyó Isabela al fin, no huyó Isabela,
Que la muger que escucha no despide;
Negó al principio, el conde con cautela
La lengua enfrena, y con las manos pide:
Ya el ciego amor la aníma y la desvela,
Y desde el alma hasta los ojos mide
El camino con cartas de conciertos:
Si en vivos falta fé, ¿qué esperan muertos?

Ya responde mas blanda, ya se trata
De la comodidad del casamiento,
Ya dice que no es bien mostrarse ingrata
Á tanto amor, á tal merecimiento:
Ya el conde ofrece de oro, perlas, plata
Montes, que suele amor trocar en viento;
Ya se concierta de la boda el dia,
¡Tal se muda la humana fantasia!

Ya la que estaba esquiva y desdeñosa
Dice que tanta dicha no merece,
Que amor le tuvo (¡qué ordinaria cosa!)
Como en aquel efecto se parece:
Mas que disimulaba la amorosa
Llama, que á veces encubierta crece
Respeto de su estado: finalmente
Acepta lo que dice, ó lo que siente.

Peñas del mar, que competir quisistes
Con la hermosa Isabel en la firmeza;
Ondas, que vuestras conchas ofrecistes
Para aliviar su desigual tristeza;
Nácares, que sus lágrimas cogistes,
Formando perlas de mayor belleza,
Decid á quien las busque, y vea trocada,
Que era muger, y que escuchó rogada.

VII.

Huye del campo Ismenía ofendida de que Alfonso quiera casarla con Garceran. — Aventuras de la labradora Lucinda.

DE LOS LIBROS 16 Y 17.

Huyendo va la desdeñosa dama
Por unas tristes selvas al galope
De quien mas ama y de quien menos ama,
Sin que remedio ni descanso tope:
Apenas mira de olmo verde rama,
Que hiedra, vid, ó balsamina acope:
Apenas ave, ó tórtola casada
Que no la ahuyente ó rompa con la espada.

Mientras con su mortal melancolia
Mira los troncos, y se venga en ellos,
La noche por un monte descendia,
Sueltos hasta la tierra los cabellos:
Sin tiempo quiso apresurarse el dia,
Viendo las perlas de sus ojos bellos,
Porque creyó, como las yerbas dora,
Que se acercaba el sol y era la aurora.

Estaba una cabaña mal formada
De troncos por labrar, donde la fruta
Rústica, en muchos que no fue cortada,
Pendiente estaba, y con el tiempo enjuta:
El pálido membrillo y la granada,
Como se ven tal vez en parda gruta
Carámbanos helados entre hiedra,
Que el tiempo convirtió de hielo en piedra.

Lavando estaba al rayo de la luna
Hermosa y solitaria labradora
En un arroyo manso, que importuna
Con verdes juncos y espadañas Flora.
Las espumas recibe una laguna
Huespeda de unos cisnes, que enamora
La voz de la serrana de tal suerte,
Que la van á imitar para su muerte.

Hablóla Ismenia, y respondió Lucinda
Alzando la cabeza; y como fueron
Espejo cada cual de la mas linda,
Á un tiempo de su sol reflejos dieron:
¿Qué habrá que amor no desvanezca y rinda?
Perdónenme las armas que pudieron
Mover mi pluma, que de aquella espuma
Tambien tomé para cantar la pluma.

Lleva Lucinda á Ismenia finalmente,
Y del dueño cruel la mansa pia
Ocupa en un pesebre, que en la frente
De la cabaña para un buey tenía:
Quítale la celada diligente
Á la llorosa dama, y sale el dia
De tan pequeño oriente, haciendo soles
Las plumas de diversos tornasoles.

La cena se apercibe en pobre mesa
Con negro pan y cándida cuajada,
Tan fresca, que por ella se vé impresa
Mimbrosa encella en torno dibujada:
La roja y aurea Hesperida camuesa,
En su principio del dragon guardada,
Las dulces uvas en esparto seco,
Y el agua sin malicia en corcho hueco.

Descansa Ismenia al fin en pobre cama,
Si descansa quien tiene amor y celos,
Hasta que vió por la mal junta rama
La blanca luz de los serenos cielos:
Lucinda teme á la celosa dama,
Que el traje de varon le da recelos,
La espada esconde, y quédase vestida
Por si fuese de Ismenia combatida.

Ismenia jura no volver á Tiro,
Ni en su vida al ejército cristiano,
Firmando su desden con un suspiro
El juramento, aunque jurado en vano:
Mientras se esconde, y mientras llora el tiro
De la flecha de plomo el castellano,
Por quien Ismenia ser laurel quisiera,
Y coronarse, Garceran espera......

Ismenia triste en la cabaña oculta
Con tantos pensamientos diferentes,
Mientras la sabia á Garceran consulta
Los verdes bosques y las sacras fuentes:
Volver á la batalla dificulta
Con la imaginacion de ver presentes
Los enemigos que aborrece y ama,
Que adora á Alfonso, á Garceran desama.

Fuerte cosa es querer, y despreciada
Llorar los celos de lo que otro quiere;
Pero mayor aborrecer, y amada
Sufrir que un hombre aborrecido espere:
Es un reloj la voluntad pagada,
Donde es volante amor, que toca y hiere
Las dos partes igual, y todo el dia
Hace una consonancia y armonía;

Es índice la vista que señala
El gusto concertado entre dos pechos;
Las ruedas los sentidos, donde iguala
El tiempo amor en daños y provechos:
Si del concierto la aficion resbala,
Y no se van moviendo satisfechos
El uno al otro, queda, si lo ignoras,
Suspensa el alma, y sin tocar las horas.

Sentados, pues, al discurrir sonoro
De un arroyuelo manso, que formaba
Mil caracoles sobre arenas de oro,
Y un prado en laberinto trasformaba,
La bella labradora del tesoro
De amor pagado, á Ismenia, que escuchaba
Su historia atenta, asi le dijo, y luego
Corrió el arroyo de color de fuego:

"Cuando el famoso rey de Palestina,
»Dejado en paz de su fortuna adversa,
»Se fue á casar á la ciudad divina,
»Que ahora tiene el Saladino persa,
»Desde el santo Jordan á la marina
»De Jope discurrió gente diversa,
»Desde las blancas puertas del oriente
»Á los últimos soplos de ocidente,

»Vino entre tantos príncipes y reyes
»Un labrador de pensamientos altos,
»Que á veces suelen entre humildes bueyes
»Al cielo dar encelados asaltos:
»Mas como del amor las varias leyes,
»Tanto en los pechos de grandezas faltos,
»Como en los que respeta el hemisferio,
»Ejecutan la fuerza de su imperio;

»Un príncipe de aquellos viendo acaso
»Esto que acaso has visto y conocido,
»Quiso á mi condicion salir al paso,
»Mas de interes que de aficion vestido:
»Y porque la grandeza en campo raso
»No se probase con mi tosco olvido,
»Y el que fuese en las armas igual mio,
»Saliese con mi honor al desafío;

»Al que dije buscó, que conquistase
»Mi rustico y villano pensamiento,
»Y en oro prometido quilatase
»Las fuerzas de mi honor y entendimiento:
»Armóse de oro, y como al fin llegase
»Á dar con temeroso atrevimiento
»Asalto á la muralla mas confusa,
»Miróse en el espejo de Medusa.

»Si te digo verdad, yo le escuchaba
»El oro que por otro prometia,
»Y el de su talle y discrecion miraba,
»Que de mayor valor me parecia:
»Marcelo, dije, en opinion estaba,
(Advierte que Marcelo se decia)
»De conservarme en el rigor pasado,
»Porque es la libertad dichoso estado.

»Pero si amára yo, mi igual amára,
»Que amor de iguales mas se afina y dura,
»Y á un hombre de tus prendas sujetára
»Esto que llaman honra y hermosura:
»Entonces él enrojeció la cara,
»Y díjome: "si fuera mi ventura
»Tan grande que servirte mereciera,
»De tesoros de amor príncipe fuera."

»No andaba amor entonces descuidado,
»Que bien nos concertó los pensamientos,
»El interes del príncipe mudado
»En los que llama amor merecimientos:
»Yo pienso que primero concertado
»Fue de los celestiales movimientos,
»Que no es posible que tan presto agrade
»Lo que el cielo no influye y persuade.

»Puso los ojos, y aun el alma puso,
»Él me decia que en mis ojos bellos,
»En muchos versos que á su honor compuso,
»Llamando sol azul la color dellos:
»Despues que nuestra vida amor dispuso,
»Y até su libertad con mis cabellos,
»Me dieron celos y sospechas guerra,
»Que amaba y era amado en otra tierra.

»No me engañé: bien sabe aquesta fuente
»Que lágrimas juntamos yo y la aurora,
»Una mañana que al salir de oriente
»Me vió celosa en estos lirios Flora;
»Mas él me dijo ansi: "Jamás aumente
»Lluvia del cielo, que los campos dora,
»Mis trigos, mis sembrados y mis huertas,
»Si á la verdad con la sospecha aciertas.

»Amé, y amado fuí de una serrana
»Hermosa y entendida en todo extremo,
»Mas con el mismo Galatea humana
»Del igual á Tersites Polifemo:
»Yo como ví que mi esperanza vana
»Iba por alta mar á vela y remo
»Á dar en los escollos del engaño,
»Al templo me acogí del desengaño.

»No hay remedio de amor como el ausencia,
»Porque es delito y quiere tierra en medio,
»Y en ella no ha de haber correspondencia,
»Porque si la hay destrúyese el remedio:
»Yo me partí con la mayor violencia,
»Pasado de mi amor bien lustro y medio
»(Que pudo humano corazon rendido)
»Á las riberas de tu dulce olvido.

»Tú con la fuerza de tu hermosa vista
»Me sacaste del alma sus memorias,
»Y rindiendo la suya á tu conquista,
»Cantaron mis sentidos tus victorias:
»No hay yerba, ó piedra que al amor resista,
»Como otro amor: advierte las historias
»Humanas y divinas, si pudiera
»Vencer amor quien mas amor no fuera."

»Creí, no me engañé, mas algun dia
»Nos vimos juntos, y temí los daños
»Que suele hacer, aunque en ceniza fria,
»El hábito de amor de largos años:
»Mas pudo asegurar mi fantasia,
»Marcelo, con tan claros desengaños,
»Que amando ví, si puede ser sin celos,
»Que dispensaron en mi amor los cielos.

»Persecuciones tristes he pasado,
»Penas, iras y agravios he sufrido,
»Para todas amor fuerzas me ha dado
»Considerando cuan amada he sido:
»Pagué por largos tiempos su cuidado
»De tan estrechos lazos merecido,
»Con ese fruto de las ansias mias,
»Y el árbol del amor de tantos dias."

Volvió Ismenia los ojos, y en el prado
Vió tres hermosas niñas divertidas,
La mayor devanando un pardo hilado;
Las otras dos de la cestilla asidas:
Y á Lauro, ya rapaz, sobre un cayado,
Con dos cuerdas de lana mal torcidas
Haciéndole caballo, y el ameno
Prado midiendo; por quebrarse el freno.

El mas tierno desnudo le seguía,
Y con alegre risa le animaba
Con una vara, y al cayado heria
Lo que por las espaldas le sobraba:
Asido á un hilo por el pie tenia
Tambien un pajarillo que volaba;
Pero por ayudar al otro hermano,
Por el aire trocó la debil mano.

Los dos lloraron, mas que la caida,
El pájaro ya libre, cuyo llanto
Templó con darles una cesta Alcida
De azules flores de romero santo:
Ismenia los miraba entretenida,
Cuando terciado por el hombro el manto,
Corriendo vió pasar un caballero,
Que por las armas conoció primero.

El estado del campo le pregunta,
Y el soldado crucígero le cuenta
Que el uno y otro ejército se junta,
Y que Ricardo la batalla intenta:
Luego el honor al corazon le apunta
Con la deshonra y vergonzosa afrenta,
Que de faltar en ella le resulta,
Si piensan que el temor la tiene oculta.

El caballo apercibe presurosa
Ismenia, y de Lucinda se despide
Con un diamante, que la mano hermosa
En la blancura y la firmeza mide:
Ya van los dos por la fresneda umbrosa,
Cuya jurisdiccion corta y divide
El arroyuelo manso, y la serrana
Por huéspeda lloró, no por liviana.

Llegada pues Ismenia, entre la gente
Francesa se mezcló, para que hallada
Ó muerta, ó viva, en la primera frente
Del escuadron, quedase disculpada:
Mas, aunque contra Alfonso, y justamente,
Del injusto desden estaba airada,
La cabeza á mil partes revolvia,
Por ver si aunque de lejos le veria.

VIII.

Combate del turco Caribe con el portugues Ruy de Silva en la última batalla de los cristianos con los bárbaros.

DEL LIBRO 18.

Caribe turco en un repecho armado
De conchas de ante y de metal bruñido,
Desnudo el diestro brazo, al hombro echado
Un carcaj de cien flechas guarnecido,
Con un alfanje de Azamor al lado,
En un tahalí de piel de tigre asido,
Y un nudoso baston, de aquella suerte
En alta voz amenazaba á muerte:

"Cristianos, ¿hay alguno en tanta gente
»Como ha venido hasta el sagrado rio
»Jordan, honra de Siria y del Oriente,
»Que pruebe cuerpo á cuerpo el valor mio?
»¿Hay español, francés, ó inglés que intente
»Salir conmigo solo en desafio?
»¿Hay algún aleman, ó dinamarco,
»Que pruebe este baston, alfange ó arco?

»Mas no le habrá, porque á la cierta muerte
»Ninguno viene cuando no es forzado,
»Porque naturaleza, aunque sea fuerte,
»Huye, y resiste el daño declarado:
»Mas si uno dije, de la misma suerte
»Esperaré con el que traigo al lado
»Sin arco, sin baston, á diez y á doce:
»Caribe soy, Europa me conoce.

»Todas estas cabezas son cristianas,
»Diez son, y tengo veinte prometidas
»Á un ídolo, que pudo á las tebanas
»Fuerzas rendir, pues estas vió rendidas:
»Llegad, que por sus partes soberanas
»Á ventura tendreis perder las vidas:
»Diez me faltan, mirad que al Ocidente
»Es ido el sol, y que he darle veinte."

Oyólo Ruy de Silva lusitano,
Que con otros famosos portugueses,
Acuña, Ataide, Almeida y Cipriano
De Palla, Vasconcelos y Meneses:
Como suelen las hoces en la mano
Los diestros labradores en las mieses,
Iban dejando atras las enemigas
Vidas, unas en otras como espigas.

Y dejando pasar los compañeros,
Dijo en voz alta: "¿Qué blasonas, moro,
»Entre tantos cristianos caballeros,
»Y en vituperio de la ley que adoro?
»Tus fuertes armas y sobervios fieros
»Ni de la patria ofenden el decoro,
»Ni tienen mas valor que el tiempo breve
»Que tarda en castigarte como debe.

»Si diez te faltan, y la luz se acaba,
»Conmigo y los que has muerto tendras once:
»No dejes el alfanje, el arco y clava,
»Ni el ante con las láminas de bronce;
»Que si tu nombre bárbaro te alaba,
»A mí me llaman Ruy de Silva Ponce;
»Si Europa te conoce, á mí el Oriente,
»Y si me matas, llévame por veinte."

Diciendo asi, con el feroz Tifonte
Se junta Silva, y el acero esgrime,
Y haciéndole bajar del alto monte
De la sobervia, su furor reprime:
Ya estaba todo escuro el horizonte,
Sus blancas letras ya la noche imprime
En su negro papel y húmido manto,
Libro que al grande autor alaba tanto.

Las armas dejan ya Silva y Caribe,
Porque juntos remiten á los brazos
Cual de los dos en la contienda vive,
Hecho el acero y el baston pedazos:
Mas de manera Silva le recibe,
Aunque le traba con diversos lazos,
Y la respiracion del pecho apoca,
Que toda el alma le ocupó la boca.

Los cabellos sangrientos erizados,
Los blancos ojos con espanto abiertos,
Los dientes por la lengua atravesados,
Los brazos flojos, y los dedos yertos,
Los huesos de su ser desencajados,
Con el tumor los nervios descubiertos,
Levanta Silva al turco, y vuelto en hielo
Con ronca voz le restituye al suelo.

IX.

Dinodoro, príncipe de Chipre, hermano de Ismenia, viene á desafiar al que ha usurpado su nombre en el campo cristiano, los dos se reconocen y se abrazan. — Garceran, ya correspondido de Ismenia, va en busca de Clarinardo que habia herido á la princesa en la batalla; combate con él y le mata.

DEL LIBRO 18.

En esto suena el bronce compelido
Del ímpetu furioso del aliento,
Por los ecos extremos conocido,
Donde parece que se queja el viento:
Á la trompeta, al militar sonido
Parte del campo se suspende atento:
Cual dice que es de la ciudad sagrada,
Y cual del mar y de la nueva armada.

Pero, despues del bélico trompeta,
Á cuyo bronce un tafetan asido
Mostraba un cielo azul, que de un cometa
Resplandeciente estaba dividido,
En un rucio rodado á la gineta,
De tela verde hasta los piés vestido,
Bañado como prado en la blanca nieve,
De máscaras de plata de relieve,

Un caballero sosegando llega
El caballo feroz, que con la espuma
Se pinta el pecho, y á sí mismo ciega,
Sacudiendo una banda y verde pluma:
La blanca adarga y verde lanza juega,
Y antes que nadie la razon presuma,
Dice con voz sobervia, y como atento
Paró el caballo el loco movimiento:

"Caballeros, cualquiera que ha tomado,
»Usurpando las armas y el decoro
»De los reyes de Chipre conquistado,
»El nombre del valiente Dinodoro,
»Y tiene vuestro ejército engañado,
»Y al rey inglés, que con las cruces de oro
»Honró su pecho, aunque por justa hazaña
»Favorecido del valor de España,

»Al campo salga, en que mostrarle espero,
»Que ha sido caso indigno y atrevido
»Hurtar el nombre y fama á un caballero,
»Para ser estimado y preferido:
»Con esta lanza y este blanco acero,
»Que traigo al lado, como veis, ceñido,
»Le haré volver la fama y el decoro,
»Que debe á la opinion de Dinodoro."

Ismenia, á quien tocaba la respuesta
De aquel agravio, Garceran ausente,
Apenas oye el reto, cuando presta
Rompe á caballo por la densa gente:
Á la venganza de su honor dispuesta
El herido bridon pone la frente,
Sintiendo de su rojo humor bañados
Las estrellas de acero en los dos lados.

Pára el caballo á vista del famoso
Contrario, y dice: "Si saber deseas
»Preciado de tu nombre generoso,
»Qué caballero con tu lengua afeas,
»Yo soy, pero ladron tan venturoso,
»Que al mismo dueño, cuando tú lo seas,
»Le dí mas honra, aunque á matarme viene,
»Que él y su patria y toda Grecia tiene.

»En prueba de lo cual, pues solo tengo
»Tan cortas armas á tu lengua larga,
»Que por tu voz precipitado vengo,
»Sin aguardar la lanza y el adarga;
»Mientras á la defensa me prevengo,
»Del escuadron católico te alarga,
»Ó aquí, porque mejor tu fuerza arguya,
»Sustenta lo que has dicho con la tuya."

Apenas el valiente caballero
Estas palabras oye, cuando airado
Para que la responda el blanco acero
El fresno arroja al viento, el ante al prado:
Los caballos se acercan, mas primero
Que fuese de los dos ejecutado
El bélico furor movido en vano,
Conoce Ismenia á Dinodor su hermano.

"Pára, le dice, asi te guarde el cielo,
» La espada, caballero generoso,
» Y las tocas y plumas dando al suelo
» Mostró desocupado el rostro hermoso:"
Ya Dinodoro con algun recelo
De que fuese varon tan belicoso
Su hermana Ismenia de Acamante ausente,
Conoce al sol en su segundo oriente.

Con palabras dulcísimas y amores
Bajan los dos belíferos hermanos,
Alternando los brazos y favores
Al pecho, al cuello, al rostro y á las manos:
Acuden á los dos competidores
Franceses, españoles y anglicanos,
Mirando en su hermosura las dos bellas
Luces, hijas del cisne, ahora estrellas.

Cuéntale Dinodoro á donde estuvo
En tanto que ella en Asia, y que volviendo
Á Chipre, nuevas de su ausencia tuvo,
Las hazañas católicas oyendo:
Lo poco que en las islas se detuvo
Por venir á buscarla, y que corriendo
De Candia el mar entró por Cetolía,
Y hasta Siria pasó la Natolía.

Ella tambien le cuenta de qué suerte,
Dejando sus vasallos engañados,
Siguió de Alfonso aquel rigor mas fuerte,
Que los Alpes nubíferos y helados:
Que la libró Manrique de la muerte,
Y estaban de casarse concertados,
Y tanto de su amor encarecido,
Que el pasado desden quedó corrido.

Corre la voz que no es varon la dama,
Que por tantas hazañas fue tenida,
Y causa en todos una ardiente llama
En muchas voluntades prevenida:
Al rey inglés aseguró la fama
Alfonso refiriéndole su vida:
Todos acuden á la tienda, y todos
Cuentan lo que pasó de varios modos.

En tanto que la bella Ismenia trata,
Recuperando el femenil decoro,
En que á la bella Hipsipile retrata,
Mostrar su nuevo esposo á Dinodoro,
Las aguas del Jordan de blanca plata,
Que bordan lazos en arenas de oro,
Pasaba Garceran, que por Ismenia
Iba buscando al príncipe de Armenia.

No con siniestra informacion camina,
Pues apenas pasó la margen, cuando
Vió estar á Clarinardo y Roselina
Entre unos verdes sauces descansando:
El lirio azul, la roja clavellina
Lisonjeras estan sus hojas dando
Á sus cabezas, y á sus cuerpos camas
Amáracos, narcisos y retamas.

"Tú sola, está diciendo Clarinardo
»Á Roselina, eres mi bien eterno:"
Cuando suspende Garceran gallardo
La blanca vista en el dorado perno:
"Aquí, le dice el español, te aguardo,
»Marte de Armenia, que á un mancebo tierno
»Con todo un escuadron acometiste,
»Cuando en tu amparo y proteccion le viste."

No suele el que de súbito despierta
Picado de la víbora escondida
Ponerse en pie con la color tan muerta
Y la sangre al principio de la vida,
Como el Armenio, que la suya incierta
Mira en los brazos de su dama asida,
Y que tan cerca un español le llama,
Que ya conoce y teme por su fama.

Mas, del honor sobervio estimulado
Y del amor, que en la presencia amada
Hará de un corazon afeminado
La mas activa y arrogante espada:
Por la silla acerada trueca el prado,
Y el florido arrayan por la celada,
Y vibrando la lanza le provoca,
Que vuelta en arcos los extremos toca.

No vibra Garceran su fresno herrado
De aquella suerte, porque no pudiera;
Mas, prevenido el brazo levantado,
Llama el caballo á la veloz carrera:
Las blancas ninfas del Jordan sagrado,
Rompiendo con las frentes la postrera
Túnica al agua, los cabellos de ovas
Sacaron de las húmidas alcobas.

En medio estaba el venerable viejo
Adornado de nácares preciosos,
El cuerpo azul sobre el nevado espejo,
Ceñido de corales vergonzosos:
Los arroyos que son de su consejo
Le acompañan en círculos undosos,
Vestidos, para ser tambien jueces,
De verde musgo y de escamosos peces.

Baja la fuerte lanza, que enarbola
El diestro Armenio, y en el aire pasa;
Mas la de Garceran en fuerzas sola
Mejor el blanco en que ha de dar compasa:
Desarma el hierro la doblada gola,
Y la juntura del brazal traspasa,
Cayendo al suelo herido de tal suerte,
Que oyó los ecos de su voz la muerte.

Tras él desciende Garceran sacando
La blanca espada, á quien el brazo tiene
Roselina bellísima llorando;
El español la mira, y se detiene:
Llegan los dos al tiempo que espirando
El alma agradecida se detiene,
Á los años que tuvo compañía
Con el cuerpo que amó, y en quien vivia.

Era el valiente Clarinardo un mozo
Cuya edad no cumplió veinte y tres años,
El rostro como nieve, negro el bozo,
Y los cabellos largos y castaños.
Asi fenece de la vida el gozo,
Tales son los humanos desengaños;
No hay flor como la edad, sale y se quita
En un curso de sol verde y marchita.

"¿Eres cristiano?" dice lastimado
Manrique á Clarinardo, y él replica:
"No soy ¡oh caballero! bautizado,
»Como el traje que ves lo significa:
»Con esta banda, ó tafetan dorado
»Del que en mi patria á vuestro Dios se aplica,
»Me diferencio, porque es blanca ahora
»La del Armenio, que en Tospí le adora."

"Pues no dejes, Manrique le responde,
»Tan alto bien como ganar podrias,
»Á tus pasados nobles corresponde
»Defensa de la fé por tantos dias:
»Mira que mueres, Clarinardo, á donde
»Nació el bautismo, y que las manos mias
»Te pueden dar el agua soberana
»Que dió el Bautista á Dios en carne humana,

»Creyendo en él, y confesando luego
»Tres personas y un Dios, Padre increado,
»Hijo engendrado y amoroso fuego,
»Divina luz y Espíritu sagrado:
»Y que, vencido del humano ruego,
»Preso de amor, por el primer pecado
»Bajó á la tierra el soberano Verbo,
»Tomó carne mortal, forma de siervo:

»Que en una siempre Vírgen humanado
»Nació, y murió por cinco partes roto,
»Y que deste sepulcro, conquistado
»Del pio inglés y el español devoto,
»Salió de nuevos rayos coronado,
»Dejando á Pedro universal piloto
»De su divina militante nave,
»Y de su cielo la dorada llave."

"Creo, le dice Clarinardo, y quiero
»Morir en esta fé como cristiano;
»Confieso un Dios eterno y verdadero,
»Muerto en la Cruz por el remedio humano."
Entonces Garceran del blanco acero
Con rostro alegre desnudó la mano,
Y ofreciéndole el agua el Jordan mismo,
Le dió con las palabras el bautismo.

Con esto, por no ver el triste punto
A que llegaba ya, partió ligero,
Llevando el yelmo con la banda junto
Por despojos del muerto caballero:
Mirando el rostro de color difunto,
Que vió de viva púrpura primero,
Da voces Roselina, y como loca
Aguarda el alma al paso de la boca.

Ya llega en tropa la turbada gente,
Que lejos de la márgen esperaba,
Mientras que al son del agua de una fuente
En brazos de su amante descansaba:
Mirando el espectáculo presente,
Y que con perlas de sus ojos lava
La roja herida, en todo se figura
Pálida sombra de la muerte dura.

Todos preguntan el suceso triste
Admirados, llorosos y turbados,
Ella la fuerza del dolor resiste
En los ojos de lágrimas bañados:
Y al escuadron, que á su desdicha asiste,
Como se ven carámbanos helados
Colgar de peñas altas por el hielo,
Así le dice, y se lamenta al cielo:

"Al pie de aquellos sáuces, al ruído
»De aquella fuente, y al olor suave
»De aquella murta y arrayan florido,
»Donde cantaba amor en forma de ave,
»Quedó para mi mal mi bien dormido,
»Seguro entonces, porque nadie sabe
»Por donde pasa nuestra frágil suerte
»Del sueño de la vida al de la muerte.

»Contenta estaba yo de ver las flores
»Envidiosas del bien de que gozaba,
»Trasladar á sus hojas las colores
»Que el dulce sueño á sus mejillas daba:
»Por no le despertar diciendo amores,
»Con la imaginacion le regalaba,
»Y él me pagaba tanto sentimiento
»Con respirar en mí su blando aliento:

»Cuando aquel español, aquel villano,
»Aquel rayo encendido, aquel valiente,
»Que trujo Alfonso al Asia, aquel tirano,
»Ocaso de las vidas del oriente,
»Armado en blanco, y en la fuerte mano
»Un pino de su rama y tronco ausente,
»Para vengar á Dinodor de Clides,
»Se le puso delante como Alcides.

»Lo que pasó, pues que le veis herido,
»Y por el pecho y brazo atravesado,
»Muerto en los mios, que la culpa he sido,
»Pues dí la causa al español soldado,
»Ya lo cuentan los ojos, del sentido
»Á la lengua el dolor anticipado:
»¿Qué puedo yo decir sin esperanza
»De darle vida, ni tener venganza?"

Dijo: y en todos esparcido el llanto,
Gran rato humedeció sus tristes ojos,
Y muchos dellos prometieron tanto,
Que en parte consolaron sus enojos:
Atravesando, pues, el Jordan santo,
Para que fuese Garceran despojos
De la llorosa dama, le siguieron,
Pero ni le alcanzaron, ni quisieron.

Ella con los demás y el cuerpo triste,
Dejando el monte Amano, por la arena
Que el Éufrates de verdes juncos viste,
Camino fue de la alta Melitena:
En tanto al alma Garcéran resiste
Con la presencia de su bien la pena;
Mas cuando llega al campo, vió que habia
Partido ya para la sacra Elía.

Entra por ella el fuerte castellano
Con los despojos del señor de Armenia;
Llega al palacio de un Soldan persiano,
Posada de los reyes de Limenia:
Estaba entonces Dinodor su hermano.
Entre los brazos de la bella Ismenia;
Cúbrese todo de un zeloso hielo,
Viendo en la tierra el Géminis del cielo.

"¿Qué es esto, dice, así la fé se guarda
»Á un hombre ausente? Ismenía le responde:
»Esto, español, merece quien se tarda,
»Y mal á lo que debe corresponde:
»Garceran replicó: Quien ama aguarda.
»Bien dices, respondió: Si sabe á donde
»Asiste el bien; ni obliga á firme ausencia
»Quien se va de su dama sin licencia."

"Yo, dijo Garceran, fui por vengarte
»Siguiendo al rey de Armenia, y sus despojos,
»Que le maté por tí, puedo mostrarte,
»Como dieran lugar tantos enojos:
»Eres de Chipre, yo parezco Marte,
»Pues apenas me aparto de tus ojos
»Cuando tú, mas ingrata que Coronis,
»En brazos tienes este bello Adonis:

»Al cual estoy pensando de qué suerte
»Haré, cruel, con el dolor pedazos,
»Si como á Licas le daré la muerte;
»Ó como á Anteo entre mis fuertes brazos:"
"Mejor acertarás, capitan fuerte,
»Respondió Dinodor, si con abrazos
»Debidos al hermano de tu esposa
»Paga mi amor tu voluntad zelosa."

Con esto á un tiempo mismo á los hermanos
Mas bellos que formó naturaleza,
Asegurando los rezelos vanos
Dos hiedras hizo amor de su firmeza:
Acuden los hidalgos castellanos
De mas alto valor, fama y nobleza,
Y dándole debidos parabienes,
Alcanzan parte de tan altos bienes.

X.

Muerte de Saladino.

DEL LIBRO 20.

Mientras á Henrique honraba Celestino
De la dorada é imperial corona,
Puesto en Italia fin á su camino,
Y temida del mundo su persona,
Acometió la muerte al Saladino,
Aquella que á ningun mortal perdona,
Y al rostro que temió todo el oriente,
Se puso con el suyo frente á frente.

Bajaba á un baño; que á la diestra parte
De la ciudad sagrada se escondia
Entre unas peñas, el persiano Marte;
Cuando tambien el sol dejaba al dia:
Por algunos arroyos que reparte
En blancos lazos una fuente fria,
Llevado de tristezas y congojas
Sentóse al son del agua y de las hojas;

Y estando asi tan lejos de su gente,
Como de verse alegre, imaginando
En las pasadas guerras del oriente,
Donde estaba pacífico reinando:
Entre las peñas y la blanca fuente
Salieron cuatro sombras apartando
Las verdes ramas con sonido horrendo,
Ó fue lo cierto que las vió durmiendo.

Llevado por el bosque, entre las peñas
Pasó una cueva lóbrega, de entrada
Tan oculta, que el sol perdió las señas,
En la niñez del mundo fabricada:
Donde por presas, márgenes y haceñas
Sonaba el agua turbia dilatada
De varios rios, que hasta el mar corrian,
Que mil cipreses lúgubres ceñian.

En esta varias naves fluctuaban,
Y todas finalmente se perdian:
Las removidas aguas contrastaban,
Y con las altas peñas combatian:
Las barcas pobres, que en el golfo andaban,
Y las velas mas altas sumergian
Una misma tormenta, un mismo viento,
Dándoles en el fondo eterno asiento.

Allí se via en la vestida nave
De púrpura el pontífice supremo,
El cardenal y el arzobispo grave,
Y el césar de Alemania á vela y remo:
Allí el que apenas los principios sabe,
Y el que es en toda facultad extremo,
Las armas y las borlas de colores,
Los reyes y los rudos labradores:

Allí los que pretenden los gobiernos:
Allí los ambiciosos desvelados,
Las bellas damas, los mancebos tiernos,
Y la demas diversidad de estados:
Los que piensan vivir siglos eternos,
De su fortuna próspera engañados,
Sin ver que el rio cuanto va mas fuerte,
Mas corre al mar de la vecina muerte.

¿Qué cosa como ver todo tendido
El lienzo de una nave generosa,
Todo penol, todo garcés vestido
De tanta banderola bulliciosa?
Y en un instante ¡oh gran dolor! rompido
El árbol en la mar tempestuosa,
Sembrando jarcias, gúmenas y cables,
Sepultarse en las aguas miserables.

En medio deste mar estaba sola
Una casa de huesos, tan distinta,
Que ignoráran Vitruvio y el Viñola
Si era dórica el órden ó corinta:
Persa, griega, romana y española,
Y arquitectura universal la pinta,
Fabricados de varias calaveras,
Remates, frontispicios y acroteras.

Estaba entre sepulcros escondidos
Aquella reina del linaje humano,
Hasta que Dios con brazos extendidos
Le derribó las armas de la mano,
Sobre pálidos huesos carcomidos
El carcax de las flechas inhumano,
El arco armado á todas cuatro edades
De la diversidad de enfermedades.

Allí estaban las Parcas homicidas;
Laquesis tierna estambre humana hilaba,
Torcía Cloto las ardientes vidas,
Atropos fiera sin dolor cortaba;
Los venenos, las armas, las heridas,
Los dolores, la peste fomentaba:
Mas cuidados y estudios, ¡fuerte cosa!
Eran la enfermedad mas peligrosa.

¡Oh miserable corta vida nuestra!
¡Óh cuerpo vil, pues para cada parte
Tantos dolores y miserias muestra,
Que los nombres apenas sabe el arte!
¡Oh muerte inexcusable, oh muerte diestra,
Ultimo fin, donde la vida parte,
Como el discurso referido advierte,
Que en Marte comenzó, y acaba en muerte!

Tiró la muerte al Saladino, y luego
Sonó la flecha en todo el mar lloroso:
Volvió del baño sin hallar sosiego,
Ó fuese cierto caso ó fabuloso:
Ya las venas enciende mortal fuego,
Ya se esparce el veneno riguroso,
Ya todo el aparato, en que consiste
El corrompido humor, las venas viste.

El Persa quiso hacelle resistencia
Con el dolor de las pasadas glorias:
Mas, conociendo la mortal sentencia,
Rindió á sus pies sus triunfos y victorias:
Á sus hijos, que ya su eterna ausencia
Lloraban, refiriendo las historias
De sus principios, dijo de esta suerte,
Vivo feroz, filósofo en la muerte:

"Nací, queridos hijos, morir debo:
»Viví, fui espanto al mundo, ya soy nada:
»Triunfé de cuanto en Asia mira Febo,
»Y ya me oprime aquella planta helada:
»Enriquecí: mas ¿qué pensais que llevo
»Al límite fatal de mi jornada
»De todas las riquezas del oriente?
»Este fúnebre lienzo solamente.

»De todos mis imperios y ciudades,
»Damasco, Alepo, Egipto, Alejandría,
»Que conquisté con mil dificultades,
»Baldac, Jerusalen, Siria y Suría:
»De la hermosura de mis cuatro edades,
»De mi poder y de la fuerza mia,
»Que á tantos capitanes me aventaja,
»Solo llevo á la tierra esta mortaja.

»En esto se ha resuelto la riqueza
»Que el santo alcázar de David cubria,
»La bajilla, las joyas, la grandeza
»Y el aparato que tener solia:
»No puede resistir naturaleza
»Á la deuda mortal, pagué la mia:
»No era, ahora soy, y en un momento
»No seré nada, y si algo, polvo y viento.

»Solo, queridos hijos, os suplico
»Que en mi entierro lleveis esta mortaja,
»En que el mortal engaño significo
»Del que ambicioso por subir trabaja:
»El mas gallardo, poderoso y rico
»Cabe despues en una humilde caja:
»Vivo no cupe en Asia, y hoy me encierra
»En este lienzo y siete pies de tierra."

¡Oh capitan gallardo, en experiencia,
Ingenio, industria y fuerza el mas dichoso
De tu edad, en que hiciste competencia
Á tanto rey y príncipe famoso!
Si añadieras ¡oh Persa! á la excelencia
De tu valor heróico y generoso
El ser cristiano, ahora merecieras
Que de los de tu edad el mejor fueras.

NOTAS.

ARAUCANA.

Pág. 18.

Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.
Como el caiman, etc.

No ha entrado en el plan de esta obra hacer observaciones particulares sobre versos y estilo. Sin embargo, ha parecido conveniente citar los versos anteriores, para prueba de lo que se ha dicho en la introduccion sobre el efecto que produce el estilo de Ercilla, aun cuando generalmente carezca de colorido. Esta comparacion del caiman no tiene en sí ponderacion ni aparato, son pocos los adjetivos que lleva, ni presenta fuerza particular de expresion; pero, por su oportunidad local, por su verdad y por su precision, adquiere un mérito sobresaliente.

Cuatro octavas mas adelante hay otro rasgo, que, natural y sencillo al parecer, y no teniendo mas forma que la de una transicion narrativa, hace, por el punto en que se halla, un grande efecto en el ánimo. Muertos los españoles que han embestido primero á los araucanos, otros diez valientes emprenden el ataque, y caen tambien hechos pedazos:

En esto la española trompa oida,
Dió la postrer señal de arremetida;

Y á pesar del denuedo con que los españoles se arrojan al enemigo, esta ya no es una señal de combatir, sino un toque lúgubre de derrota y de muerte, que anuncia el último estrago de los que van á atacar á aquellos bárbaros enconados y feroces. Antes

los indios huían á bandadas de un solo español que los acometiese: ahora los esperan á pie firme, y sacrificados los primeros y los segundos, ¿qué tienen que esperar los terceros?

Fácil fuera continuar estas observaciones sobre la Araucana y demas poemas; pero, como ya anteriormente tenemos insinuado, los jóvenes que se dediquen á esta lectura, deben estar bastante adelantados, para no necesitar de tales advertencias.

Pág. 78.

Y la bella Guacolda, sin aliento,
La causa le pregunta y sentimiento.
Lautaro le responde, amiga mia,
Sabrás que yo soñaba, etc.

Este pasaje de Guacolda, con que Ercilla quiso añadir interes á la muerte de Lautaro, sirve, como otros muchos del poema, á derribar las vanas pretensiones de los que quieren calificar de historia el libro de la Araucana. Es evidente que esta conversacion de los dos amantes no pudo ser oida de nadie, ni referida al autor, y por consiguiente es una invencion suya, al modo que tantas otras, para dar color poético á sus indios. Esto se vé tambien por el carácter de Caupolican, que, aunque indio principal, valiente y membrudo, está muy lejos en las memorias auténticas del tiempo de tener la dignidad y la importancia que en la Araucana. Ni fue elegido general en el modo que en ella se dice, ni mandó siempre las armas de los insurgentes, ni estuvo de comandante mas que en una batalla que perdió. De manera que, al contar su muerte, muy diversa en circunstancias de las que cuenta el poeta, dice el historiador de Chile: *Este es aquel Caupolican que D. Alonso de Ercilla en su Araucana tanto levantó sus cosas*. Todavía es mas extraño lo que resulta de Colocolo. Este anciano tan venerable, y patriota tan ardiente en el poema, era, segun el mismo autor, un cacique siempre amigo de los españoles, á quienes avisaba secretamente de todo lo que los indios intentaban. *Alonso de Góngora en la historia*

inédita de Chile, ya citada, capítulos 28 *y* 36.

Dejando esto á parte, es preciso confesar que él principal interés de la Araucana fenece en la muerte de Lautaro. Las mayores bellezas de la obra están en la primera parte: las que hay en las siguientes pudieran sin mucha violencia ajustarse á ella, y acabando el escritor allí su poema, evitára el imperdonable defecto de divagar tantas veces fuera de su asunto.

MONSERRATE.

Pág. 145.

La muerte, que no viene á quien la llama.

Despues de este verso continúa el poeta así en la octava siguiente:

La muerte, que no viene á quien la *llama*,
Llama llorando en voz amarga y *triste;*
Triste tanto, que el llanto que *derrama*
Derrama el alma que en su cuerpo *asiste.*
Asiste el duelo ardiendo en viva *llama,*
Llama que la vergüenza enciende. ¿*Oiste,*
Oiste, amor, que lloras con su *llanto,*
Llanto que te forzase á llorar tanto?

Enfadosa afectacion de comenzar cada verso por la palabra en que el anterior acaba, de que no resulta mas que un pueril sonsonete de palabras, tan ageno de la situacion como de la verdadera elegancia, y abuso el mas necio que se puede permitir el mal gusto. Son á la verdad pocos los pasajes que en el Monserrate pecan por este estilo: en sus obras dramáticas Virues se daba mas soltura en estas licencias, sin duda para captarse el aplauso del vulgo. Por aqui se verá cuán temprano empezaba á estragarse el gusto entre nosotros, puesto que, aun en el tiempo en que se considera mas puro, ya los escritores juiciosos se abandonaban á tales puerilidades.

CRISTIADA.

La indiferencia con que se miran ya las poesías latinas modernas, hace que sea poco conocido y leido entre nosotros el poema, que con el mismo título y sobre el mismo asunto, escribió á principios del siglo 16 el célebre Gerónimo Vida, obispo de Alba. Es sin embargo uno de los monumentos poéticos mas insignes de aquella época floreciente, y no perderian nada los que se dedican á la poesía en leerle y estudiarle. Melendez sacó de él una buena parte de la bella comparacion del águila con que hermoseó su oda primera á las Artes, y en otros muchos pasajes ofreceria bellezas de imaginacion y aciertos de estilo, que pudieran aprovecharse muy bien.

Es probable que Hojeda le tuviese presente para componer su Cristiada; pues aunque esta obra sea en su totalidad muy diversa, en algunos episodios y adornos particulares se perciben huellas bastante sensibles de imitacion. Vida es mas grande humanista, y sobresale por la regularidad de su plan, por la facilidad con que escribe poéticamente en una lengua ya muerta, y por su continua elegancia. Hojeda no puede competir con él en estas dotes de ejecucion, pero le vence en uncion religiosa, en calor, y en grandeza de ideas, cuando sabe elevar su espíritu á la altura de su asunto. Vida escribiendo para la corte de Leon X, compuesta de príncipes eruditos, de insignes literatos, y de escritores elegantes, no podia poner nada bajo, nada pueril, que hubiera ofendido sobremanera á los oidos de lectores tan delicados. Todos se esmeraban en resucitar en la Italia moderna el lenguaje y las musas del Lacio antiguo; y asi el mérito principal de aquel escritor tenia que consistir, como realmente consiste, en aplicar las formas poéticas del lenguaje latino al asunto religioso de que se habia encargado. Esto lo desempeñó con maravillosa destreza, y Virgilio no ha tenido quizá entre los modernos mejor discípulo, ni mas diligente imitador. Hojeda en la soledad de un claustro, no proponiéndose por lectores mas que teólogos, y almas devotas y re-

ligiosas, no debia atender tanto á estas conveniencias de gusto mundano y literario, que él por ventura ignoraba. Es verdad que no alcanza á la elegancia sostenida, al decoro, y al gusto exquisito con que está ejecutada la Cristiada latina; pero la suya tiene mas magnificencia, pasajes de mayor elevacion, y un calor de entusiasmo ascético, mas propio del asunto, á pesar de sus desigualdades, que toda la cultura de Vida, menos genial que prestada.

Como este poema, segun ya se ha dicho, es raro entre nosotros, no será fuera de propósito poner aqui una muestra de él, para que se vea cuál es su versificacion y cuál su estilo. El pasaje es el de las bodas de la Virgen Maria con san Josef: está en el libro 3.º, y es san Josef el que habla, contando á Poncio Pilato los sucesos de Jesus y de su familia—

Iamque erat apta viro, jam nubilis. Hactenus autem
Distulerant superum monitis parere parentes,
Cum media ecce iterum sublimes luce per auras
Vox audita: Viro properate, ò, jungere natam:
Nec generi longe optandi: de sanguine vestro
Quærantur de more: omnis mora segnis abesto.
Continuo parvam vulgatur fama per urbem:
Tum consanguinei pulchrae spe conjugis omnes
Conveniunt juvenes, complentur virginis aedes.
Ipse etiam patri consanguinitati propinquus
Accesi, quamvis aevi maturus, ut ipsi
Æquaevo natae ob thalamos gratarer amico.
Stabant innumeri forma, atque aetatibus aequis
Florentes, coelum cui munera tanta pararet
Incerti, et sortem sibi quisque optabat amicam.
Dum spes ambiguae, dum turba ignara futuri,
In secreta domus omnes evasimus altae
Tecta, ubi Joachides numem placare solebat
Virginis ore pater: fuit ara veterrima, nostrae
Quam gentis primi posuere, metuque sacratam
Ter centum totos atavi coluere per annos.
Hanc humiles circum, et prostrati fundimur omnes
Orantes pacem superos, superumque parentem,
Det signum coelo placidus quem poscat ab alto.
In medio astabat lacrymans pulcherrima virgo

Flaventeis effusa comas, demissaque largo
Rorantes oculos fletu: pudor ora pererrans
Cana rosis veluti miscebat lilia rubris:
Qualis, virgineos ubi lavit in aequore vultus,
Luna recens, stellis late comitantibus, orta
Ingreditur gracili coeli per cerula cornu,
Talis erat virgo juvenum stipata corona
Multa Deûm verbis testata, Deique ministros
Aligeros non sponte sua haec ad munera flecti.
Hortatur pavidam pater, et lacrymantia tergit
Lumina, jussa docens superûm, simul oscula libat.
Ecce autem, ut praesens aderat quoque pronuba, coetu
In medio Anna parens subito correpta furore
Plena Deo tota (visu venerabile) in aede
Bacchatur, tollitque ingentem coelo ululatum,
Unum in me conversa oculos, me fertur in unum
Nihil minus hoc ducentem animo, nihil tale verentem,
Corripiensque manu, solus tu posceris, inquit:
Annuit hoc uni superûm tibi connubium rex.
Obstupuere omnes; nec tum ex agmine tanto
Exortem quisquam seniori invidit honorem.
Ipse aevi quod eram seris minus integer annis,
Multa recusabam, multa huc venisse pigebat.
Æquales aderant fidi, simul et renuentem
Hortari, atque animum mihi blandis addere dictis.
Cedo igitur victus, tandemque uxorius illam
Accedo, et lacrymans lacrymantem ad limina duco.

&c.

Pág. 262.

Mas tú, gran sol, de cuya inmensa lumbre, etc.

Asi invoca tambien Milton á su musa, para que le diga los nombres de los espíritus infernales que se congregan á la voz del príncipe de las tinieblas. Es cosa singular que uno y otro poeta, escribiendo á tanta distancia de tiempos y lugares, hayan convenido en figurar á los demonios con los atributos de las divinidades gentílicas del tiempo del paganismo. La idea es grande y feliz, y los dos autores la han desempeñado á cual mejor, cada uno segun su genio y su

estilo: mas profundo, mas erudito, mas oriental el inglés; mas rápido y ameno el español. Este escribió primero: pero segun lo desconocido y oscuro de su libro, no es fácil suponer que el cantor del Paraiso pudiera tomar de él este pensamiento. Podrán pues, los dos ser igualmente originales; pero siempre resulta gloria no pequeña á nuestro poeta de haberse encontrado con una idea poética de esta importancia, medio siglo antes que fuera igualmente concebida por el grande épico inglés. El pasaje es largo y por eso no se copia aqui: puede verse en el libro primero del Paraiso perdido; desde el verso

Say, muse, their names then known, who first, who last,

hasta el otro

And o'er the Celtic roam'd the utmost isles.

Pág. 295.

Y con sus ojos besará tus ojos,
Y tú sus labios con tus labios rojos.

. . . .

Y oyéndote llorar, volverá presto,
Con blanda risa á tu presencia puesto.

Estos son de aquellos pasajes en que el escritor se abandona á las tiernas familiaridades, permitidas á la devocion por el santo fervor que en sí llevan, pero que desdicen de la dignidad de los personajes en quienes se suponen, y por lo mismo no convienen en una composicion tan grave y severa. Todo este trozo está escrito con facilidad y abundancia; y el amable abandono que le inspira, le da un valor poético bastante grande en la ejecucion, aunque por desgracia sea tan reparable por su falta de decoro.

Pág. 304.

Llegan, pues, los verdugos, etc.

Este paso de los azotes es demasiado prolijo en el original, y no sería mucho decir, que sobradamente cruel. A ninguna de las artes de imitacion es permitido cebarse tanto y poner tan á la vista el mecanismo y ejecucion de estos atroces suplicios, que horrorizan mas que edifican. Suelen los pintores y escultores ignorantes presentar la sagrada efigie de Cristo chorreando sangre, cubierta de llagas lívidas, con la piel y músculos deshechos, y creen que así la hacen mas devota. La belleza y majestad del Hombre-Dios deben sobresalir aun en medio de los sayones y de los padecimientos, y Hojeda no debia imitar á estos artistas groseros en tan bárbara complacencia.

Por lo demas el *Parad, parad*, y el *Yo pequé, mi Señor,* al tiempo que se descarga sobre el cuerpo divino el primer azote, son movimientos bellísimos del mas noble entusiasmo, y rayan en sublimes.

Pág. 343.

Estaba el sol entonces, etc.

Magnífico es, y verdaderamente poético, este modo de expresar el eclipse de sol y las tinieblas que cubren el mundo al tiempo que el Salvador espira. Yo no conozco cosa que se aventaje en grandeza á este pedazo de poesía, y puede ir á la par con cualquiera de las ideas sublimes que se admiran en Homero, Dante, Miguel Angel, Milton, y los demas poetas y pintores de su fuerza.

LA
INVENCION DE LA CRUZ.

Pág. 366.

Majencio contumaz, como entregado, etc.

Aludiendo á este pasaje fue por lo que se dijo en la Introduccion que Zárate no habia desconocido enteramente los grandes datos épicos que le presentaba su argumento, tomado de mas arriba. Desatendiólos, sí, porque no sacó de ellos el partido que debiera, y confinó el hecho mas interesante de aquella época en los límites de un episodio; en donde tampoco tiene el lugar principal, pues no es mas que una pieza de la narracion que hace el solitario Fabio de los sucesos de su vida á santa Elena.

Mas, á pesar de la poca importancia que el autor le ha dado, todavía así como está, es uno de los trozos que llaman mas la atencion; y el sacrificio de Majencio al Tiber, la aparicion del rio, y sus falsos vaticinios al tirano, están desempeñados con grandeza épica, y son de lo mejor que hay en el poema.

Por tí el imperio que excedió lo humano
Al colmo llegará de la esperanza:
Invocaránte en borrascosos mares,
Culto tendrás en aras y en altares.
Herencia es tuya el mundo: los honores
Del capitolio el cielo te concede,
A coronarte nacerán mis flores.

. . . .

Sumióse á lo profundo de las ondas,
Al ausentarse haciéndolas redondas.

En pocas partes se expresa Zárate con igual número y majestad, y con versos mas bellos.

LA JERUSALEN CONQUISTADA.

Asi como en los trozos escogidos de estos poemas hay cosas muy reparables, de que no se podia prescindir, si se habia de hacer uso de ellos, tambien en los desechados hay rasgos excelentes, de los cuales, por el plan adoptado para esta coleccion, no podia sacarse provecho ninguno. Muchas de estas joyas hay perdidas en los arenales de la Jerusalen, donde Lope las dejaba caer como jugando; y en obsequio suyo y de los lectores, ha parecido oportuno poner en este lugar varios de estos cortos pasajes, que se hacen estimar por alguna belleza poética sobresaliente.

Aguarda, dice en sueños, y revuelve
El pabellon con la siniestra mano:
Despierta el Persa, pero ve que envuelve
La sombra en humo el cuerpo asido en vano:
Apenas en el aire se disuelve,
Cuando parece que el pendon cristiano
Ve levantar en victoriosas voces,
Terror de sus genízaros feroces.

—

Ármase todo, y el arnés lucido
De púrpura cubrió bañada en oro,
Honró el laurel sus sienes, y ceñido
Resplandeció con militar decoro.

—

Marbelio, Egisto, Candelor, Tigranes,
Los hierros juntan, vibran los abetos,
Dándose el parabien los capitanes,
Y mostrando el valor en los efetos:
Tiembla el fenicio mar tantos soldanes,
Y el sagrado Jordan á los secretos
Juncos se retiró, donde escondido
Lloró á Gofredo y se quejó de Guido.

En un blanco de Frisia corpulento,
Abierto de nariz, ancho de pechos,
De lados rebozado, y siempre atento
Con vivos ojos á los pies estrechos;
De cuello corto, de cerviz exento,
Donde los lazos de listones hechos
Parecen en los clines, cuando marcha,
Lazos de rosa sobre rica escarcha.

Guido para mover, alta la diestra,
Los que del fiero Trace van huyendo,
. . . .
. . . .
La honra, dice, es hoy la vida vuestra,
Aquí parad, que viviréis muriendo:
Oyólo el miedo, y la color perdida,
No dió al honor sino á los pies la vida.

El cuello en las vedijas fiero encorva
El fogoso animal, y por la yerba
Las uñas mete, y la arrugada y torva
Frente revuelve en que el rigor reserva:
La tierra le parece que le estorba:
Gemido vil de fugitiva cierva
Estima el relinchar de los caballos,
Que el suelo hienden con herrados callos.

Nada el emperador, las aguas corta
Con uno y otro brazo diestramente:
Ya camina veloz, ya se reporta,
Ya el agua hiere con la sesga frente:
Mas el nadar, emperador, ¿qué importa
Llegados una vez á la corriente
Del agua del morir? . . . .

Mas ¡ay, suerte cruël! Llegó una flecha
De incierta mano aunque de cierta aljaba,
Que fue de las heladas manos hecha

De la que todo cuanto vive acaba.
Por las junturas de la gola estrecha
El noble cuello indómita le clava:
Cayó don Juan, cayó sin fuerza alguna,
Santa Jerusalen, tu gran coluna.
Cayó, y poniendo en la turbada boca
La cruz sangrienta de la heróica espada,
Dijo, ¡Jesus! y con el alma invoca
El dulce nombre de su Madre amada.

Las armas son de un español, no es justo
Que se den á francés, ni conveniente;
Antes á toda ley parece injusto
Que se den al extraño y no al pariente:
Las armas del robusto al mas robusto,
Las armas del valiente al mas valiente,
Lo que es de un español, de español sea,
Lo que es de César, César lo posea.

No soy en blanda paz tan arrogante,
Ya me verás sin hábito de guerra
A la modestia misma semejante,
Y mas humilde que á tus pies la tierra:
No mi robusto corazon te espante,
Porque todo el rigor que Marte encierra
Ya sabes tú que en Chipre lo atropella
Desnudo el blanco pie de Venus bella.

Como desde alta peña al claro Tajo
Se arroja el nadador, y fugitiva
Se queja el agua, y él se esconde abajo,
Dejando un espumoso cerco arriba:
Suena el opuesto monte, y sin trabajo
Aunque en el agua deleznable estriba,
Las olas que rompieron diestramente
Los pies, rompe otra vez con alta frente.

. . . . ¿Qué pretendes
Con la intencion que muestras, sino es irte?
Pues si te quieres ir, ¿para qué ofendes
A muchos que vinieron á servirte?
Deja el Jordan en cuyos campos tiendes
Tus rosas de oro: la codicia es syrte,
Donde la nave del honor se rompe,
Ciega el discurso, la amistad corrompe.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

